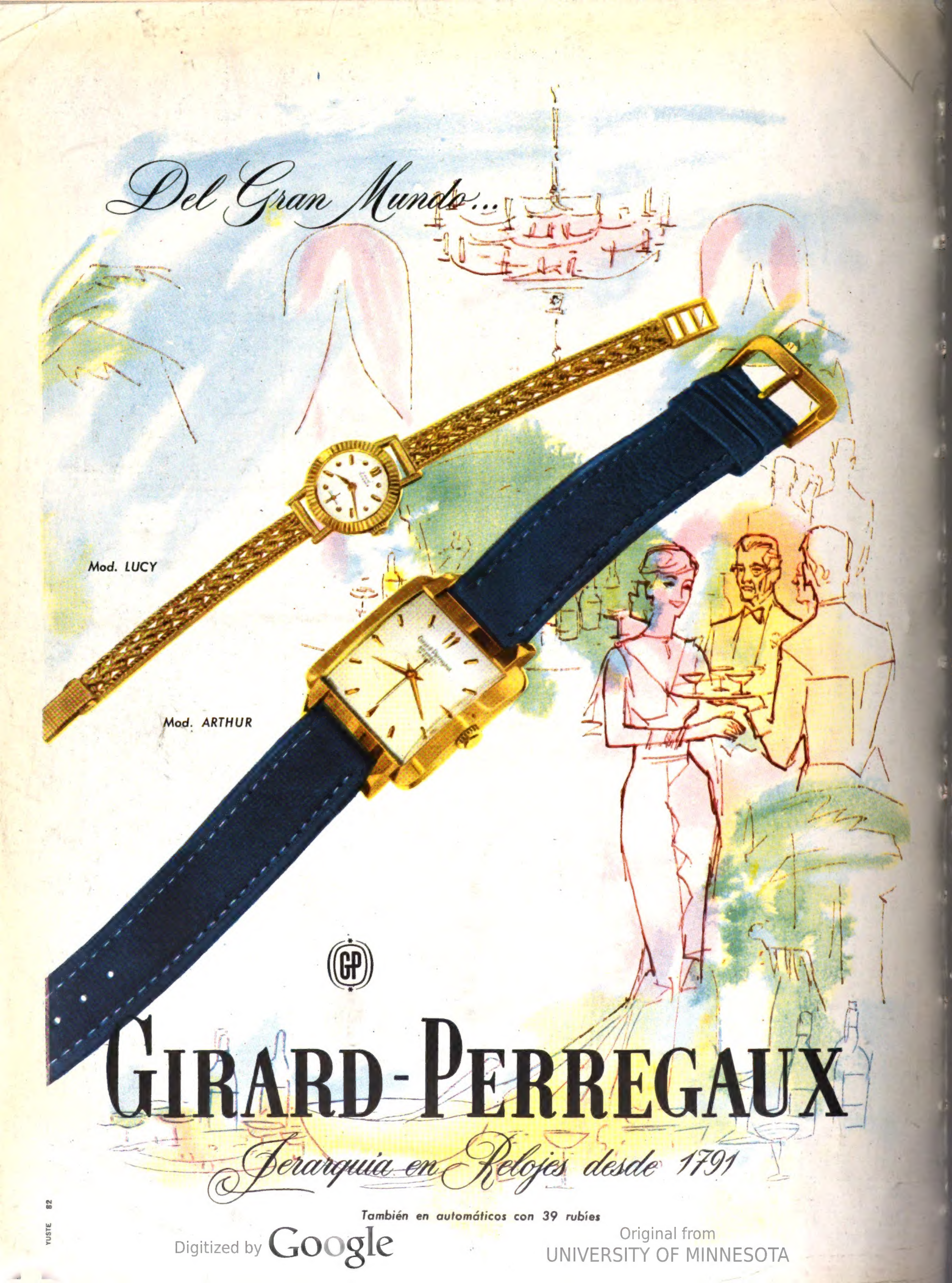
ATLANTIDA

visita NUEVA YORK

$ 20.-




Del Gran Mundo...
Mod. LUCY
Mod. ARTHUR
GP
GIRARD-PERREGAUX
Jerarquia en Relojes desde 1791
También en automáticos con 39 rubíes
YUSTE 82

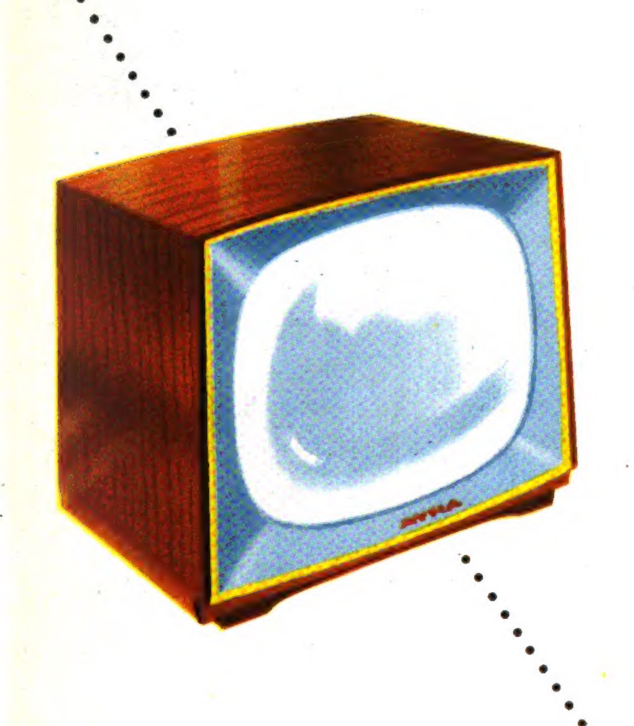



R

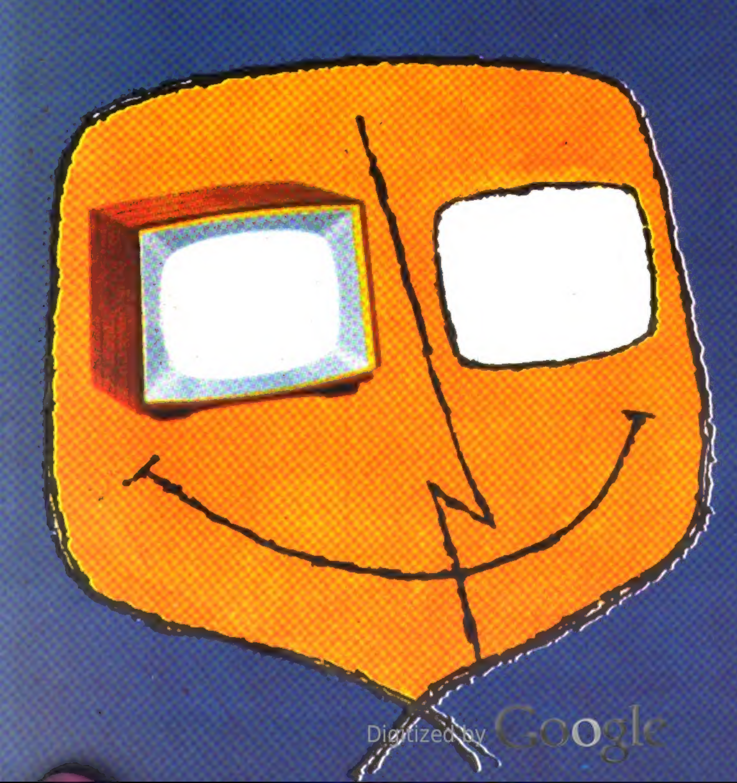

CualiCron blanconieve...
y sus 40 colores!
sortilegio del color, atesorado en la textura
exageradamente suave de las prendas de Ban-Lon*
y Orlon* CUALICRON:* blanconieve, negro, gamuza, rosa,
turquesa, orquídea, coral, azuleléctrico, beige, langostino,
petróleo, verdebotella, granate, rojo, blue, azulfrancia, africano,
violeta, caramelo, obispo, verdenilo, bermellón, patito, gris,
fuego, durazno, salmón, tostado, naranja, maíz, verde, azulmarino,
penicilina, lavanda, perla, verdementa, verdelimón, cereza, arena, pizarra.
CUALICRON*, primer nombre argentino en prendas de genuino
Ban-Lon* y Orlon*.
Ban-Lon* es la marca registrada que significa hilados, tejidos y prendas controladas
según los standards de calidad prescriptos por Joseph Bancroft & Sons Co., EE.UU.
La etiqueta amarilla de control de calidad es su garantía.
ESPACIO Pub.
BAN-LON
CualiCron
MARCAS REGISTRADAS
CualiCron
Distribuidores LOPEZ, GOYA Y CIA., Alsina 1269/81, T. E. 37-0022

NUEVO ATMA 1600









¡VALIA LA PENA ESPERAR!

ATMA limitó la producción para mantener su nivel de calidad, por eso, "muchos quedaron sin su ATMA".

Hoy presenta un nuevo modelo, el 1600, pero también en cantidad limitada. De manera que "hay que apurarse".

Cuando usted vea la **nitidez** de su pantalla, cuando escuche la **claridad** de su sonido y aprecie la **jerarquía** de su diseño, no podrá menos que decir: ¡Valia la pena esperar!

Desde todo punto de vista su televisor debe ser un ATMA

TELEVISORES

ATMA

CALIDAD EN TELEVISION


ZENITH
12
6
21
Calendario,
extrachato,
de la serie
"Piccadilly"
Joyería ★ Platería
Settepassi Hnos.
Florida 931 - Buenos Aires
recomienda especialmente el reloj
ZENITH
La notable perfección de su mecanismo, fruto de una centenaria artesanía relojera, se refleja en la nobleza de sus modelos. Está a la vanguardia, por la continuidad de sus victorias internacionales, logradas, año tras año, en el observatorio de Neuchâtel, Suiza.
ZENITH
en el cenit de la perfección.

Su Origen:

ESCOCIA

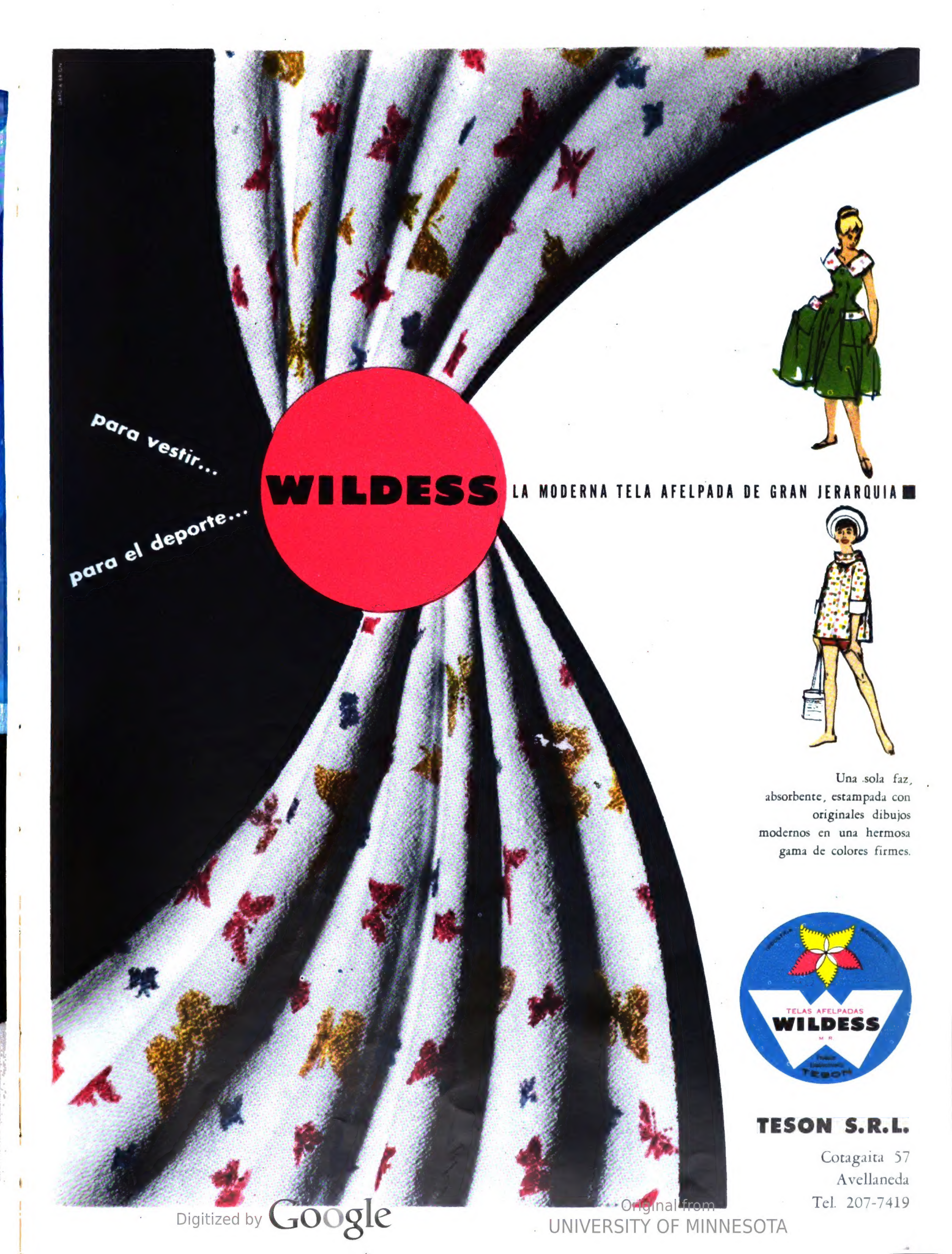
WHISKY

Warren

Su Garantia: Guillermo PADILLA S. A.

UNA VIEJA CALIDAD DE UN GRAN PRESTIGIO




para vestir...
para el deporte...
WILDESS
LA MODERNA TELA AFELPADA DE GRAN JERARQUIA
Una sola faz, absorbente, estampada con originales dibujos modernos en una hermosa gama de colores firmes.
TELAS AFELPADAS
WILDESS
TESON
TESON S.R.L.
Cotagaita 57
Avellaneda
Tel. 207-7419


un auténtico milagro de belleza
POR PRIMERA VEZ EN EL MUNDO!
COLOR
SIN DECOLORACION!
INSTANTANEO!
EN SECO...
de acuerdo al vestido o la ocasión con
ZAMBONI MATIZ
Miles de mujeres a lo largo de toda la República atestiguan la calidad prodigiosa del ZAMBONI MATIZ que en un minuto transforma el color del cabello según el tono preferido. Y... en contados segundos crea los sugestivos claros de luna, las clásicas mechas y los favorecedores nevados con su graciosa rejuvenecedora luminosidad.
ZAMBONI MATIZ cubre canas y colores desparejos, sin decoloración y en seco.
ZAMBONI MATIZ protege y da sedosidad al cabello dejándolo suple, dócil al marcado.
Permanece hasta el próximo lavado.
ES UN PRODUCTO DE CARLOS ZAMBONI - PARANA 560 - T.E. 40-0727 - 8108
DISTRIBUYE D.A.C. CORRIENTES 3023 - T.E. 88-0031 al 39 - 87-7489
MAS DE UN MILLON DE UNIDADES VENDIDAS EN POCOS MESES, CERTIFICA EL EXITO DE ESTE SENSACIONAL PRODUCTO!
NO ENGRASE SU CABELLO CON CUALQUIER MATIZ. ZAMBONI MATIZ ES UNICO EN EL MUNDO!

Celofan

escudo transparente que asegura la protección de millares de artículos.

EL CELOFAN DUCILO brinda a las verduras, el pan, la carne, el pescado, las frutas, las pastas y demás alimentos un seguro inviolable contra:

- *el polvo y la suciedad*
- *los insectos y gérmenes*
- *la humedad y los cambios de temperatura*
- *los contactos antihigiénicos*
- *los olores*

EL CELOFAN DUCILO ha impulsado el éxito de los Super-mercados porque los productos envueltos en CELOFAN DUCILO se conservan frescos y duran más, ofreciendo una garantía de pureza, calidad y limpieza insuperables.

En la Argentina y en el mundo entero, las mejores marcas envasan sus productos con CELOFAN.

EXIJA A SU PROVEEDOR LA LIMPIA Y TRANSPARENTE PROTECCION DEL CELOFAN.

Celofan





Muestra lo que protege... protege lo que muestra

Sensacional! **ESPONJA VIRUFLEX** reemplaza al estropajo de acero!



ROJO-VERDE

ARIES PROPAGANDA

VIRULANA

LEGITIMA

RINDE MAS
LIMPIA MEJOR
CUESTA MENOS!

NO SE VENDE POR METRO

VIRULANA


Preferidos donde
la calidad es norma
NEGROS
Unión
Good Luck
RUBIOS

El arte del Buen Beber en

Donde el buen jerez comprueba su calidad es en la "prueba de fuego" de su añejamiento en las soleras. Allí es donde Pera Grau adquiere sus características típicas de color, cuerpo, sabor y aroma, que paladeará mejor si observa ciertas reglas de buen beber.



No llene las copas, que deben ser altas. El límite justo es algo más de la mitad, pues en el espacio restante el buen jerez concentra su aroma particular. No se beba ni muy frío ni templado. 10° es la temperatura ideal.

Para Beber Buen Jerez

Pera-Grau

AÑEJADO EN SOLERAS

EMBOTELLADO EN ORIGEN

BODEGAS ESMERALDA S.A. - Córdoba - Mendoza - San Juan • Distribuidores en Bs. As.: RAGGIO, FORCHIERI & CIA. S.A.C.I. y F. - Bolívar 315 - Bs. As.

DE HABER EXISTIDO LA AVIACION...

...ellos hubiesen sido pasajeros de:



LA COMPAÑIA NACIDA DE VUESTRAS PREFERENCIAS

Para informes y pasajes en su agencia de viajes preferida o en n/oficinas Córdoba 303 - T.E. 32-4086-4087-4088-4089 y 4080

Destaque su elegancia

a toda hora

con las nuevas telas de **Rayon**

Usted se sentirá más admirada que nunca con las sugestivas inspiraciones de color y diseño que ofrecen las nuevas telas de rayon.
Telas dúctiles, frescas, prácticas, en modernos diseños estivales, que llegan a usted para satisfacer su exigente buen gusto de mujer que sabe vestir...

DUCILO

Productora de hilados para la industria textil argentina

a) -Traje "básico" realizable en shantung rústico, rafia, brin, faille o tusor de rayon. b) -Para la oficina, blusa ejecutada en poplin de rayon y algodón mezcla. c) -Como alternativa, el mismo modelo con blusa de organza labrada de rayon. d) -Y para vestir, el traje queda realzado con una blusa de línea Oriental, realizable en tafetas papillon de rayon, crepe o poplin de rayon.



los Polvos — *el Colorete*

MADERAS = UN RUBOR

Una suavidad distinguida
Y un leve toque que aviva
delicadamente







Ver la gama de colores que hay en los Brines de Puro Lino *Lonalino* es un recreo para los ojos. Pero hay algo más en esa fiesta de colorido, es el sistema de Teñido INDANTHREN, único en el mundo que asegura el color en la tela para toda su vida.

BRIN DE PURO LINO



DESARRUGABLE

LA MARCA LONALINO EN EL ORILLO LE ASEGURA EL MEJOR BRIN DE PURO LINO

Peña Propaganda

Ya está entre nosotros...



Elaborado y distribuido por: GUILLERMO PADILLA LTDA. S. A.


AHORA EL Sport
ES GENERO FEMENINO
El calzado tipo sport, que durante mucho tiempo pareció ser exclusividad masculina, constituye hoy una de las formas de la elegancia para el pie femenino.
El calzado sport para la mujer moderna alcanza en los modelos creados por "Mingo" su máxima categoria, sumando a la incomparable comodidad que brinda, esa originalidad y ese buen gusto que distingue al calzado de su marca.
Cada modelo es original porque Calzado MINGO nunca se repite.
Nuevas hormas, exclusivas.
GONDOLIERE
Los zapatos para damas, más cómodos del mundo.
SPORT
mingo
En cada calzado, la marca:
Mingo
va estampada en la suela y en la plantilla
EXIJALA!
INDUSTRIA ARGENTINA
MANUFACTURA DE CALZADO FINO
AVENIDA GAONA 1950.
CASAS DE VENTAS:
PANDORA: FLORIDA 280, CABILDO 1978, RIVADAVIA 6765. ROSARIO, CORDOBA Y MENDOZA - PANTER: SUIPACHA 339, BOEDO 954, AVDA. SAN MARTIN 2255 - ARALUCE. FLORIDA 634 - ASTORIA: FLORIDA 366 - SAXON: AVDA. SANTA FE 1602
AG. DE VENTAS:
BUENOS AIRES — BAHIA BLANCA: LA MASCOTA
BERAZATEGUI: JOSE GONZALO
CHIVILCOY: CASA MOLINA
CAMPANA: CASA FRANCO Y RAMOS
CASEROS: ZAPATERIA NATARIO
JUNIN: CASA BAZZANI
GRAL. MADARIAGA: ORIENTE
LANUS: NORMA
LA PLATA: PANDORA
LUJAN: CREACIONES MIGUEL ANGEL
MAR DEL PLATA: CASA WINDOW
MERCEDES: CASA TUNDIDOR, LABANDA & CIA.
MORON: CASA MARVAS, S R L.
9 DE JULIO: "LA AMERICANA"
PEHUAJO: O'KEY
RAUCH: CASA JULIO ANGELLI
CHACABUCO: CASA MOGAR
LOMAS DE ZAMORA: LA IDEAL
BRAGADO: CALZADOS TADEL
PERGAMINO: O. y E. MIGUEL
OLAVARRIA: SANTO DOMINGO
PUNTA ALTA: CALZADOS OSCAR
DOLORES: CALZADOS MITRE
SALLIQUELO: PRIMICIAS MAYO:
SAN FERNANDO: CASA VERDIER
SAN ANTONIO DE ARECO: ZAPATERIA PERRET
TRES ARROYOS: CASA BOSTON
25 DE MAYO: CASA JUAN L. COSTA
BALCARCE: CALZADO "SPORTMAN"
CORDOBA — CORRAL DE BUSTOS TIENDA Y ZAPATERIA MENCO
CORRAL DE BUSTOS: MENCO
CÁPILLA DEL SEÑOR: CREACIONES LILIAN
RIO TERCERO: MAQUEDA
RIO CUARTO: CREACIONES DELVA
VILLA MARIA: CREACIONES GOLDBERG
SANTA FE: CALZADOS PRIMOR
VENADO TUERTO: JOSE BERTUNE
TUCUMAN — ANCEL
ENTRE RIOS — CONCORDIA: CASA BERTERAME
CHAJARI: RODOLFO LEONARDI
NOGOYA: ZAPATERIA EL CONDOR
PARANA: SERRY
MENDOZA — RIVADAVIA: CASA "LA PALOMA"
SAN MARTIN: ZAPATERIA "EL PICHON"
SAN LUIS — "LA REINA"
MERCEDES: RAQUEL
SANTIAGO DEL ESTERO — TIENDA "LA PERLA"
SALTA — "EL SPORTMAN"
JUJUY: "EL SPORTMAN"
SAN PEDRO DE JUJUY: GRANDES TIENDAS "LA MUNDIAL"
SAN CARLOS DE BARILOCHE: CASA VALLES
SAN PEDRO DE JUJUY: LA MUNDIAL
CATAMARCA — "RICARDO"
CHUBUT — TRELEW: "DISTRIBUIDORA DEL SUD"
FORMOSA — CASA IÑIGUEZ
CLORINDA CASA IÑIGUEZ
CORRIENTES: CASA IÑIGUEZ
CHACO — RESISTENCIA LA CASA DEL PUEBLO
PTE. DE LA PLAZA. LA CASA DEL PUEBLO
ROQUE SAENZ PEÑA: LA CASA DEL PUEBLO
ZAPALLAR: LA CASA DEL PUEBLO
MISIONES — POSADAS: LA CASA DEL PUEBLO
OBERA: LA CASA DEL PUEBLO
LA PAMPA SANTA ROSA: ALEJANDRA
GRAL. PICO: ALEJANDRA
NEUQUEN: CASA NOVEL



MYRURGIA

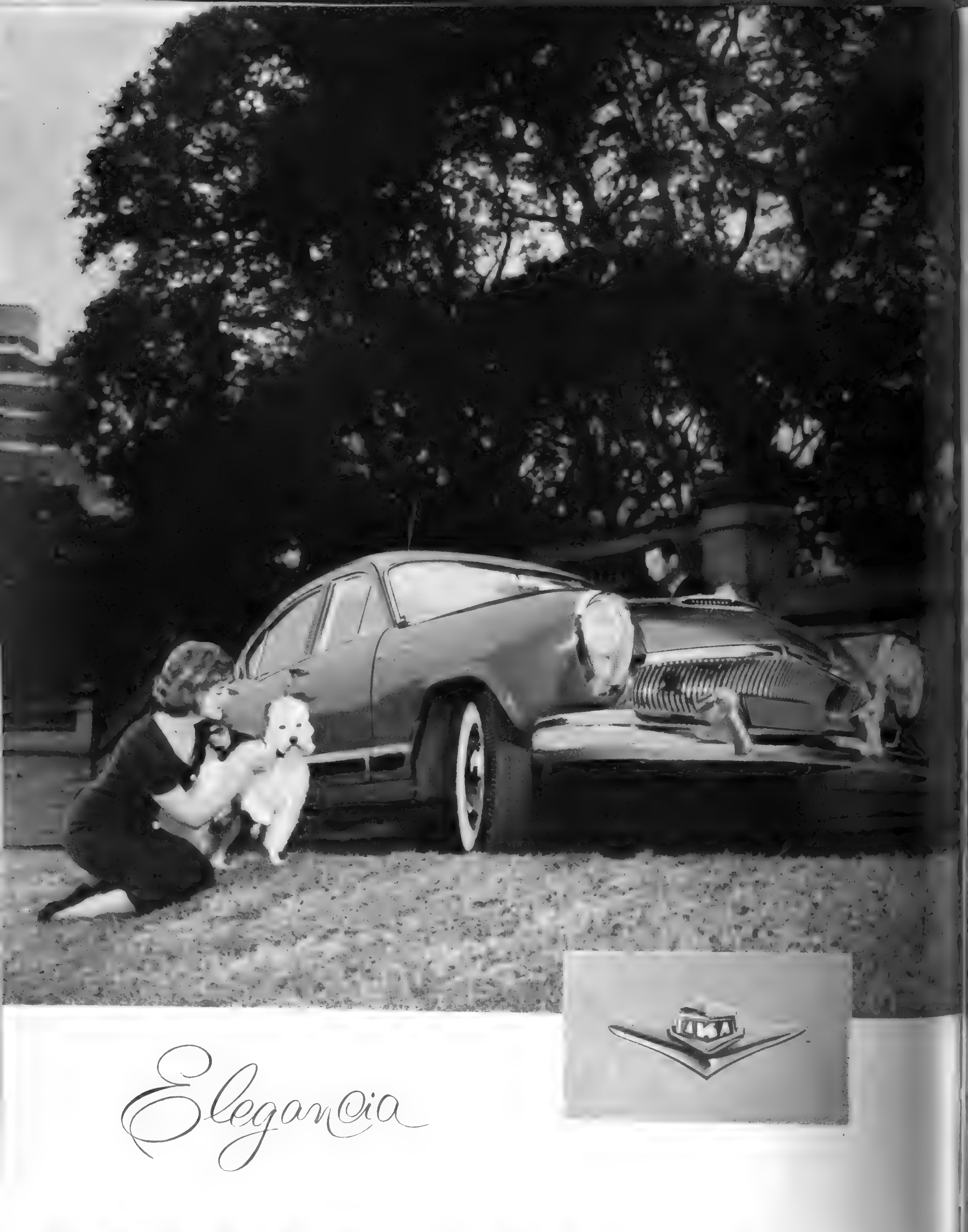
JOYA • EMBRUJO • PROMESA • MADERAS

hay poesía en...

Broderina

telas con bordado electrónico!





KAISER CARABELA



"Esquisse" tomado en el American Bar del
City Hotel de Buenos Aires, por el artista Ernest Fairhurst.
Fairhurst
Para una
selecta minoría
CHAMPAGNE
Crillon
BENEGAS HNOS. & CIA. LTDA. - BUENOS AIRES - MENDOZA


YUSTE - 52
ELEGANTES
DESARRUGABLES - INDEFORMABLES
LIVIANAS - FACIL LAVADO
COLORES FIRMES
Frescura
de Palmera
FIBRANA
SNIAFA
TEÑIDA EN PASTA
COLORES INALTERABLES
SNIAFA S.A.I.C. - Piedras 383

Cuál es su problema de belleza ?



"Todo problema de belleza tiene solución" - dice Helena Rubinstein, primera autoridad mundial en belleza femenina -. "Durante años he trabajado en mis laboratorios con la colaboración de hombres de ciencia para perfeccionar los productos que aquí recomiendo. Cualquiera sea su problema de belleza, usándolos con constancia Ud. se tornará día a día más radiante, más encantadora y más joven". *Helena Rubinstein*

Arrugas?



ESTRO CREMA CON HORMONAS ESTROGENAS Y PROGESTERONE. Combate líneas, arrugas, flaccidez y otros signos de edad. Con Estro Crema se obtienen resultados milagrosos y duraderos $ 70

Cuello Avejentado?



ESTRO ACEITE CON HORMONAS ESTROGENAS Y PROGESTERONE. Devuelve la juventud del rostro y cuello. $ 70

Cutis Seco?



CREMA NOVENA. Sustanciosa y supernutritiva, elimina sequedad, líneas, arrugas y flaccidez del tejido cutáneo. Otorga al rostro aspecto radiante, juvenil y evita el resecamiento de la piel. $ 50.-

Cutis Oleoso?



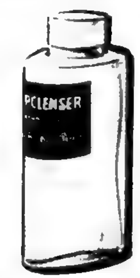
LOCION ASTRINGENTE LIRIO ACUATICO Elimina la oleosidad excesiva. Contrae poros dilatados y calma irritaciones. $ 40

Puntos Negros?



CREMA LIMPIAPOROS. Indicada para todos los cutis, menos los más sensibles. Al lavar a fondo elimina todas las impurezas y "extirpa" puntos negros. $ 55.

Limpieza del Cutis?



DIPCLENSER. Para una limpieza profunda rápida y antiséptica. Quita todo rastro de maquillaje e impurezas $ 42.-

Patas de Gallo?



CREMA PARA LOS PARPADOS. Sus balsámicos ingredientes alimentan la frágil epidermis de los párpados. Elimina las señales de fatiga, líneas y patas de gallo. .... $ 40.-

Cutis Deshidratado?



SKIN DEW. Moderna Crema Hidratante nutritiva, provee al cutis de la humedad indispensable para mantenerlo joven. $ 60.-

Cutis Sensible ?



CREMA HERBACEA. Elaborada científicamente a base de riquísimas propiedades nutritivas y calmantes De efecto inmediato, borra líneas, arrugas y sensación de tirantez. .. .. $ 55.-

Helena Rubinstein

EN VENTA EN: Instituto de Belleza, Santa Fe 865 - T. E. 32-2571 y 31-7039 y en farmacias y perfumerías de categoría.

Purdia

JAEGER-LECOULTRE

Un gran nombre asociado, desde hace más de un siglo, al progreso relojero.

Memovox Automática
Sumergible
Su segunda memoria
Despierta, avisa y recuerda las horas importantes del día



Automática Calendario
Chato, elegante, sumergible

Memovox, para la cartera de la dama o el bolsillo del caballero. Su timbre discreto, pero tenaz, le despertará puntualmente.



Joyeros desde 1890

FLORIDA 548, Bs. AIRES

PARIS • MAR DEL PLATA

Reloj joya Jaeger le Coultre, el mensajero más digno del hombre, para la mujer que ama

Al minuto con la moda mundial !

Los diseños que este año se usarán en París, Londres, Roma y Nueva York, usted ya los puede admirar en Buenos Aires... porque EXCELO DISCIPLINADO no espera que llegue la moda, ¡sale a su encuentro! Así, las telas EXCELO DISCIPLINADO con sus hermosos dibujos y colores... están al minuto con la moda mundial!

NO REQUIEREN PLANCHADO DESPUES DEL LAVADO

TELAS

EXCELO

"DISCIPLINADO"





Una piscina para los niños - otra para los adultos.

Las diversiones de Nueva York comienzan al subir al vapor...



El suntuoso comedor es tan espacioso que permite ubicar a todos los pasajeros al mismo tiempo.



Todos los camarotes son exteriores - todos están equipados con aire acondicionado individual - usted puede disfrutar de la temperatura que desee.

Dos nuevos transatlánticos de lujo que brindan una gloriosa travesía

EL "BRASIL" EL "ARGENTINA"

Desde el primer momento en que usted pone los pies a bordo, se da cuenta de que va a viajar como un príncipe. Los espaciosos camarotes —todos de primera clase— los finos muebles, los suntuosos salones con enormes ventanales, levantan el espíritu y dan una alegre sensación de inefable bienestar.

En estos vapores reina un ambiente cosmopolita, distinguido y cordial, que evoca el esplendor de las décadas pasadas que todo el mundo recuerda con nostalgia. Pero estos nuevos buques brindan algo más: todo el lujoso confort que proporcionan los adelantos modernos.

Atracciones para los adultos

Ud. disfrutará de un servicio supremo, pues los empleados de Moore-McCormack se desviven por atender a los pasajeros. Las comidas, dignas de un gourmet, ofrecen los más exquisitos platos de la cocina internacional. Por las mañanas puede desayunar en su camarote o en el lujoso comedor, o si prefiere puede desayunar junto a la piscina bajo los alegres rayos del sol. El almuerzo y la cena se sirven acompañados de añejos vinos... y hay además divertidas cenas a media noche!

Por las noches hay una gran selección de diversiones... magníficas películas, destacados artistas de renombre y una espléndida orquesta para bailar.

Atracciones para los niños

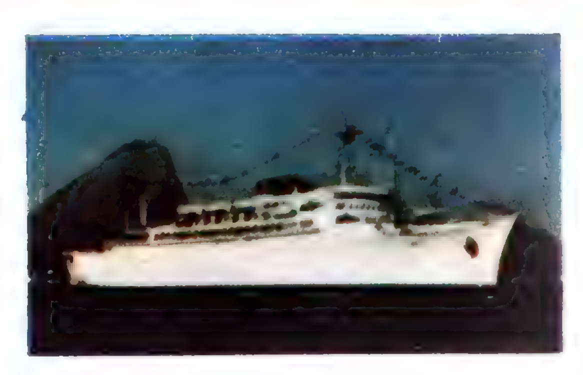
Hay una infinita variedad de actividades para entretener a los pequeños. Tienen a su disposición un hermoso salón con toda clase de juguetes, donde pasan horas encantadoras... y hay un lugar especial sobre cubierta, rodeado por una verja, donde los niños pueden divertirse a sus anchas, bajo la supervisión de competentes empleados de Moore-McCormack. Moore-McCormack no se ha olvidado de los jovencitos. Hay un área especial provista con una fuente de soda, un tocadiscos y un lugar para bailar —tienen también su propia piscina donde se reúnen con los de su edad.

Cuando se viaja en el BRASIL o en el ARGENTINA, usted no tiene que preocuparse por su familia, porque hay diversiones para todas las edades.

Disfrute de su viaje

Recuerde que la travesía es el preludio de su viaje a Nueva York —viajar en uno de los vapores de la línea Moore-McCormack es disfrutar de la vida, pasar unos días felices que lo preparan para llegar a Nueva York, alegre... descansado — listo para gozar plenamente de todo lo que brinda la gran urbe. Piense bien antes de hacer un viaje a Nueva York —usted se debe a sí mismo el placer de viajar en vapor.

Consulte con su agente de viajes o con el representante de Moore-McCormack sobre los precios especiales en los pasajes de ida y vuelta cuando se viaja en los vapores de Moore-McCormack.



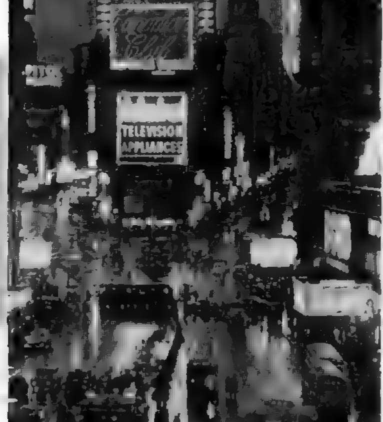
Agencia de Transportes

MOORE-McCORMACK S.A.

Av. Pte. R. S. Peña 615 — T. E. 46-4081
Buenos Aires

Agencias en: BUENOS AIRES, MONTEVIDEO, RIO DE JANEIRO, BELEN, RECIFE, BAHIA, SANTOS, SAN PABLO





ATLANTIDA

ILUSTRACION ARGENTINA

AÑO 42º — Nº 1113

NOVIEMBRE 1959



SUMARIO

Portada por Roberto Baldrich





ATLANTIDA, fundada por Constancio C. Vigil el 7 de marzo de 1918, es publicada mensualmente en Buenos Aires, República Argentina, por la Editorial Atlántida, S. A., 579 Azopardo, R. 91, Buenos Aires. T. E. 33 Avenida 4591. Director General: Carlos Vigil. Precio del ejemplar de ATLANTIDA: $ 20.- en toda la República. Suscripción anual en la República Argentina, países de las Américas del Sur y Centro, México, Estados Unidos y España, comprendidos en la Unión Postal Panaericana: 1 año, $ 240.- m/n. En los países comprendidos en la Unión Postal Universal, con tarifa postal reducida para impresos: 1 año, $ 260.- moneda nacional. En los demás países: 1 año, $ 280.- moneda nacional. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 610.593. Representantes generales para publicidad en Gran Bretaña, Atlantic-Pacific Representations, 69 Fleet Stree, London, E. C. 4.

Impresa en la Editorial Atlántida, S. A. Buenos Aires, República Argentina.
Printed in Argentina. Impresa exclusivamente con Tintas Letta.





INTRODUCCION A NUEVA YORK

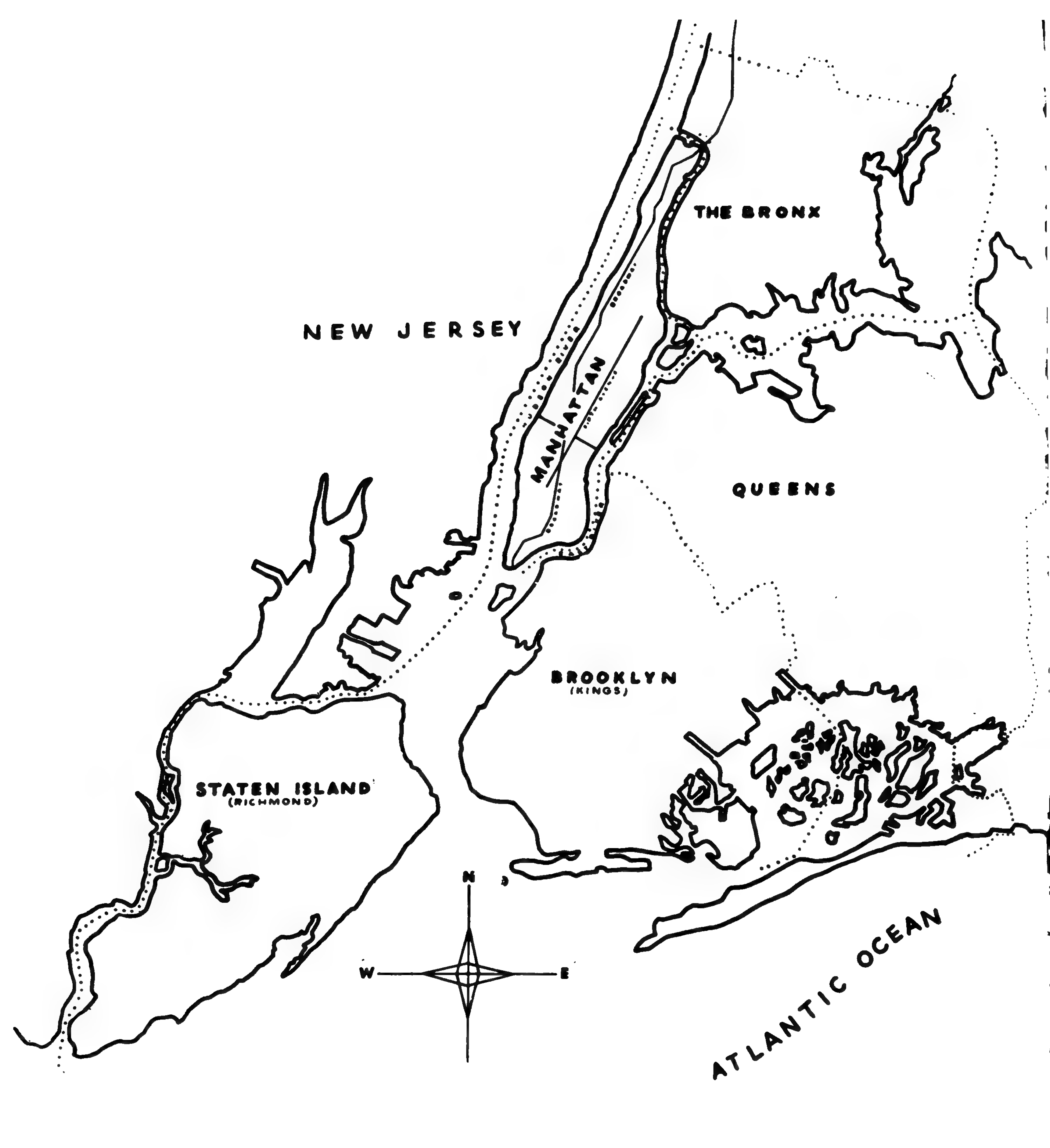
HEMOS entrevistado a la ciudad más extraordinaria de nuestro tiempo con el propósito de mostrar su rostro a los lectores de ATLANTIDA. ¿Es propósito posible? ¿Pueden analizarse los seres, los hechos y las cosas de una metrópoli como Nueva York para dar su versión exacta? Hemos leído infinidad de publicaciones con ensayos verdaderamente exhaustivos; encontramos definiciones excelentes, pero jamás nos fué expuesto el todo espiritual y geográfico. Nueva York es la ciudad de los edificios de pesadilla (Chesterton); excitante (John Mansfield); es cocaína, opio y hachís (Ambrose Bierce); una sucesión infinita de desfiladeros (F. Scott Fitzgerald); donde nadie está tranquilo (W. M. Thackeray); donde reina uno de los climas más viles del mundo (John Brophy); donde todos están haciendo lo mismo (Don Herold); donde nadie podría dejar de vivir allí (Max Murray); sintetiza la suprema apoteosis de una civilización a base de hormigón armado (John Gunther); sus rascacielos, pilas de cajones en la vereda de un negocio (H. G. Wells); una masa de estalagmitas (Vicent McHugh). Los adjetivos y metáforas podrían seguir hasta el infinito.

¿Explica esto a Nueva York? ¿Dice lo que puede esperar de ella el hombre de nuestro tiempo? ¿En qué grado su civilización ayuda a la de los demás países del globo? No siempre se ha intentado situarla en este sentido. Tampoco intenta ahora ATLANTIDA hacerlo de manera definitiva. Fuimos en busca de un paisaje, de un mural inmenso y policromo, y nos enfrentamos con un engranaje inacabable que incita y obliga a la acción constante sin que sea posible evadirse. Es más: despierta el deseo de entrar en él para integrar esa lucha aparentemente sin fin. Su atracción se asemeja al canto de las sirenas que pretendieron cambiar el rumbo de Ulises. Podríamos decir que no quisimos, como él, atarnos al mástil, y el brillo de Nueva York cambió nuestro rumbo, pero no enceguecióndonos, sino iluminando el camino hacia el encuentro con la verdad.

Este número especial de ATLANTIDA dedicado a Nueva York recoge en sus páginas parte del andamiaje espiritual y gráfico de su impresionante organización. Hemos dejado algunos rincones sin indagar, pero el espíritu de Nueva York, que es también el de los Estados Unidos —aquélla representa su síntesis—, permanece en el nuestro. Nueva York significa acción y trabajo dirigidos a la conquista del mayor efecto con el menor esfuerzo. Eso le permitió alcanzar un poderío tal que cuantos forman parte de su maquinaria logran cumplir cabalmente el postulado prescripto por Santo Tomás de Aquino: *El hombre no sólo debe vivir, sino que debe vivir bien.* Nueva York alcanza en el siglo XX esa premisa, y entendemos que América en pleno debería seguir el ejemplo para conquistar idénticos objetivos.

Vimos a Nueva York con ojos de argentino, y por eso pensamos que es necesario compenetrarse más de lo que es el gran país del Norte para procurar con su ejemplo el mejoramiento de nuestra existencia colectiva. Es la mejor consigna que recibimos de los Estados Unidos a través de Nueva York. Y ahora, luego de haberla conocido, creemos sinceramente en las palabras Paz y Democracia, porque hemos visto que sus extraordinarias condiciones de vida sólo pueden haberse plasmado y conservado en la legitimidad de ese medio.





PRESENTACION GEOGRAFICA DE

NUEVA YORK

¡Ciudad del mundo! (Porque todas las razas están aquí; todos los países del mundo hacen contribuciones aquí.)
¡Ciudad del mar! ¡Ciudad de apresuradas y brillantes mareas!
¡Ciudad cuyas jubilosas mareas continuamente avanzan o se retiran, retorciéndose hacia afuera y hacia adentro, con remolinos y espuma!
¡Ciudad de muelles y tiendas! ¡Ciudad de altas fachadas de mármol y acero!
¡Ciudad orgullosa y apasionada! ¡Ciudad fogosa, alocada, extravagante!

Walt Whitman

Ciudad parecida a un confuso sueño rosado; la maravillosa, cruel, seductora, encantadora y fatal gran ciudad.

O'Henry

Nueva York es todas las ciudades.

L. W. George

Nueva York es sobre todo el momento presente.

Julio Camba, "La ciudad automática"

Vivir en Nueva York es tomar el pulso al país.

Valéry Larbaud

Yo nunca he visto una ciudad moderna comparable con Nueva York. El color de las piedras y la luminosidad del aire inyectarían vitalidad a un cadáver.

Margot Asquith

La ciudad de Nueva York, la incomparable, la deslumbrante estrella entre todas las ciudades, el cuadragésimo noveno estado, la paradoja ciclópea, infierno sin límites, la suprema expresión de las miserias y los esplendores de la civilización contemporánea, la Macedonia de los Estados Unidos.
La ciudad de Nueva York es la suprema síntesis de Norteamérica.

John Gunther, "El drama de los Estados Unidos"

Los Estados Unidos se sienten en Nueva York, pero no se ven; están allí, pero no presentes, sino actuando, viviendo, latiendo, como la sangre que va y viene, palpita en la sien o en la muñeca, no se queda allí, nos remite sin cesar a la lejanía de las rutas circulatorias. Nueva York es el pulso de Norteamérica, y por eso, al llegar, lo sentimos latir como una mano.

Julián Marías, "Estados Unidos en escorzo"

Durante mi primera visita a Nueva York me sentí invadido por un estremecido entusiasmo y alegría ante la súbita sensación de que aquí estamos a salvo de la historia.

Jacques Maritain, "América"

NUEVA York es muy joven, comparada con otras grandes ciudades, y no tiene impresionantes ruinas ni antiguas iglesias. Es una ciudad moderna, tal vez un símbolo del siglo veinte con sus adelantos y retrocesos. La canción de la ciudad es una canción de juventud, de vigor, de energía dinámica. Y, aunque no puede competir con las glorias de París o de Roma, tiene otras cualidades que casi nunca dejan de impresionar a los visitantes extranjeros.

El tamaño de la ciudad es tan abrumador que produce una experiencia estética a muchos observadores, a pesar de las muchas desventajas obvias de la grandeza de tamaño. Porque es la megalópolis del siglo veinte, creando nuevos problemas al tiempo que crece y presentando continuamente un reto a los recursos y a la imaginación de sus ciudadanos.

La ciudad, desparramada sobre tres islas y una península, está en la costa del Atlántico Norte aproximadamente a 40 grados de latitud norte y a 73 grados de longitud oeste. La *isla de Manhattan*, en forma de lengua, es el asiento del gobierno y el centro de la vida comercial y cultural de la ciudad. Hacia el este y hacia el sur de la isla central está Long Island, o isla Larga, con los distritos (llamados "boroughs") de Brooklyn y Queens. Hacia el norte, en una península, está el distrito del Bronx. Finalmente, hacia el sudoeste, está Staten Island, o isla Staten. (Richmond)

El río Hudson se desliza por el lado oeste de Manhattan; el canal entre Long Island y Manhattan es llamado el río del Este, aunque es en realidad un estrecho de mareas. Más allá del río Hudson y hacia el oeste de Staten Island está el estado de Nueva Jersey. Las aguas que rodean a Manhattan, Brooklyn, Staten Island y Nueva Jersey forman el puerto de Nueva York, uno de los grandes puertos del mundo. Hay allí aproximadamente 200 muelles capaces de dar albergue a más de 400 barcos a la vez.

Puentes y túneles conectan a Manhattan con Long Island y con Nueva Jersey. Tal vez el más famoso de los puentes lo sea el puente de Brooklyn, de 75 años de edad, que proporciona extraordinarias vistas panorámicas del firmamento de Manhattan con sus altísimos edificios. El puente de Tres Distritos, o "Tri-Borough", que une a Manhattan, al Bronx y a Queens, y el majestuoso puente George Washington, que está sobre el río Hudson, son maravillas de ingeniería más recientes.

El corazón de Nueva York lo es la parte sur de la isla de Manhattan, con sus altos edificios y sus ocupados muelles. La mayoría de las grandes compañías de negocios de los Estados Unidos tienen oficinas en esta zona. Es el centro de la banca y de las finanzas, del gobierno de la ciudad, de la industria de la ropa, de la radio y la televisión y de la propaganda, del negocio de las publicaciones. Aquí se encuentran Wall Street —la calle de la Barda— y la Bolsa de Valores de Nueva York, en medio de una masa compacta de rascacielos ricos en cuanto a leyendas de altas finanzas. Aquí se encuentran, también, distritos que presentan tanto contraste como el enorme y ruidoso mercado de mariscos Fulton y Greenwich Village —la aldea de Greenwich—, un oasis de relativa calma, que conserva mucho del encanto del Nueva York de hace cien años. La aldea, favorecida desde hace mucho tiempo por escritores, artistas y actores, tiene algo del sabor de la ribera izquierda en París, aunque su apariencia física es muy diferente. Entre los famosos escritores de los Estados Unidos que han vivido en la aldea de Greenwich se incluyen Edgar Allan Poe, Walt Whitman, Mark Twain y Eugene O'Neill.

La sección sudeste de Manhattan, conocida por el lado Este inferior, es una barriada poliglota que habitaron las grandes olas de inmigrantes del siglo diecinueve. De esta "cacerola" de muchas nacionalidades han salido numerosos líderes políticos, actores, músicos y escritores. Los intelectuales, de entre los inmigrantes, han dejado gradualmente su influencia sobre la cultura de la ciudad en general.

A pesar de su carácter altamente urbanizado, Nueva York ha dejado libres grandes espacios de terreno con fines recreativos, y se pueden encontrar atractivos parques en todos los distritos. El más conocido es el parque Central, de 336 hectáreas, el que, a pesar de estar rodeado de altos edificios y del bullicio de la ciudad, permite observar la vegetación y las formaciones rocosas que la isla tenía en tiempos de los indios.

Al norte del parque Central, en el distrito llamado Harlem, hay grandes colonias de negros, de residentes de habla española y de personas italianas de nacimiento o de ascendencia.

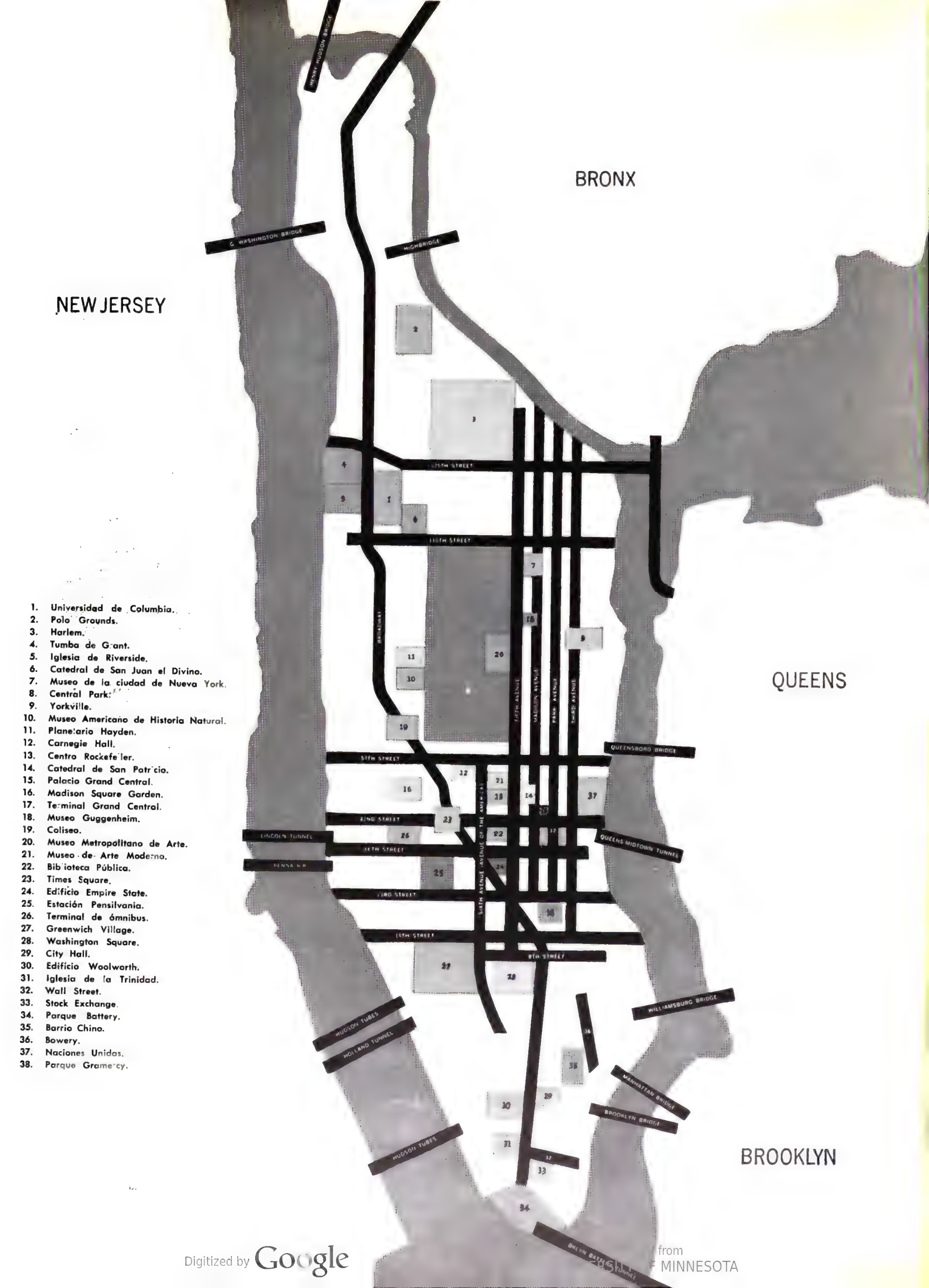
Prácticamente todo lo que se consume o se manufactura en cuatro de los cinco distritos administrativos de la ciudad tiene que ir por agua para llegar a su destino. No se deben olvidar, en relación con este problema de transporte, los aproximadamente 13.000.000 de personas que llegan anualmente a Nueva York como turistas o en viajes de negocios. El movimiento de cosas y personas es la industria más importante de Nueva York.

Aunque se ha hecho mucho por eliminar los embotellamientos, el congestionamiento del tránsito sigue siendo un conflicto importante en Nueva York, al igual que en otras grandes ciudades. El problema se acentúa por el hecho de que Manhattan, incapacitada para extenderse mucho horizontalmente, ha tenido un crecimiento vertical. Millares de personas trabajan en altísimos edificios que ocupan una superficie de terreno relativamente pequeña. Por ejemplo, el edificio más alto de la ciudad —el Empire State— ocupa tan sólo un poco menos de una hectárea de terreno, pero 20.000 personas trabajan allí.

El clima puede ocasionalmente paralizar casi por completo el complicado sistema de transportes de Nueva York. En 1947 Nueva York tuvo una precipitación de nieve extremadamente pesada que paralizó el tránsito durante dos días. Le costó a la ciudad 6 millones de dólares limpiar las calles.

Todas las estadísticas de Nueva York son similares en cuanto a escala. El presupuesto de gastos de la ciudad es mayor que el de cualquiera de los cincuenta estados del país: solamente el gobierno nacional gasta más dinero. Su población —más de 8.000.000— es mayor que la de cuarenta naciones. Nueva York tiene más de 4.000.000 de teléfonos y 43.000 elevadores suben y bajan aproximadamente a 18.000.000 de pasajeros al día.

Sin embargo, la mayoría de las estadísticas están ya pasadas de moda antes de poder ser escritas. La cara de Nueva York está constantemente cambiando, los trabajos de construcción son al parecer continuos. Como lo dijo en una ocasión un antiguo alcalde: *Nueva York va a ser una ciudad muy hermosa si alguna vez la terminan.*



HENRY HUDSON BRIDGE
BRONX
G. WASHINGTON BRIDGE
HIGHBRIDGE
NEW JERSEY
125TH STREET
110TH STREET
BROADWAY
QUEENS
FIFTH AVENUE
MADISON AVENUE
PARK AVENUE
THIRD AVENUE
QUEENSBORO BRIDGE
57TH STREET
42ND STREET
LINCOLN TUNNEL
34TH STREET
PENNA R.R.
QUEENS MIDTOWN TUNNEL
SIXTH AVENUE AVENUE OF THE AMERICAS
23RD STREET
14TH STREET
8TH STREET
WILLIAMSBURG BRIDGE
HUDSON TUBES
HOLLAND TUNNEL
MANHATTAN BRIDGE
BROOKLYN BRIDGE
HUDSON TUBES
BROOKLYN
1. Universidad de Columbia.
2. Polo Grounds.
3. Harlem.
4. Tumba de Grant.
5. Iglesia de Riverside.
6. Catedral de San Juan el Divino.
7. Museo de la ciudad de Nueva York.
8. Central Park.
9. Yorkville.
10. Museo Americano de Historia Natural.
11. Planetario Hayden.
12. Carnegie Hall.
13. Centro Rockefeller.
14. Catedral de San Patricio.
15. Palacio Grand Central.
16. Madison Square Garden.
17. Terminal Grand Central.
18. Museo Guggenheim.
19. Coliseo.
20. Museo Metropolitano de Arte.
21. Museo de Arte Moderno.
22. Biblioteca Pública.
23. Times Square.
24. Edificio Empire State.
25. Estación Pensilvania.
26. Terminal de ómnibus.
27. Greenwich Village.
28. Washington Square.
29. City Hall.
30. Edificio Woolworth.
31. Iglesia de la Trinidad.
32. Wall Street.
33. Stock Exchange.
34. Parque Battery.
35. Barrio Chino.
36. Bowery.
37. Naciones Unidas.
38. Parque Gramercy.

MANHATTAN

—Sí, señorito; detrás de esa niebla está Manhattan.
—¿Y eso qué es, señor?
—Manhattan es Nueva York... Nueva York, sabes, está en la isla de Manhattan.

JOHN DOS PASSOS, "*Manhattan Transfer*".

Nueva York es un gigante juvenil de trescientos años, con una altura de veinte kilómetros y tumbado de espaldas; sus pies están en la Batería; su columna vertebral, tan recta, es la Quinta Avenida; sus costillas son las calles transversales; sus ojos son Broadway, y Park Avenue su hígado; su vientre, las dos estaciones; su cabeza se encuentra en Harlem; sus brazos se extienden por encima de los ríos. Su dinero lo guarda en un calcetín, en un sitio seguro llamado Wall Street. En cuanto a su corazón, carece de ese órgano...

SARA LOCKWOOD

Manhattan me fascina. Tiene vida. Tiene fuerza. Tiene historia. En el extremo norte de la isla está Harlem, el barrio de los negros donde *Father Divine* es un dios. Al sur en Wall Street, los dominios de los J. P. Morgan, se adora el becerro de oro. En los flancos del Central Park se alinean las pomposas residencias de los millonarios. La gente rica también vive en la Park o la Madison Avenue. Pero a poco más de un kilómetro, hacia el naciente, comienza East Side, la zona de las míseras casas de residencia colectiva, viejos y ruinosos conventillos donde pululan como bichos, rusos, polacos, armenios, griegos, alemanes, judíos, italianos, checoslovacos, portugueses, bohemios y chinos. El estrepitoso rodar de los trenes altos invade estas habitaciones sombrías que la municipalidad va demoliendo poco a poco para reemplazarlas por casas de departamentos modernas y limpias, destinadas a la clase media baja y al proletariado, o para abrir plazas y parques de recreo.

ERICO VERISSIMO, "*Un gato preso en la nieve*", 1941.



EL PUEBLO NEOYORQUINO

Eran no más que trozos y fragmentos de masas europeas arrojados juntos en el crisol llamado Nueva York.

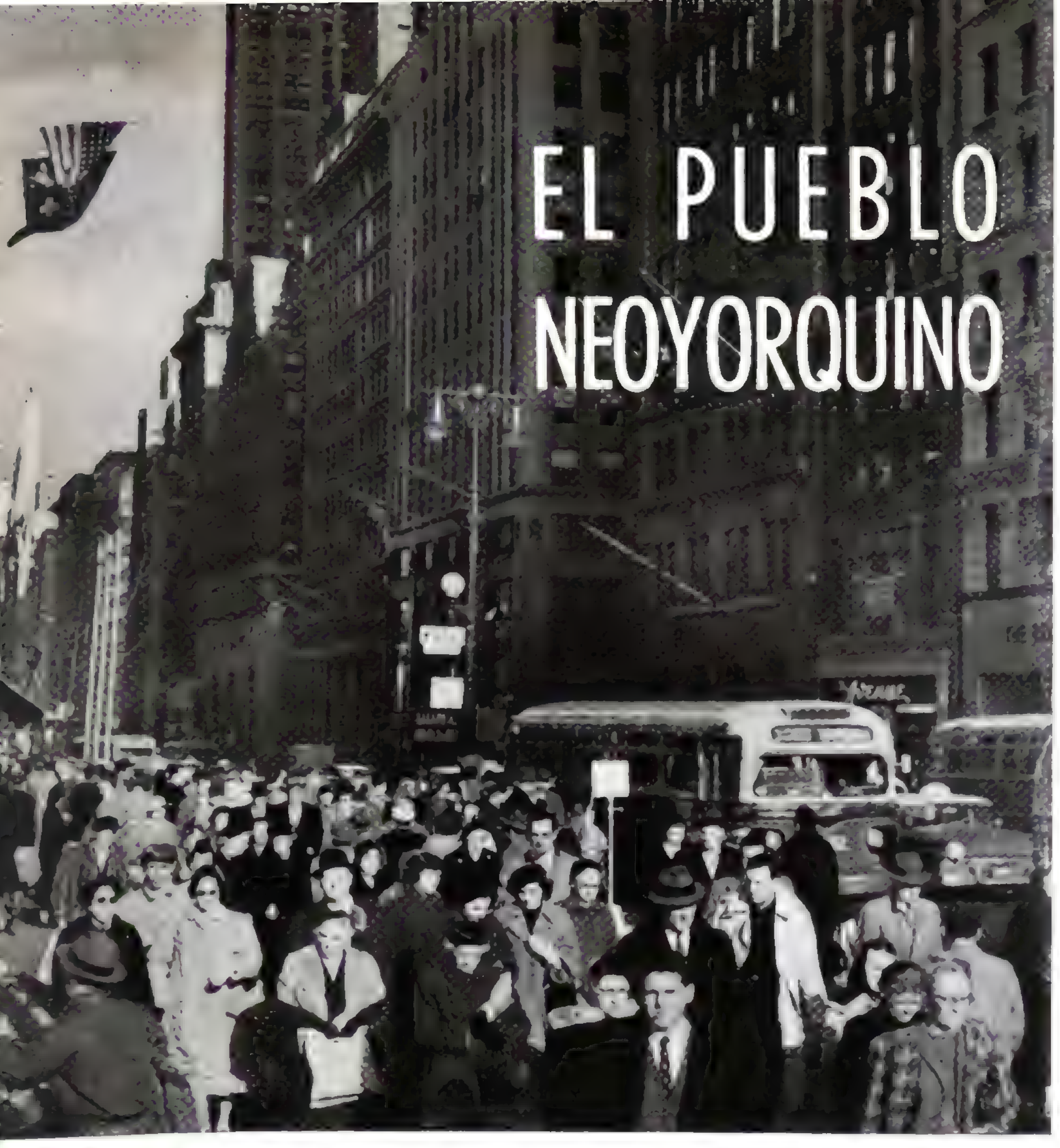
Sholem Asch, "East River"

Por las aceras pulula una población heterogénea donde pueden distinguirse todas las razas humanas. Ninguno de estos seres manifiesta esa prisa teatral de que están imbuídos los que representan el papel de habitantes de la tentacular y tumultuosa Nueva York. Parecen ignorar que, de acuerdo con los films de Hollywood y las novelas sensacionalistas, deberían ser forzosamente neuróticos, presurosos y enajenados. Claro que no caminan con paso de pingüino ni el gesto del que deambula sin rumbo ni hora. Marchan con paso activo, firme y serenamente decidido: van a un sitio determinado, dentro de un horario más o menos rígido. Pero todo eso sin tragedia y sin semblante de angustia.

Erico Verissimo, "Un gato preso en la nieve"

La variedad que caracteriza a Nueva York se ha transformado ya en algo legendario. En la guía de la NPA usted podrá leer que en Nueva York se congrega la colectividad italiana más populosa fuera de Italia; es la capital mundial del negro; tiene la población de judíos más grande del orbe. Allí hay lugar también para miles de franceses, miles de alemanes y aun para quienes conservan en algún grado las costumbres de China, Siria, Grecia, Rusia, etc.; la lista se podría extender indefinidamente. Yo estoy por creer la historia de un extranjero que se alojó en la Quinta Avenida y la calle 110 y quiso aprender la lengua del país; sólo después de un tiempo advirtió que lo que estaba estudiando era español.

Frederick Lewis Allen



Quinta Avenida y calle 42. Foto JACK TUCMANIAN.

CUANDO usted vaya a Nueva York las guías le indicarán lugares que casi todos los visitantes quieren ver: la estatua de la Libertad, el nuevo Coliseo, los puentes, las catedrales, Wall Street, la Quinta Avenida, Times Square. La oficina de la Convención de la Ciudad edita calendarios periódicos para hacerle saber a usted qué está ocurriendo en la ciudad, en los museos, las librerías y los parques públicos; qué están dando los teatros y cines; qué fiestas interesantes hay en esos días; qué sucede en las Naciones Unidas y en el Centro Rockefeller. Las guías turísticas lo conducirán a través de los barrios extranjeros, que se achican cada vez más. La asimilación se va cumpliendo tranquilamente, en forma misteriosa, y las nuevas generaciones tienden a mezclarse con la vida nacional.

Pero las excursiones comerciales sólo lo llevan velozmente por los lugares favoritos y la impresión es similar a la que usted puede sentir observando a través de la ventana de un rápido expreso, fugaz y poco satisfactoria. Usted no se detendrá el tiempo suficiente como para ver realmente, escuchar y conocer a la gente. Mejor será que regrese por su propia cuenta luego de la carrera, para observar más detenidamente todo. Si usted siente curiosidad por los grupos etnológicos de diversos lugares americanos encontrará, en la mayoría de los lugares, que la gente es amigable y cálida, bien dispuesta a explayarse. Habla más fácilmente si usted se dirige con espíritu amable y no juzga con rapidez.

Usted debiera saber algo sobre los millones que no pueden llegar al alcance del visitante a través de libros y guías de turismo. No hay una clase especial. Alrededor del 98 por ciento de ellos son gente simple que vive dentro de un curioso provincialismo, con ritmo tranquilo, en pequeñas casas, apartada del brillo y la dureza de Times Square y del distrito de los night-clubs. Se desparraman por la isla Manhattan desde las seis hasta las 9 y media de la mañana llenando rascacielos, fábricas, comercios y oficinas durante ocho horas o más. Hacia el crepúsculo la corriente humana vuelve apurada a los subterráneos, ómnibus, *ferries*, para Queens, Bronx, Brooklyn.

Ellos no están en su mejor momento en esas horas precipitadas de la mañana y del anochecer; por lo tanto, usted no los puede juzgar a través del modo apurado y preocupado de esos períodos. Si van amontonados en los subterráneos es porque deben llegar en hora a sus empleos. Si se apretujan y empujan a la salida es porque la comida y la familia los están esperando, o porque no tienen tiempo suficiente para viajar, cambiarse, comer y pasar un rato agradable en su casa. Inclusive el noviazgo en una ciudad de ocho millones de habitantes es por lo general apurado, excepto en los fines de semana.

Usted encontrará, si está en Nueva York más de unos pocos días, que ese modo de vivir es un hábito. Usted será una partícula humana de veloz movimiento dentro de esa muchedumbre; sin darse cuenta acomodará su paso al tiempo común.

Gente que viene de ciudades de menor población recibe un shock cuando se encuentra por primera vez en la carrera. Aquellos que pueden huyen de allí. Hombres y mujeres han escrito amargamente sobre todo eso, han aplicado el látigo literario a Nueva York y su pueblo. Algunos de ellos se justifican, pero principalmente se debe a un juicio apresurado. De nuevo en sus hogares los habitantes de la ciudad son gente normal, satisfecha de su vida normal. Siguen una rutina familiar sencilla. En el día de descanso semanal se ponen su ropa dominguera, como se usa en los pequeños pueblos, y se dirigen devotamente a las 3000 iglesias ciudadanas. Si usted va a una iglesia de un barrio en los límites de la ciudad encontrará allí una sensación de paz y tranquilidad.

Si usted pasea por Greenwich Village y se cruza con hombres y mujeres que visten y actúan en forma bohemia, no se vaya con la impresión de que ellos representan al pueblo de Nueva York. Los visitantes que vienen de Flatbush y de Hunt's Point, en el Bronx, se sienten tan extraños como usted. Si deambula por el East Side de la ciudad y se maravilla ante el esplendor de los comercios, las damas envueltas en pieles, los mimados perros, lujosos autos conducidos por choferes particulares y carísimos restaurantes, usted debe saber que el mecanógrafo del distrito de Brooklyn y el escribiente de la isla Staten encuentran eso igualmente extraordinario. Si entra en un night-club y recorre los precios del menú puede figurarse seguramente que el 99 por ciento de los ocho millones de habitantes de la ciudad reaccionarían del mismo modo que usted.

Otra cosa que debe saber sobre el pueblo de la ciudad es que miles de personas entre esa multitud que trabaja en la avenida Madison y en Wall Street, que se apretuja en los subterráneos, que pulula por Greenwich Village, que pasa su tiempo en los ricos night-clubs, en los más caros bares y restaurantes, que habita en los rascacielos, no son nativos de Nueva York. Son hombres y mujeres que viajaron a la ciudad desde comunidades más pequeñas, quizás a través de todo Estados Unidos, para tratar de elevarse a los puestos más altos.

Sería un error echar un rápido vistazo a la ciudad al llegar y decidir: *Es una ciudad desagradable*. Parte de ella resulta fea. Algunos distritos son poco acogedores, sucios, pero ya los padres de la ciudad están pensando en renovarlos. Se verán limpios, con casas frescas y toques de verde, con más espacio aireado. Usted debe reflexionar que esos lugares existen en todas las ciudades; los gobernadores nunca se quedan tranquilos y buscan mejorar la situación del pobre en todas partes.

Pero retorne de las áreas más indigentes y se encontrará con extraordinaria belleza. No hallará antiguos monumentos, la ciudad no ha cumplido todavía cuatrocientos años y ha sufrido infinitos cambios. En lugar de castillos cubiertos de



El puente de Brooklyn fué para mí lo que el arco iris fué para Lawrence.
Henry Miller, "Noches de amor y alegría".

Nueva York tiene infinitas voces, y algunas de e.las s3 pueden escuchar permaneciendo en el puente de Brook yn durante las primeras horas de la mañana: el suspiro de las altas chimeneas, el áspero resuello de los remolcado es, el opaco murmullo de las gaviotas, e silbido del viento entre los cables del puente.

hiedra y ruinas históricas sus ojos recorrerán magnificencia, modernas torres, y estas amontonadas torres tienen una curiosa y alegre cualidad: componen hermosos estudios en gris, blanco y suave dorado al levantarse y caer el sol; son fantasmagóricas estructuras vistas a través de la lluvia, la nieve o la luminosa neblina. Cuando comienzan a aparecer las luces nocturnas forman un conjunto de diamantes contra el negro terciopelo de la noche. Lavada con la luz de la luna, Nueva York exhibe con majestuoso misterio una ensoñadora suavidad plateada.

No es suficiente ver el panorama desde el Norte, en la bahía, digamos, en la mitad de la mañana, y pensar que uno ya lo conoce. Estúdielo en la hora del crepúsculo desde la popa del *ferry* viajando hacia la isla Staten, y encontrará un racimo brillante y ardiente, cambiando del dorado al rojizo sombreado de púrpura. Entonces hay cientos de miles de ventanas reflejando el fuego del ocaso.

Es nuevamente diferente cuando usted está acodado en la baranda del puente de Brooklyn y tiene ante su vista el ancho sendero ondulante del East River, el humo de los barcos en el puerto

Por la voz de Nueva York habla el misterio también. Tiene una blanda, sobrenatural música: una sinfonía de viento y altitudes, de mudo tránsito en la serpentina sin fin que se retuerce entre las colinas y pendientes de la ciudad, del ronco llamado del agua corriendo por muchas cañerías, de grandes trasatlánticos llegando de alta mar o partiendo hacia lejanas ciudades. Usted escuchará otra voz cuando permanezca en el puente de Brooklyn en las primeras horas de la mañana: el suspiro de las altas chimeneas, el áspero resuello de los remolcadores, el opaco murmullo de las gaviotas, el silbido del viento entre los cables del puente.

Después de todo esto usted no sostendrá que Nueva York es precipitada y desaprensiva. Llegará a la conclusión de que es muy variada, que tiene largas horas de paz. No se debe ir de allí sin cruzar el límite de Manhattan, hacia Brooklyn, Queens o el Bronx, después que las grandes casas de departamentos hayan oscurecido y los millones de personas se encuentren acostadas para el descanso nocturno. Entonces, estos barrios son como cualquier otra comunidad dormida. Sus calles están desnudas. Se oyen muy pocas pisadas. Por la mañana, como sucede en su propio pueblo, los lecheros dejarán oír los primeros ecos del día, los diarios matutinos caerán frente a las puertas de los departamentos, llorarán los bebés, los chicos saldrán para la escuela.

La leyenda hizo circular la versión de que no hay en toda la tierra calle más siniestra que Bowery, en Nueva York. Algunas guías turísticas han exagerado esta difamación. Bien, Bowery era oscura, pero incluso en sus partes más sombrías bajo las armazones del elevado, el vago de Bowery no fué nunca una amenaza pública. Era un individuo bajo, que hacía acelerar el paso de cualquier mujer que anduviera por allí. Pero descargaba su ardiente cólera sólo sobre él mismo. El holgazán de Bowery era —y es— un tipo triste, empujado por la vida dentro de un embotamiento alcohólico, pero raramente un hombre de instinto criminal. Usted quizá desee visitar este lugar, pero ya no es lo que era. Con la desaparición de las armazones del elevado y el sol desparramándose por todos los rincones, Bowery es otra calle de la ciudad que está perdiendo rápidamente sus oscuras casas. Están abriendo camino para la construcción de casas de departamentos y comercios.

Nueva York es en su mayor parte ladrillo, asfalto, concreto y acero, con los trozos verdes de sus parques. Sin embargo, dentro mismo de los límites de la ciudad, si usted quiere buscar un desahogo hay distritos semirrurales. Cruzando la bahía hacia la isla Staten, durante la primavera, el ómnibus o su propio auto pueden llevarlo por polvorientas calles de campo hacia pequeñas aldeas soñolientas bajo el calor del sol, hacia espacios cubiertos con grandes jardines de flores. Oirá el piar de los pájaros en los árboles y el rumoreo de límpidos arroyos; encontrará familias que pensarán en un viaje a Wall Street o Times Square como usted puede pensar en sus vacaciones.

En la isla Staten, más que en cualquier otra parte de Nueva York, podrá ver reliquias de la "ciudad que fué". Encontrará la casa Stillwell - Perine, construída en piedra y con techo de ripia inclinado, que tiene 275 años; en Nueva Drop verá el chalé Britton, todo cubierto de hiedra, edificado en seguida de la revolución americana. Si tiene oportunidad tome el subterráneo hacia el parque Van Cortland. Allí se puede perder en medio de tranquilos senderos; los conejos surgirán a su paso, inofensivas serpientes huirán asustadas. Usted caminará entre la densa sombra de los árboles, y los ruidos de la ciudad llegarán a su oído muy débilmente. Estará en la ciudad, aún, pero más allá del pavimento, más allá de las torres que se elevan hacia el cielo.

Antes de comenzar a caminar por Nueva York debe saber que gran parte de la historia de la ciudad está escrita en sus mismas calles. Los visitantes rara vez se percatan de ello. La calle llamada Wall, por ejemplo, actualmente tiene una pared (*wall*). Los primeros pobladores de la ciudad la construyeron para defenderse de los ataques de los indios. Broadway era, literalmente, camino ancho (Broad Way). Anteriormente había sido un sendero indio. Los pioneros lo ensancharon para poder mandar las carretas hacia el norte. En Maiden Lane (senda de las doncellas) hace alrededor de trescientos años las muchachas lavaban en un arroyo que corría por allí. Un molino (*Mill*) se eleva actualmente en la calle Mill.

En la calle Marketfield las mujeres de entonces iban a hacer sus compras (ropas, carnes, pescados, vegetales). Por Canal Street corría en un tiempo un canal. En tiempos coloniales la actual calle Cherry era un huerto de cerezas (cherry). Stone (piedra) fué la primera calle pavimentada de Nueva York. Los nombres de los primeros propietarios de tierras en Manhattan aparecen por todos lados —Rutgers, Duane, Stuyvesant, Warren, Lispenard, Doyers, Pell—. Cuando usted encuentre estos nombres comenzará a conocer algo de los primeros tiempos de la ciudad y de los pioneros que la construyeron. Su imaginación podrá ayudarle a ver a Nueva York cuando sólo era una pradera con huertos y caminos polvorientos.

El lugar no fué siempre de concreto ni estuvo siempre poblado por multitudes. Sólo creció más rápidamente que cualquier ciudad en la historia.

Una calle de la isla Staten (Richmond), dist ito perteneciente a la ciudad de Nueva York, cuyas casitas tienen en su arquitectura y disposición cierto aire de campo. En Richmond pueden verse reliquias de la ciudad "que fué" Nueva York.

EDIFICIOS Y MONUMENTOS

No te sujetes a otro modelo que el tuyo, ¡oh ciudad!

Walt Whitman.

Debido a su extensión y a lo heterogéneo de sus componentes, la nación norteamericana tardará mucho tiempo en llegar a su forma definitiva; pero esa forma definitiva será grandiosa.

Herbert Spencer, discurso en Nueva York en 1882.

—Una antorcha, querido... La libertad iluminando al mundo... Y allí está Governors Island, al otro lado. Allí donde los árboles... Y mira, ése es el puente de Brooklyn... Bonita vista, ¿eh? Y todos los muelles... Eso es Battery... y los mástiles y los barcos... y la flecha de la iglesia de la Trinidad y el Pulitzer Building...

John Dos Passos, "Manhattan Transfer".

La Estatua de la Libertad, obsequiada por el pueblo de Francia en 1884, se eleva hasta una altura de 98 metros en una pequeña isla de la bahía de Nueva York, al sur de Manhattan. Abajo: Vista aérea del Rockefeller Center, grupo de 16 edificios construídos de tal manera que se tapen unos a otros lo menos posible, intercalados con jardines, arbustos y fuentes.





La torre del edificio Tishman, con frente de aluminio, terminado en 1958, reluce en el sol de la Quinta Avenida. El edificio alberga las oficinas ejecutivas de la Compañía de Bienes Raíces y Construcciones Tishman, constructores especulativos que financiaron el primero de los nuevos rascacielos que se levanta en el 445 de Park Avenue.

El edificio Empire State, actualmente la estructura más alta del mundo, representa el clímax de la época de los rascacielos. Las estadísticas de este inmenso y sin embargo gracioso chapitel tienen cierta fascinación. Tomando en cuenta su torre de televisión, de 222 pies (73 metros), el edificio se eleva a una altura de 1.472 pies (490 metros). Tiene 102 pisos, a los que dan servicio 74 elevadores, algunos de tipo "local", otros de servicio "expreso". Las plataformas de observación en los pisos 102 y 86 atraen aproximadamente a un millón de visitantes cada año. Los enormes faros giratorios, a mil pies (trescientos treinta metros) arriba de la superficie, pueden ser vistos a ochenta millas (ciento veinticinco kilómetros) al nivel del suelo y a 300 millas (460 kilómetros) de distancia desde el aire. El vidrio que tienen las ventanas del edificio cubriría una superficie de 2 hectáreas de terreno.

Apenas en 1875 el edificio más alto de Nueva York era tan sólo de once pisos. El edificio llamado Woolworth, de 60 pisos, dominó el cielo neoyorquino desde 1913 hasta que se terminó el Empire State, en 1931. Actualmente hay más de sesenta edificios cuyas alturas pasan de los 100 metros.

Una de las novedades más interesantes en la ciudad es el Centro Rockefeller, unidad planeada de 16 edificios construídos de tal manera que se tapen unos a otros lo menos posible, intercalados con jardines, arbustos y fuentes. El espigado obelisco del edificio de la Radio Corporation of America (70 pisos) está en el centro, rodeado por otros edificios de diversas alturas. Todo tiene unidad arquitectónica. Una sección internacional incluye la Maison Française, el edificio del Imperio Británico, el Palazzo d'Italia y otros dos edificios dedicados principalmente a oficinas de gobiernos extranjeros y a firmas comerciales.

Más de 34.000 personas trabajan en el Centro, y un promedio de 125.000 visitantes acuden a él diariamente. Los edificios cuentan con el servicio de 216 elevadores. Los más rápidos de ellos pueden subir o bajar sesenta y cinco pisos en 37 segundos.

Al nivel de la calle hay un patio que se utiliza como café al aire libre en verano y como pista de patinaje sobre hielo en invierno. Tiene siete terrazas de jardín; una de ellas, la de los Jardines Internacionales de Rocas, tiene jardines típicos españoles, italianos, japoneses, holandeses e ingleses.

Quedan relativamente pocos edificios históricos en Nueva York, en parte porque una serie de incendios hizo estragos a la ciudad en los siglos dieciocho y diecinueve. Grandes incendios en 1776, 1835 y 1845 destruyeron centenares de hogares y edificios públicos. El incendio de 1776 —al principio de la guerra revolucionaria— arrasó una tercera parte de la — *(A la página 142)*

La amplia plaza del edificio Seagram, con sus fuentes y sus bien arreglados jardines, proporciona una entrada fácil y atractiva a los clientes y a quienes entregan allí mercancías. Los ejecutivos de importantes firmas de los Estados Unidos han encontrado que estar situados en Park Avenue los coloca muy cerca de gran parte del mundo de los negocios. La torre de bronce y vidrio, diseñada por Mies Van Der Rohe, uno de los más destacados arquitectos de los Estados Unidos, es un ejemplo especialmente sencillo de la "construcción de pared de cortina".

VIDA ECONOMICA



Pensad en la California, con la rutilante variedad de su producción agrícola, y en Ohio y Pensilvania, con sus grandes emporios industriales; vaciad los tres en un crisol y tendréis a Nueva York.

John Gunther, "El drama de los EE. UU."

Se habla mucho de los peligros de Nueva York, pero yo no veo más que uno: el peligro de hacerse millonario.

Julio Camba, "La ciudad automática".

En Nueva York se fabrican el 75% de todas las prendas de vestir que gastan las mujeres de todo Estados Unidos.

John Gunther, "El drama de los EE. UU."

Recuerdo algunas señoras de Nueva York, que me dijeron con un guiño desilusionado (tal vez ligeramente falso): "¿Somos una nación materialista, verdad?". Bueno, toda esta charla sobre el materialismo americano no es más que una cortina de chismes y calumnias necias.

Jacques Maritain, "América".

Los comerciantes cuáqueros se enriquecieron porque llegaron a alcanzar la fama de que jamás engañaban en el género ni pedían dos precios por una misma mercancía.

Ramiro de Maeztu, "Norteamérica desde adentro".

Pero, ¿en qué consiste esa forma de vida? Yo diría ante todo que en la solidez de las vigencias. La sociedad americana es la más firme y estable de que tengo noticia.

Julián Marías, "Estados Unidos en escorzo".

Wall Street, ¿hacen falta más datos? No. Allí tienen la mirada puesta los financistas de Nueva York y de todo el mundo. En esos pocos metros de terreno se dispone de toda la vida económica de los Estados Unidos de América...

NUEVA York es la capital financiera y marítima de los Estados Unidos. Centenares de las compañías más importantes han establecido sus oficinas principales en la ciudad, y millares de otras tienen allí sucursales. Es el centro nervioso administrativo de la vida económica de la nación.

La fabricación de ropa es la industria principal de la ciudad y la convierte en árbitro de las modas femeninas. Aproximadamente el 70 por ciento de toda la ropa para mujer que se vende en los Estados Unidos se hace en Nueva York.

La publicación de libros, revistas y periódicos, junto con los talleres de impresión, integran una industria que emplea a más de 120.000 personas. Además de quienes publican libros de interés general y revistas de gran circulación, hay centenares de comercios que publican asuntos especializados en temas tales como las finanzas, leyes, negocios, anuncios, radio y televisión, ropa para damas, ciencia, religión, cuidado de los jardines, fotografía, deportes, teatro, etc. Hay 16 periódicos diarios y varias docenas de periódicos pequeños de barriadas, la mayoría de los cuales son semanarios, y cerca de cincuenta periódicos en idiomas extranjeros. Muy unidas con los impresores y con quienes publican diarios y revistas trabajan las agencias nacionales de publicidad, de las cuales aproximadamente el 70 por ciento tiene sus oficinas matrices en Nueva York.

En el manejo y preparación de alimentos se emplean más de 80.000 personas. Más de 30.000 kilogramos de alimentos llegan diariamente a la ciudad.

Otras industrias de fabricación que emplean a 35.000 trabajadores o más son las de producción de maquinaria, metales, productos químicos, pieles y textiles. Nueva York ha sido la principal ciudad en cuanto a fabricación en los Estados Unidos desde 1824. Sorprendentemente, la fábrica común y corriente es, por término medio, pequeña, y ocupa tan sólo a diecinueve personas.

Se necesitan aproximadamente 160.000 tiendas para dar servicio a la población permanente y transitoria de Nueva York. Hay, por ejemplo, 26.000 tiendas de alimentos, 15.000 restaurantes, 7.000 tiendas de ropa para damas y 5.000 farmacias.

Un verdadero ejército de trabajadores de servicio es necesario para el funcionamiento de la ciudad: cientos de hoteles, comercios de lavado y planchado de ropa; miles de encargados del manejo de elevadores, electricistas, plomeros, lavadores de ventanas, carpinteros, conductores de automóviles de alquiler, mecánicos de automóviles.

El puerto de Nueva York, que llega más allá de los límites de la ciudad e incluye los muelles de Nueva Jersey, es el más grande del mundo, y se ha calculado que cada 22 minutos entra o sale un barco.

Una de las principales tareas que tiene a su cargo la administración del puerto es el enorme Aeropuerto Internacional de Idlewild, aún no terminado. El aeropuerto, ocupa un terreno de 2.000 hectáreas, el cual está siendo acondicionado para prestar servicios en la actual era de los transportes aéreos a reacción. Sus instalaciones incluyen un pintoresco parque, espacio para 6.000 automóviles de pasajeros y un nuevo edificio terminal de 30 millones de dólares para las compañías aéreas que viajan desde el extranjero. El edificio ha sido diseñado especialmente para hacer más rápido el paso de los viajeros por la aduana. Por lo general, un pasajero que llega puede estar ya en un automóvil de alquiler, rumbo a Manhattan, veinte minutos después de haber salido de su avión.

El túnel Holanda, de 54 millones de dólares, a treinta metros bajo el Río Hudson y aproximadamente de 2.800 metros de largo, fué considerado un triunfo de ingeniería cuando se terminó, hace treinta años, y principios similares a los utilizados para construirlo se siguen usando en las construcciones modernas bajo el agua. Por medio de un complicado sistema de abanicos y ventiladores el aire de la parte interior del túnel es cambiado completamente cada noventa segundos.

Los túneles son tan sólo parte del complicado sistema de aparatos subterráneos que presta servicios a Nueva York. El sistema de trenes subterráneos, que es propiedad de la ciudad y manejado por ella, tiene una longitud de más de 300 kilómetros. (Se ha calculado que el neoyorquino promedio pasa aproximadamente 168 horas anuales bajo el nivel de la tierra.) Otras cifras acerca de la ciudad subterránea: más de 6.000.000 de kilómetros de cables telefónicos, 6.200 kilómetros de tuberías de gas, 42 kilómetros de tuberías neumáticas para trasportar el correo, 1.150 kilómetros de tuberías de drenaje, 120 kilómetros de tuberías de vapor, a través de los cuales se hace pasar vapor desde una planta central para dar calor a varios edificios.

Aumentan los problemas de tráfico de la ciudad los "commuters", un millón de personas que trabajan en Nueva York —generalmente en Manhattan— durante el día y que regresan a sus hogares, en los diversos distritos o en los suburbios, en la noche.


ACTIVIDAD EN LA BOLSA





Foto de JAIME G. FONT

MUSEOS

Resulta tan indispensab'e una visita a Nueva York para un artista de hoy como una visita a Italia para un artista del sig!o XVIII.

Paul Morand, "Nueva Yo k".

Nueva York es actualmente el centro editorial del país; el centro del arte, del teatro, de la música, del ballet y de la ópe-a, y es centro de opinión acep ado en todo el país; centro de la radio y la te'evisión y centro del estilo.

John Gunther, "El drama de los EE. UU.".

Nueva York marca el ritmo y da el tono al país entero. Son los revisteros neoyorquinos que dec'den en gran parte qué libros han de leer los 150 millones de norteamericanos.

John Gunther, "El drama de los Estados Unidos".

EL Museo Metropolitano de Arte es el museo más importante de los Estados Unidos, con colecciones que van desde el antiguo Egipto hasta los tiempos modernos. La sección egipcia incluye aproximadamente 36.000 objetos que representan cuarenta siglos de la cultura de ese país. Hay una exposición muy amplia de armas y armaduras europeas, una colección de instrumentos musicales de todas partes del mundo y un Instituto del Vestido que cubre tres siglos de modas masculinas y femeninas.

Otros museos de arte incluyen el Museo de Arte Moderno, los Claustros —dedicados al arte y la arquitectura medievales—, el Museo de Arte Primitivo y el Museo Español, que incluyen también el arte portugués y el árabe.

El principal museo científico es el Museo Americano de Historia Natural, que cuenta con la mejor colección de dinosaurios en el mundo (incluyendo algunos huevos de dinosaurio de 60 millones de años procedentes del Asia Central), una famosa colección de aves y enormes colecciones de peces, reptiles, insectos y mamíferos.

Un establecimiento único y lleno de colorido es el Instituto Iglesia del Marino, que tiene un Museo Marino y una Escuela de Marina Mercante, además de servir como hotel y centro recreativo a los marinos. El resto del edificio de trece pisos está ocupado por una torre de faro, y una campana colocada sobre la entrada principal marca con su sonido las horas y las medias horas como se hace en los barcos. La Oficina de Marinos Perdidos del Instituto tiene contactos en todo el mundo que le permiten localizar a los marineros que están perdidos.

Una institución muy popular en Brooklyn es el Museo de los Niños, cuyo funcionamiento está coordinado con el sistema de escuelas públicas y ofrece exposiciones, películas, demostraciones científicas, horas de cuentos y otros programas que suplementan los estudios que los niños tienen en sus salones de clase. También de interés especial para los niños es el museo del Indio Americano de Nueva York, que tiene la mayor colección de instrumentos y armas de los indios en el mundo.

El Zoológico de Bronx tiene la colección más completa de animales vivientes en los Estados Unidos: aproximadamente 1.000 especies de mamíferos, aves, reptiles y anfibios. Es famoso por sus rarezas zoológicas, tales como el platypus, pico de pato. Hay zoológicos más pequeños en el parque Central y en Brooklyn, así como en Staten Island.

El Jardín Botánico de Nueva York, que ocupa un terreno de 92 hectáreas de superficie, tiene más de dos millones de especímenes de árboles, plantas y flores. Sus edificios incluyen un museo con un herbario y un salón de conferencias, un enorme conservatorio con exóticas plantas de todas partes del mundo, y un laboratorio. Bosques en miniatura, jardines de rocas y hierbas y un jardín de rosas que tiene centenares de variedades de esta planta se cuentan entre las atracciones del lugar.

Uno de los más modernos y acogedores lugares del Museo de Arte Moderno de New York es el Jardín Abby Aldrich Rockefeller. Este es el hogar permanente de importantes piezas representativas de la escultura contemporánea.

Vista del Theodore Roosevelt Memorial Hall, en el Museo Americano de Historia Natural.

"The washerwoman" (La lavandera) (1917), de Pierre Auguste Renoir, forma parte de la colección del Museo de Arte Moderno.

El Salón de Escultura Medioeval en la Galería Medioeval del Museo Metropolitano de Arte.

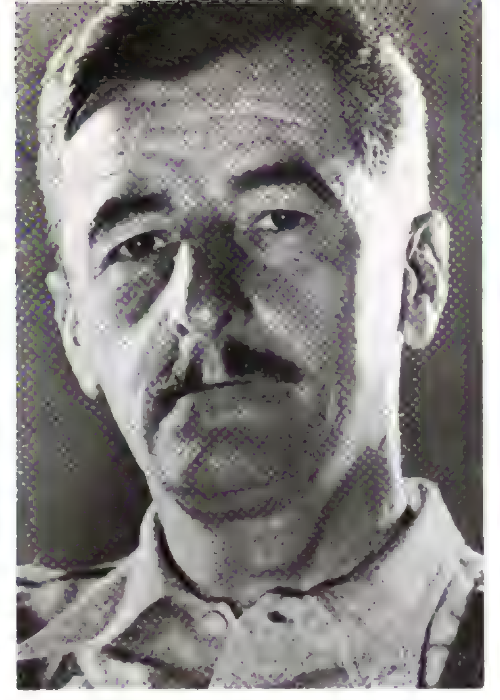


Osos de Alaska, en el Museo Americano de Historia Natural de N. Y.

Recientemente se inauguró una serie de esculturas egipcias antiguas en el Museo Metropolitano de Arte, que cuenta con personal especializado encargado de ilustrar a los visitantes sobre este arte.







Thomas Clayton Wolfe.

William Faulkner.

El gran crítico literario Henry Louis Mencken fué el pontífice de la generación del 20, desde el "American Mercury".

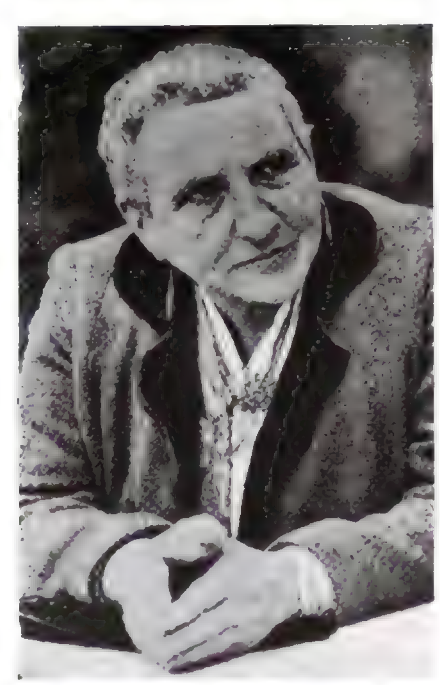


Por ***ERNESTO SCHOO***

LOS "ROARING TWENTIES" Y UNA

LOS "Roaring Twenties"... Para quienes conocen inglés y están al tanto de algunas circunstancias de la vida norteamericana, esas dos palabras evocan "la edad del jazz", la década entre 1918 y 1928, desde el fin de la primera guerra mundial hasta el comienzo de la tremenda depresión financiera de los Estados Unidos, en 1929 (así como los "Gay Nineties", el "alegre novecientos", son el equivalente americano de la "belle époque" francesa y de nuestro "fin de siglo").

¿Por qué se llamaron "roaring" —rugientes, desenfrenados— esos años veinte? La guerra del 14 abolió una manera de vivir, serena, cortesana, ornamental, última floración de un estadio de la cultura europea. Las privaciones de la lucha, el desenfreno de los instintos —que acompaña, casi naturalmente, a todo cataclismo—, la desaparición de tronos y dinastías, el acceso de las masas al poder político, el avance de una nueva clase social, la de los advenedizos, enriquecidos a menudo a costa de la sangre derramada: tales algunos de los factores que, al reflejar la profunda quiebra de los valores espirituales (manifestada también, recuérdese, en los horrores del comienzo de la era industrial y en el puritanismo victoriano), provocan un verdadero caos social e individual en el mundo entero. Un acontecimiento capital fué la emancipación de la mujer, quien enarboló como divisa de su estandarte el "*Quiero vivir mi vida*" característico de este período. Son las norteamericanas, formadas en la lucha de la colonización del Nuevo Mundo y enfrentadas con las duras condiciones económicas que impuso la *ferocidad con que los padres puritanos amasaron sus riquezas* (Keyserling), las que dan el ejemplo. Adiós a las lánguidas cabelleras, inspiradoras de los poetas, que se recogían en trenzas o en rodetones; adiós a las faldas largas y complicadas; adiós a la elaborada gazmoñería con que se jugaban, en los "Gay Nineties", las relaciones entre los sexos. La mujer-efebo de 1920 (pecho plano, talle bajo, melena corta y hasta peinada con fijador; pollera por encima de la rodilla) ha nacido y, como la del siglo XVIII en su momento, va a dar la tónica de su tiempo.



Gertrude Stein.

Un tiempo bien agitado, por cierto. A los acordes del naciente "jazz", surgido de los barracones de negros de Nueva Orleáns, y agitando sus caderas y sus larguísimos collares al compás del "shimmy" (literalmente, danza de monos), la emancipada damisela de los "Roaring Twenties" guía su automóvil, fuma en boquilla, cruza la pierna, se pinta una boca minúscula en forma de corazón y se lanza a "vivir su vida", entre el reguero luminoso y mortífero de las balas con que se ametrallan recíprocamente las pandillas de "gangsters" en las calles de Chicago, y el ulular de las sirenas policiales que horadan la noche en persecución de quienes desafían la ley seca reuniéndose en los "speakeasies" —bares— clandestinos. Este es el mundo conmovido, exaltado, rugiente y —visto ahora, a sólo treinta años de distancia— hasta un poco grotesco, sobre el que reinan Clara Bow, Al Jolson y, como un mastodonte sobreviviente de la edad glacial, Mae West; éste es el mundo en que les tocó vivir a muchos hombres y mujeres de talento, que dieron testimonio de él con sus obras y hasta con sus vidas. Algunos lo sobrevivieron y, excediendo sus aspectos circunstanciales, del absurdo y del furor extrajeron materiales perdurables (Faulkner, Wolfe, Eliot, Pound); otros, como Gertrude Stein, fueron los teóricos del movimiento; otros como Francis Scott Fitzgerald, se perdieron, para ser redescubiertos ahora.

París, centro irradiante de la "belle époque", mantuvo después de la primera guerra mundial su poder de atracción y de asimilación. Así, cuando apenas habían cesado de tronar los cañones, se desbordó sobre la Ciudad Luz una invasión de gentes afanosas, vestidas de manera extraña —o muy deportivas o muy rebuscadas—, de modalidades heterogéneas, pero unidas por el idioma (el inglés) y un solo deseo: conquistar a París y, con ella, el tesoro de la cultura occidental. Esas gentes procedían del Nuevo Mundo, pero muchas habían estado ya en Europa durante la guerra y allí volvían, desencantadas de la manera de vivir para la que habían sido educadas, de los horrores de la batalla, del provincialismo —que apenas comenzaba a sacudirse— de su país, los Estados Unidos de América. Querían apartarse, sobre todo, del pragmatismo, del limitado horizonte espiritual de la América de aquellos años. El gran crítico literario H. L. Mencken era su pontífice, desde las páginas del "American Mercury", donde se publicó el famoso —entonces— cuento de Herbert Ashburn "Hatrack", que trataba —¡por primera vez!— el tema de la vida de una meretriz en una pequeña ciudad norteamericana.

Pueden trazarse así las grandes líneas a trav s de las cuales la "generación perdida" (calificativo que le dió Gertrude Stein) intentará conquistarse espiritualmente: pesimismo, sentido de frustración, frenesí de vivir dionisíacamente, aun por medio de la destrucción (quizá en la esperanza subconsciente de que la destrucción operara una purificación). Porque aquello que, curiosamente, todas estas personalidades tan disímiles buscaban, en el fondo era una sola cosa (que es también la gran persecución de nuestra época): una pureza; una liberación de los módulos sociales heredados y fosilizados, un barrer de convencionalismos, una manera de comunicación espiritual con algo que está más allá de la experiencia (de ahí su antipragmatismo) y que sirva, a la vez, para unir a todos los hombres en el ejercicio de una vida profunda y cierta. Reinhold Niebuhr, filósofo y teólogo norteamericano, es el profeta del movimiento, porque sus ideas son a manera de "un esclarecedor sumario abstracto de todos los principales problemas que consideran los escritores norteamericanos modernos de formación no pragmática. No sólo son los lazos evidentes en la actitud cristiana de autores como T. S. Eliot y Thornton Wilder sino los menos obvios, como los del problema del "caos demoníaco" de la vida espiritual del hombre y su "autotrascendencia" en escritores como Thomas Wolfe, o los del problema de lo finito y de la libertad y sus soluciones desesperadas, en autores como Hemingway y Scott Fitzgerald o R. P. Warren.

Sylvia Beach abrió una librería, "Shakespeare and Company", en la parisiense rue de l'Odeon, en 1919. Su propósito era no tanto el de vender o editar libros, como el de reunir a los artistas norteamericanos que habían ido a París a beber en la fuente inmortal de la civilización europea. La librería estuvo abierta hasta la segunda guerra mundial, y se dice que Hemingway, llegado a la capital francesa con los ejércitos aliados en 1944, corrió con uniforme, sucio y cansado, por la rue de l'Odeon, gritando: "¡Sylvia! ¡Sylvia!". Iba, tal vez, en busca de su juventud, esa juventud que vive en las páginas de muchos libros imperecederos y que está detenida, espectralmente, en las fotografías que hace pocos meses expuso miss Beach en París en memoria de la "generación perdida".

GENERACION PERDIDA

Hemingway había escrito su primer cuento, "Allá en Michigan", en la primavera parisiense de 1921, el mismo año en que llegaba F. Scott Fitzgerald a la capital de Francia. Ya estaban allí, o fueron agregándose paulatinamente al grupo, Thornton Wilder, Waldo Frank, Henry Miller; el fotógrafo Man Ray; los músicos Aarón Copland y George Gershwin; Louis Bromfield, John Dos Passos, Ezra Pound, T. S. Eliot... En París residía ya, en la rue de Fleuris, entre cuadros de Picasso, esculturas negras y dibujos de Cocteau, la musa de esta "lost generation". Gertrude Stein. Una musa, fuerza es decirlo, de mucho talento pero muy acorde con el espíritu de los tiempos nuevos: hombruna, fea y sarcástica. Ella fué, según uno de sus críticos, "el catalítico en el caos físico-químico de la generación perdida"; su lema, definitorio y definitivo, era éste: "El objeto del arte es vivir por completo en el presente actual". "Su influencia —dice Strausmann— sobre la técnica de aquella generación fué decisiva".

Por el fondo de este cuadro deben cruzar ahora, más alejados, solitarios en la predestinación de su futura grandeza, los dos escritores quizá más perdurables del grupo: William Faulkner y Thomas Wolfe, que muy poco se mezclaban con sus bulliciosos compatriotas. Los acompaña la sombra ilustre y un tanto sulfurosa de un novelista irlandés, James Joyce, admirado ya por Ezra Pound y cuyo "Ulises", prohibido en los países anglosajones, fué editado por Sylvia Beach, por suscripción, en París y en 1922. Pound se fué a Italia, donde hallaría el camino de su vocación lírica, y T. S. Eliot, a Londres, donde se radicó.

El nombre de Francis Scott Fitzgerald se ha transformado en el símbolo melancólico de su generación. La frustración de su carrera literaria, que se anunciaba como brillantísima, y de su vida toda, acompañada siempre de aciagos incidentes, presta un fulgor sombrío a su figura de ángel condenado. Apuesto, inteligente, dotado para el brillo social del ingenio y la elegancia, Scott Fitzgerald no supo (o no quiso; ¿o no pudo?) resistir a las circunstanciales sirenas de su tiempo —que es también, en gran parte y hasta agravado, el nuestro—: el dinero, el afán de encumbramiento mundano, la fama publicitaria, la posesión material. Avido de poder y de gloria desde sus días de estudiante, el éxito de su primera novela, "De este lado del paraíso" (1920), encumbró a Fitzgerald a los 24 años de edad, a las cimas que ambicionaba, en medio del "ruido y la furia" de aquellos rugientes años veinte. Casado con la bellísima Zelda Sayre (quien le dió una hija, Scottie), formó con ella la pareja más atractiva y solicitada de Nueva York. Las locuras que cometieron juntos, celebradas por el círculo que los seguía en su tren dispendioso y despreocupado, forman parte ya legendaria de la crónica escandalosa de la ciudad. Lo curioso es que Fitzgerald pueda haber pensado en la posibilidad de vivir así y seguir dedicado a la literatura, que era (después de todo) la base de sus fabulosos ingresos y de su orgiástica existencia. Cuando despertó de su sueño, el río de los dólares —los dólares que le habían procurado, entre otras, las narraciones recopiladas en "Tales of the Jazz Age", que dieron nombre a la época— había cesado de fluir, y él y su mujer habían pasado de moda. Y lo peor —aunque fácilmente previsible— era que su nuevo libro, "Tender is the night" (1934), ya no tenía nada que ver con el mundo posterior a la gran crisis del 29, y fué rechazado por crítica y público.

Acosado por las deudas, por la bebida, por el fracaso literario, por la incertidumbre espiritual, Fitzgerald arrastra durante algunos años su mísera vida de ídolo caído, de espectro de un tiempo ya muerto. Zelda enloquece y es recluída en un sanatorio (donde morirá quemada en un incendio, como en un mal folletín, en 1948); y después de una breve experiencia como escritor de guiones en Hollywood, tan desastrosa como todo lo demás, Scott Fitzgerald muere en 1940, ya iniciada otra guerra.

Nada le falta a la "generación perdida": tuvo su pontífice, su profeta, su musa y su héroe, a quien los dioses destruyen cuando un drama termina y se inicia otro. Ahora se rehabilita a Fitzgerald en el mundo entero, cumpliéndose así la predicción de Gertrude Stein: "Fitzgerald será leído cuando muchos de sus contemporáneos famosos estén olvidados". Su testamento, que es como el epitafio de toda su generación —trágico, cruel, desesperanzado como ella misma—, parece hallarse en estas palabras amargas de "El gran Gatsby": "Creemos en el futuro orgiástico que año tras año retrocede ante nosotros. Se nos escapó entonces, pero no importa: mañana correremos más rápido y extenderemos nuestros brazos más lejos. Y una mañana... Así seguimos, navíos contra la corriente, arrastrados sin cesar hacia el pasado".



Clara Bow y su dislocado atuendo reinaron en aquel mundo conmovido, exaltado y rugiente.



Los Argentinos en Nueva York

La dirección de Atlántida ha tenido la gentileza de pedirme una nota para este número extraordinario dedicado a Nueva York, sugiriéndome a la vez la posibilidad de escribir sobre los argentinos en Nueva York, las dificultades que pueden encontrar para asentarse en la ciudad, sus lugares de reunión, sus costumbres, etc. Agradezco tanto esa gentileza como la oportunidad de tratar un tema que por su carácter negativo nunca hubiera afrontado por mi cuenta, aunque no me faltaran deseos de hacerlo. El hecho de que me haya sido sugerido facilita el trance, pues en realidad ese tema no existe tal como se lo concibe y de ahí que le adjudiquemos un carácter negativo. De todas maneras, la no existencia del tema justifica ampliamente esta nota porque resulta interesante explicar hasta qué punto se deforma corrientemente la idea de cuál puede o debe ser la vida de los argentinos que viven en el exterior, ya que lo que ocurre en Nueva York se repite en otros lugares del mundo, especialmente fuera de América Latina.

Para comenzar.. nadie sabe cuántos argentinos viven en Nueva York. El registro que mantiene el consulado es teórico y confuso porque ni todos los residentes argentinos se registran ni todos los que se registran son residentes. Para el caso, la información a poncho —que parecería la más adecuada— aumenta el desconcierto. Cuatro opiniones de residentes veteranos dan estos resultados dispares:

—Me parece que debemos ser unos mil quinientos...

—Quizá lleguemos a cinco mil...

—No tengo la menor idea...

—Creo que menos de tres mil...

Por mi parte, diría que más allá de calcular la gente que uno conoce —un centenar de personas, digamos— no se puede afirmar nada que sea serio. No hay elementos para hacer el cálculo. Las clásicas congregaciones de argentinos —el 25 de mayo y algunas noches en el Madison Square Garden— son imprecisas. Frente a la estatua de San Martín nunca faltan los argentinos que están de paso y siempre nos reunimos las mismas doscientas personas, más o menos; en cuanto al Garden, las voces de acento argentino que se oyen y el sector que aplaude parcialmente, suelen estar ruidosamente reforzados por la tripulación del barco de la Flota Mercante que acaba de llegar o va a partir. Por otra parte, un franco entendimiento de las cosas indica que no todos los argentinos que vivimos aquí pueden ir a la estatua de San Martín el 25 de mayo, porque es un día de trabajo, ni a todos les preocupa de la misma manera una alternativa pugilística. No obstante, ésas son las ocasiones en las que se reúnen más argentinos.

Lo único que se puede decir de cierto sobre la población argentina que reside en Nueva York es que ha aumentado considerablemente desde 1945 a la fecha; si se cuentan también los estudiantes y los médicos que la integran en períodos de dos o tres años por lo menos, no sería exagerado asegurar que ese aumento ha sido de 1 a 15 ó 20. A este hecho se agrega un espejismo promovido por el incremento de los medios de transporte, especialmente la aviación y en particular las dos compañías argentinas que unen a Buenos Aires con Nueva York. Ese espejismo se traduce en el aumento de la población argentina flotante. Encontrar compatriotas incidentalmente, cosa que hace quince años era una rareza, ahora es un episodio de casi todos los días.

Resumiendo, puede decirse que la colectividad argentina "visible" es muy reducida. Está constituída, principalmente, por el personal del consulado, el de la delegación ante la ONU, Y.P.F., y las diferentes comisiones que en conjunto forman lo que podríamos llamar el núcleo oficial y que tiene una relativa cohesión. En segundo lugar, están los argentinos que trabajan en la ONU formando parte del personal del secretariado y cuyo número no pasa de medio centenar. Estos dos grupos, con sus familias, representan el contingente de configuración más formal dentro de la población argentina. En tercer término, figura un sector de comerciantes, más o menos identificables, que no pasan de cuarenta; seguidamente está el núcleo que es el más numeroso y el más disperso, integrado por los inmigrantes corrientes, hombres jóvenes y solteros en primer lugar, matrimonios jóvenes después y, por último, familias. Y pese a que Nueva York es una ciudad que se distingue por el número y la aglutinación de las colectividades que alberga —45 en total— la nuestra podría destacarse por su dispersión, si su volumen hiciera más notable el caso. Precisamente, esa dispersión, sumándose al hecho de nuestro reducido número, nos quita a los argentinos que vivimos en Nueva York todo aspecto de colectividad orgánica. Aun considerando el cálculo más generoso, el de que seamos cinco mil personas, es fácil comprender que ese núme-

ro tiene que pulverizarse, necesariamente, bajo la presión de la gigantesca multitud concentrada en la ciudad, que en la sección metropolitana tiene 8 millones de habitantes, 4 más en sus zonas de influencia y adonde llegan 20 millones de visitantes por año. A todo esto se agrega un hecho psicológico que vamos a considerar después, y que parece ser un factor decisivo en la dispersión de los argentinos.

Para que nadie pueda señalar la omisión, anotemos dos hechos insignificantes que pueden correr el peligro de ser magnificados. La existencia de un restaurante y el tributo al fútbol. El restaurante se llama —claro— Buenos Aires y es propiedad de dos argentinos. Está en Colombus avenue y la calle 81, en un barrio de los muchos que dominan los portorriqueños; y a favor de su nombre, empanadas voluntariosas, parrilladas falsas y evocaciones, proporciona cierto consuelo relativo, más sentimental que gastronómico, a quienes tengan nostalgia por los bodegones de Mataderos o Avellaneda: una nostalgia que no parece afectar seriamente más que a una pequeña minoría de argentinos, aunque seamos muchos los que conocemos la existencia del restaurante...

Con el fútbol pasa algo parecido. Todos los años hay una temporada que se ameniza con los encuentros entre equipos que forman los integrantes de las delegaciones ante las Naciones Unidas. El equipo argentino, reforzado por residentes o turistas y los infaltables uruguayos que hacen causa común por el Río de la Plata, exhibe siempre su improvisado entendimiento ante un magro público de familiares y de amigos que nunca desperdician la oportunidad de tomar un poco de sol.

Y eso es todo. Prefiero no hacer otra cosa que señalar la existencia de una presuntuosamente llamada Sociedad Cultural Argentina que concentra sus esfuerzos y sus veladas en la veneración musical de Carlos Gardel y el perfeccionamiento del mambo, y a cuyas autoridades hemos observado —por teléfono— la conveniencia de darle a la asociación un nombre más danzante o substituir el mambo por clases de ortografía.

Y eso es todo, repetimos. Como se comprenderá, nada de esto es serio. El hecho de que de alguna manera o en algún lugar se reúnan de vez en cuando quince o setenta argentinos no significa que entre nosotros exista espíritu de colectividad, ni de que por lo menos exista una apariencia de ese espíritu...

En una palabra: los argentinos en Nueva York no se conocen entre ellos —exceptuando los pequeños grupos que se forman por razones amistosas—, ni se tratan, ni se ven. En el mejor de los casos se adivinan y, de ninguna manera, el conjunto forma nada que pueda parecerse a una colectividad más o menos formal.

Parecería que todo esto no dice mucho en favor de quienes vivimos aquí. La verdad es que esta situación refleja en el extranjero un hecho serio de nuestra vida nacional: la ausencia del espíritu de comunidad. Por carecer de ese espíritu en nuestra tierra carecemos en el exterior de espíritu de colectividad.

Aquí, en Nueva York, ese contraste es más grande porque, como lo hemos señalado, esta es una ciudad de colectividades que, por más que integren plenamente la vida norteamericana, no pierden su íntima cohesión. El ingreso a un medio lleno de presiones como es éste determina generalmente que los extranjeros se mantengan unidos formando grupos que tienen un sentido instintivo de defensa común.

El hecho psicológico que antes señalamos consiste en que los argentinos no reaccionamos, aparentemente, como los demás extranjeros. El instinto anotado podría subsanar nuestra ausencia de espíritu de comunidad, pero no es así. Los argentinos debemos figurar entre los extranjeros que se incorporan a la vida de Nueva York con más naturalidad y entre los que superan más velozmente las diferencias que existen con su lugar de origen. La vida neoyorquina tiene muchas características especiales, pero la principal de todas es la independencia que le da al individuo y en la cual los argentinos, indudablemente, encontramos un enorme auspicio para nuestras tendencias individualistas.

Todo esto quiere decir, simplemente, que el argentino, en la inmensa mayoría de los casos, no tiene ningún inconveniente para incorporarse a la vida neoyorquina. Conserva de sus costumbres y de su carácter todo lo que le viene bien y adopta todo lo que le viene bien de las costumbres locales. Reduciendo todo esto a hechos prácticos, aunque sean simples y elementales, puede decirse que no tiene dificultades en abandonar la costumbre de la siesta, porque el almuerzo se transforma en un lunch ligero que le facilita el deshacerse de esa costumbre. Y acepta ese lunch rápidamente porque le cuesta muy poco descubrir que ese sistema es más económico, cómodo y confortable, que se beneficia la salud y que está en mejores condiciones para terminar su jornada de trabajo, sea que se trate de un empleado, de un obrero o de un comerciante. En general, trabaja mejor y más a gusto; termina por descubrir que "le da menos trabajo trabajar". Para completar el ejemplo, agreguemos, en contraste, que deben ser muy pocos los argentinos que cenen de 5 a 7 de la tarde como lo hace la mayoría de los norteamericanos. Evidentemente, cenar tarde es un hábito inseparable de nuestra nacionalidad, y como después de las 5 todo el mundo es dueño de su tiempo, los argentinos seguimos cenando cuando nos da la gana, cosa que, por lo general, es después de las ocho y media de la noche...

Desde este aspecto elemental de la vida que señalamos hasta los más complicados y diferentes, ya sea en el mundo de los negocios, en el ambiente estudiantil o en el trámite diario, todo lo que configura la vida neoyorquina es aceptado por los argentinos sin ninguna dificultad. Evidentemente, para adaptarnos a la vida de Nueva York no tenemos que someternos a ningún proceso especial; parecería que todo lo que se necesita es, sencillamente, vivir en Nueva York.

Esta última afirmación elimina toda posibilidad de asignarle a la vida de los argentinos en esta ciudad ninguna característica particular. Se parece mucho a la vida de los argentinos en Buenos Aires, porque todo depende de las condiciones personales de cada uno. Tomar mate o no tomar mate no es un problema; además, hay yerba mate en muchos comercios.

Nueva York es una ciudad donde —al margen de circunstancias económicas— hay mucho en común, substancialmente, con la vida de Buenos Aires, Londres o París; más aún: eliminando esa circunstancia que decimos, Nueva York y Buenos Aires tienen entre sí más afinidad que la que puede tener Nueva York con cualquier otra ciudad de América Latina. No queremos decir que se parezcan, pero sí queremos decir que entre Nueva York y Buenos Aires hay más relación que la que puede existir entre Nueva York y Río Janeiro o Lima o Quito o la Habana... Cosa ésta que a la postre podría ser la razón definitiva para explicar, finalmente, por qué en Nueva York los argentinos se sienten como en su casa; como uno se siente en la casa de un buen amigo.

HORACIO ESTOL



La catedral católica de San Patricio, en Nueva York, contribuye a darle a la ciudad un encanto gótico. Fué construída durante el período 1858-1887. Los domingos, su misa es cita obligada de casi todo el mundo latino de Nueva York.



NUEVA YORK - ISLA MACIEL

EL ARTISTA Y EL PAISAJE

por CLEMENTE LOCOCO (h.)

UN gris denso, plúmbeo, desdibuja el perfil gigantesco de Nueva York. El cielo forma un dosel bajo, cercano. Hay un prenuncio de nieve o lluvia. En el aire tenso cae airosa, lenta, cadenciosa, una levedad blanquecina. ¿Una pluma? ¿Un copo de nieve?

La caída sigue su curso. Parece venir hacia mí como un dulce recuerdo, como una nostalgia. Por fin desciende al lago del Central Park, donde se refleja el gris envuelto del cielo.

Abro mi caja de pinturas. Comienzo a dar las primeras pinceladas para captar los tonos fríos de esta estampa prematuramente invernal. Los árboles están semidesnudos y casi tristes Las ardillas, inquietas, curiosean, observando con sus ojillos traviesos mi quehacer plástico.

Me cobijo bajo el arco de piedra de uno de los tantos puentes que entrecruzan el parque. Con un arranque nervioso borro las pinceladas que tracé momentos antes. Comienzo a pintar otra vez, con la misma visión, pero desde otro ángulo.

Muy pronto percibo un murmullo. ¿Es el rumor contenido de una fuente? Mas no: quizás el brioso sonar de distantes cascabeles. Ya oigo mejor. Son voces de niños, alegres, casi desbordantes. Llegan por fin, y me rodean con miradas curiosas. Llevan abrigados gorros de fuertes colores, pesados sacones y zapatones rústicos. Estoy sentado en el suelo, casi absorto en mi tarea. Ellos ríen sin cesar. Parecen celebrar el hallazgo de un pintor sentado en la hierba, o acaso ríen de la lluvia, como de una travesura del cielo.

Camino un poco para estirar las piernas y vuelvo a pintar. Un hora más tarde retorna el rumor de las risas infantiles, más cansadas. Los chicos vuelven de sus andanzas por el parque. Al andar van quebrando, con secos chasquidos, las hojas muertas de los senderos. Muy pronto me descubren otra vez. Están junto a mí, alegres y parlanchines. Miran mi tela, me observan mezclar los colores. Enmudecen un instante mientras curiosean y luego rompen a cuchichear.

Lo mismo que los niños de la isla Maciel que, pocos meses antes, descubrieron sorprendidos a un pintor intruso que se llevaba en la tela algo que les pertenecía.

"*—Miren —repitieron entonces una y otra vez—, está pintando la casa de Margarita...*" Estaba pintando, en efecto, un rancho de tristeza casi lírica. Y así terminó por llamarse la tela: "El rancho de Margarita".

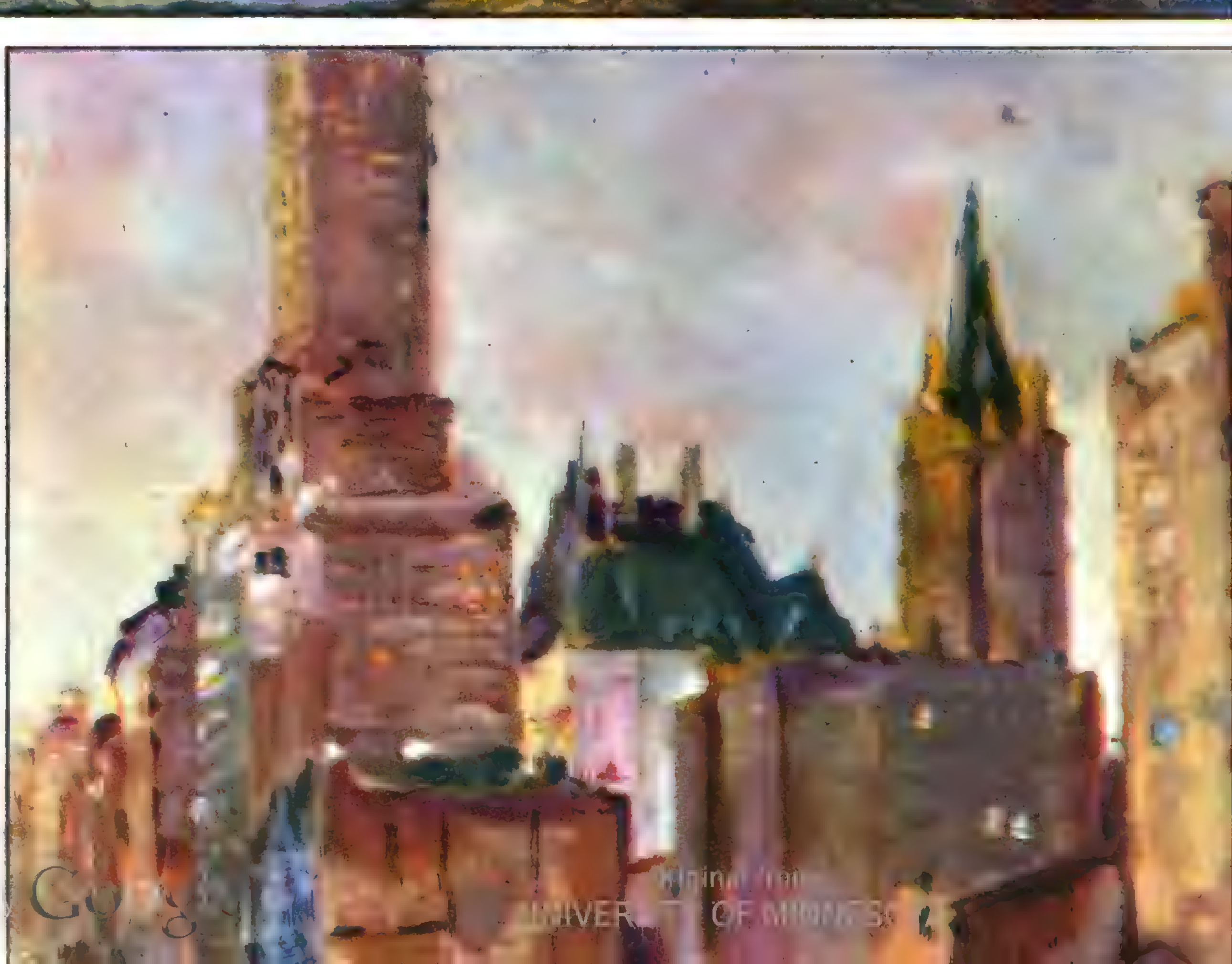
¿Por qué asociaba ahora, en Nueva York, el gris señorial del Central Park con la tristeza melancólica del "rancho de Margarita"?

Los chicos habían producido esta íntima relación. Hay un "modo" universal en todos los chicos del mundo. Estos del Central Park venían de patinar en el hielo. Los de la isla Maciel llegaban de su pequeña escuelita ribereña. Pero unos y otros, allá y acá, tuvieron para mis afanes de pintor la misma curiosidad gozosa. Es que los niños de todas partes tienen, además del lirismo de su risa cristalina, el mismo desapego por las fórmulas corteses y esa curiosidad, siempre insatisfecha, que hace asomar sus ojos asombrados a todas las cosas del mundo.

Por la íntima esencia de su trabajo, el pintor es siempre un testigo mudo de cosas eternas. Y la luz, el color, las formas o la rumorosa alegría de los niños, son también valores eternos, en Nueva York o en la isla Maciel...



Rascacielos desde el Central Park *(N. Y.)*, *óleo de Clemente Lococo (h.).*



←

Washington Square *(N. Y.)*, *óleo de Clemente Lococo (h.).*

Moles de cemento *(N. Y.)*, *óleo de Clemente Lococo (h.).*



Khrushchev realizó una corta visita al Lincoln Memorial y allí fue tomada esta foto, en la que se ve al primer ministro soviético teniendo como fondo el monumento a Abraham Lincoln, apóstol de la libertad y de los principios humanos de convivencia. ¿Habrá echado un vistazo Khrushchev a ese símbolo? ¿Habrá cruzado por su cerebro el real significado de la palabra **libertad** que tanto esgrimen los hombres, muchas veces en vano? ¿O se habrá alejado así, sin volver la cabeza? ¿Qué deparará al futuro del mundo esta reunión? ¿Se habrán puesto todas las cartas sobre la mesa? El tiempo dará la respuesta.



Luego de su rápida visita al Lincoln Memorial, Khrushchev asistió a un lunch en el

WELCOME,

ALGUNAS ALTERNATIVAS





Durante la recepción en la Casa Blanca, Nikita Khrushchev se dirige hacia la mesa, ofreciendo, gentil, su brazo a la esposa del presidente de los Estados Unidos de América.



PASADO el mediodía del 15 de septiembre aterrizó en una base aérea de Maryland el gigantesco avión en el que arribó Nikita Khrushchev. El presidente Eisenhower y otras autoridades, entre las que se encontraban Christian Herter y Henry Cabot Lodge, aguardaban al primer ministro soviético. Le tributaron una cordial recepción y a su paso fué tendida una alfombra roja, y una niña de la embajada de la URSS le entregó un *bouquet* de rosas rojas en nombre de los residentes rusos. Vale decir que Khrushchev no extrañó su color preferido a pesar de hallarse a tan grande distancia en espíritu e ideas de ese país que lo acogía sin calor, sí, pero con una sonrisa amistosa, con un radiante Welcome! Así fué saludado su paso por las calles de Washington, New York y Los Angeles. Frialdad en unos casos, aplausos en otros y algunos silbidos indicaron al visitante no sólo que ese país





Club Nacional de Prensa, donde dirigió su palabra a quinientos periodistas, respondiendo posteriormente a sus preguntas. Aquí le vemos en plena acción, impulsivo y gesticulatorio.

KHRUSHCHEV!

DE LA VISITA DEL SIGLO

extraño y casi enemigo no lo recibía con hostilidad sino también el ambiente de libre expresión de que goza el hombre norteamericano. Y es que mientras Rusia luchaba por conseguir primacía mundial por medio de la destreza en las experiencias interplanetarias y la conquista de la Luna, loable propósito desde el punto de vista científico, Estados Unidos educaba a su pueblo en el bienestar y la dignidad, en la libertad espiritual y económica: política de menor brillo, pero más importante desde el punto de vista humano, que es lo que interesa al hombre y a los pueblos.

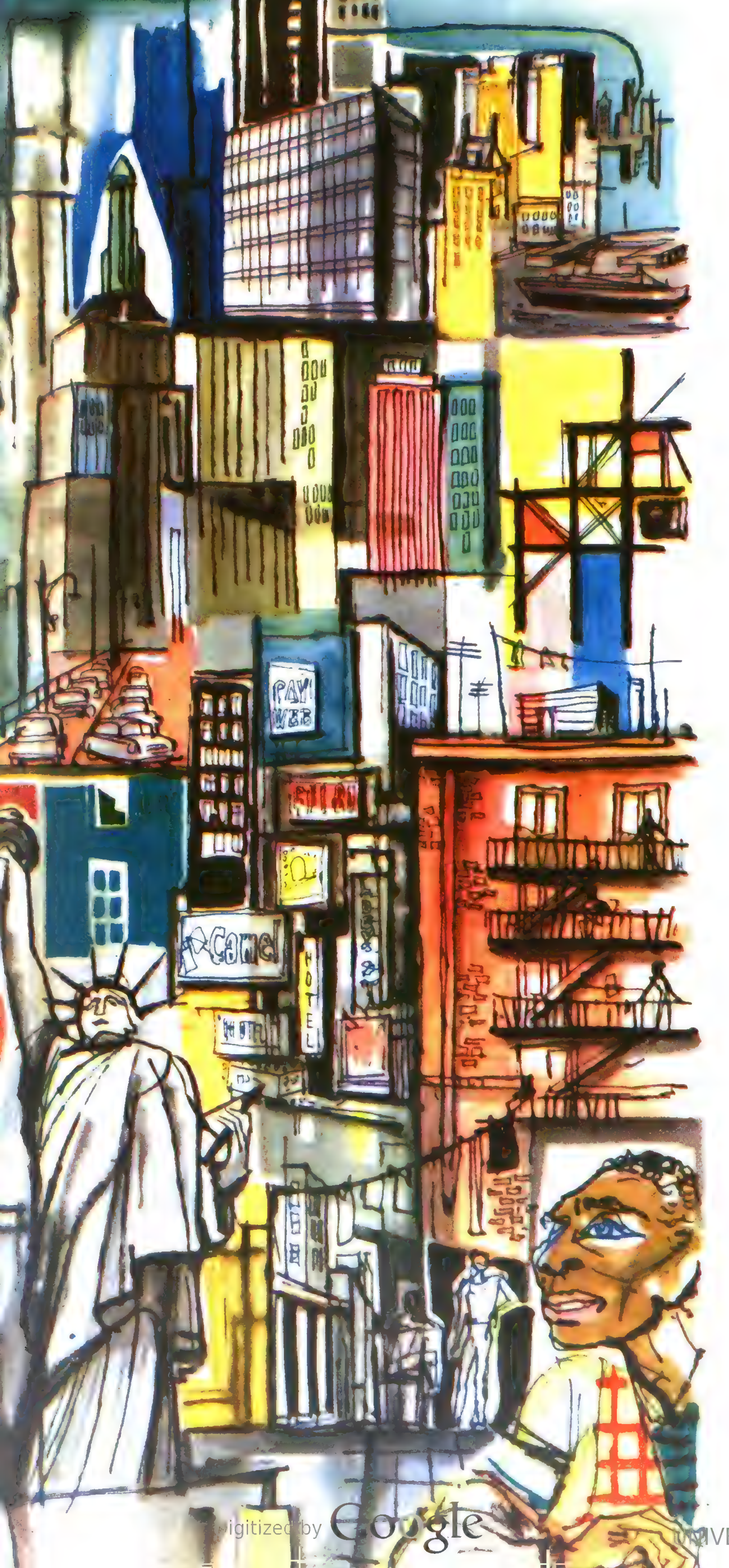
Entre los actos oficiales que se realizaron para agasajar al eminente visitante fué ofrecida una comida en la Casa Blanca. Khrushchev se presentó luciendo un sencillo traje negro, omitiendo la etiqueta que se estila en esas ocasiones. ¿Implicó esta actitud una simbólica rebelión del proletariado contra el capitalismo? ¿Fué sólo un reflejo del carácter del hombre simple que se esconde bajo el imponente apellido de Khrushchev? El caso es que su actitud no tuvo eco en su esposa —¡ah!, el eterno femenino—, pues ella concurrió vestida de fiesta, ya que rusa o americana, la mujer, sobre todo, es loable que se sienta mujer.

Quizá uno de los momentos más difíciles de su excursión por el gran país del Norte lo vivió Khrushchev en la entrevista con quinientos periodistas, realizada en el Club Nacional de Prensa. Allí se llevó a cabo una especie de mesa redonda, en cuyo transcurso le fueron lanzadas varias preguntas que evidentemente llegaron a ponerlo en aprietos y tuvo que recurrir a gritos y ademanes para poder contrarrestar en algunos casos la falta de argumentos. Bien que hay que considerar que eran muchos perros para un solo lobo.

El caso es que luego de ver cómo vive y actúa el pueblo de Estados Unidos Khrushchev pensó que el capitalismo no es tan malo para ellos, y que, si la gente vive conforme en ese ambiente, difícil será inculcarle ideas comunistas.

La esposa del primer ministro soviético mira sonriente al también sonriente Ike Eisenhower. Dios quiera que también el mundo pueda acompañarlos en esas desbordantes sonrisas.





SUCESOS EN LA HISTORIA DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK



1609 El navegante Henry Hudson, en busca de un pasaje más corto hacia el Oriente, asciende el río que hoy lleva su nombre unas 150 millas. El viaje de Hudson fué hecho bajo contrato con la Dutch East India Co. y despertó el interés de los comerciantes de pieles de los Países Bajos.

1624 Los primeros colonizadores, 30 familias holandesas y francesas, arribaron a la desembocadura del río Hudson.

1626 Más colonizadores llegaron luego, y la isla de Manhattan fué comprada a los indios por valor de 24 pesos en mercaderías. La nueva villa fué llamada Nueva Amsterdam (población, 200 personas).

1653 Nueva Amsterdam fué incorporada como ciudad, con un gobierno municipal de tipo holandés. La población alcanzaba a 800 habitantes.

1664 Carlos II de Inglaterra concedió el territorio holandés en América a James, Duque de York. Nueva Amsterdam fué capturada por fuerzas británicas y rebautizada Nueva York.

1673 Los holandeses vuelven a capturar a Nueva York.

1674 Los ingleses recuperan a Nueva York por medio del Tratado de Westminster.

1773 John Peter Zenger funda el periódico "New York Weekly Journal". Su juicio y absolución, dos años más tarde, sobre cargos de difamación basados en sus ataques contra el gobernador de la Colonia, fueron un mojón en la libertad de prensa.

1775 Transcurso de una medida de impuestos llamada Stamp Act por el Parlamento británico; despertó general oposición en Nueva York y en todos los lados donde los impuestos debían ser votados por los colonizadores en su propia legislatura. El Acta fué prontamente repudiada, pero despertó tensiones políticas que más adelante ayudarían a la guerra revolucionaria.

1776 La Declaración de la Independencia fué firmada y la guerra revolucionaria comenzó. George Washington arribó a Nueva York como comandante en jefe de la armada americana, pero en septiembre los británicos lo habían sacado fuera del área de Nueva York y la ciudad en sí quedaba en manos británicas hasta la finalización de la guerra, en 1783.

1789 El primer Congreso de la Nación, ahora independiente, se reunió en Nueva York —entonces la capital—. Washington fué el primer presidente.

1790 La capital nacional fué transferida a Filadelfia. La población de Nueva York era entonces de 33.000 habitantes.

1796 La primera congregación negra fué formada por la iglesia episcopal metodista de Nueva York.

1820 Con una población de 123.000 personas, Nueva York es la ciudad más grande del país.

1835 Un gran incendio destruyó 774 edificios.

1845 Otro desastroso incendio se llevó 300 viviendas.

1860 La población de Nueva York alcanza a 813.000 habitantes.

1882 La primera planta generadora de electricidad de Nueva York es inaugurada por el inventor Thomas A. Edison.

1898 "Greater New York" fué establecido combinando Manhattan y el Bronx con otros tres condados: Kinp (incluyendo la ciudad de Brooklyn), Richmond (sinónimo con Staten Island) y Queens. La población total era de 3.400.000.

1900 Un edificio de 26 pisos —el más alto del mundo— fué completado. El primer desfile de automóviles fué realizado en Nueva York.

1911 Un incendio en una fábrica de ropas causó muchas pérdidas de vidas. La atención fué puesta en las pobres condiciones de trabajo, y de ello resultó una nueva legislación laboral proyectista.

1918 El servicio de correo aéreo empezó desde Nueva York a Filadelfia y Washington.

1922 Un circuito inalámbrico fué inaugurado entre Nueva York y París. La población llegaba a 5.600.000 personas.

1931 El Empire State fué completado. Es aún la estructura más alta del mundo.

1939 La Feria Mundial de Nueva York fué inaugurada. Durante sus dos temporadas de actuación asistieron más de 45.000.000 de personas.

1946 Las Naciones Unidas eligieron a Nueva York como su sede central permanente. Construcciones de edificios comenzaron en 1949.

1951 Se inauguró el servicio postal de la UN.

1956 Arriba el primer grupo de refugiados de la revuelta húngara.

1959 El primer ministro ruso, Nikita Khrushchev, visita a Nueva York.



FULL TIME

25 preguntas a Edgar Poe en Nueva York

TODO lo que se sabe de Edgar Poe lo sabe todo el mundo. Incluso que su primera biografía formal, la de John H. Ingram, fué traducida a nuestro idioma por el argentino Edelmiro Mayer, que peleó en Chatanooga como asistente del general Grant, fué amigo de Abraham Lincoln y Benito Juárez y se desempeñó entre nosotros como gobernador de Santa Cruz. La edición argentina del libro de marras fué publicada por Peuser en 1887. Sarmiento se llevó un ejemplar al Paraguay.

Según todas las apariencias, Edgar Poe dejó de existir el 7 de octubre de 1849 en el Washington University Hospital, de Baltimore. Es fácil decirlo. Pero la metabiología nos demuestra que la vida no cesa. No tiene principio ni fin. La muerte absoluta no existe, así como no existe el reposo total, ya que durante el descanso las células siguen trabajando con el encarnizamiento de un batallón de comejenes. José Hernández se adelantó a Richet cuando sostuvo que el tiempo es una rueda. Es decir, que se mueve circularmente alrededor de la eternidad que le sirve de eje. Lo que fué es, deja de ser y vuelve a ser. Maimónides incorporó la resurrección a sus trece artículos de fe. Las doctrinas escatológicas y el mesianismo la admiten, reconociendo paladinamente que el alma es reversible.

¿Quién puede decirnos que el hallazgo que acabamos de hacer participa de la realidad o del delirio, si debe ser sometido al análisis policial o a la investigación onirológica?

Lo cierto es que Poe y poesía tienen la misma raíz, y rastreando la poesía de Poe nos encontramos con Poe en un bar de Nueva York. El bar está ubicado en la esquina de Fulton con Granbery Street, sobre el terreno que ocupaba la pequeña imprenta donde durante el verano de 1855 Walt Whitman, que trabajaba en el Brooklyn Daily Eagle, *imprimía* Hojas de hierba.

Es verdad que desaparecieron los bungalows de madera que rodeaban el lugar, para ser reemplazados por los vertiginosos sky-scrapers, *pero también es verdad que Poe, único, inconfundible y ubicuo, se halla bien hoy y aquí, como lo estuvo en 1829, cuando llegó a Nueva York para publicar la segunda edición de* Al Aaraf, Tamerlan y otros poemas menores. *Poe está vivo. Los ojos negrísimos fulguran bajo una frente ancha como una lápida, una frente cuyas dimensiones sólo podría disputarle Franz Werfel. Las manos largas y pálidas acentúan su palidez cada vez que las lleva a la cabeza para peinar en un gesto nervioso su cabellera albazana u oprimirse las meninges como si quisiera atenuar su latido. La emoción reprimida rompe sus pequeñas olas de púrpura sobre su rostro de caolín.*

—¿Edgar Poe...? —preguntamos tautológicamente, poniéndole la mano en el hombro como para asegurarnos de no estar soñando o tratar con un sosias.

El poeta de Las campanas *alza la cabeza y nos envuelve en su mirada desnuda y terebrante, preguntándonos con el gesto qué diablos queremos de él.*

Pedimos dos high balls *y nos ponemos a hablar. Poe calla y escucha. Cuando le nombramos a Hans Pfaall su personaje, de quien se habla tanto en estos momentos en los círculos científicos de Moscú con motivo de los Luniks, depone su actitud reticente y entra en órbita...*

Una hora más tarde salimos tomados del brazo a caminotear por la ciudad, cuyas antenas presentan armas al cielo.

En el centro de Bowery, en Chatham Square, saliendo del Thalia, *el teatro más viejo de Nueva York, nos encontramos con Nathaniel Hawthorne, el autor de* The Scarlett Letter, *nacido en Salem, como las brujas de Miller. Nos invita a compartir un whisky. Lo tomamos en el barrio latino y repetimos la dosis en Greenwich Village, donde Poe escribió* Gordon Pym *y* La caída de la casa Usher. *Hawthorne se despide bamboleándose y nosotros proseguimos el raid hasta desembocar en la taberna de Lee Chumley, en una de cuyas mesas podemos ver a Bret Harte y a O'Henry jugando a los naipes y bebiendo cerveza.*

Poe está animadísimo y habla sin necesidad de extraerle las palabras con tirabuzón. Las respuestas le pisan los talones a las preguntas y deflagran en el silencio del lugar, mientras el inn-holder *va y viene con las botellas como cumpliendo con un rito ineludible.*

He aquí una ínfima parte de lo que pudimos reconstruir —de verbo ad verbum— *de aquel inopinado discurrir neoyorquino.*

P. — ¿Qué pensaría usted de Nueva York si fuera extranjero?

R. — *No soy extranjero; soy norteamericano.*

P. — Defínala entonces como norteamericano.

R. — *Un infierno poblado de santos.*

P. — Su abuelo fué un general, su padre un actor y usted es un poeta; ¿qué le sugieren esos avatares de su familia?

R. — *La humanidad se corrige a sí misma.*

P. — ¿Cuál es para usted la mayor desgracia del hombre?

R. — *No poder estar solo.*

P. — ¿Y la de un escritor?

R. — *No ser leído por nadie.*

P. — ¿Por qué no nos ha dejado usted más imágenes que las de su juventud?

R. — *Es raro, dijo Gautier, que un artista sea conocido bajo su primer encantador aspecto. La reputación no le viene sino muy tarde, cuando ya las fatigas del estudio, la lucha por la vida y las torturas de las pasiones han alterado su fisonomía primitiva; apenas deja sino una máscara usada, marchita, donde cada dolor ha puesto por estigma una magulladura o una arruga. ¿Para qué iba a dejar lo peor de mí mismo? Mi verdadera imagen, además, está en mis libros.*

P. — ¿Cuántos habitantes tenía Nueva York cuando usted publicó su primer libro?

R. — *Ciento veinte mil.*

P. — ¿Cuántos ejemplares vendió?

R. — *Uno. Lo adquirí yo.*

P. — ¿Gracias a quién creció Nueva York?

R. — *A un excéntrico llamado Robert Fulton. Fletó un barco que en vez de velas tenía humo. Las cosas se precipitaron. Nueva York se llenó de inmigrantes: irlandeses, italianos, polacos, alemanes.*

P. — ¿Y... judíos?

R. — *Los judíos llegaron mucho antes, si nos atenemos al libro sagrado de los mormones. La cosa ocurrió en el año 421 de nuestra era. En la Gran Sinagoga de Salt Lake City puede ver usted los planchas de bronce y oro que contienen los anales de los pueblos de Nefi y de Jared, dispersados cuando la construcción de la Torre de Babel, planchas que habían sido ocultadas por los judíos de la tribu de José en una de las colinas de Ontario, hace mil quinientos años.*

P. — ¿Qué es lo que más le disgusta de sus apologistas?

R. — *Que me opongan a Walt Whitman. Ningún poeta más norteamericano que él, ningún poeta menos norteamericano que yo. Con él nació la poesía de las máquinas, de la vida mercantil, de los grandes ríos rumorosos, de los exploradores, de los inventores, de los constructores, de los oficios humildes, en la libertad y la camaradería con los hombres de todas las razas. "Al lado de mi larga bandera azul, al lado de mi bandera estrellada —cantó Whitman, como persiguiendo la paz por todos los mares y los continentes de la tierra—, oigo el jubiloso clamor de millones de hombres. ¡Oigo la libertad!"*

P. — ¿A qué cuentista ofrecería usted como modelo?

R. — *Al Nathaniel Hawthorne de* White Old Maid.

P. — ¿Hubo algo que lamentó no poder hacer alguna vez en su vida?

R. — *Sí, no poder vender mi sombra, como Pedro Schlemyl.*

P. — ¿Pudo vender alguna otra cosa imponderable en cambio?

R. — *Sí, mi soledad.*

P. — Si le pidieran una divisa para Nueva York, ¿cuál recomendaría?

R. — *Un dólar. Y, a continuación, las palabras que hizo estampar Constantino en las banderas de sus legiones:* In hoc signo vinces...

P. — ¿A qué edad publicó su primer poema?

R. — *A los 18 años. Pero no tuve el coraje de firmarlo. Hablaba de Tamerlan moribundo, que confesaba la triste y esplendorosa inutilidad de su sueño.*

P. — ¿Qué es lo que considera usted esencial en la poesía?

R. — *El misterio.*

P. — Dicen que usted enriqueció el alma americana más que el oro de California. ¿Tiene usted esa sensación?

R. — *El oro no enriquece el alma, la empobrece. La poesía no enriquece el alma, la adelgaza.*

P. — ¿Es cierto que escribió usted para Eugenio Sué?

R. — *No fuí el único. Sué tenía un ejército de "negros" a su servicio.*

P. — ¿Cuál fué la mujer más extraordinaria que conoció?

R. — *Mi suegra: Mary Clemm.*

P. — ¿Es cierto que no le permitía beber?

R. — *Entonces no habría sido extraordinaria. Yo bebía para no oír el graznido del cuervo, el tañido de las campanas. Lo dolce ber che mai non m'avria sazio... Recuerde que mis herederos —O'Neill, Dylan Thomas, William Faulkner, Ernest Hemingway— también vendieron su reino por un caballo. Por un Caballo Blanco...*

P. — ¿Qué puede decirnos de las mujeres?

R. — *Los impulsos femeninos son mejores que las razones de los hombres fuertes.*

P. — ¿Con qué nombres evocó a Virginia, su esposa, en sus poemas?

R. — *Eulalie, Ulalume y Annabel Lee.*

P. — ¿Por qué mujer habría hecho una locura?

R. — *Por Elizabeth Browning, la de los sonetos del portugués. La habría seguido hasta el fin del mundo..., acompañado de mi mujer.*

P. — ¿Cómo es que en Hollywood no han hecho aún una película con su vida?

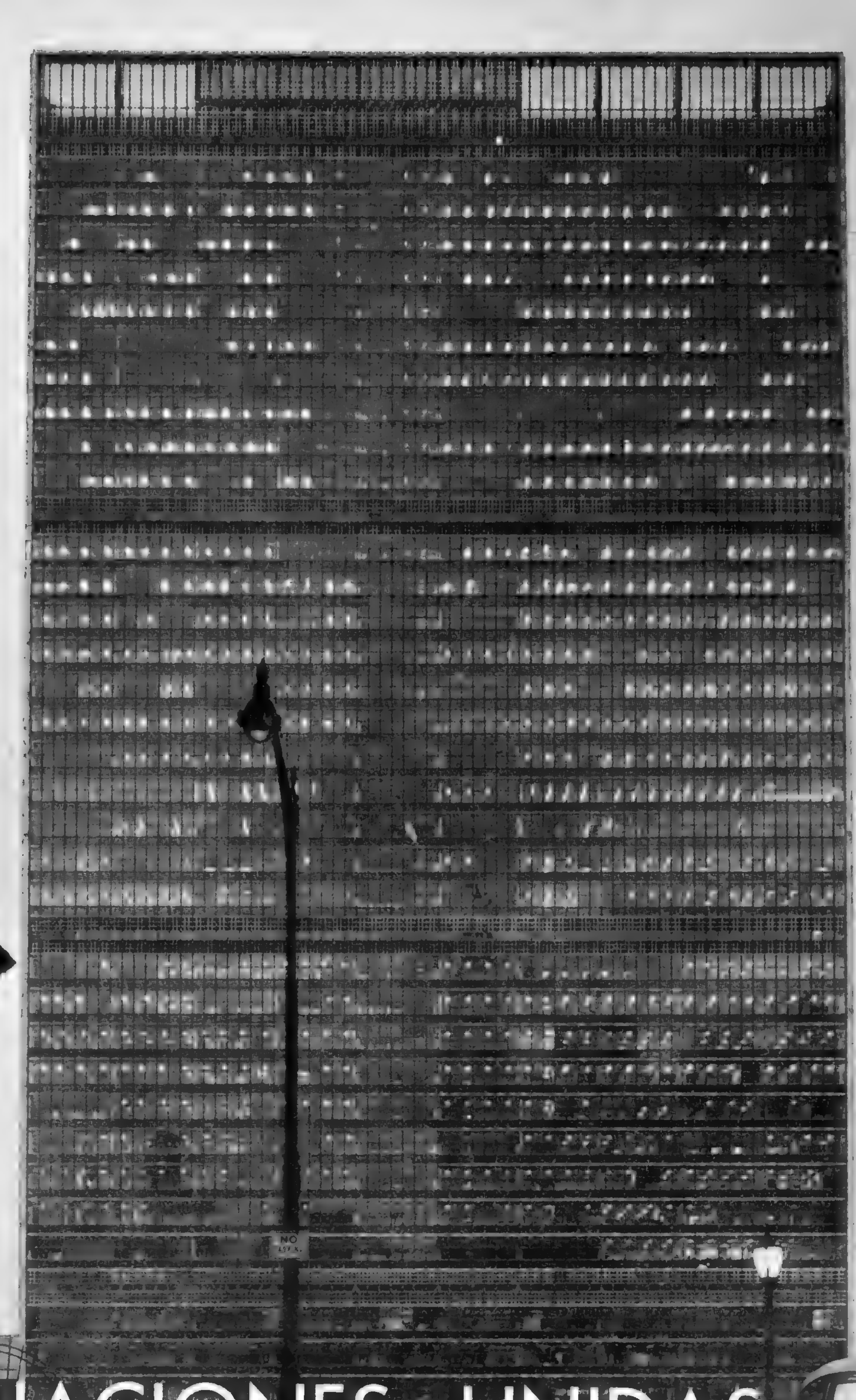
R. — *Porque todavía vivo.*

P. — ¿Piensa seguir escribiendo?

R. — *¡Nevermore!*

P. — ¿Por qué?

R. — *Porque dejaría de ser* **neverdying...**


NACIONES UNIDAS

Vista general de la Cámara del Consejo de Seguridad, en el edificio de las Naciones Unidas, en Nueva York. Esta sala fué diseñada por Arnstein Arneberg, y el gran mural fué pintado por el artista Per Krogh, ambos noruegos. El gobierno noruego contribuyó en el costo de la decoración.

El Consejo de Fideicomisarios está ubicado en el edificio de Conferencias del cuartel general de las Naciones Unidas. Esta sala fué amueblada según diseños del dinamarqués Finn Julh.

Todas las oficinas tienen ventanas al exterior, y la parte central del edificio es utilizada para cubos de elevadores y para bodegas. Las ventanas (son 5.400) han sido tratadas especialmente para reducir el brillo del sol. Se ha logrado obtener control individual de la temperatura gracias a 4.000 unidades acondicionadoras de aire. El tamaño y la forma de las oficinas pueden ser cambiados fácil y rápidamente por medio de divisiones móviles de acero. Una banda circular de acero transporta libros y documentos hasta cualquier piso del edificio a una velocidad de 33 metros por minuto. Frente a la Secretaría hay una fuente circular construída con fondos obsequiados por los niños de las escuelas de los Estados Unidos.

Los otros edificios de las Naciones Unidas son estructuras largas y bajas: la zona de Conferencias, con salas de conferencia y restaurantes; el edificio de la Asamblea General; y la Biblioteca. Todos los edificios están unidos por un complicado sistema de comunicaciones por el cual se puede escuchar a quien habla en su idioma original y simultáneamente en traducciones a los cinco idiomas oficiales de las Naciones Unidas.

El secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjold, escolta al primer ministro ruso, Nikita Khrushchev, y familia en la visita que éstos realizaron a la sede de la UN en Nueva York.

LAS oficinas centrales de las Naciones Unidas son un impresionante grupo de modernos edificios sobre una superficie de 7 hectáreas a orillas del río del Este. Más de las tres cuartas partes del terreno están dedicadas a jardines, flores y arbustos. Se logró llegar a este arreglo instalando a la Secretaría, en la que están casi todas las oficinas, en un angosto edificio de 39 pisos que, aunque ocupa tan sólo una superficie de menos de un cuarto de hectárea, proporciona aproximadamente ocho hectáreas de espacio de pisos. Cuando se la ve desde uno de sus lados angostos y sin ventanas, la Secretaría parece un gigantesco bloque de mármol. Tiene 167 metros de altura. 95 de largo, y tan sólo 24 de ancho.

Bajo este techo típicamente oriental se encuentra la campana japonesa de la paz, hecha con medallas y monedas de 60 países diferentes. Lleva esta inscripción: "Que viva eternamente la paz mundial". La piedra sobre la cual se asienta fué traída de Jerusalén, donada por Israel. Derecha: El péndulo de Foucault, instalado en el hall de entrada de la UN, da una prueba visual de la rotación de la Tierra. Su movimiento indica no su propio desplazamiento sino el de la Tierra. Es donación de Holanda y lo trajo la reina Juliana en su visita a las Naciones Unidas. Tiene un leyenda: **Es un privilegio estar viviendo hoy y poder vivir mañana.**




Marcel Kummer presenta modelos
de nutria y ocelot (leopardo)
El buen gusto de las creaciones
parisienses unido al refinamiento
de la mujer americana
inspiran las colecciones
de Marcel Kummer,
cuyo elegante estilo es inconfundible.
Grenier
Cerrito 1141
T. E. 41-0640
M. P.



WILLARD L. BEAULAC

Embajador de los EE.UU.

WILLARD L. BEAULAC

Embajador de los Estados Unidos

LOS viajes acucian la imaginación del niño. Desde su pueblo, en Rhode Island, sueña. ¿Llegará para él alguna vez?...

Postrimerías de la primera guerra mundial: 1918. Dieciocho años. Willard Beaulac, también. El flamante infante de marina está sirviendo a su patria. Aunque el destino suyo será el de servirla de otro modo. Distinta la ruta a seguir. Esta fuerza poderosa que nos mueve, nos lleva y nos trae, es la que ordena los acontecimientos en la vida del futuro embajador.

Fué en Virginia, en una buena mañana, una cualquiera, como acontece siempre. El joven Beaulac hojea libros en cierta biblioteca pública, cuando de pronto aparecen las dos palabras mágicas: Servicio Exterior. En la Universidad de Georgetown se abrirá una escuela destinada exclusivamente a esos estudios. Servicio Exterior...; el magnetismo de las dos palabras salta en la mente del joven como teclas de piano. Viajes, horizontes nuevos, hombres a quienes acercarse. Su vida se está decidiendo. El cerebro, al servicio de la imaginación, planifica las cosas, las ordena. Otros detalles contribuirían al cambio de ruta en la vida de Willard Beaulac, pero no cabe duda que aquella de Virginia fué la primera y decisiva oportunidad.

El jovencito de Rhode Island será diplomático, servirá a su país en esa difícil rama del quehacer cotidiano. Pero él no se convertirá en un funcionario de tantos que recorren las ciudades del mundo, de esos que viven impermeabilizados para todo lo que no sea su propio país. Beaulac no será uno de ellos. El se aproximará a los pueblos extranjeros, se acercará a los otros hombres, los penetrará en función de simpatía porque dentro suyo hay fina sensibilidad y mucho amor al prójimo. Así lo hizo. Ejemplo de voluntad al servicio de clara inteligencia, el gran corazón de Willard Beaulac fué siempre la fuerza propulsora de su acción.

Washington. La ciudad atractiva no logra desviar al joven de veinte años de lo que se ha propuesto. La vida es dura. Trabaja todo el día y, por la noche, estudia. Logra exámenes brillantes y obtiene el título de Bachiller del Servicio Exterior, siendo el suyo el primer diploma de esa índole que se extiende en el país.

Inmediatamente ingresa en el Servicio Consular, aprueba Derecho Internacional y comienza unos cursos de idioma español. Secretos mensajes dícenle que hablando y oyendo hablar esta lengua pasará casi toda su vida.

Es Willard Beaulac un experto en cuestiones latinoamericanas. Su libro "Embajador de carrera", autobiografía escrita con agilidad e interés, así lo patentiza. Este libro es considerado casi un texto para los jóvenes americanos que estudian diplomacia. Pero volvamos a su vida.

A su primer puesto en Tampico como vicecónsul, sigue una inacabable serie de funciones diplomáticas realizadas siempre en repúblicas latinoamericanas. Conoce, pues, la idiosincrasia de los hombres de estos países, sus cualidades y defectos. El México alucinante de aquellos años déjale gran bagaje de experiencia. Fiebre de petróleo por todas partes. Poblaciones que se forman en medio de esos campos petrolíferos que, como Xacamixtle, son una de las más sugestivas de la tierra. Aquí y allí, casas de juego, bares, mujeres llegadas de los sitios más inverosímiles, fortunas nacidas de un día al otro y que, de idéntica manera, se evaporan. Y el delito, en todas sus horribles formas. Días difíciles para un joven diplomático, lucha constante, intereses de connacionales que hay que defender, y no sólo los intereses materiales, sino las propias vidas. Pero el mundo norteamericano no es sólo el suyo; también Beaulac siente a México, sus antenas espirituales están en onda con él. Es como si su vida se le hubiera multiplicado, ampliándose.

A esta primera experiencia siguen muchas otras. Latinoamérica tiene raíces comunes en todas partes. Sangre india e hispana. Bravura, pasión, orgullo innato y, debajo de todo eso, ardiendo al fuego de la grande alma latina, una inmensa sencibilidad.

Recibe el nombramiento de cónsul en Puerto Castilla (Honduras) cuando sólo tiene veintitrés años. Revoluciones, incendios, matanzas, son hechos cotidianos. América del Sur es así. El embajador Beaular aprende desde entonces a no inmiscuirse en asuntos internos de ningún país. Es línea de conducta, de la que no se aparta jamás, algo tan íntimamente suyo que hasta lo torna obstinado.

A Honduras siguió Chile en los días de su gran pleito de Tacna y Arica. Willard Beaulac, cónsul en esa ciudad, es nombrado secretario auxiliar en la Comisión de Arbitraje, y, de allí, a la paradisíaca Haití. Era grato oír —dice— desde el porche de la casa del pastor protestante, en las noches claras de Puerto Príncipe, el tam-tam de los negros enviando misteriosos mensajes de montaña a montaña. El joven norteamericano se acerca a esos negros con humana simpatía y recibe de ellos amistoso calor.

Nicaragua es la tierra de sus nuevas andanzas. ¡Y sí que anduvo y vió andar! En la mañana trágica de aquel 31 de marzo de 1931, cuando la ciudad de Managua fué conmovida en sus entrañas por el peor terremoto de América, Beaulac, de pie en el vano de una puerta, vió volar paredes, techos, objetos que se despedazaban en el aire y gente arrastrada de un lado a otro mientras el fuego de los incendios trepaba a los cielos.

Diez años después, una noche en La Habana. El embajador Messersmith está diciendo cosas graves —no es ésta hora de palabras, sino de acción—. Europa, sumida casi íntegra en las sombras del totalitarismo hitleriano. América, amenazada... Hay que actuar sin pérdida de tiempo.

Los asistentes a la pequeña conferencia, Beaulac entre ellos, quedan consternados. Pocos días más tarde recibe nuestro embajador orden de viajar a Madrid en misión especialísima.

Aquello no es nada fácil. Hay que tejer muy fino y, al mismo tiempo, con hilos resistentes y de buena calidad.

Nuestro diplomático cumple brillantemente su cometido. Mesura, inteligencia y ese "savoir-faire" que le caracterizan son las llaves de su éxito.

Recordará a España con la fuerza que ella sabe despertar en quienes se adentraron en su alma. —"Imposible no querer a los españoles"— afirma, para añadir luego—: "El pueblo español posee el defecto de sus virtudes"—. ¡Qué exactitud la de estas palabras! ¡Qué justeza!

De España, un salto hasta Africa del Norte para conversar con Murphy, empeñado en el desembarco de tropas americanas en Francia. Se perfila el final de la guerra, y los hombres que como nuestro diplomático han trabajado por la democracia pueden estar satisfechos.

Lo demás, corolario lógico. Willard Beaulac es ascendido a embajador. Cumple sus funciones en Paraguay, Colombia, Cuba, Chile y, actualmente, Argentina.

En 1949 se le distingue con el título de Doctor en Leyes Honoris Causa. Más tarde, delegado de los Estados Unidos a la IX Conferencia Regional de Estados Americanos y también consejero de la delegación de los Estados Unidos a la 4ª Reunión Consultiva de Cancilleres de los Estados Americanos. Su versación en asuntos jurídicos-internacionales es incontestable.

Hoy, en sus sesenta años, el embajador Beaulac es un hombre joven. Aunque el trabajo absorbe muchas de sus horas, aún le queda tiempo para leer y pintar, sus ocupaciones preferidas.

PILAR BESCÓS





EL ROSTRO DE NUEVA YORK SE TORNA CLASICO

Por ULYSES PETIT DE MURAT

RECUERDO muy bien mi estado de ánimo cuando emprendí viaje hacia Nueva York, por primera vez, en el invierno de 1952. La creía, definitivamente, la ciudad opuesta al clásico recinto espiritual de piedra y gente que nos describe Foustel de Coulanges en su memorable ensayo sobre Roma. La pensaba agitada, dispersa, estridente, en apretado y atemorizante símbolo de ese extraño adjetivo, "moderno", que en el fondo no significa nada y que, en el momento mismo de ser enunciado, en la medida en que somos tan fugazmente presente, se transforma en algo pasajero. Porque Nueva York no escapa a la terrible definición que Esquilo hizo de los hombres, al llamarlos "seres efímeros". Es una colmena más para estos seres. Y por lo tanto no carece de ninguna de las características que definen los conglomerados humanos que llamamos ciudades. Su mecanización dista de haberla hecho una especie de vasto dínamo en permanente conmoción. Puede sorprendernos con un brusco rapto de romanticismo, a la manera de Londres, cuando vagamos por Washington Square. Tiene una atmósfera aquietada de museos, a la par de París. El Central Park nos acerca un verde tan prolijo y mediterráneo como el de Villa Borghese, en Roma. Cuando recorremos sus muelles o miramos su faz lejana, corriendo por el camino que bordea el Hudson, la elevación de los dados de sus casas grises se torna tan proporcional como los de altura menor que limitan las espléndidas calles de Florencia que se pegan al Lungo Arno. Y las callejuelas de Washington Hyde o el Bronx nos asoman eso de aglomerado, de incoherente y para mí infinitamente fascinante que tienen todos los barrios populares del mundo, incluídos los nuestros de la Boca o Avellaneda. Sólo cuando penetramos despaciosamente el sentido de su ámbito, éste se nos torna especial y distinto, a la manera con que procede el amor al definir un rostro, un ser, sacándolo de la correntada de seres que nos cerca, de la marea de rostros que, como sucedía en los sueños maravillosos de Tomas de Quincey, se derrama constantemente sobre nuestra percepción, en tanto duran nuestras cortas vigilias sobre la tierra. Yo necesité cinco viajes a Nueva York para entenderlo un poco. No puedo hacer como Paul Morand, que sin haber ido a una macumba, en Brasil, la describió y afirmó, acerca de los hombres de Buenos Aires, que iban vestidos de negro, porque con Borges, Nicolás Olivari, Oliverio Girondo y Raúl González Tuñón lo llevamos a comer a un antiguo paradero de carros de la Chacarita, sitio habitual de reunión de los múltiples funebreros de la zona.

En este último viaje, tal vez por la intensidad que comunica a todo la despedida, se me clarificó Nueva York. Al regresar a Buenos Aires, ya Nueva York por fin amado, se iba del alcance habitual que me daba el resistir en México. A pesar de los cuatro mil kilómetros que separan a las dos ciudades, uno puede ir, gracias al automóvil y a las rutas excelentes, de "puerta en puerta", vale decir, como en mi caso, de la Calzada del Desierto de los Leones, en el barrio de San Angel, donde vivía, hasta la calle 34, en el corazón de Manhattan. Y el contraste es, simplemente, fabuloso. Todas las identidades desaparecen. Y la personalidad de Nueva York, la más vieja de las ciudades modernas, se nos impone. Aparece clásica, formada en toda su plenitud, es decir, clá-

sica a más no poder. Ante todo revela una gran voluntad de dominio, de una manera más terriblemente concentrada y severa, en Wall Street. El recinto amurallado sugiere, por otra parte, un poder ajeno, por ejemplo, a la pompa de los Luises de Francia. Las calles rectas, tirantes, y las avenidas de enorme amplitud y voluntad infinita de prolongarse nos hablan de la prolongación de esa voluntad en el tiempo y el espacio. Estamos en Nueva York mucho antes de llegar a sus límites, sobre la Ruta Uno, que viene del profundo Sur, y que con el ajetreo de su tráfico a través de multitud de lugares muy fabriles y poblados, nos obliga al paso lento que naturalmente rige el movimiento de los humanos en las antesalas de los poderosos.

Tan ajeno es Nueva York a la pompa —quizá por ser sus fundadores gente no latina y sometida a todas las convenciones austeras propias del protestantismo— que a pesar de abundar en lugares extremadamente confortables y monumentales, su apariencia general es despojada. Hay que descubrir los mármoles y bronces, por ejemplo, de un Rockefeller Center. Hay que haber estado una y otra vez en la intimidad suntuosa de los comercios de la Quinta Avenida o arriar a los reductos aristocráticos de Sutton Place, de Park Avenue, para saber qué cálido lujo, qué abundancia increíble —desde el mantel con encajes hasta el cuadro de firma asombrosa— esconde este Nueva York de contorno a primera vista ascético. Nueva York, siempre, es más la ciudad que trabaja y conquista en un ajetreo tremendo cada una de las ventajas que hacen un regalo de la vida del hombre, que ese refinado exhibicionismo de molicie, de cosa blandamente heredada, que comportan zonas enteras de las ciudades austríacas o italianas. Nueva York es la capital del hombre que "se hace a sí mismo" y que no renuncia sino muy enfermo y viejo a salir, con las mejillas apretadamente rasuradas y una ropa impecable, rumbo a su labor. Y tratando continuamente de ampliarla, de que tenga un sentido virtual de conquista, de triunfo en el terrible hervidero de una competencia escalofriante. Esto, desde luego, hace de Nueva York, asimismo, una ciudad de gente nerviosa y que, a veces, es la que presenta ejemplares de gente agresiva, poco atenta, difíciles de encontrar en el resto del país. Pues, en general, los norteamericanos tienen una resuelta voluntad de ser amistosos. Yo he recorrido ese continente que son los Estados Unidos de Norte a Sur y de Este a Oeste, conociendo, sin cesar, personas que me lo brindaban todo —desde la información precisa, hasta la agradable intimidad de sus limpios hogares— con una conmovedora sencillez. Justamente recuerdo que yendo en mi último viaje hacia Nueva York, con una endiablada temperatura de 19 grados bajo cero, erré el camino. El automóvil se me deslizaba peligrosamente sobre la superficie helada de una ruta vecinal. Me sentía triste, en mitad de una noche tempestuosa. Salió una señora. Me ayudó a que el automóvil pudiera encaminarse, con indicaciones precisas, luego de haberme invitado a penetrar en su casa bien caldeada. ¿Quién, en ningún lugar del mundo, se cuida de salir, en una noche semejante, para ayudar a quien ni siquiera ha pensado en molestar a nadie? Hombres, mujeres y niños son así con mucha frecuencia en todo el territorio de los Estados Unidos. Abundan en Nueva Orleáns, en San Francisco, en Tulsa o San Antonio. Pero Nueva York debe esconderlos en barrios que yo no he frecuentado. En su mayoría las personas que andan por el centro están inquietas y tienen rostros y ademanes muy tensos. Para mí, por ejemplo, resulta una aventura insoportable tratar de comprar algo en una tienda tan grandiosa como Macys's, en los días cercanos al fin de año. Entrar por una puerta y salir por la otra me ocasiona un desaforado consumo de aspirinas. No creo que exista gente tan impaciente. No creo que ningún cliente latino permitiría, en las tiendas de su país, que una policía especial los hiciera circular como si fueran manifestantes indeseables, en días de motín callejero. En esas cosas aparece la elefantiasis de Nueva York. Pero Nueva York, como todas las ciudades del mundo, tiene la maravilla inusitada de sus noches. Broadway arde como nuestra calle Corrientes, aunque son infinitas más luces. Eso es lo que cada ciudad tiene para fabricar un espejismo, bueno especialmente para los turistas y para los modestos habitantes de extramuros. Yo no me refiero para nada a Broadway, con sus teatros, sus cines, sus salones tipo feria con cantidad de aparatitos de juego y puntería, sus vendedores chillones de divertidos juguetes, su río de gente por fin no tan ansiosa, no tan agitada, a la búsqueda de algún mendrugo de placer, que debe ser encontrado con cierta lenta expectación. Hablo de la ciudad que muestra, por fin, su rostro tranquilo, preciso, silencioso. Wall Street, digamos, es un desierto. Se puede —¡oh milagro en este Nueva York que persigue el estacionamiento como un delito!— dejar el automóvil frente al restaurante italiano y comerse una *pizza* a la napolitana con toda tranquilidad. Se puede alcanzar un bar abierto en la Tercera Avenida, donde Dylan Thomas iba consumando su horrible suicidio alcohólico, noche tras noche, sin tener que abrirse paso a codazos y sin esperar mesa. Se puede vagar por el Greenwich Village, observando una población extravagante, alguna casa con letreros en griego clásico, ciertos cafés italianos que sirven express entre estatuas supuestamente antiguas y cuadros atribuídos (inútilmente) a grandes maestros. Se puede subir hasta Harlem y ser mirado sin mayor amistad por damas y caballeros negros. Se puede andar entre portorriqueños que hablan un español maldito. Se puede mirar, empinado contra el cielo, el edificio estupendo de las Naciones Unidas, la famosa muralla de cristal, dentro de la cual nadie se entiende, pero donde ese no entenderse toma un aspecto sutilmente kafkiano, con infinitos reglamentos y un orden tiránico. Se puede observar el rastro inglés en hileras e hileras de casas de ladrillo, de lo más londinenses. Se puede, por fin, notar cómo Nueva York se ha tornado clásica para siempre y son otras ciudades del mismo Estados Unidos o de Holanda, las que ahora pueden aspirar a ese adjetivo de "modernas", del que hablamos al principio de nuestra crónica.

Incluso Nueva York quedó paradojalmente antigua al suprimirse el elevado de la Tercera Avenida. Por primera vez vi esos antros que ofician de alojamiento para la multitud de hombres y mujeres que han dejado, casi, de serlo. No se atreven a llamarse hoteles. Se designan a sí mismos como "houses". Siempre tienen un hall iluminado, visible a través de amplios vidrios nada limpios y puertas batientes que acunan o sacuden a los borrachos. Cerca, en abierto contraste, el mercado de los brillantes, y no muy lejos, la comida sutil —especialmente cantonesa— de los restaurantes del Chinatown, el colmo del refinamiento en materia culinaria. Todo —comida, alojamiento, brillantes— bien en la línea "antigua", como se ve. Incluso en el aspecto limpieza, a pesar de sus blancos camiones potentes y sus recolectores de basuras con trajes y guantes blancos, Nueva York aparece en ciertos lugares —el Bowery, por ejemplo— idéntica a las descripciones antiguas del Marais de París o el Madrid del siglo pasado. No se debe a una miseria especial. Más bien a la densidad de población y a esa abundancia de papeles, envases, diarios de cien páginas los domingos, típicos de la vida estadounidense. Nada puede luchar contra ellos. En los pueblos más bonitos, a espaldas de calles rientes, tropezamos muchas veces con ese amontonamiento de latas y cartones. De allí los letreros severísimos que amenazan con multas a los que arrojen basuras.

Nueva York, para muchos, tiene algo del trepidar del jazz. La música que venía del Sur, con sus ritmos brillantes y sostenidos, fué hecha suya por Nueva York. No creo que la expresara tanto como que, en el fondo, encarnaba una apetencia de aturdimiento visible en el mundo contemporáneo, del que Nueva York es una zona tan representativa. Gershwin dió forma musical a esos metales brillantes y ardientes síncopas del Sur, mezclándose al trajinar insólito de las calles de Nueva York. En sus coloridos compases apunta también la aventura ciudadana. La que va de la mera sorpresa sentimental, tan agudamente relatada por O'Henry antaño y ahora por Truman Capote, hasta la criminalidad que tuvo su apogeo cuando de Five Points salió para Chicago a jugar millones bajo el cono de sombra de la prohibición, Al Capone, alcanzando perfiles legendarios. Porque todos los pistoleros italianos importados y sus oponentes irlandeses entraban por el puerto de Nueva York y en esa ciudad hicieron sus primeras armas. Trato de abarcarla con su planetario, sus túneles con un tráfico feroz bajo el río, sus puentes de hierro, sus comedias musicales resonantes de metales y exornadas de piernas altas, iguales, repetidas como en un espejo, a la manera de los Rockets del Radio City; su inmensa y plácida Biblioteca, sus museos con Goyas y Van Goghs, su "New York Times", tan parecido a "La Nación" de Buenos Aires; sus avisos luminosos, que todas las ciudades del mundo (incluídos los alrededores del Duomo de Milán, y con la sola, estupenda excepción de París) tratan de copiar; sus cafetuchos en los aledaños del Madison Square Garden, el abigarramiento de la estación de Pensilvania, la distinción de los comercios de la calle 52, algún cine con reproducciones de impresionistas franceses en el vestíbulo, el Empire State Building, con su torre, la más alta del mundo, oscilando bajo el viento tirante del invierno, y sus guardias que vigilan a los suicidas potenciales en las abiertas noches del verano; con su insoportable invierno y su verano más insoportable aún, y ese recuerdo me pierde en un laberinto tremendo, en una especie de motín de encrucijadas. La cosa, en su conjunto, puede ser referida a esos ejercicios de jazz que los muchachos hacen en la placita de Greenwich Village, la misma donde Henry James colocó su notable historia de la heredera que apenas si pudo asomarse al amor. Es un jazz progresivo. Es un tono apasionado y bárbaro. Es algo que quiere voltear las murallas del aire y de la piedra, liberarse en una larga estridencia agónica. Así, de pronto, con la virilidad, la angustia y ese tenso matiz de dicha no alcanzada que tienen ciertas trompetas de jazz, se me aparece, transfigurada, la voz de Nueva York, cuando gira el disco alocado de sus días y sus noches. Pero su silencio es otra cosa. Sobre todo el silencio nocturno. Entonces Nueva York para mí, a pesar de la nostalgia que allí sentía por mi Sur tan amado, surgía como un rostro apasionado cuya belleza especial no lograban destruir ciertas muecas violentas, cierto secreto furor que durante muchos años se hizo ruido e imagen en los salvajes elevados de la Tercera Avenida. La sola mención de Nueva York, lo recuerdo, una y otra vez abría rumbos alucinados a la aventura que más gustaba a Eugene O'Neill y a Edgar Allan Poe: la aventura ciudadana, donde cada peatón encuentra su Tebaida, su infinita soledad, en los millares de destinos que se codean con él en el día o duermen junto a su paso tardío, en la alta noche de la ciudad imperial.

El Independencia, el más moderno de los transatlánticos de la flota estadounidense, pasa frente a algunas de las numerosas dársenas del magnífico puerto de New York.

EL PUERTO MAS GRANDE

Las playas y malecones que circundan los cinco **boroughs** de Nueva York sobre los ríos Hudson y East, en el canal de Harlem, en la bahía o en el estrecho de Long Island, cubren una extensión de casi quinientos cincuenta kilómetros. El **water front** neoyorquino está siempre cuajado de barcos de todo tamaño, arrimados a los muelles, amarraderos, aduanas, o metidos en pequeñas ensenadas naturales y artificiales. Los hay de toda especie, desde los viejos **ferry-boats,** impelidos a rueda y sobrevivientes de un siglo que pasó, hasta los modernos barcos aerodinámicos, los blancos yates de recreo y los grandes transatlánticos.

Erico Verissimo. "Un gato preso en la nieve"





Amplia visión de un mínimo fragmento del puerto más grande del mundo: en primer plano, parte de los muelles que se suceden a lo largo de toda la costa de los ríos East y Hudson.



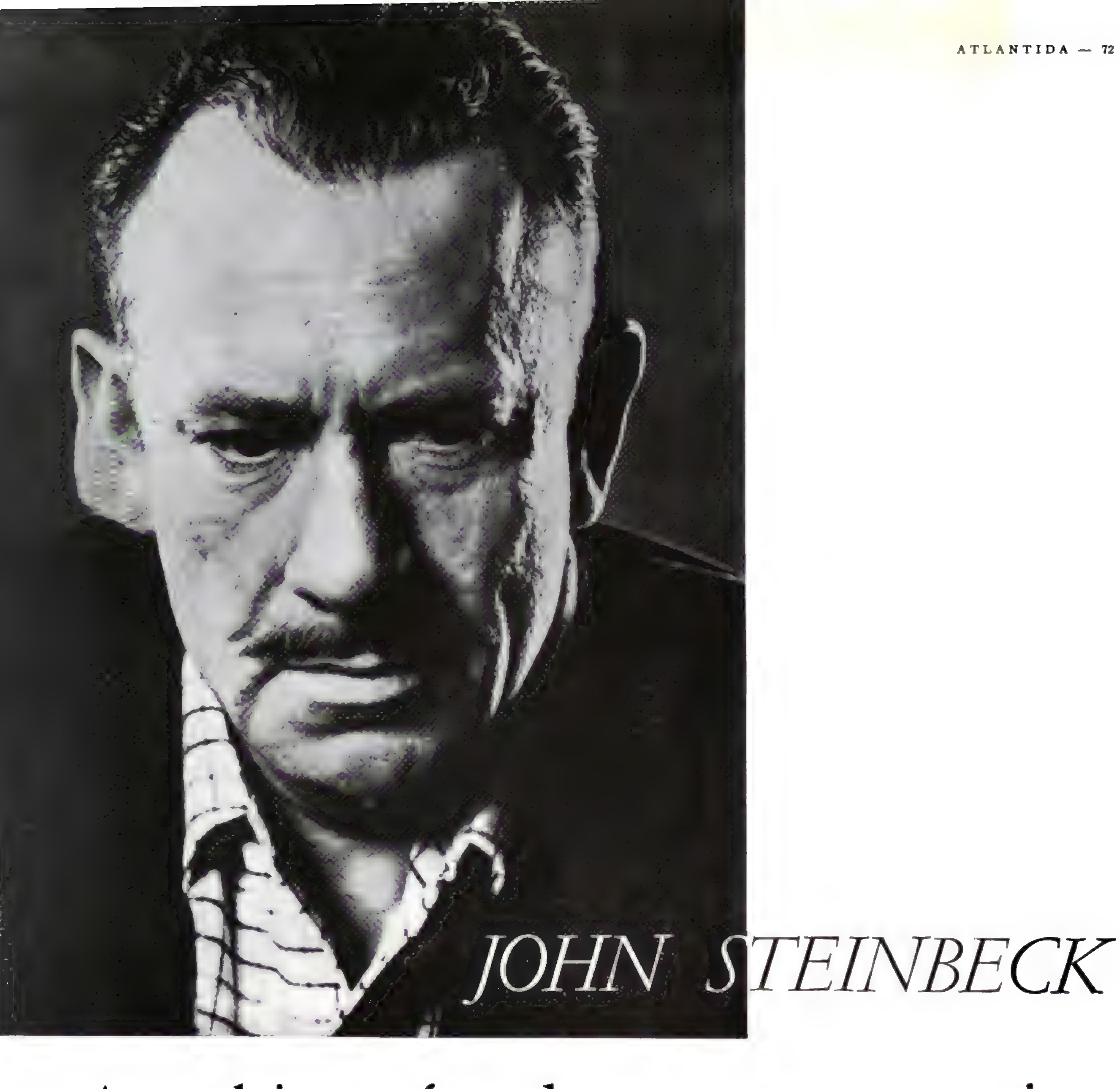
EL hombre explotó en toda su posibilidad la maravillosa obra que le entregó la naturaleza y se logró así el puerto más importante del mundo, el de Nueva York-Nueva Jersey. Esa fantástica bahía con sus ríos y canales llamó la atención del hombre y éste vislumbró en seguida las compensaciones que le brindaría trabajar un poco eso. Y como precisamente fué el emprendedor espíritu norteamericano el que se encontró ante tamaña oportunidad, no tardó mucho tiempo en hacerse realidad la visión del capitán inglés Henry Hudson. En 1609 entró el barco de Hudson en la bahía de Nueva York y fue él quien inició la marcha del actual centro del comercio mundial al instalar un puesto en el que se canjeaban chucherías europeas por pieles indígenas. Ahora sería interminable la lista que se podría confeccionar con los artículos que pasan por el puerto de Nueva York. Baste decir que el promedio anual de carga que se mueve en el área del puerto es de algo más de 140 millones de toneladas. Evidentemente, ésta es una cifra tan fabulosa que — *(A la página 146)*

Dos remolcadores del puerto de New York-New Jersey tomándose un breve descanso, cosa que sucede rara vez, pues la actividad del puerto es fabulosa. Una huelga de 3.500 marineros de remolcadores paralizó cierta vez, por espacio de 16 horas, la actividad en la isla de Manhattan

DEL MUNDO



Cuatrocientos barcos de cualquier tamaño pueden anclar al mismo tiempo en los muelles de New York. Esta toma, de siete naves consideradas entre las de mayor calado del mundo, es por sí sola expresiva.



JOHN STEINBECK

Autobiografía de un neoyorquino

NUEVA York es la única ciudad donde he vivido siempre. He vivido en el campo, en un pequeño pueblo y en Nueva York. Es verdad que he tenido departamentos en San Francisco, México, Los Angeles, París y algunas veces he estado meses en alguno de estos lugares, pero es una cosa muy diferente.

En lo que respecta al hogar sólo hay un pequeño pueblo de California y Nueva York. Es una cuestión de sentimientos.

La transición entre un pueblito y Nueva York resulta un proceso lento y escabroso. Yo escribo esto, no porque mi experiencia sea única; todo lo contrario. Sospecho que millones de habitantes de Nueva York que no han nacido aquí han tenido la misma experiencia, al fin experiencias paralelas. Quizá a través de mi relato puedan ellos recordar todos los penosos, maravillosos momentos de sus propias vidas.

Cuando vine la primera vez a Nueva York, en 1925, nunca había estado en una ciudad en mi vida. (De la Universidad de Stanford yo había hecho excursiones de estudiante a San Francisco, y pensaba, naturalmente, que sabía todo sobre la ciudad, particularmente lo relativo con los pecados que me permitía mi renta. Tenía 23 años y mi renta era muy baja.) Llegué en barco, turista, cien dólares. Era en noviembre. Junto con mis cien dólares, tenía cuando me embarqué en San Francisco otros cien dólares para poder largarme en Nueva York. Si hubiera sido un poco más rico, o hubiera tenido un poco más de experiencia, no hubiese llevado a una preciosa muchacha por Havana en un coche, ni me hubiese encantado con los tragos de aguardiente. No sé que pensé que iba a hacer con esa muchacha una vez llegado a Nueva York; desposarla, supongo, y llevarla a mi buhardilla, en Park Avenue, donde mi lista de huéspedes no tenía más nombres que los de los famosos, los bellos y los disolutos. De cualquier forma, no fué nada provechoso, y en el proceso mis cien dólares para Nueva York se redujeron a tres.

Desde el puerto vi la ciudad, y me horrorizó. Había algo de monstruoso en ella —los altos edificios alzándose hacia el cielo y las luces brillando a través de la nieve que caía—. Desembarqué temblando —congelado y con una sensación de pánico en el estómago—. Este Dick Whittington nunca había tenido un gato.

Yo no estaba realmente desamparado. Tenía una hermana en Nueva York, y ella poseía un empleo bueno. Era casada, y su marido tenía un buen trabajo. En California, cuando un pariente lo visitaba a uno siempre tenía una buena cama —quizá bajo el alero—, pero era suya por más tiem-

po que quisiera quedarse. Mi hermana tenía un departamento realmente lindo. Consistía en una gran habitación, un baño pequeñito y una alcoba enmarcada por un biombo. No había caso de quedarse allí. Un sillón-cama constituía el total del lugar para dormir. Mi cuñado me prestó treinta dólares y me colocó en un hotel para pasar la primera noche. Al día siguiente me consiguió un puesto de obrero en una gran construcción, y encontré una pieza en el tercer piso de Fort Green Place, en Brooklyn. Esto es tan sólo lo que pude conseguir. El empleo era en el Madison Square Garden, el cual fué terminado velozmente. Yo era grande y fuerte. Mi trabajo consistía en acarrear cemento; una angarilla detrás de otra, hora tras hora. Entonces comprendí que no era tan grande y fuerte. Aquello estuvo cerca de matarme, o probablemente salvó mi vida. Estaba demasiado cansado como para ver lo que ocurría a mi alrededor.

La mayoría de los hombres de mi grupo eran negros, hombres fibrosos que no eran ni grandes ni fuertes, pero llevaban esas bolsas de sesenta kilos como si fueran pelusa. Hablaban cuando querían y cantaban cuando querían. Nunca parecían estar cansados. Trabajaban diez, quince y hasta dieciocho horas al día. No había domingos. Se hacía doble jornada, jornada de oro, a dos dólares la hora. Si alguien se iba del grupo había cincuenta hombres esperando para tomar su lugar.

Mi conocimiento de la ciudad era borroso; dolor, luces y el tronar del subterráneo, trepar los tres pisos hasta un cuarto con sucias paredes verdes, caer en la cama a medio lavar, un platillo de carne, café y penas en una cafetera, una pequeña caminata y luego la línea de bolsas otra vez. Estaba todo mezclado como en un sueño febril. Había grandes salamandras de carbón ardiente para calentar nuestras manos y yo podía calentar las mías lo más que resistía, hasta ya no sentirlas. Recuerdo un hombre cayendo de un andamio cercano al techo, de una altura de unos veintisiete metros y estrellándose a un metro y medio de donde yo me encontraba. Estaba rojo cuando golpeó contra el suelo, y entonces la sangre corrió por su cara como una cortina, y estaba azul y blanco bajo las luces de la obra.

No recuerdo cuánto duró ese empleo. Parecía interminable, y quizá fué un mes o seis semanas. De cualquier forma, el Garden llegó a su término para los Seis Días de ciclismo, y Tex Rickard nos felicitó a todos, sin distingos de raza o color. Aún siento un escalofrío cuando paso por allí.

Por aquel tiempo llegó a la ciudad, procedente de Chicago, mi tío rico. Era un buen consejero, con conocimientos en todos lados. Era fabuloso. El paraba en un departamento en el Commodore, pedía bebidas o café y sandwiches cuando le venía en gana, enviaba telegramas aun por asuntos sin importancia. Mi tío me consiguió un empleo en un diario, "The New York American", en William Street. Yo no sabía nada para ser reportero. Ahora pienso que los veinticinco dólares que me pagaban semanalmente estaban totalmente perdidos. Me daban notas para cumplir en Queens y Brooklyn, y yo me perdía y tardaba horas en encontrar mi camino de regreso. No pude aprender a robar una fotografía de un escritorio cuando una familia se negaba a ser retratada, e invariablemente me emocionaba y mataba la nota con tal de salvar al personaje.

Pero creo que no me echaron la primera semana por consideración a mi tío. En lugar de eso me mandaron al Tribunal Federal, en el viejo Park Row. Por qué, nunca lo sabré. Era un trabajo para especialistas. Algunos de los hombres que había allí hacía años que estaban batallando, y yo no sabía nada de juzgados y no lo aprendí fácilmente. Me pregunto si yo sería tan amable con un novato como esos hombres en el salón de reporteros del Park Row lo fueron conmigo. Ellos pretendían que yo sabía lo que estaba haciendo, y realizaron todo lo que pudieron por enseñarme el oficio. Aprendí a jugar al bridge, y dónde encontrar pleitos y escándalos. Me informaron qué jueces eran aficionados a la publicidad y me ayudaron en mil cosas más. Uno no puede pagar esta clase de favores. Nunca los conocí bien. No sabía dónde vivían, que hacían o cómo lo pasaban.

Yo tenía una razón para ello, y era nuevamente una muchacha. La había conocido ligeramente en California, y era más linda. No creo que fuera únicamente mi recuerdo. Conseguí un trabajo para ella en el Greenwich Village Follies, como corista, y nunca tuvo allí ninguna dificultad. Tuvo suerte, porque era todo lo que sabía hacer. Consiguió cien dólares semanales. Yo me sentí esperanzado al enamorarme de ella.

Entonces Nueva York cambió para mí. Mi novia vivía en Gramercy Park, y naturalmente tuve que mudarme allí. El viejo hotel Parkwood tenía algunos cuartos pequeños —seis pisos por la escalera— por siete dólares semanales. No tenía nada que hacer con Nueva York. Era un escenario en el cual tenía lugar ese romance dorado. La joven era muy amable. Desde que ella ganaba cuatro veces más que yo pagó en muchas oportunidades la cena. Todas las noches la esperaba en la salida de artistas.

No me puedo imaginar por qué se tomó el trabajo de tratar de reformarme. Nos sentábamos en un restaurante italiano —ella pagaba— y bebíamos vino tinto. Yo quería escribir novelas. Ella lo aprobaba en teoría, pero decía que primero yo tenía que buscar publicidad. Rehusé. Yo era el artista pobre escudado en su integridad. Ahora me pregunto qué hubiera sucedido si alguien me hubiese propuesto un empleo publicitario. Me ahorré la elección.

Durante todo este tiempo no conocí a ningún neoyorquino como persona. Eran todos caracteres menores en ese intenso drama personal. Entonces todo pasó de golpe, y ahora me alegro de que así sucediera. La joven tenía más sentido que el que yo creía. Se casó con un banquero del medio oeste y viajó allí. No discutió nada. Simplemente dejó una nota. Y dos días después me echaban del American.

Y entonces, por fin, la ciudad cambió para mí, y me asustó hasta morir. Busqué empleos, pero buenos, cómodos trabajos. No encontré. Escribí cuentos cortos y traté de venderlos. Pedí trabajo en otros diarios. La ciudad se insinuó fría y descorazonada, pensé. Comencé a atrasarme en el pago de mi cuarto. Siempre tuve un consuelo. Podía volver a trabajar. Tenía un amigo que ocasionalmente me prestó algún dinero. Y finalmente, estaba tan apretado como para buscar emplearme como obrero. Por aquel tiempo aguantaba con poca comida. Mucho me costaba picar algo. Trabajosamente subía los seis pisos hasta mi habitación. Mi amigo me prestó un dólar y compré dos panes de centeno y una bolsita de arenques secos, y no salí de mi cuarto por una semana. Tenía miedo de estar en la calle, miedo del tráfico, del ruido. Miedo al hotelero y miedo a la gente. Miedo a lo conocido.

Luego un hombre que había ido al colegio conmigo me consiguió trabajo a bordo de un buque que salía para San Francisco. La ciudad me había echado. Cualquier cosa que tuviera que enfrentar, no hubiera tenido coraje. No dejé la ciudad disgustado. La dejé con el respetuoso, llano e inalterable miedo que me daba. Y regresé a mi pequeño pueblo, trabajé en el bosque, escribí novelas, cuentos, y esto sucedió once años antes de regresar.

Mi segundo asalto a Nueva York fué diferente, pero tan ridículo como el primero.

Cada vez que paso por el Madison Square Garden un escalofrío recorre mi cuerpo al recordar los días que trabajé allí acarreando cemento. Pese a sentirme grande y fuerte, aquello estuvo a punto de matarme.



Había tenido cierta clase de éxito con una novela luego de mucho machacar. Los derechos de autor me parecían algo principesco. Por tres de mis novelas anteriores no me habían dado tal anticipo, y ese anticipo era de cuatrocientos dólares. La suma más grande que había conseguido hasta entonces eran noventa dólares por un cuento corto. Fué por el "Caballito rojo", y el pago fué grande, sólo porque el cuento era largo. Cuando los derechos por "Tortilla Flat" pasaron los mil dólares y Paramount compró el libro por tres mil dólares (dos mil setecientos neto) yo estaba contento, pero aún algo asustado. Durante los años precedentes había aprendido a vivir confortablemente, y contento, con un mínimo de dinero (treinta y cinco a cincuenta dólares mensuales). Cuando gigantescas sumas como dos mil setecientos dólares me cubrieron el horizonte tenía miedo de no poder volver a la antigua sencillez.

Considerando que mi primer viaje a Nueva York fué una oscura frustración, el segundo se tornó en la Tentación. Me había transformado en una celebridad de quinta magnitud. La gente me rendía homenaje por la calle, me invitaban a sus casas, me acomodaban con solicitud y servían añejas bebidas. Y yo, temiendo perder el gusto por el vino tinto de treinta centavos, las habas y el "hamburger", me resistía como una mula.

Si yo no me vi arrastrado hacia el lujo y el pecado, que para mí son la misma cosa, fué porque no existió la tentación. Reaccioné sin originalidad; hoy veo a mucha gente que llega al éxito haciendo lo mismo que hice yo; entonces, supongo, no inventé nada. Aparenté y creí mi pretexto de que odiaba a la ciudad y todas sus trampas. Fuí hacia la tranquilidad y contemplación de la costa oeste. Preferí el vino de treinta centavos y las habas. Y nuevamente no vi a Nueva York. Me intimidó otra vez, pero de distinta manera. Así es que cerré mis ojos y esparcí virtud por mi cabeza. Insulté a cada uno que quería ser amable conmigo y huí de la prostituta de Babilonia con alivio y satisfacción por mi virtud, pues me convencí de que la ciudad era un gran lazo tendido al paso de mi sencillez artística y mi integridad.

De nuevo en el Oeste, me zambullí en la construcción de una casa nueva, compré un Chevrolet e imperceptiblemente cambié el vino de treinta centavos por el de sesenta. Los derechos de autor siguieron llegándome. Realicé una serie de viajes de negocios a Nueva York, y estaba tan compenetrado de mi papel de campesino que no me daba cuenta porque estaba disfrutando mi triunfo sobre los lazos y trampas. Tenía éxito, pero no lo veía. Creía que no me interesaba, pero probablemente lo que sucedía era que tenía miedo de verlo. Mis viajes a Nueva York eran muy parecidos a las visitas del Ejército de Salvación a un burdel: necesarios y fascinantes, pero detestables.

La primera vez que vine a Nueva York fué manejado por una mujer. Mirando atrás desde la fresca posición de la edad mediana puedo ver que la mayoría de mis heroicas decisiones de alguna manera fueron tomadas por una muchacha. Cierta base sana que poseo no me ha permitido agregar a las jóvenes a mi lista de pecados. Y yo, desconfiado del lujo, era un aficionado al lujo más costoso de todos: las mujeres.

Conseguí un departamento en la calle 51, entre la Primera y Segunda Avenida, pero aún entonces guardé contacto con mis prejuicios. Mi nuevo hogar estaba constituído por el primero y segundo piso de una casa de tres plantas, y el living daba hacia un pequeño terreno cubierto de hollín, llamado jardín.

Dos triunfantes árboles de Brooklyn no sólo sobrevivían sino que ensuciaban sus narices con el polvillo del carbón y el ácido nítrico que circulan por el aire en Nueva York.

Es tan extraño mirar atrás. Yo iba a vivir en Nueva York, pero iba a rehuirlo. Planté césped en el jardín, compré un enorme macetón y planté tomates. Pero puedo ver ahora que una conspiración estaba en marcha, para lo que no estaba prevenido. Caminé kilómetros por las calles por hacer ejercicio y comencé a conocer al carnicero, al diariero, no como sostenes ni como enemigos sino como gente.

Hablé con mucha gente como ésta y eso fué una amable y mística experiencia. La preparación es inconsciente, la realización acontece en un segundo apasionado. Recuerdo dónde y cuándo me ocurrió.

Fué en la Tercera Avenida. Los trenes pasaban sobre mi cabeza, la nieve llegaba hasta la altura de la cintura en las acequias y la basura no recogida estaba dispersa en sucios revoltijos. El viento era frío y helados pedazos de papel rodaban por el pavimento. Me detuve para mirar la vidriera de una droguería, en la cual una bailarina de látex era movida por un motor escondido, y algo reventó en mi cabeza, una luz y un sentimiento indefinido se convirtieron en una emoción que si hubiera podido hablar hubiese dicho: *¡Mi Dios! Yo pertenezco a aquí. ¿No es maravilloso?*

Cada cosa se puso en su lugar. Vi cada cara que cruzaba. Noté cada puerta y cada escalera que subía hacia los departamentos. Miré a través de la calle a las ventanas, cortinas de encaje y geranios detrás de vidrios cubiertos de hollín. Fué bello, pero mucho más importante porque yo era parte de ello. No era más un extraño. Me había transformado en un neoyorquino.

Ahora debe de haber gente que se mueve fácilmente por Nueva York sin trabajo, pero cuando más he hablado acerca de ello me he dado cuenta que ellos no la aceptan fácilmente. Y la aceptación significa dos cosas. Me parece que la ciudad finalmente lo acepta a usted como usted al fin acepta a la ciudad. Los nacidos en Nueva York no saben nada de esto y no sé si son por eso afortunados o no.

Un joven en un pueblito, una rana en un charco pequeño, si patalea es posible que haga olas, embarrando los ojos de su vecino; causará impresión. El es conocido. Su familia es conocida. La gente lo observa con cierto interés, amable o maliciosamente. Viene a Nueva York y no sucede nada con lo que hace, nadie se impresiona. Desafía a la ciudad a luchar y ella le da una paliza sin siquiera notar su presencia. Esto es espantoso para el ego provinciano. Odia al organismo que lo ignora. Odia a la gente que mira a través de él.

Y entonces un día despierta, acepta la ciudad y no le presenta más lucha. Es algo demasiado inmenso para notarlo, y de pronto lo que no ha observado se convierte en la cosa más deliciosa del mundo. Su subconsciente se evapora. Si está vestido insuperablemente bien, hay medio millón de personas así vestidas. Si está andrajoso, hay un millón de andrajosos. Si es alto, es una ciudad de personas altas; si es bajo, la calle está llena de enanos; si es perverso, será protagonista de diez perfectos horrores en un minuto; si bella, la competencia es irresistible. Si es talentoso, talentos hay por docenas. Si trata de causar impresión vistiendo una toga, hay un hombre calle abajo con una piel de leopardo puesta. Cualquier cosa que haga o diga, o vista o piense, no es único. Una vez aceptado esto, él es perfectamente libre de ser él mismo, pero antes de aceptarlo lo horroriza.

No creo que Nueva York sea como otras ciudades. No tiene carácter como Los Angeles o Nueva Orleáns. Tiene todos los caracteres, en dos palabras: es todo. Puede destruir un hombre, pero si sus ojos están abiertos no podrá taladrarlo.

Nueva York es una ciudad fea, una ciudad sucia. Su clima es un escándalo, sus políticos son usados para asustar a los niños, su tránsito es una locura, su competencia es asesina. Pero hay una cosa en ella: una vez que usted ha vivido en Nueva York y se ha convertido en su hogar, ningún otro lugar es suficientemente bueno. Todo está concentrado allí: población, teatro, arte, escritura, publicidad, importación, negocios, asesinatos, humedad, lujo, pobreza. Hay de todo en cantidad. Todo va bien. Es infatigable y su aire está cargado de energía. Yo puedo trabajar mucho más tiempo sin cansarme en Nueva York que en cualquier otro lugar.

Es el destino de cada extranjero que viene a vivir en Nueva York recibir visitantes de su lugar de origen. Ellos vienen con una lista de negocios y lugares que quieren ver. Durante una semana usted los lleva por restaurantes, teatros, night clubs. Usted comienza tomando cocteles a las cuatro. No duerme; su trabajo queda hecho pedazos. Usted pelea con su mujer y es ruin con sus hijos. Y cuando sus huéspedes lo dejan, invariablemente dicen: *No vemos cómo usted puede aguantar este tren.* A usted le toma dos semanas recobrarse de su visita.

Yo vivo en una pequeña casa en el lado este. Tiene un lindo jardincito. Mi vecindario es mi villa. Conozco a todos los comerciantes y a algunos de los vecinos. A veces no salgo de mi villa durante semanas. Tiene todas las cualidades de una villa, exceptuando el ruido. Nadie interrumpe nuestro trabajo; nadie por ninguna circunstancia nos visita sin antes telefonear, ciertamente una práctica de lo más civilizada. Cuando cerramos la puerta del frente, la ciudad y el mundo quedan afuera, y estamos tan en privado como cualquier hombre debajo del Círculo Artico lo puede estar. Tenemos muchos amigos, buenos amigos, en la ciudad. Algunas veces no los vemos durante seis u ocho meses, y esto no interfiere en nada nuestra amistad. En cualquier otro lugar esto representaría negligencia. Aquí aceptamos invitaciones o las rechazamos sin ninguna explicación o recriminación.

Cuando damos una fiesta, invitamos a quienes queremos, y un amigo que no ha sido invitado no se siente mortalmente injuriado. Algunas veces nos acostamos a las ocho y otras veces no nos acostamos para nada. Cuando algún amigo nos llama para ver si puede hablarnos y le decimos que no, no herimos sus sentimientos. Comemos en restaurantes y vamos al teatro exactamente cuando lo deseamos. La explicación "estoy trabajando" es aceptada en su real valor. Hay muy poca chismografía venenosa, pero con toda seguridad existe la discusión. Nadie sabe ni se preocupa cuando salimos o entramos. Yo soy en cierto modo una celebridad, pero hay cientos de miles más importantes. En Nueva York la celebridad no es una carga. Esto es algo que horroriza a muchos visitantes de Hollywood.

Todos en algún momento tratan de explicarse por qué gustan más de Nueva York que de cualquier otro lugar. A un hombre que trabaja para mí le gusta porque si él no quiere dormir puede ir a un cine que funciona toda la noche. Esta es una razón tan buena como cualquiera.

Cada vez que nos vamos afuera por varios meses volvemos con un sentimiento de "gracias a Dios por estar nuevamente en el hogar". La única explicación que se me ocurre para describir mi sentimiento por la ciudad es que si usted ha vivido en Nueva York, ningún otro lugar resulta suficientemente bueno. Nueva York es el mundo con cada vicio y defecto y belleza y, el respeto absoluto de la vida privada. ¿Qué más podría usted pedir?




"LOS CLAUSTROS", EN MANHATTAN



Vista exterior de "Los Claustros". Se puede apreciar la pared que bordea todo el terreno en el que se han reconstruído fielmente el edificio y los jardines, que constituyen un valioso museo medieval. Así Nueva York actualizó su origen europeo.

A orillas del río Hudson, cercano al puente Washington, se levanta un curioso edificio, que contrasta por completo con la construcción y la vida que se observan en el resto de Nueva York. Un pedazo de historia se ha encerrado entre cuatro paredes, entre las que vive también un jardín traído de un pasado remoto aparentemente por una máquina anuladora del tiempo. Todo esto configura un verdadero mundo medieval. Esta extraña construcción ha sido bautizada Los Claustros, y ello se debe a que están emplazadas allí y pueden ser vistas y tocadas secciones enteras de monasterios europeos de los siglos XII al XV. Verdaderas reliquias del arte gótico y románico han sido transportadas de Europa a la isla de Manhattan y colocadas piedra por piedra con la dirección de un grupo de eminentes arqueólogos y artistas, quienes respetaron con entera fidelidad los más pequeños detalles de la reconstrucción y restauración. Este rompecabezas, formado por partes de los monasterios de Moutiers-Saint-Jean y de Saint-Michel de Cuxa y los claustros de Trie y Bonnefont-en-Comminges, configura un todo armónico y subyugante.

Además de los restos salvados de las ruinas del célebre claustro de Trie, destruído por los hugonotes en el siglo XVI, se puede ver la tumba de Armengol VIII, conde de Urge, que descansaba en un monasterio español. Esta tumba, sostenida por dos leones de piedra y adornada con esculturas, es una expresión artística del siglo XIV. Del monasterio de Saint-Michel de Cuxa se conservan allí varios ventanales y parte de la torre, que fueron construídos por los benedictinos en el siglo IX.

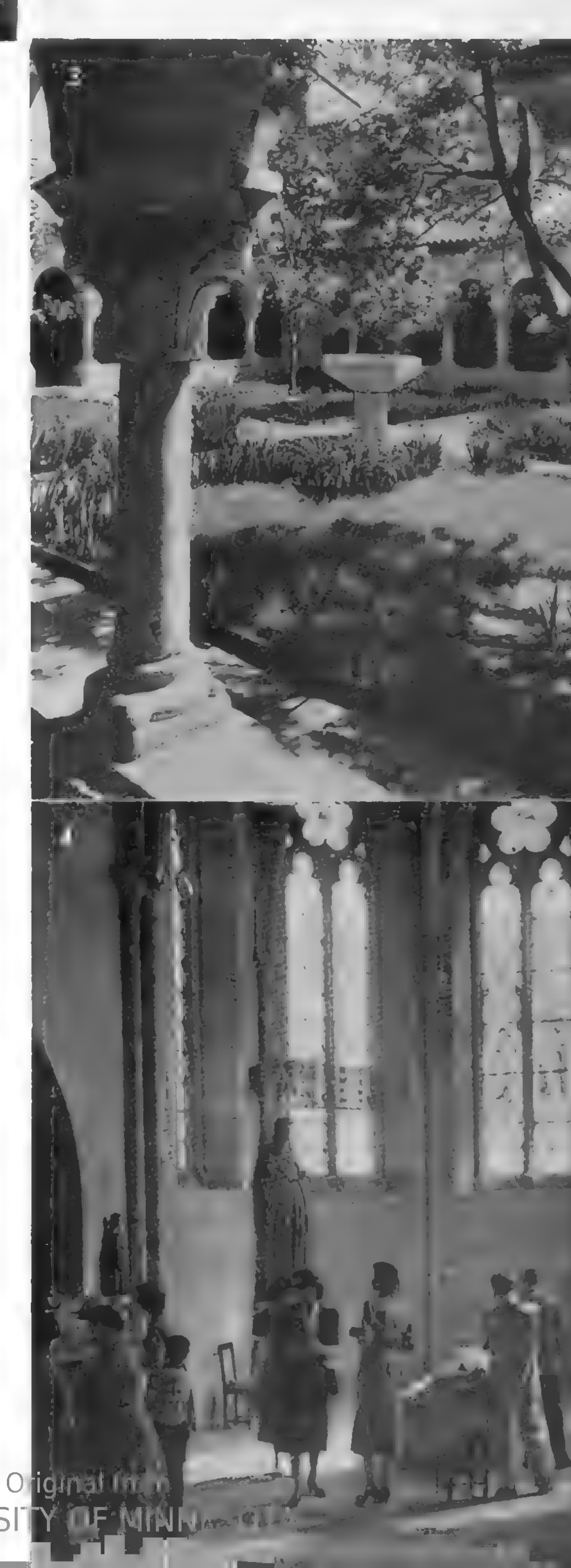
Para que el visitante se ponga en situación en cuanto traspone las puertas de la cerca que separa a Los Claustros del resto del mundo se ha logrado una reproducción exacta de los jardines del claustro de Bonnefont-en-Comminges con la misma variedad de plantas que cuidaron los monjes que vivieron hace ocho siglos.

Pero quizá una de las cosas más valiosas que el público, que concurre en gran número, puede apreciar en Los Claustros es la serie de tapices llamada "La caza del unicornio", de la que se conservan seis piezas completas y parte de otra. Según las investigaciones históricas, cinco de esos tapices fueron realizados para Ana de Bretaña en oportunidad de la celebración de su boda con Luis XII de Francia, en 1499. Se cree que las otras dos piezas fueron hechas cuando se casó la hija de este matrimonio con Francisco I. Es decir que esa maravillosa obra de arte tiene más de cuatrocientos años. "La caza del unicornio" desfiló por diversas manos (salvándose milagrosamente de ser destruída cuando la Revolución Francesa), hasta que en 1920 fué adquirida por John D. Rockefeller (h.) a un miembro de la familia de Rochefoucauld. El mismo Rockefeller la donó a Los Claustros junto con todo lo que compone esta extraordinaria visión medieval, puesto que fué Rockefeller quien hizo traer de Europa y reconstruir en Manhattan este pedazo de historia.



1. El edificio principal de "Los Claustros" en todo su esplendor y sugestión. Esta extraordinaria obra de trasplante y reconstrucción fué costeada por John D. Rockefeller (h.). 2. Esta puerta gótica data del siglo XV; a través de ella se ven tres de los tapices que componen la serie "La casa del unicornio". 3. Este exótico jardín y las arcadas que lo rodean se hallaban tal cual en un monasterio de Francia del siglo XII. 4. Parte del público que visita a diario "Los Claustros" admirando estatuas que tienen cuatrocientos años y que han dado a este rincón de Nueva York la atmósfera medieval que no le puede otorgar su corta existencia.

2



NUEVA YORK EN LA



THEODORE DREISER
JOHN DOS PASSOS

TODA ciudad de contenido y proyección universales —y Nueva York, como Londres, como París, como Buenos Aires, lo es en grado eminente— tiene por fuerza que atraer el interés de los intelectuales. Innumerables, al punto de constituir una serie poco menos que infinita, son los libros que se han escrito sobre la gigantesca urbe de los rascacielos. Poetas y novelistas, ensayistas y sociólogos, cronistas e historiadores, viajeros profesionales y simples *dilettanti* del turismo, incontables son los autores que se han sentido irreprimiblemente atraídos por la necesidad de fijar en el papel, en el pentagrama literario del *noir sur blanc*, sus impresiones, sus reflexiones —trascendentales o triviales—, sus juicios, o bien de aprisionar en el vasto fresco de la novela, en el lienzo reducido de la crónica o en el espejo cabrilleante de un poema el alma y la vida, la carne, la sangre y el espíritu de Nueva York.

Pero Nueva York es un mundo. Y no es fácil ceñir en las páginas de un volumen corriente un mundo de las dimensiones y los matices, nada ordinarios, de la ciudad que refleja sus altas torres babélicas —ayer, proyección del futuro prodigioso e inaudito— sobre las aguas del Hudson, a orillas del East River. Su puerto indescriptible y magnífico atrajo el interés de muchos. El gran viejo de barbas blancas de que hablaba Rubén Darío supo cantarlo:

Yo también, muchas veces pasé el río y seguí con la mirada a las gaviotas de diciembre..., vi por al lado de la bahía los barcos que llegaban..., vi las velas blancas de las goletas y de los sloops; vi los navíos anclados; los marineros trabajando en el aparejo o a caballo sobre las vergas, los mástiles redondeados, el balanceo de los cascos, los estrechos gallardetes flameando..., los vapores, grandes o pequeños, en movimiento; los pilotos en su camarote y los blancos surcos dejados al pasar, el girar rápido y trémulo de las ruedas..., las banderas de todos los países, su arriadura al atardecer..., los muros grises de los entrepuentes de granito sobre los docks...

Viajeros y novelistas también quisieron fundir su imagen en un haz de cuartillas: "Dreiser, John Dos Passos, y otros han cantado —dice un autor— al puerto de Nueva York, pero no han hecho más que parafrasear este poema de Whitman".

El problema de *captar* a Nueva York se complica, paradójicamente, cuando se busca hacerlo desde el plano novelístico, a pesar de la mayor extensión, mayores recursos y mayores posibilidades que el género ofrece. En un poema es posible obtener una imagen veraz, vívida y exacta de Nueva York que a veces no se consigue a través de toda una densa novela. No se trata, por supuesto, de superioridad o inferioridad de géneros sino de diferencias de técnicas, de composición, de estructura interna. El poeta traduce su visión del universo por una serie, a veces limitada, pero integral y eficaz, de imágenes. El novelista, en cambio, tiene que pintar minuciosamente personajes, hechos, cosas, ambientes, barrios, estamentos sociales, edades. En lo que a nuestro tema respecta, el asunto se torna complejísimo, puesto que en Nueva York cada barrio constituye un mundo; cada ambiente, un orbe específico; cada escala social, un universo diferente. Nueva York contiene en uno —diverso, vario y rico— varios mundos distintos; es, como decíamos, una ciudad universal.

Ahí está Manhattan. ¿Cómo no comprender que uno de los más famosos y valederos novelistas estadounidenses modernos le haya dedicado prácticamente un libro entero? *Si Manhattan es Nueva York propiamente dicho* —leemos en un libro de viajes— *el corazón de Manhattan es Broadway*. Nueva York, por lo tanto, está integrada por una serie de mundos, yuxtapuestos en ocasiones, otras veces concéntricos o superpuestos. Y, además, Nueva York no es solamente Nueva York. Así como los argentinos experimentan a cada momento la sensación de que Buenos Aires es la Argentina y la consiguiente tentación de representársela así, también Nueva York en cierto modo, mucho más exactamente quizás, es el símbolo o la encarnación de toda la nación norteamericana. Es cierto, afirma Paul Morand, agudo vivisector de la urbe nórdica, que Nueva York no es Estados Unidos, pero *Manhattan es el microcosmos de los Estados Unidos*.

Y a ello debe añadirse la intensidad vital de la ciudad, esa febrilidad especial y esa concentración emotiva que son dos de sus rasgos característicos: *Hay más emoción en una jornada de Broadway* —dice el precitado Morand— *que en los 48 estados de la Unión juntos*.

Difícil, pues, si no tarea redondamente imposible, resulta hacer entrar todo Nueva York dentro de los límites de una novela. Pero, por lo mismo que es riesgosa tentación, atrae intentarlo; aunque la multitudinaria mole de gente, edificios y sentimientos resulte en conjunto huidiza a la postre, esquiva, poco atrapadiza en su totalidad. Decía a este respecto un crítico, refiriéndose a una novela de Dos Passos, que *la ciudad podía eludirle en conjunto, como ha eludido a todos los novelistas*. Queda, por lo tanto, el expediente de reflejar la vida o el alma de la urbe en pantallazos, en cortes, enfocando cuidadosamente el lente sobre un objetivo determinado: un círculo social, un episodio singular de la historia ciudadana, un problema político, un ambiente equis, una zona zeta. Hablando de la década que va del 20 al 30 de este siglo afirma Carl van Doren que, ya para ese entonces, Nueva York *tenía novelas y cuentos sobre casi todos los aspectos de su múltiple vida: las finanzas, los negocios, el teatro, las artes, los deportes y los bajos fondos*.

Ver a Nueva York a través de la novela y el cuento es asunto casi insuperable; por ello, si se lo quiere condensar en un artículo, a menos que se lo quiera convertir en un mero catálogo de nombres y de títulos, nos detendremos, pues, sobre lo más representativo en uno y otro sentido, sobre lo que con mayor o menor proporción de justicia ha alcanzado las fronteras de la trascendencia y de lo universal. Hay que empezar, en esta revista de la novelística neoyorquina, con Washington Irving. El biógrafo de Colón, el colorista de los *Cuentos de la Alhambra*, es autor de un libro reputado por los norteamericanos, después de la *Autobiography* de Benjamín Franklin, como su primer clásico. Nos referimos a la *Knickerbocker's history of New York*, una de sus tres o cuatro mejores obras, publicada en 1809, lo que significa que este año cumple la venerable antigüedad de un siglo y medio. No constituye una novela propiamente dicha o, mejor expresado, una novela en el sentido corriente y actual del término. La *Historia de Nueva York* es un libro burlesco, de acentuados matices humorísticos, con su pinta de sátira, en el que se evoca el Nueva York de la dominación holande-

LITERATURA DE FICCION

por LUIS SOLER CAÑAS

sa, un Nueva York casi mítico, que los neoyorquinos de 1809 ya habían olvidado por completo, si es que alguna vez tuvieron noticia de él. La obra, que mereció los plácemes de Walter Scott, a quien recordaba las mejores páginas de Swift y de Sterne, tuvo la virtud de escandalizar a una parte de los descendientes de las primitivas familias holandesas, y aunque es más una crónica novelesca que otra cosa —Diedrich Knickerbocker, quien la relata, no es más que una figura inventada por el autor, convertida luego en símbolo de la vieja aristocracia neoyorquina—, poseyó otra condición: despertó el interés y hasta el orgullo de los habitantes del Nueva York del siglo 19 por aquella edad mítica, poco menos que arqueológica, de la gran ciudad. Washington Irving la retrató con trazos y bocetos costumbristas de indudable talento y comicidad, yendo antes que a la exactitud histórica al hallazgo y representación del espíritu de la primitiva ciudad: el carácter de sus hijos, sus hábitos, manías, peculiaridades e idiosincrasia; su modo de ser, de actuar, de hablar, de vestir; sus tradiciones; su alma colectiva, en una palabra. Una revista, en suma, singularmente animada y vivaz: crónica humana en la que Irving rescata un mundo periclitado y sumergido en el desconocimiento, obra de resurrección y de poesía, al fin y al cabo, pero, sobre todo, de humor delicioso.

A mediados del siglo 19 dos nombres se nos ofrecen en relación con nuestro tema. El primero de ellos, James Fenimore Cooper. ¿El maestro de la novela de frontera —terrestre y marítima— también novelista de Nueva York? Constituye éste uno de sus aspectos menos conocidos. Cooper no sólo escribió novelas de indios y marinos, de aventuras del Oeste y del mar. En una trilogía que ya anticipaba las "sagas" y las "novelas-ríos" de nuestro siglo, se propuso contar la historia de una familia neoyorquina a través de tres generaciones. La componen *Satanstoe, The Chainbearer* y *The Reskins*, de las cuales la mejor, y sólo inferior a lo más conspicuo de su restante obra novelesca, en el sentir de autorizados críticos, es la primera. *Ninguna otra novela* —se ha dicho—, *ni de ningún otro escritor, ha trazado un cuadro tan firme y convincente del Nueva York colonial; cuando Pinkster, fiesta anual de los esclavos, era todavía un gran día en Manhattan; cuando el patrón seguía conservando en Albany un ambiente baronial, y cuando en toda la provincia subsistía un orden tradicional que nadie se atrevía a desafiar.*

El segundo es George William Curtis, quien, a diferencia de Cooper, trata el Nueva York contemporáneo, con los problemas peculiares que traía la evolución de la ciudad. En *Potiphar papers* se dedicó a satirizar la relumbrante riqueza de los neoyorquinos. Ya cundía la marea plutocrática que iba a erigir más tarde la ciudad de los rascacielos (el primero data de 1881 y tenía diez pisos). Entre 1825 (año a partir del cual se abre el canal del Erie, que une a los Grandes Lagos con el océano y torna a Nueva York en cabecera y terminal de todo el mapa fluvial del país, como luego de su red ferroviaria) y fines del siglo la ciudad sufre una mudanza fundamental. Comienza a ser, ya, la ciudad moderna, actual, la que aún continúa hoy concitando asombros y admiraciones, fervores y diatribas. En momentos en que la marea plutocrática crece los neoyorquinos que no pertenecen a las esferas adineradas ni a los círculos distinguidos de la nueva aristocracia, encuentran refugio en el cultivo de la vida interior contra los modos y las modas del fenómeno invasor que a la postre habrá de adueñarse de la ciudad. Así lo expresa Curtis en su novela *Prue and I*, en la que se interpretaban el latido y las reclamaciones de un sector ciudadano que se veía arrinconado, relegado, vencido.

Entre mitad y fines de la centuria pasada surgen escritores de diversas tendencias artísticas y sociales en cuya obra, de una u otra manera, va a reflejarse Nueva York como en una galería de múltiples espejos, cada uno de los cuales devuelve una imagen propia y diferenciada. Hay que mencionar a Paul Leicester Ford, quien en *The honorable Peter Stirling* se hunde en los vericuetos de la vida política, de los partidos, de las instituciones públicas, y cuyo héroe, según se afirma, fué trazado sobre el modelo vivo del presidente Grover Cleveland. Clarence Day, humorista filósofo, suavemente irónico, autor de *This simian world* y *The crow's nest*, memoró el clima en que se desenvolvía una familia neoyorquina rica y aristocrática entre fines del siglo XIX y principios del XX.

Nota más ambiciosa la da el medular Stephen Crane, autor de *The redbadge of courage*, clasificada corrientemente como su mejor obra. El primero de sus libros, *Maggie, a girl of the street*, tiene que ver con Nueva York, y ya el título lo está previniendo todo. Crane, que vivió apenas 30 años, conoció en Nueva York el lado precario de la existencia, y lo que más lo impresionó de lo que vió, oyó, vivió y pudo ver vivir a los demás lo trasladó sin velos a esa novela, que, contrariamente al común consenso, Ludwig Lewinsohn estima como la más importante de las suyas. Crane había conocido el riñón de las barrios pobres, el célebre Bowery, el Nueva York de los extranjeros, zona de miseria, de suciedad, asfixiante, gris, tenebrosa, donde además de la pobreza reinaban el vicio y el crimen, encarnados en ladrones, jugadores y asesinos al servicio de ciertos poderes políticos. No faltaban, claro está, las mujeres de mala vida en un sitio donde la mala vida se daba en todas sus caras. Autores sin mayor importancia literaria, como Edward Waterman Townsend, habían esbozado ya los temas del Bowery. Crane lo llevó a la gran literatura con el relato de la existencia de Maggie, "una chica de la calle", que, para escapar de su madre, borracha consuetudinaria, se fuga del hogar, se va a vivir con un amante, que luego la abandona, y finalmente se suicida. Los colores eran oscuros y brutales como la realidad misma del Bowery.

Es la época en que los suburbios neoyorquinos aparecen ya en las letras norteamericanas, sin perjuicio de que otros autores, como Edgar Saltus, se dedicaran a retratar, en novelas no siempre verídicas o convencedoras, la vida de las capas elegantes. La novela se reviste de color local, pleno de animación y de agudeza, en libros como *Short sixes*, de Henry Cuyler Bunner, y *Van Bibber and others*, de Richard Harding Davis, publicados a comienzos de la última década del 19. A principios de esta centuria va a florecer, en parecido sentido, la obra singular y auténticamente humana de William Sydney Porter, más conocido por su seudónimo de *O'Henry*, en quien el realismo se atempera con la posesión de un humor muy peculiar y a veces se descarga críticamente con una dosis de ironía.

(A la página 138)







CENTRAL PARK



La ciudad de cemento posee un tierno corazón vegetal. Un Parque Central, como una flor de cacto, nacida entre las hojas geométricas de la ciudad.

El Parque Central de Nueva York es un mundo aparte que reclama sus cosas propias con celo enfermizo. Es un mundo sentimental, un poco fuera de foco, a la vera del tráfago urbano, una nota curvilínea, blanda, infantil, enmarcada en la cuadrícula de los grandes bloques verticales.

Al andar por el Parque Central de Nueva York se van descubriendo —como en una colcha de retazos— trozos inusitados de una vida que Nueva York esconde a primera vista. Llegamos al Parque Central en una de las tres líneas de subterráneos que lo bordean como grandes serpientes de acero que se devoran las entrañas de la ciudad. Y del túnel interminable y ruidoso se sale a flor de tierra a descubrir lagos y dromedarios domesticados, parejas de enamorados, chiquillos con globos de colores y "victorias" de caballos con cocheros como dibujados por Toulouse Lautrec. A la entrada misma del Parque tenemos sus estatuas principales: Cristóbal Colón, José de San Martín, Simón Bolívar y el general Sherman.

Al borde mismo del Parque se halla el Jardín Zoológico. Los monos, que gozan con los visitantes mucho más de lo que los visitantes gozan con los monos; las jirafas y las panteras; los osos polares, que se asan



Los rascacielos de la Quinta Avenida y la calle 59 se reflejan en el sereno espejo del lago.

por PEDRO ALVAREZ

de calor aun en la época de invierno y una multitud de seres trasplantados de la selva al corazón de la ciudad como si fueran un gobelino.

Al lado del Jardín Zoológico se encuentra el primer lago. En invierno, cuando sus aguas se hielan, sirve como pista de patinaje y sobre el espejo de sus aguas se dibujan los rascacielos y las bailarinas en una combinación inusitada. Cuando vienen los deshielos aparecen los cisnes, las grandes flores acuáticas y los botes de vela seguidos con angustia por bandas bulliciosas de chiquillos.

Siguiendo las curvas de este primer lago, a lo largo del Parque y aun bajo las pistas elevadas para automóviles que lo cruzan en diversas direcciones, están los senderos de arena para jinetes, que nunca faltan —aun en las épocas más calurosas o frías de las opuestas estaciones— y que agregan una nota de color con sus correspondientes indumentarias, ya sean abiertas camisas en verano o abrigadas chaquetas en el invierno. Al mismo, las pistas para ciclistas describen cintas paralelas que se prolongan indefinidamente.

Muy cerca del zoológico funciona un restaurante de autoservicio con una gran terraza que se prolonga entre la misma naturaleza que constituye el marco natural de la colección de animales domesticados.

A este monumento vivo, a los animales traídos de las selvas, se une otro monumento a la memoria de un perro que hizo historia en el cine y en el corazón de chicos y grandes a través de las fronteras: Rin Tin Tin. Sobre una roca natural, de pronto surge entre los matorrales este animal prodigioso con su silueta inconfundible.

Pero además de estas notas simples un tanto infantiles, el Parque Central posee monumentos de importancia perdurable como el Museo Metropolitano de Arte. Allí, en un majestuoso edificio, se guardan tesoros artísticos de importancia fundamental en la historia del arte, desde las momias egipcias y sus inscripciones hasta las obras más famosas del más atrevido impresionismo.

El Parque Central se podría dividir en regiones características, como si sus barrios aledaños le hubieran impreso un poco de su carácter. La parte sur sobre la calle 59 y la Quinta Avenida reflejan el ambiente aristocrático y tranquilo de su barrio. Hacia el centro, a la altura de la calle 73, con su gran plaza de conciertos al aire libre, sus bailes populares, su "boîte" llamada



Chicos y grandes aprovechan los domingos de sol para disfrutar de la paz que les brinda el parque.





En este rincón se conserva toda la belleza que fué perdiendo Nueva York en pos del progreso. Abajo: La pista de los patinadores, lugar de reunión de un gran sector de la juventud.

Izquierda: Sí, esta escena se produce en el centro de Manhattan. Derecha: Y esta otra también. Ambas dan una idea del apacible momento que uno puede vivir en medio de la colosal urbe.

Visión general del lago con sus innumerables botes, la gente echada en el pasto y las ramas ocultando los duros rascacielos. Abajo: La juventud neoyorquina se eleva a la par de la edificación, tendiente a alcanzar la cima de todo.



Tavern on the Green y el lago de remar con los marineros y sus chicas y las chicas y sus marineros, el Parque adquiere un ambiente populachero de colorido más intenso y matorrales más espesos.

Luego se torna un poco más formalista y comedido. Las niñeras, de uniforme azul celeste, llevan cochecitos infantiles y ositos de rico terciopelo. Allí están el obelisco de Cleopatra, aguja de piedra traída del Oriente; los jardines de Shakespeare y, como contraste, una estación subterránea de policía que envía a sus patrulleros en hermosos caballos que imponen más respeto que todas las armas modernas.

En la parte utilitaria del Parque se encuentran un gran estanque de agua para el acueducto de la ciudad y un inmenso criadero de plantas que sirve de jardín experimental a todo el Parque.

Eso es hacia la calle 86, donde encontramos el imponente edificio del Museo de Historia Natural, frente al parque, con una estatua de Teodoro Roosevelt como a él le gustaba verse: a caballo sobre un brioso corcel. Al lado del Museo se halla el famoso Hayden's Planetarium, que encierra en su cúpula semiesférica las maravillas del universo de las estrellas.

El Parque Central ocupa un rectángulo perfecto en el centro de Manhattan —de la Calle 59 a la Calle 110 y de la Quinta a la Octava Avenida (Central Park West)— y la gente que lo rodea le imprime su carácter. Hacia el norte la barriada de Harlem se descuelga sobre la ciudad. Allí el Parque tiene un poco del ambiente bochinchero y abigarrado del barrio negro. La música vibra. La gente camina despacio y con una cadencia de danza. Los chiquillos juegan alrededor de un nuevo lago, el Harlem Meer, y la ciudad se prolonga en otro parque, el Morning Side, que ya tiene otro espíritu y otra fisonomía. Allí se dan cita las muchas ciudades que es Nueva York.



Foto Clarés

Graciana presenta, en su actual colección, creaciones de los grandes modistas parisienses.

Arriba. Modelo *Artemis*, de Christian Dior, de *soie sauvage*, que señala las tendencias actuales: línea barril y ruedo bordeado de encaje.

Izquierda. Jacques Griffe ha creado *Cluny*, elegante conjunto de gruesa seda natural blanca, con cinturón y guantes, color cereza.

Los modelos de Graciana se caracterizan por su gusto refinado.

M. P.

Harlem

METROPOLIS NEGRA

POR NESTOR R. ORTIZ ODERIGO

¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem!, ¡Ay, Harlem!
¡No hay angustia comparable a tus ojos oprimidos,
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,
a tu violencia granate sordomuda en la penumbra,
a tu gran rey prisionero, con un traje de conserje!

FEDERICO GARCIA LORCA, **El rey de Harlem**



LA presencia del negro en Nueva York no data de época reciente, sino que se desplaza muy lejos en el tiempo. En realidad, para remontar la corriente de su historia tendremos que llegar al año 1626, fecha en que se fundó la ciudad de los rascacielos, a la sazón llamada New Amsterdam. Fué entonces cuando se introdujeron once personas de color, de cuatro de las cuales han quedado registrados sus nombres: Paul d'Angola, Simón Congo, Anthony Portuguese y John Francisco.

Ya a fines del siglo XIX la zona de los alrededores de la calle West Fifty-third estaba ocupada por cincuenta mil negros, en su mayoría de la clase acomodada. Instaláronse allí muy pronto tres hoteles bien equipados y comenzaron a desarrollarse actividades que, hasta entonces, sólo tenían lugar en el Nueva York blanco, señalando un nuevo ritmo en la vida de la comunidad afronorteamericana.

Uno de estos hoteles, denominado *The Marshall*, no tardó en convertirse en punto de reunión de la intelectualidad de color. En efecto, en sus salones se daban cita escritores, artistas, bailarines y músicos negros, como Williams y Walker, quienes introdujeron el tradicional *cake walk* o danza del pastel en la ciudad de los rascacielos; Bob Cole, dramaturgo, actor, poeta, danzarín, instrumentista y director teatral, autor de la famosa revista titulada *Black Patti's Troubadours*, escrita especialmente para la famosa cantante Sissieretta Jones, apodada "The Black Patti" (la Patti negra); J. Rosamund Johnson, músico de gran predicamento, hermano del sociólogo y poeta James Weldon; Will Marion Cook, alumno del violinista Joachim y director de la célebre *New York an Southern Syncopated Orchestra;* James Reese "Jim" Europe, creador de *Ballin' the Jack*, el primer *fox-trot* que se haya publicado, y líder de bandas que introdujeron el *jazz* en Europa; Paul Laurence Dunbar, laureado poeta de los negros e intérprete acucioso del folklore afronorteamericano, etcétera.

Fué en el *Marshall* también donde se organizó una de las "orquestas sincopadas" que cultivaron el *ragtime* y la música afronorteamericana, denominada *The Memphis Students*, aunque, como dice James Weldon Johnson, sus miembros no eran de Memphis ni tampoco estudiantes... En 1903, esta agrupación hizo su sensacional debut en el *Proctor's Theatre* de la calle 23 de Nueva York, a las órdenes de Will Dixon, a quien asesoraba Will Marion Cook, encargado de los arreglos instrumentales y de los ensayos del conjunto, en el que actuaba el fabuloso baterista Buddy Gilmore.

Con el correr del tiempo los negros fueron ocupando paulatinamente distintos sectores de Nueva York. Pero Harlem nació, en realidad, en 1900, cuando un negociante en inmuebles afronorteamericano, Mr. Philip A. Payton, se ofreció a los propietarios de una serie de casas, que se hallaban desocupadas a causa del mal estado en que se encontraban, para hallar inquilinos entre los negros.

Posee esta populosa metrópolis negra —el "paraíso de los negros" para unos y para otros el "purgatorio", según el prisma a través de cual se la enfoque— una extensión de tres millas cuadradas y aloja en su seno a cerca de trescientas cincuenta mil personas de color. Extiéndese al norte del Central Park, desde la calle 110 hasta la 55, y entre las avenidas 5a. y Amsterdam de la isla de Mahattan.

Su heterogénea población no sólo está integrada por afronorteamericanos, sino que constituye una verdadera Babel del pueblo de Cam, toda vez que por sus calles transitan negros que hablan idiomas y dialectos diversos, tanto el *créole* de Haití, como el *patois* de la Martinica; tanto el inglés de acento sureño norteamericano, como el inconfundible de la gente de color de Trinidad u otras Antillas británicas; el dialecto de los negros de la Guayana holandesa o el español de los de Puerto Rico.



En un banco de Central Park, cerca de la Quinta Avenida y la ca'le 124 West, sector Harlem, conversan varios habitantes de color como lo harían en cualquiera otra parte del mundo. Como vemos, un domingo de sol es un día aprovechable para descansar y charlar sea cual fuere el color de la epidermis o el barrio.

Pocos años fueron suficientes para que Harlem se convirtiera en el vértice hacia el cual se desplazaba la mirada y la curiosidad de cuanto viajero visitaba la tentacular ciudad. Y la moda de "lo negro" no tardó en manifestarse con virulencia inusitada. Turistas provenientes de todo el mundo se apresuraron a anotar su nombre, qua ya tenía un halo mágico en el itinerario de sus viajes. Y de Paul Morand a Carl Van Vechten, de Egon Erwin Kisch a Julio Camba, de Nancy Cunard a Joseph Kessel, ningún visitante ilustre dejó de registrar sus impresiones acerca de esta "ciudad enclavada dentro de otra ciudad".

"Los blancos comenzaron a acudir a Harlem en manada —escribe Langston Hughes, uno de los escritores que mejor tomaron el pulso a la metrópolis negra—. Durante varios años llenaron el lujoso *Cotton Club* de la Avenida Lenox. Yo nunca traspuse sus puertas, pues este sitio de diversión era un club para *gangsters* y blancos adinerados, pero sus propietarios no se mostraban cordiales con la gente de color, salvo que se tratara de una celebridad como Bojanbles. Por eso, a los negros de Harlem no les gustaba el *Cotton Club*, ni apreciaron nunca la política de discriminación racial puesta en práctica en el propio corazón de la comunidad afronorteamericana".

Durante esa época, que se extendió a lo largo del segundo decenio de nuestro siglo, Harlem vivió un verdadero "renacimiento negro". Algunos autores norteamericanos afirman que este movimiento artístico y literario germinó con el estreno de la famosa revista *Shuffle Along*, obra de Flournoy Miller, Aubrey Lyles, Eubie Blake y Noble Sissle, en la que actuaron figuras célebres en el mundo del teatro y la música afronorteamericanos, como Hall Johnson, Adelaide Hall, William Grant Still, George Mc Clennon, Russel Smit, The Four Harmony Kinks, Florence Mills, Eva Taylor, Trisie Smith, Caterine Jarboro, Jaul Robeson y Josephine Baker. Sostienen otros críticos que esta cruzada artística nació con los "dramas negros" de Eugene O'Neil, como *Moon Over the Caribees* (1918), *Dreamy Kid* (1919) y *Emperor Jones* (1920).

Sea como fuere, el hecho cierto es que en el transcurso de esa década causaron sensación las producciones estéticas y literarias de los *new Negroes* o "nuevos negros", artistas que penetraban en la órbita cultural, conscientes de sus valores y de su importante aporte a las letras y las artes de los Estados Unidos.

Era la época en que la poesía de color, que con Paul Laurence Dunbar ya había incursionado en el terreno folklórico —este bardo hasta escribió sermones a la manera de los viejos predicadores de Dixieland, antecediendo a Vachel Lindsay y a James Weldon Johnson, que pasan por ser los primeros que explotaron esta veta de la cantera folklórica afroestadounidense— y, luego de la primera contienda mundial, en el tema social, penetró en la órbita de un realismo acusado y de un folklore auténtico, bregando por terminar con la "tradición de los menestrales", que no hacían sino falsear las legítimas expresiones del cancionero negro y presentar a sus creadores como simples payasos.

Y los vocalistas de *blues*, que hasta entonces habían cantado en las pequeñas comunidades negras para los miembros de ellas, comenzaron a hacer furor en los *cabarets* de Harlem. A partir de 1920, en que Mamie Smith se asomó por vez primera a los "estudios" de la compañía Okeh para grabar un *blues*, los cancionistas dedicados a esta modalidad artística registraron con frecuencia para sellos como Black Swan, Paramount y Gennett, y actuaron en salas de esparcimiento como el *Sugar Hill*, el *Jungle*, el *Lafayette* y el *Apollo*.

Para los intelectuales afronorteamericanos este período del "renacimiento negro" fué económica y artísticamente muy fructífero, mientras duró. Pero no duró mucho. Pues a fines de la década de 1920, con la crisis económica que sobrevino en los Estados Unidos, nadie se acordó más de este movimiento estético, aunque, desde luego, aparte de no pocas producciones intrascendentes, escritas por oportunistas, dejó algunas obras que todavía hoy se recuerdan con respeto, como *Infats of Spring*, de Wallace Thurman.

En la hora presente, Harlem ya no es rival de Montmartre, ni muchísimo menos. Ya no constituye el punto de reunión de *élites* artísticas, ni de ociosos millonarios. El meridiano del mundo de la diversión neoyorquino se ha trasladado a Broadway. Pero siempre hay sitios en Harlem, como el famoso *Savoy Ballroom*, donde la música y la danza de los afronorteamericanos no han palidecido por el influjo comercial, y de allí salen las iniciativas que luego recogen coreógrafos y arreglistas de la ciudad de los rascacielos y de otras latitudes.

ESCENAS NEOYORQUINAS



Pese al vértigo de Nueva York, aun en plena era del "jet" y con el espacio surcado por Explorers, Vanguards, Sputniks y Luniks, el tranquilo caballo sigue siendo utilizado en la propia capital de la velocidad. Como vemos, los barrios tienen en N. Y. el mismo espíritu de barrio de cualquier lugar del mundo Este caballo con la manta raída pertenece también a sus calles, aunque su presencia recuerde a Barracas.

Es el día de la graduación de las alumnas de una escuela privada católica; el blanco conjunto transpone el portal de la Catedral de San Patricio, donde se realiza la ceremonia. El democrático agente de policía observa.

NUEVA York da para todo. Nadie se extraña por nada. Todo es común. Por sus calles puede verse lo más viejo y lo más nuevo del mundo. Nueva York es el espejo de las ciudades y de las generaciones. Es un espejo original, que archiva todas las imágenes, y por eso tropezamos con ellas en cualquier rincón. Muchos ojos y muchas vidas hacen falta para ver a todo Nueva York, pero su espíritu se puede captar en pocos días, pues se refleja precisamente en esa variedad de sujetos y situaciones reveladores de una auténtica democracia. Esa democracia ejercida no sólo por el gobierno sino por todo el pueblo. Por eso Nueva York exhala libertad por todos sus poros sin preocupación de escalas sociales. Los carros tirados por caballos se mezclan con los poderosos modelos 59, las mujeres visten pantalón corto, los agentes de policía usan camisas de media manga y cada ciudadano se preocupa por su propia vida sin inmiscuirse en la de los demás. Por eso en Nueva York, ciudad cosmopolita por excelencia, todos tenemos un lugar; sólo es cuestión de buscarlo: caminar observando las distintas escenas que se ofrecen a nuestra vista a cada paso y ubicarnos en la que cuadre a nuestra personalidad o gusto. Por eso todo está bien en Nueva York y nadie mira de reojo.

Pese a estar con licencia estos tres marineros siguen marchando. Los acompañan bajo la llovizna tres "navy girls" con cómodo y original uniforme. Derecha. Para quienes hablan de la intrepidez sin sosiego de Nueva York he aquí la calma de este señor, que espera tranquilo y al sol su clientela. "Lustrada de primera clase" se lee en las vidrieras. Es uno de los poquísimos locales de este tipo que quedan en Nueva York.

Todos los años, el domingo de Pascua, se realiza en la Plaza Rockefeller una exposición de sombreros primaverales. Aquí vemos como el público observa con curiosidad a dos morenas que exhiben exóticos tocados.

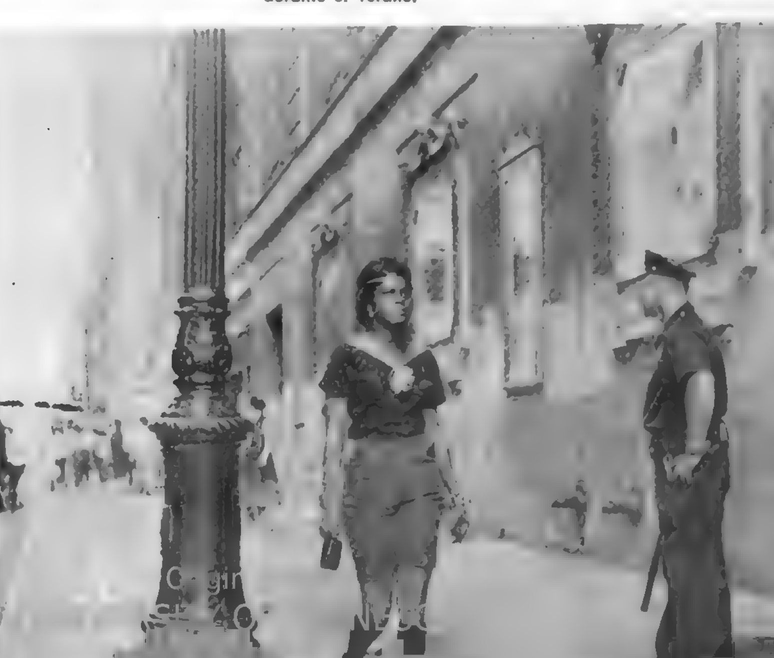
Fotos de
JACK TUCMANIAN.

Derecha: En pleno centro, Sexta Avenida y calle 48, estos enseres domésticos en desuso han sido dejados allí por su dueño; transcurre el tiempo, pasa la gente, y sólo el recolector los tocará. Esto simboliza la abundancia que reina en Nueva York.





No está disfrazada; no forma parte de ningún desfile de modelos; no es el atuendo de ninguna tribu lejana. Esta joven morena luce el clásico pantalón "Bermuda", común vestimenta de las y los neoyorquinos durante el verano.





PREDICADORES

Arriba: Wall Street, la famosa calle de las finanzas, es usada al mediodía como plataforma principal por los predicadores de distintas religiones y credos. Con los brazos en alto habla uno de ellos, mientras que en primer plano la gente se agrupa en torno a otro. **Izquierda:** Carteles y libros y su palabra exaltada son las armas de este ejército. **Derecha:** Casi llegando a la violencia en sus expresiones, este hombre señala como si acusara a su público a fin de indicarle la senda del bien.

En la calle 42 y la Octava Avenida este hombre ha levantado su tarima para comunicar su mensaje. Todos lo tienen; todos quieren brindar a los demás la ocasión de gustar y sentir su verdad espiritual.





Aunque sea para divertirse un poco durante el intervalo entre la labor de la mañana y de la tarde, los neoyorquinos se detienen a escuchar la palabra inspirada de quienes se sienten iluminados. **Derecha:** Otro corrillo alrededor de un predicador vestido de civil, con apariencia de corredor de bolsa. A su lado luce una bandera, símbolo que no falta en ninguno de estos predicadores callejeros, que por diversos caminos buscan llegar al corazón de los demás hombres.

"Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores". Esa es la leyenda que luce en su pecho esta mujer de color. Un libro en la mano izquierda le sirve de guía para poder señalar a sus compatriotas el camino que deben seguir. El señor de al lado es su asistente?



CALLEJEROS

TODA gran ciudad suele tener predicadores callejeros. Nueva York jamás podría servir de excepción. Todo en ella empuja a la libre palabra. Desde el absoluto clima de libertad que se respira hasta la inconmovible fe religiosa que guía los actos de todos sus hombres. Por alguna razón, posiblemente la que indica el gastado refrán de que *el dinero es la base de todo mal*, los oradores callejeros de Nueva York parecen mostrar una marcada preferencia por alzar sus barricadas orales en Wall Street, el centro del distrito financiero de Nueva York.

Esto sucede al mediodía, durante el descanso de la merienda. Por la noche los hemos visto concentrarse en las calles adyacentes a Broadway, cerca de sus esquinas, a leer la Biblia y discutirla con los transeúntes. Sin duda esta elección nocturna corresponde también a otra actitud estratégica, la de que Broadway puede ser de noche, más que la vía blanca, la gran vía negra del pecado.

La cuestión es que jóvenes o viejos, laicos o religiosos, todos tienen una cosa en común: fe en algo. Todos tienen un mensaje que comunicar a su audiencia callejera, y nada piden a cambio. Sólo les basta con comunicar su sentir, y lo hacen seguros de que su creencia es la única y verdadera. Lo importante es que por más que los cultos difieran todos se hallan unidos por un mismo afán: la reconciliación del hombre con el hombre.

DESCANSO DEL MEDIODIA

A la hora señalada para el descanso, en medio de la jornada de labor, los habitantes de Nueva York se esparcen por todos lados buscando un lugar donde sentarse a comer su hamburgués y estudiar a los vecinos, charlar con los compañeros, leer diarios y libros o soñar con Miami.

UN paseo por Manhattan alrededor del mediodía resulta interesante, pues permite observar una fase muy particular de la vida de Nueva York. Esa es la hora en que todos los empleados, jefes y patronos toman su descanso diario para poder continuar luego su trabajo. Como el tiempo de que disfrutan en ese momento es corto y una comida fuerte les perjudicaría su posterior tarea, a veces los neoyorquinos eliminan el almuerzo, sustituyéndolo con un rápido lunch consistente en un sandwich y una bebida fresca. Esto lo consiguen y lo consumen en cualquier lado, de manera que a esa hora se encuentran grupos o gente aislada comiendo sentados en bancos de plazas, en escalinatas de edificios públicos, en los paragolpes de los autos, en barandas, en todas partes. Es tal la cantidad de personas que necesita ese refrigerio que algunos bares, como propaganda, ofrecen gratis diversas cosas para picar, buscando que el caminante "pique" y pida una cerveza o una naranja; claro que están los que luego de picar de distintos platitos se van a otro lado a tomar un café. Los jueves al mediodía se ofrece un concierto de música eclesiástica ejecutada en el órgano de Trinity Church, y allí, alejados física y espiritualmente de su oficina, se sientan los grandes magnates al lado de secretarias y "pinches". Así, mientras unos comen, otros beben, otros caminan o se acuestan, pasa el mediodía y el pueblo de Nueva York abandona la breve placidez y retorna a la actividad reconfortado y con nuevos bríos.



París puede tener cafés más elegantes; Nueva York, también; pero para este trabajador su bar improvisado cumple perfectamente su función, bastándole para ingerir un par de sandwiches y una bebida refrescante.



Un suculento sandwich y buena compañía; no hace falta nada más para pasar agradablemente el mediodía. El paragolpes de un lujoso auto a orillas del muelle puede resultar tan buen lugar como un yate anclado frente a la Costa Azu. Derecha: Un buen café, los ojos cerrados aspirando a todo pulmón el aire purificado por las plantas y ya está uno dispuesto a proseguir con las tareas diarias. Este rato que los neoyorquinos pasan alejados de sus lugares de trabajo les sirve de estímulo y sedante, representando además una buena inversión de minutos en procura de algo: calor de sol, calma, meditación, diálogo...

Cualquier desnivel es bueno para sentarse y hacer trabajar la lengua mientras descansan los pies. El turista se sentirá extrañado ante estas libertades, pero es que el neoyorquino vive a su gusto y comodidad aunque, como aquí sucede, se halle en la Quinta Avenida y la calle 42, pleno centro.



Un banco en Battery Park a la sombra de un árbol resulta ideal para una siesta en el intervalo de la labor, y como para dormir no se precisan los anteojos, éstos pueden adoptar cualquier posición.



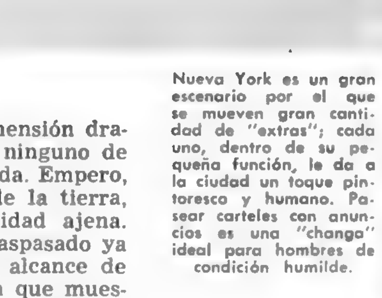
En la Sexta Avenida y la calle 42 esta señora se cansó de caminar, encontró un banco, tomó un diario, se descalzó y así pasará la hora intermedia del mediodía.



LOS



Castañas calientes y maníes son la base de este comercio ambulante que encuentra siempre un lugar para estacionar en medio de la tumultuosa vida ciudadana.



Nueva York es un gran escenario por el que se mueven gran cantidad de "extras"; cada uno, dentro de su pequeña función, le da a la ciudad un toque pintoresco y humano. Pasear carteles con anuncios es una "changa" ideal para hombres de condición humilde.

CALLES de Nueva York! Escenario de hechos cuya dimensión dramática toca todos los extremos. Allí no está ausente ninguno de los muchos personajes que animan la comedia de la vida. Empero, casi todos, como acontece en las más remotas comarcas de la tierra, llevan su problema escondido, resguardado de la curiosidad ajena. Algunos puede que hablen en voz alta; son los que han traspasado ya los límites de la historieta simple. Por eso, sólo hasta el alcance de la vista es posible entrar en el alma de la calle, esa visión que muestra el gesto triste o cansado del caminante que regresa del trabajo, o la saltarina sonrisa de la muchachita que abandona Macy's o Gimbels con la voluminosa caja de cartón que contiene su vestido nuevo.

En ese sentido, el objetivo, la calle tiene espíritus que se agitan como duendes traviesos en el chisporroteo de sus letreros luminosos, en la dinámica de los voceadores que en las esquinas de Broadway pregonan las bondades de algún espectáculo u ofrecen a los turistas una excursión por los barrios pintorescos y en el color de los seres que ambulan portando sobre sus hombros o sobre su figura el atuendo de un metier que los envuelve en un clima circense, ajeno a su auténtica personalidad humana.

De esa manera, tanto se puede pasear el reclame de un barbero o de una academia de choferes, como formar parte de un "picket" de protesta por un mal salario. Todos esos pequeños menesteres hacen el color y la vida de una calle de cualquier rincón del orbe He aquí los que hacen el rostro callejero de Nueva York, la Babilonia de hoy.

Pese a su vertiginoso andar, el neoyorquino siempre tiene un segundo de tiempo para depositar una moneda al pie de la última nota de este músico ambulante.

AMBULANTES



El caluroso día va tocando a su fin y el productivo comercio de "panchos" y bebidas gaseosas rueda hacia la casa de su dueño, luego de haber consumido sus existencias.

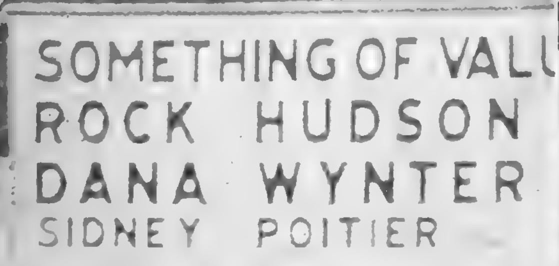


Cuando en las calles de Nueva York se ven estos piquetes de huelguistas nadie se alarma, pues siempre está atenta la policía para que nadie los provoque, para que ellos no entorpezcan el libre tránsito de peatones y para que entre y salga quien quiera del lugar afectado por la huelga. Los portadores de esos carteles lo único que hacen es poner al tanto de su situación al público. ¡Siempre la publicidad!



"Aprenda a conducir en la única escuela aprobada por el Automóvil Club de América". Otro de los tantos "hombres-sandwich" que deambulan por Nueva York. Este sí que lleva una advertencia importante teniendo en cuenta el denso tránsito ciudadano.

Fotos de JACK TUCMANIAN.





Broadway es el escenario ideal para los mendigos, sobre todo para los que poseen conocimientos artísticos. El sereno perro está habituado al eterno movimiento que circunda a su amo, ajeno a los colores brillantes de la arteria dislocada de Manhattan.

Un monje no vidente aguarda el ómnibus ofreciendo un espectáculo extraño pero común, pues por Nueva York transitan los más variados personajes.





Modadas



En Nueva York puede decirse que todas las mujeres son elegantes. No hay pueblo en el mundo donde las gentes ordinarias tengan mejor aspecto y vistan con más lujo

Ramiro de Maetzu,
"Norteamérica desde adentro"

Hannah Troy presenta un "listo para vestir" logrado en fina tela de menudos cuadritos blancos y color caramelo. Luce falda "vaina" con cintura alta, chaqueta "caja" corta con bolsillos simulados. El sombrero es de **Christian Dior** y los guantes de **Kislav.**

Este "day-to-date" es una obra de **Jane Derby** en lana azul. Su severidad la quiebra un oportuno cuello al frente y en la espalda formando como un pañuelo rojo con ribete azul. La cintura alta y ceñida retiene los pliegues.



Dos modelos para vestir en casa. El de la izquierda presenta pantalones lisos de algodón rayado turco, para llevar con un simple chaleco con dos enormes bolsillos. El otro es un delicado vestido logrado en la misma tela del pantalón, pero aquí las rayas combinan en sentido contrario, en tanto que la línea imperio da relieve al talle. Ambos son modelos neoyorquinos.



Un verdadero milagro para la temporada estival son las telas de lana creada para los modelos de viaje. Sobre la blancura de la tela se esparce una lluvia de flores marrones. Es una creación de **Townley**. El sombrero pertenece a **John Frederics**.

Jeanne Campbell diseñó el presente modelo realizado en lanilla, especial para viajes. Predomina en él el trazo rápido y severo del vestido "vaina" negro que moldea las curvas. La chaqueta es suelta con mangas tres cuartos de fondo blanco destacándose el soberbio estampado negro.



El exotismo de Oriente invade con sus diseños y colores los presentes modelos. El de la izquierda se inspira en un indumento usado en el este de la India y ha sido acondicionado para lucir en la playa. Está realizado en finísima tela estampada con motivos orientales. El de la derecha proviene del país de los crisantemos. Es una delicada malla de una sola pieza con chaqueta quimono de seda estampada con motivos japoneses. Ambos han sido enviados por el **National Cotton Council** de Nueva York.

Los hombros desnudos emergen con gracia del original corsage coronado con un bandeau que rodea a la perfección el busto con un movimiento "caja", del que asoma el vestido "vaina". Las realizaciones de **Pauline Trigere** son en terciopelo.

Para los aficionados a los sacos de sport aquí tenemos un modelo de tres botones en franela rayada marrón y negra.

MODA MASCULINA

Los sweaters gruesos están siendo muy populares en las escuelas de los Estados Unidos. Este está dividido en dos partes, una blanca y otra negra, con una guarda blanca y roja en la cintura y los puños.

LA juventud de Estados Unidos está dejando de lado ese aspecto aparentemente descuidado o abandonado que durante tanto tiempo se había constituído en su "uniforme". Ahora comprende que la moda puede ser tan dictatorial en su caso como en el de sus madres y hermanas. Por lo tanto están dando un vuelco fundamental a su aspecto exterior, pues aunque siempre conserven su estilo casual para vestir lo hacen dentro de una línea de aseo y buen gusto.

Por supuesto que interpretan la moda de distinta forma de la que rige cruzando el Atlántico, y dentro de esto tiene mayor vigencia el carácter deportivo. En América se pueden permitir algunos toques brillantes, especialmente en los sweaters, que suelen lucir mucho de rojo, blanco y negro. Además, los sacos sport pueden ser contrastados, rayados o tener un forro de fantasía. En cambio, precisamente buscando la elegancia del conjunto, se han anulado las corbatas chillonas que herían la vista. Basta ver el surtido de Macy's, Gimbels o Reggies para gozar con su ilimitada variedad.



Este cómodo saco de sport color marrón luce un forro de seda rojo y blanco; la camisa es también roja y blanca, y las puntas de su cuello van aseguradas con un botón cada una; la corbata, tejida, es de color negro. Una gorra de franela gris con hebilla en la parte trasera complementa este atuendo juvenil cuya prestancia no admite réplica.

Con esta camisa roja, rayada con blanco y negro, no hace falta vestir saco. El cuello lleva dos botones en sus puntas y un tercero en la parte de atrás. La corbata es de lana negra y combina con todo.



Para los últimos horas de la tarde este traje negro se complementa con una faja de seda rayada en azul y gris y el moño haciendo juego. Derecha: Nuevo estilo de sombrero con ala angosta y copa alta, con ancha cinta formando un todo de singular elegancia. Nótese el detalle de la solapa angosta y el primer botón abrochado.



Greenwich Village es otro de los tantos lugares distintos que forman el rompecabezas de Nueva York, y allí se pueden encontrar rincones como éste, que parece extraído de Chelsea o algún otro conservador lugar londinense o parisiense. Hasta permanece en uso un antiguo farol de gas.

GREENWICH VILLAGE

GREENWICH Village es un barrio de apariencia frívola y origen trágico. Los primeros pobladores de este Saint-Germain-des-Prés neoyorquino eran fugitivos del cólera y de la fiebre amarilla. Sus pobladores de hoy son artistas o seudoartistas: están los verdaderos artistas, los que aspiran a serlo, los que lo fueron y los que nunca lo serán. De allí nace esa atmósfera extraña y personal del barrio, donde el dinamismo de la ciudad gigante se aquieta en un andar de seres barbudos, que piensan en libros, en cuadros o en canciones.

Este es el común denominador de un barrio dispar en su arquitectura, de añejos perfiles; diverso en sus gentes, que proceden de todas las capas sociales; variado en sus locales: teatros, cafés, salas de conferencias, galerías de arte y centros de reunión y de polémica que son un poco todo lo antedicho.

No se discute si Greenwich Village es o no una de las fuentes del talento norteamericano. La rara planta del genio no florece en un lugar preestablecido. Pero lo cierto es que la inquietud creadora hormiguea en la sangre de no pocos habitantes del barrio. Puede que plasme o no. Pero no es lo que importa en ese ambiente contradictorio y exótico.

Importa la impresionante cantidad de teatros, entre ellos el italiano, donde el espectador paga a la salida, si la obra le ha gustado; la profusión de cuadros expuestos a la venta en todas partes; los debates públicos, donde se discuten todos los problemas, desde los teologales hasta los políticos, desde los filosóficos hasta los literarios, desde los económicos hasta los artísticos.

Greenwich Village es chocante, pintoresco y extraño. Es un microcosmos del descontento, el snobismo, la juventud inquieta, la madurez ambigua y la vejez vencida. En su pequeña geografía alternan el pordiosero y el millonario. Pero con sus callejuelas, sus restaurantes arrinconados en sótanos, su bullicio y su melancolía es un espacio al margen del tiempo para soñadores, inconformistas y bohemios. Y una atracción para los turistas que sepan desentrañar su cálida y densa humanidad.

En las veredas del Village se exponen para su venta las más diversas pinturas que carecen casi por completo de estética, que ofrecen, salvo honrosas excepciones, en general una pobre muestra de arte. Derecha: el Arco de Washington, erigido cuando se conmemoró el centenario de la ascensión de George Washington a la presidencia del país, está reconocido como el centro en torno al cual gira toda la actividad del Village.



Este bar, digno de Saint-Germain-des-Près, se encuentra en Greenwich Village, y es refugio de bohemios auténticos o fingidos. El singular auditorio presta atención a la recitadora apoyada displicentemente en un piano que a veces está mudo y otras lanza histéricas notas en un surrealista desborde musical lleno de variantes.



Hasta los niños están influídos por el clima "extraño" del Village; este jovencito de cuatro años luce sonriente su despeinada melena mientras conversa con un ciudadano extravagante que luce cadenita al cuello y aros.



Frente a la plaza Washington se encuentra ubicada la Universidad de Nueva York, cuyo edificio se puede apreciar en esta toma. A ello se debe la abundante cantidad de estudiantes que vemos en el Village, ya que éstos extienden su actividad desde las aulas hasta los cafés cercanos.



Estos ancianos de la Plaza Washington, ¿hablarán del arte que inunda el barrio? No. Como los jubilados de todas las plazas del mundo, su tema es la política que rige el mundo.



El sol traspasa las ramas de los árboles de la plaza Washington y proyecta su agradable calor en las mañanas domingueras de Greenwich Village cuando lo invaden los "civiles". Los bancos no alcanzan para satisfacer a todos los paseantes.

Un café italiano y una joven —tal vez intelectual— dedicándose a la lectura. En Greenwich Village han encontrado albergue habitantes de todo el mundo, y los de la península itálica se dedican especialmente a explotar restaurantes y cafés, comúnmente lugares de reunión de los "vanguardistas" neoyorquinos.





Un remachador trabajando en las alturas de un rascacielos, construído en la década del siglo veinte, sirve de símbolo a la ciudad, que crece constantemente.

FASES DE NUEVA YORK

Nueva York ha cambiado más en un siglo que ninguna otra ciudad del mundo; las demás han evolucionado: Nueva York ha estallado.

Paul Morand, "Nueva York"

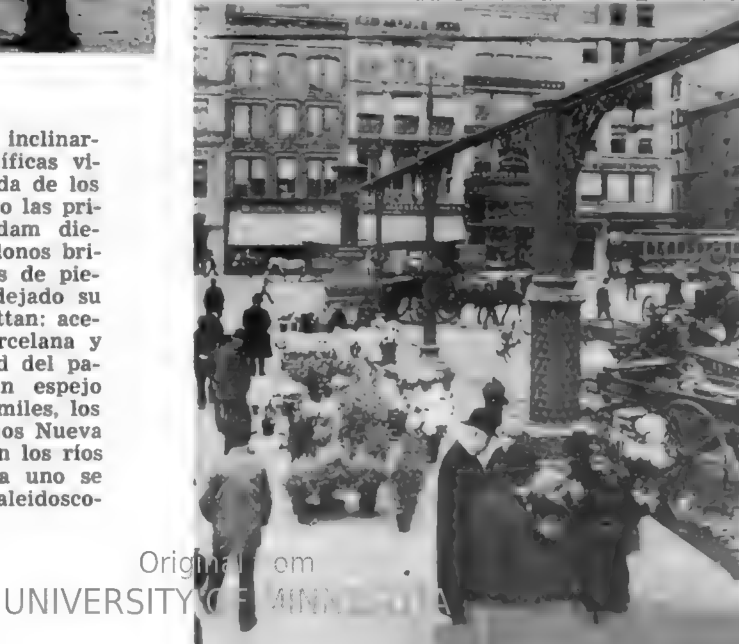
POCAS ciudades en el mundo han cambiado tanto en medio siglo como Nueva York. Y esto para redondear una cifra que resulte visible al lado de la edad del mundo. Pero en realidad la evolución más extraordinaria ha sucedido en los últimos doce años, luego del fin de la guerra. El secreto de este cambio radica en que ha sido un verdadero renacimiento. La Nueva York actual es otra ciudad diferente de aquella de los tranvías y la gente caminando, los edificios de cinco o seis pisos y los carros de tracción animal. Hoy hay veloces ómnibus, la gente corre y las casas tocan las nubes. Es que Nueva York está impulsada por una fuerza de vida que en pocos lugares se puede observar, y esa presión la ha obligado a reproducir sus ladrillos con más velocidad que otras ciudades. Y como Manhattan, su centro, es una isla de cincuenta kilómetros cuadrados, no ha podido extenderse más allá de los ríos que le sirven de marco. y por lo tanto su crecimiento se produjo en forma vertical. Fué el único camino que halló el neoyorquino: ascender.

Aunque en las décadas del 20 y el 30 ya se construyeron altos edificios, vista la necesidad expresada, la real transformación de Manhattan se produjo luego de 1945. Desde el 47 hasta nuestros días los edificios para oficinas han crecido sin de-

Broadway ya en 1907 tenía mucho movimiento; era una de las pocas calles por las que se caminaba ligero. Ahora se ha transformado en el centro nocturno de la ciudad cuyo eje es Time Square.

La Quinta Avenida en 1905. Las damas iban barriendo con sus faldas la nieve acumulada en las aceras de la siempre señorial calle.

Esto es todo lo que quedaba en 1956 del "elevado" de la Tercera Avenida. Ahora aquel particular medio de transporte es ya un recuerdo y la Tercera Avenida luce enteramente renovada. New York nunca deja de moverse. Abajo: Union Square en 1905. Una estampa de principios de siglo que se ha desprendido del almanaque sentimental de New York. Aquella ciudad era otra completamente distinta de la actual. No sólo las vestimentas han cambiado, sino también todo el escenario en general. Ya no se ven tantas flores en las calles ni en los sombreros de las damas, ni se oye el paso de los tranvías, ni rechinan constantemente las ruedas de madera de los carros.



tenerse. En este lapso de doce años las mezcladoras de concreto, las remachadoras, los taladros y los sopletes no se han tomado descanso. Durante los primeros años de esa actividad febril el neoyorquino veía pozos y montañas de piedras y ladrillos por todos lados; toda la ciudad era una masa que se revolvía, elevándose. "Debemos excavar para que Nueva York pueda crecer", ésta era la consigna El impulso todavía se mantiene, y no sólo eso, sino que va en aumento. El año pasado se alcanzó un nuevo record de construcción al habilitarse dieciséis monumentales edificios para oficinas, con los que el total de las resplandecientes torres levantadas en esta docena de años se elevó a ciento diez. Park Avenue, en un tiempo barrio residencial de la gente rica, debió inclinarse ante el progreso, y sus magníficas viviendas cedieron ante la arremetida de los rascacielos para oficinas. Así, como las primitivas casas de Nueva Amsterdam dieron paso a los ladrillos de los colonos británicos, ahora los arcaicos frentes de piedra y los ornados palacios han dejado su lugar a la nueva visión de Manhattan: acero, bronce, aluminio, ladrillo, porcelana y vidrio. La opaca y emotiva ciudad del pasado se ha transformado en un espejo que refleja, multiplicándolos por miles, los rayos del sol. Por eso vista de lejos Nueva York es un brillante engarzado en los ríos East y Hudson, y dentro de ella uno se encuentra en el interior de un caleidoscopio resplandeciente.

LITERATURA

Bernardo Ezequiel Koremblit

SU HOMBRE DE CONFIANZA, por T. S. Elliot. — La primera parte del segundo acto —el sutil y elevado diálogo entre Colby y Lucasta— es esencialmente el trabajo de un poeta, uno de los más importantes de nuestro tiempo. El primero es un juego difícil de aguda psicología desenvuelto con una mágica facilidad. El acto tercero —a igual que toda la obra— es el profundo, aunque también ágil y sorpresivo, estudio de toda la introspección a que puede llegar quien sea capaz de examinar su conciencia y analizar su personalidad. El hecho de que *Su hombre de confianza* sea un reflejo y el *pendant* del *Ion* de Eurípides no implica una falta de originalidad, como la que no concebiríamos en el gran poeta de *Reunión de familia*. Elliot sabe que el trabajo de un artífice, o el uso de un verso completo para cada personaje con una coda que exalte esa idea necesitada de un énfasis especial, o la alucinante perfección de un juego rítmico —particularidades de esta obra— son conquistas que señalan una indiscutible originalidad. *Su hombre de confianza* no es el mejor trabajo de Elliot, pero muestra cómo la inteligencia y la profundidad de un poeta alcanzan grandes momentos en cualquier ejercicio. La difícil traducción y el interesante prólogo ratifican el consenso de que Miguel Alfredo Olivera es el primer *elliotista* de nuestro medio y el más autorizado albacea del eminente poeta inglés. (Editó *Emecé*.)

EL MONJE, EL TIEMPO Y LA SERPIENTE, por Carlos Sainz de Robles. — Problemas del hombre y estados de ánimo componen las varias novelas breves de este escritor madrileño, preocupado por el misterio de la vida y el destino humano. La unión entre símbolos y hechos concretos y la iluminación de esas zonas oscuras (genialmente tratados por Kafka) son manejadas por Sainz de Robles con evidente conocimiento de las posibilidades e imposibilidades que impelen y anulan al hombre. Un estilo atrayente y una clara línea expositiva caracterizan este libro, el primero, según se informa, del escritor español. (Ediciones *Aguilar*.)

JUEGO LIMPIO, por María Teresa León. — Una extraordinaria novela nacida, arrancada, de la guerra civil española, y el libro de una escritora que ama su tierra con fe y esperanza; el futuro será el de la libertad y la dignidad humanas. Los combatientes de *Juego limpio* son aquellos esforzados militantes del espíritu —no obstante sus armas— pertenecientes a las Guerrillas del Teatro, organizadas precisamente por María Teresa León. El director de escena, republicano y humanitarista, discriminador del odio y los odios; el sacerdote miliciano, la muchacha del Madrid sitiado pero heroico e insobornable, con su amor-símbolo; el falangista despertado a la realidad y a la verdad, son, entre otros, los personajes que pelean por la España auténtica con el escudo de la cultura y la lanza del arte, soldados-intelectuales, soldados-artistas, generosos y valientes, cuyos pertrechos son el teatro, la estética, el pensamiento y la poesía. Los pueblos de la retaguardia, los sitiados, los refugiados y todos aquellos que defienden la tierra de Cervantes, de Floridablanca, de Riego y Núñez y de García Lorca reciben la palabra y la acción bienhechoras de éstos, que, jugando limpio, concilian humanismo con humanitarismo. El estilo, el idioma y la poesía de María Teresa León, simultáneamente depurados e intensos, proporcionan el deleite de leer un libro admirablemente escrito. (Editorial *Goyanarte*.)

EL CAMINO DE LAS FLORES (Introducción al espíritu de Ikebana), por Gusty L. Herrigel. — "¡Atrás los profanos!" —*ekato bibeloi*—, decía el hierofante en las puertas del templo de Eleusis, y el movimiento de las manos con las palmas hacia afuera confirmaba la despótica exclusión. Gusty L. Herrigel cuida también el templo, pero con un sentido moderno que no excluye la religiosidad. Esta y el arte, unidos en una terreno-esotérica conjunción, y tal como lo están en realidad en toda la cultura japonesa, inspiran este libro, al cual puede juzgarse como una verdadera iniciación en el espíritu feérico de Ikebana. La "unión con el corazón de la flor y el corazón universal" está expuesta en este trabajo a través de cinco capítulos reveladores —la enseñanza, el maestro, la técnica, el camino de las flores y la ceremonia— escritos luego de una sutil Introducción, en la que descubrimos los años de aprendizaje de Gusty L. Herrigel hasta el sublime momento en que recibe la túnica negra y el título de *Luna Creciente*, entregado únicamente a los iniciados que ven la luz. Aprendemos, así, que el arreglo floral no es, aun siéndolo, una mera decoración, como no es tampoco un estudio puramente objetivo el cultivo de las flores, sino una ecuación metafísico-religiosa y una extracción a la superficie de aquello que Basho, el gran poeta *haiku*, expresara con tanta humildad como trascendencia: *Un arte sin artificio*. Tanto la versión castellana de Carlos Viola Soto —impecable— como las treinta ilustraciones en blanco y negro, basadas en dibujos de Bokuyo Takeda, contribuyen a la didacticidad y a la belleza de este libro singular y tan importante. (Editó *La Mandrágora*.)

LA ODISEA DE GILBERT PINFOLD, por Evelyn Waugh. — Narración, psicología y humor: por una vez más, la fórmula del deleitable autor de *Obra supendida* da el resultado infalible. El profundo y jugoso Gilbert Pinfold —¿efugio y refugio del propio Evelyn Waugh?— comprende que el *tedium vitae* que le rodea puede no ser asfíctico si un viaje lo liberara. Y he aquí a la India. Pero... no todavía. El viaje es tan importante como el puerto buscado: aquí empiezan la realidad y la fantasía, el raciocinio y lo imponderable, lo profundo y lo satírico, y todo el delirante juego en que se mezclan —ingrediente mixto perfecto en el gran novelista inglés— las voces de una lámpara, las admoniciones de una tubería del barco y las conclusiones del viajero. *La odisea de Gilbert Pinfold* es una explicación elocuente del porqué del éxito de Waugh y la razón de la existencia de esa legión de lectores que siguen entusiastamente a uno de los novelistas británicos más leídos. (Edición de *Emecé*.)

VIDA DE UN HEROE. JUAN ESTEBAN PEDERNERA, por Luis Horacio Velázquez. — No podemos encerrar en las limitaciones de una nota —necesariamente breve— las dimensiones de la biografía que al brigadier general Pedernera ha dedicado Luis Horacio Velázquez, el poeta de *Ambito del hombre* y el novelista de *Pobres habrá siempre* Cualesquiera que sean las opiniones que suscite su exhaustivo trabajo, es indudable que este libro minucioso, integral, bellamente escrito y el más importante que se haya realizado sobre el jefe de la épica retirada de Humahuaca y enfervorizado colonizador, viene a llenar en nuestra literatura la exigencia que no pudo cumplir José Hernández, quien tenía decidido escribir la vida de Pedernera. Luis Horacio Velázquez ubica al héroe dentro del panorama nacional político-histórico, extrae a la superficie la psicología de un gran soldado y de un gran espíritu, sigue su trayectoria con los mejores elementos de la biografía clásica, aunque esencialmente moderna, y pone mucha claridad en la turbia red de hechos no suficientemente explicados todavía. Con ser la obra de un historiador auténtico, es también el libro de un escritor inteligente y el de un poeta. Como dijimos, es imposible señalar en una nota bibliográfica los valores del libro, pero baste señalar el capítulo *La retirada homérica* —páginas de antología— y el denominado *Comienza el entrevero* —radiografía de nuestra historia— para advertir que Velázquez ha escrito una de las obras más importantes de nuestra bibliografía histórica sobre el gran compañero de Lavalle. (Editorial *Peuser*.)

EL ARTE DE CONSPIRAR, por Mariano José de Larra. Definición de Larra, por Emilio de Matteis. — Del ingenioso, profundo, mordaz y romántico de ideas clásicas, de ese *Fígaro* policromo, puede decirse que una de sus creaciones permanentes es esta comedia en cinco actos restallantes, escrita en prosa y sostenida por esa poesía que Maritain llama "de la búsqueda y revelación". *El arte de conspirar* es un perfecto manual para aprendices de conspirador y comedia-escarmiento-sátira denunciante de los conspiradores *ad usum personalis*. Lo que se conoce de esta pieza queda ratificado con su lectura. El aporte importante de esta edición es el agudo ensayo de Emilio de Matteis —*Una vida entre dos pistoletazos*—, donde el escritor, que en 1929 hizo conocer en Europa un claro y crítico panorama de nuestra literatura, elabora un medallón de Larra con las tres peculiaridades que caracterizan a Emilio de Matteis: incisivo juicio crítico, fuerza polémica y estilo seductor propio del ensayista de raza. Aquí demuestra el autor de *El intelectualoide* —entre otras revelaciones originales— que la muerte de Larra, tal como la conocemos, no es tal como la interpretamos. "Larra no fué más que un proceder recluído entre dos paréntesis de pólvora." (Editorial *Aldaba*.)

LOS TECHOS, por Héctor Miguel Angeli. — ¿Es exagerado juzgar a "Dormitorio", el décimonoveno poema de *Los techos*, como uno de los más originales y perfectos poemas que hayan escrito los poetas argentinos de este último tiempo? Si la idea, el ritmo, la palabra exacta, el subjetivismo y la aullante originalidad cuentan como factores para juzgar de excepcional un poema, el juicio que nos merece ese poema de Héctor Miguel Angeli no excede ni lo justo ni lo verdadero. El ardiente carácter dionisíaco que traía el poeta hace once años, cuando contaba dieciocho, en *Voces del primer reloj*, no ha desaparecido en *Los techos*, pero Dionysos tiene ahora un claro acento apolíneo, y Héctor Miguel Angeli, poeta combinado por esos dos dioses imprescindibles, lo mismo que por los arracimados elementos de una severa metafísica, un elocuente sentido social y una grácil estética, crea el poema moderno inteligente-sensible. No podemos en una breve nota bibliográfica referirnos enteramente a *Los techos*, importante libro, pero quizás sea suficiente, para explicar su gran aporte a la poesía nacional, señalar a Héctor Miguel Angeli como el poeta que ha permitido a 1959 ser el año registrador de un verdadero acontecimiento poético. (Editorial *Tirso*.)



ESPECTACULOS

LA NOCHE

POR HORACIO ESTOL

FOTOS DE JAIME G. FONT



(Del libro "Nueva York de Cerca", próximo a aparecer, publicado por la Compañía General Fabril Editora).

LUCES DE BROADWAY

TODO depende del capricho. Si se prefiere la comida francesa están Le Pavillon, Colony, Voisin's o Chambords a la cabeza de varias docenas de restaurantes dedicados a la misma cocina; después están el Swiss Pavillon cuando se trata de especialidades suizas, o el Jansen's Hofbrau para los platos alemanes, ambos al frente de muchos otros similares. Gastronómicamente, en Nueva York se puede dar la vuelta al mundo en menos de ochenta restaurantes. Lun Far para la cocina china, Leones, Patsy y Giovanni para la italiana, el India Curry Shop para la hindú, Fornos para la española, Gripsholm para la escandinava... Hay restaurantes árabes, checoslovacos, mexicanos, judíos, griegos, hawaianos, sirios, irlandeses... El menú gigantesco de Nueva York abarca desde el expeditivo jamón con huevos hasta la bouillabaise marsellesa de aire portuario, pasando por las pizzas, paellas, teriyakis, goulash, sauerkraut, las langostas al estilo de Cantón y el borscht... Se bebe pastis, tequila, saki, manzanilla, vodka, acquaviva, o cerveza de la Selva Negra, y los maitres y los barmen confirman con su acento la autenticidad de la aventura.

La segunda parte de la noche se concentra en una larga docena de grandes night-clubs encabezados por el "Morocco" y un centenar de night-clubs pequeños que muchas veces no pasan de bares presuntuosos. Penumbra rojiza y alfombras espesas, música y humo, algo de baile, mucho de conversación y los reflectores iluminando en el escenario grande o pequeño a la mujer o el hombre que han sido famosos, son famosos o van a ser famosos... según lo permitan los precios del lugar.

Lo más interesante del espectáculo nocturno de Nueva York es la gente. En Monsignore uno de los barmen es el barón Ladislao de Torok, doctor en leyes, ciencias económicas y políticas de la Universidad de Budapest. Tom Leret, que por las noches toca el piano en el Blue Angel, enseña matemáticas en Harvard. En una mesa están Aldous Huxley, Erich María Remarque y Paulette Goddard, que examina el efecto de sus últimos brillantes; Rosalind Russell escucha a Suzuki, el filósofo japonés. "Papá" Hemingway conversa con Noel Coward, y Rocky Graziano bosteza. Otto Preminger habla de su próxima película, Martha Raye explica su último lío. Saroyan discute el itinerario de un viaje con Yogi Berra, que es un jugador de baseball. Se puede ver a una actriz italiana como Anna Magnani o a una actriz japonesa como la Yamaguchi, o a una alemana como María Schell; hay millonarios latinoamericanos, escritores ingleses, industriales alemanes, políticos franceses, actores, poetas, pintores, millonarios, aristócratas, millonarios aristócratas, mujeres maduras y talentosas como Tallulah Bankhead y mujeres llamativas y llamativas como Jane Mansfield...

La noche se alarga. Louis Armstrong toca su corneta de oro en Basin Street. Bob Hope examina el menú en La Vie en Rose, anunciando: "Bueno. Veamos qué plato ordenaré para que se lo lleven de vuelta". Oscar Levant se sienta al piano del Little Club. Burgess Meredith, que acaba de viajar por Suecia, le dice a sus amigos en la Blair House que "ahora no sé qué hacer con el acento sueco que aprendí". Ben Hetcht comenta un estreno teatral en Sardi's. Oscar Harmmerstein II cuenta algo en Lindy's de la próxima comedia musical que prepara con Rodgers. En un ascensor del Waldorf hay una cuestión de etiqueta: quién sale primero, el príncipe Rainero o el príncipe Christian de Hannover, y sale un magnate petrolero de Texas...

Lo importante es la gente. Hay que tener nombre, o dinero, o talento. O la cara bonita y el cuerpo bien formado si se trata de una muchacha. Hay que ser "alguien" en algún sentido para hacerse lugar: boxeador, actriz, explorador, pintor, escritor, filósofo, banquero, y, en último caso, ex marido de alguien. A nadie le importa que Michael Vincent Gazzo lustrara zapatos en un hotel antes de escribir "A Hatful of Rain" y hacerse de un nombre. Ahora tiene su lugar. Como el Maharajá de Baroda o Gypsy Rose Lee; como Jack Dempsey, el duque de Windsor, Arthur Miller o Brenda Frazier; como Nat King Cole o Steinbeck; como Honeychile Wilder, que ahora es la princesa de Hohenlohe, o como la princesa Kropotkin, que ahora es cronista social; hay que ser violinista como Mischa Elman o barítono como Césare Siepi...

En todas partes se encuentra la misma confusión. Están Ralph Bunche, Irving Berlin, el intendente Wagner, las inevitables modelos rubias y estilizadas haciendo juego con la decoración, Mike Todd, que siempre acababa de llegar o se iba para Londres; Conrad Hilton, que está por inaugurar otro hotel en otra parte; George Jessel con su monóculo y su aguda insolencia consentida. Es donde se dice Alf cuando se trata de Alfred Vanderbilt o Babs cuando se habla de Bárbara Hutton...

La noche se alarga. Louis Armstrong toca su corneta de oro en Basin Street. Esa noche es como el pulso de la noche, alegre, frívola, grave, melancólica o dinámica. Se mezcla con la sirena solemne de los grandes trasatlánticos que siempre parten a esa hora nocturna. El West Side está profundamente dormido cuando el East Side alcanza su primer hervor noctámbulo. En Broadway se apagan los últimos carteles luminosos y la noche se resume en la sordina de las orquestas de Birland y Roseland. Los autos corren veloces por las calles desiertas. La risa de una mujer rebota de vereda a vereda, porque todas las voces tienen una resonancia alegre y trasnochada. Es casi el anuncio de que todas las noches se libra en Manhattan una batalla entre las copas y la gente. . . y gana la gente. . .

En lo alto del Empire State y del Chrysler palidece una luz lejana cuando la noche todavía está depositada en el fondo de las calles. Y la primera claridad del día llena el East Side de ojeras. Uno a uno se han ido apagando todos los rumores y se hace un silencio subrayado por el zumbido lujoso de los automóviles que corren por las grandes avenidas, como si huyeran de la luz. Y queda un resto de la noche encerrado clandestinamente en todos esos lugares de los que nadie lleva a nadie a su casa. Las luces del tráfico palidecen deslumbradas por la claridad y, cuando parece que algo vibrara en el aire, Nueva York despierta. . .

NOCHE EN LA CALLE 42.



BROADWAY *por BROOKS ATKINSON*

CULTURA Y CARNAVAL



Una hilera de affiches empapela una pared de Broadway anunciando d versos espectáculos que son el alma de la calle teatral por exce'encia.

Eugene O'Neill, uno de los dramaturgos más eminen es consagrados por Broadway. "El deseo bajo los olmos" y "Via'e de un largo día hacia la noche" son dos de sus mejores obras.

Broadway es la más bella calle de la más bella ciudad de' mundo.
Edgar Allan Poe

Quitémonos respetuosamente nuestro chambergo de hidalgos ante el teatro norteamericano. Con el torso avanzado, el oído alerta, los ojos en un festín ininterrumpido, yo he estado muchas noches, a lo largo y a lo ancho de Broadway, en los teatros de Nueva York.
Joaquín Calvo Sotelo, "Nueva York en retales"

A ninguna ciudad le gusta tanto el teatro como a Nueva York; posee más de dos mil salas de espec áculos.
Pau: Morand, "Nueva York".

AUNQUE Broadway, en el área de Times Square, parece un carnaval, es uno de los centros de cultura teatral. Muchos actores que aparecieron por primera vez en alguno de sus escenarios actuaron más tarde a través de los Estados Unidos, contratados tanto por compañías en gira o troupes locales, y algunos otros actuaron en Inglaterra, el Oriente, Australia y América del Sur. Cuando está en plena temporada —quizá dos o tres veces al año— esparce su sombra cultural.

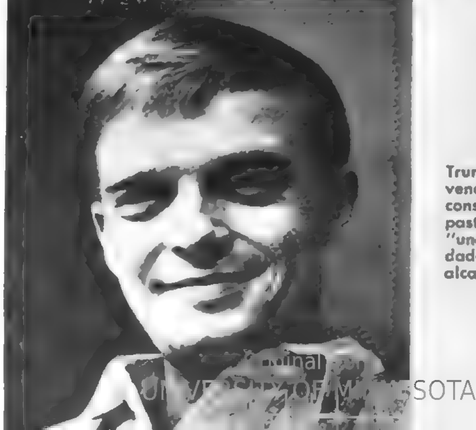
Nada puede parecer tan inverosímil a una persona que pugne por cruzar la densa multitud en Times Square por la noche. Como cualquier carnaval, éste resulta excitante. La luz del día brilla menos que esta iluminación nocturna durante la temporada teatral.

A pesar de que el espectáculo es excitante, la mayoría de las mercaderías vendidas en el distrito de Broadway son baratas. Gran número de ellas lucen mejor de noche que a la luz del día. Por el Gran Camino Blanco, que ahora tiene enorme cantidad de luces de colores en su espectro, hay profusión de galerías de tiro al blanco, puestos de venta de recuerdos y lugares donde expenden jugos de frutas; y recientemente ha sido montado un show que ha arreglado sus pasillos como si fueran la sala de un strip-tease. Los propietarios de los locales de Broadway, representados por la Asociación de Broadway, están en constante estado de alarma por el mal gusto del espectáculo de la zona. Alrededor de un millón y medio de personas circulan diariamente por el distrito de Times Square y los propietarios no saben a ciencia cierta si ellos reciben la impresión más favorable.

Aun cuando el sector de los teatros se hallaba en el bajo, el siglo pasado estaba adherido a Broadway como un satisfecho satélite. El encandilamiento de esa arteria lo ha atraído siempre a despecho de que muchos de los mejores teatros del

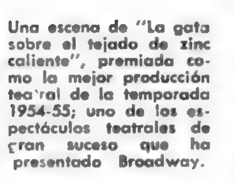


Maxwel: Anderson, otra de las firmas que dieron realce al teat o de Broadway, autor de "María de Escocia", "Winterset" y "Juana de Arco".



Truman Capote, uno de los jóvenes escritores de Broadway, consagrado con "El arpa de pasto". Está considerado como "una de las raras personalidades que en plena juventud alcanzan la madurez del gen'o".

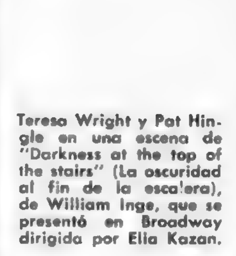




Una escena de "La gata sobre el tejado de zinc caliente", premiada como la mejor producción tea'ral de la temporada 1954-55; uno de los espectáculos teatrales de gran suceso que ha presentado Broadway.

pasado no estaban localizados en dicha vía. Pero, en realidad, dentro de ella o en las calles adyacentes, todos los teatros legítimos están considerados como parte de Broadway. Aun el Martin Beck, que se halla en el oeste de la Avenida Octava; el Ziegfield, en la Sexta y calle 54, y el New Century, en la Séptima y calle 58, son parte del sistema principal. Para el drama, en Nueva York, es más natural Broadway que los cines que la enfrentan. Lo que se ve en la pantalla está originado en un lugar distante miles de kilómetros y los films exhibidos allí son idénticos a los que se ven en todo el país simultáneamente.

Si usamos la palabra *cultura*, con la común implicación de *buena cultura*, no encontraríamos una vecindad más increíble para ella que el desvergonzado mundo de Broadway, donde sólo se busca un entretenimiento nocturno. No hay duda de que éste es el mundo apropiado para "Guys and dolls" y "Pal Joey" (ambas clásicas en ese terreno), y para "The man who came to dinner" y "You can't take it with you", por George Kaufman y Moss Hart. Estos dos comediantes han liberado al mundo por unas pocas horas de la miseria. En el curso del tiempo Broadway ha producido gran número de espectáculos hilarantes y sin pretensiones. Pero éste es también el vecindario donde Eugene O'Neill ha mirado dentro de la cavernosa oscuridad del destino; donde Robert E. Sherwood ha declarado su fe religiosa en la democracia; donde Thorton Wilder, escribiendo con su inmensa sabiduría, ha saludado el valor de la raza humana; donde Maxwell Anderson ha adaptado el estilo clásico al uso moderno; donde Tennessee Williams ha estudiado el dolor de la soledad; donde Clifford Odets ha denunciado sucesos reales; donde Lillian Hellman ha expuesto la obscenidad de la avaricia; donde Arthur Miller ha recordado la agonía de un hombre que se engañó a sí mismo. Entre el desbarajuste del Broadway nocturno estos y otros escritores han pronunciado graves pensamientos sobre cuestiones vitales, y muchos de sus pensamientos han sido dichos más tarde en lenguas extranjeras ante auditorios que probablemente nunca han oído hablar de Broadway.



Teresa Wright y Pat Hingle en una escena de "Darkness at the top of the stairs" (La oscuridad al fin de la esca'era), de William Inge, que se presentó en Broadway dirigida por Elia Kazan.

Como es común en esta época, el teatro está desfalleciendo. En el último cuarto de siglo la estadística es explícita. El número de teatros para dramas legítimos ha descendido a la mitad. No se ha construído ninguna sala desde 1927. De acuerdo con el standard moderno de vida muchos de esos teatros son anticuados. El público es servido en forma más conveniente por el cine y la televisión. Pero como es común, el teatro continúa. Y a pesar del excelente trabajo que se realiza en muchos escenarios del país, Broadway es la tierra mágica que atrae a la gente joven proveniente de todos lados. Hay alrededor de dos mil quinientos teatros profesionales, semiprofesionales y aficionados en todo el país, muchos de ellos muy buenos; algunos provistos de un repertorio de dramas más regular que el que ofrece Broadway. Ciertamente Broadway ya no domina el teatro del país como lo hacía treinta y cinco años atrás.

Nadie que vaya al teatro regularmente pensará que Broadway mantiene su preeminencia como centro cultural de la nación. Aquí se están representando algunas de las peores obras del mundo e interpretadas por actores incompetentes. Pero la capacidad para mancomunar talentos y la cantidad de equipos y vestuarios que Broadway puede poner en juego le acuerdan indudable preponderancia. Ninguna otra ciudad del país tiene a mano tanta gente de teatro experimentada ni tantas salas. Cuando la ocasión es buena, Broadway puede brindar la exacta clase de talento y habilidad requeridos.

Vis ón final de "The rope dancers", interpretada por Barba a Ellen Myers, Beverly Lunsford, Theodore Bike: y Joan Blonde l. Fué una de las grandes realizaciones del año pasado.



Elia Kazan, Lee Strasberg y Cheryl Crawford, trío que consti uye el verdadero espíritu del Acto s' Studio en New York. Su trabajo ha repercutido extraordinariamente en la pantalla, el escenario y la TV.

OFF-BROADWAY

por MARIE PASCAL

EN Nueva York el teatro Off-Broadway corresponde a lo que aquí se acostumbra llamar Teatro Vocacional y a lo que en Francia se designa por *Theatre d'essai*. Tanto allí como aquí es cada vez más mínimo el margen que separa estos escenarios de los catalogados como teatro profesional. Sea porque los profesionales evolucionen en la elección de su repertorio, sea porque los vocacionales se identifiquen cada vez más con ineludibles y clásicas convenciones del *metier*, lo importante es que se mantenga el mensaje del arte dramático en sus múltiples expresiones.

Será necesario recalcar que el teatro Off-Broadway, tanto por sus actores como por el estilo —no por el lujo— de su puesta en escena, logra, aun con medios casi siempre precarios, un nivel artístico que muchos escenarios comerciales no alcanzan, tanto los de Broadway como los de la calle Corrientes, arterias que simbolizan en Nueva York como en Buenos Aires el teatro profesional, aunque no siempre sus escenarios estén ubicados precisamente en esas avenidas sino en calles adyacentes. Se ha dado en llamar Off-Broadway a los teatros que, a diferencia de los de Broadway, no actúan con normas inspiradas sólo por finalidades lucrativas. Remontándose hasta los orígenes del teatro en los Estados Unidos, ambos nacen de la misma fuente, aunque luego se dividen y siguen por cauces distintos. Para ser más exactos habría que decir que el Off-Broadway surge de una insatisfacción, de una frustración de autores y actores y hasta de público, restringidos en sus aspiraciones por los móviles comerciales que guían a la Gran Arteria Blanca en la elección de obras y comediantes. Basta recordar que un autor hoy consagrado universalmente, como Eugene O'Neill, no conseguía hacerse representar en Broadway, y no hace mucho lo mismo sucedía con Tennessee Williams y con Arthur Miller.

¿Qué es y cómo nace el teatro Off-Broadway? Mientras dependió de Broadway la

Parte del público del 4th. St. Theatre de Off-Broadway tomando aire en la vereda durante uno de los intervalos. La atracción de este grupo es a veces superior a la del propio Broadway.

3. Derecha: Mitzi Hoag y Eugene Miles en la obra "Heloise", de James Forsyth, uno de los grandes éxitos de la última temporada de Off-Broadway. 4. Marjorie Nelson y Daniel Keyes, intérpretes de "Our Town". 5. En la actual temporada se volvió a llevar a la escena la sátira "Fashion", de Ana C. Mowatt, que fué la primera obra americana que alcanzó amplia resonancia al ser estrenada, en 1845. Enid Markey y Will Geer son sus protagonistas.



Esta vista del escenario del 4th. St. Theatre permite ver al público sentado en ambos lados del tablado durante la representación de "Easter", de Strindberg, sistema que hace más íntima la relación entre espectador y actor.







vida escénica de los Estados Unidos sólo pudieron realizarse esporádicamente algunas manifestaciones teatrales que escapaban a las leyes de la Gran Arteria Blanca. Así fué a principios de siglo la malograda tentativa de formar un teatro clásico nacional, el suntuoso New Theatre, que se inauguró en 1909, con el apoyo de un grupo de mecenas. Pero la promisoria iniciativa fracasó, y la efímera duración del New Theatre confirmó que el esfuerzo había sido prematuro. O quizás enfocado con criterio equivocado, pues el teatro clásico llegó al gran público y triunfó poco tiempo después en ensayos realizados por distintos grupos, que lo pusieron al alcance popular. Ya antes de fin de siglo un grupo de escritores y de autores dramáticos de los Estados Unidos inicia un movimiento para independizar la literatura de toda influencia comercial. Ese grupo se enfrenta también con un factor que durante largo tiempo actuó como freno del arte dramático en los Estados Unidos: el puritanismo fué un serio opositor del teatro, y hay quien pretende que aún pesa ese rigor en la tradición teatral de los Estados Unidos. Tanto más asombra la evolución prodigiosa del teatro estadounidense, ya que no median tantas generaciones desde la acérrima oposición de los puritanos hasta las exhibiciones insinuantes de Mae West y de Marilyn Monroe, o de los desvaríos de un James Dean. En la evolución del teatro en los Estados Unidos interviene la marcada curva ascendente de su prosperidad técnica, industrial y científica, que se hace sentir en el dominio de la cultura, coincidiendo decididamente el auge económico con la euforia artística. Notables progresos teatrales señalan ese período de desarrollo, que se traduce en el arte escénico por una amplia difusión, hasta colocarse los Estados Unidos a la cabeza del movimiento teatral de nuestro tiempo, pues actualmente su aporte al teatro es superior al de cualquier otro país.

Entre las tentativas más meritorias y más antiguas, como verdadero precursor, está el movimiento suscitado por George Pierce Baker, profesor de arte dramático en Harvard y luego en Yale. El es el propulsor del famoso teatro universitario de Harvard, el *47 Workshop*. La enseñanza del maestro sirvió de guía e inspiración a muchos jóvenes autores dramáticos no conformistas, entre los que se hallaban Eugene O'Neill y Robert Sherwood. En sus esfuerzos puede vislumbrarse la futura actuación de los Off-Broadway. El movimiento inspirado por Baker se extiende, y sus discípulos crean por todo el país nuevas entidades teatrales, que prosperan en colegios y universidades. Iniciado el movimiento, despierta el entusiasmo. En la misma Nueva York se forman grupos de teatro independiente que se liberan del dominio de Broadway. Se inician las actividades artísticas de organizaciones no profesionales y semiprofesionales. *The Provincetown Players* representa las obras de O'Neill cuando Broadway rechaza al gran dramaturgo. Esta compañía, como el *Washington Square Players*, que luego debía transformarse en el poderoso *Theatre Guild*, se dedica a la producción de jóvenes autores estadounidenses. Un grupo importante, por la valiosa experiencia lograda durante su trayectoria, es el *Group Theatre*, núcleo de artistas, autores, escenógrafos, etc., que consolidan la cruzada de liberación del teatro. Lo integraron, entre otros, Lee Strasberg, que dirige el célebre Actor's Studio; Elia Kazan, el conocido director; Franchot Tone, que lo dejó para ir a Hollywood, y algunos autores dramáticos, como Clifford Odets, William Saroyan, Irvin Shaw. Todos estos movimientos forman una atmósfera propicia y son decidido estímulo para la creación y el futuro desempeño de los Off-Broadway.

La profusión de autores dramáticos de la calidad de O'Neill, T. Williams, Th. Wilder, A. Miller, W. Saroyan, añadida a las posibilidades técnicas de que disponen para sus puestas en escena, impone nuevas disciplinas al estilo dramático universal. Y aunque en sus expresiones se reconozcan enseñanzas heredadas de prestigiosos directores del viejo continente, como Appia, Gordon Craig, Max Reinhardt, es indudable que el teatro de los Estados Unidos concentrado en Nueva York crea una modalidad que le es propia, cuya voz depurada traducen los Off-Broadway. El Off-Broadway expresa con mayor audacia la inspiración y tendencias de escritores y actores. En sus escenarios nace un impulso que supera en cierto modo al de Broadway. En cierto modo, porque las dificultades económicas, en las que se debaten eternamente los Off-Broadway, no les permiten contratar artistas de renombre, restando así envergadura o inmediata proyección a sus representaciones, aun siendo exitosas. En ese terreno no pueden rivalizar con Broadway, cuyos aciertos adquieren carácter de consagración mundial. En cambio se debe al Off-Broadway no sólo descubrir talentos, aprovechados luego por Broadway —y a veces Hollywood—, que los lanza a la celebridad; también los Off-Broadway se aventuran a representar obras que fracasaron en Broadway, haciendo triunfar y conocer autores que sin el Off-Broadway quedarían ignorados. Según H. Clurman, miembro fundador del *Group Theatre* y prestigioso comentarista teatral del New York Times, ningún empresario de Broadway se atreve a retomar una obra que fué un fracaso. En vez el Off-Broadway corre el riesgo y vuelve a poner en escena piezas que a pesar de su estreno deslucido en Broadway resultan buenas y obtienen considerables éxitos de taquilla y de público, como sucedió con *Verano y Humo*, de T. Williams; *The Iceman cometh* (El hielero llega), de E. O'Neill; *La ópera de dos centavos*, de Brecht-Weill; *The Crucible* (Las brujas de Salem), de A. Miller, obras todas de cuyo valor hoy ya nadie duda. Otro mérito del Off-Broadway reside en que si no siempre procura a los espectadores grandes obras pone al alcance de éstos piezas originales y poco comunes, que tienen aceptación entre el público culto que asiste a sus funciones, un público que, la mayoría de las veces, está ya familiarizado por la lectura con los autores. El público de Off-Broadway, cada vez más numeroso —se estima que 500.000 espectadores concurren anualmente a sus salas—, tiene gustos bien definidos. No concibe entusiasmos convencionales, ni admite obras carentes de contenido o no representativas de algún valor artístico. Toda innovación le interesa. Ya sabe que el Off-Broadway no cuenta tampoco con decorados ni vestuarios suntuosos. Asimismo, y a pesar de esos inconvenientes, a los que se suma la escasa remuneración a los actores, el número de los teatros de Off-Broadway se duplicó en tres años. La proporción con Broadway es de dos teatros por uno en favor de Off-Broadway. Cualquier templo abandonado, sótano o antiguo cine es bueno para instalar uno de esos teatros. En Nueva York han sabido granjearse la estima del mundo teatral y el respeto de los actores consagrados. Lo exiguo de sus locales, que contienen escasamente trescientos asientos, no permite obtener beneficios considerables. Es demostrativo el hecho de que los actores de *The Iceman cometh*, en el pequeño teatro The Circle in the Square, tienen que salir corriendo a la calle cuando deben volver a entrar a escena por el lado opuesto. Pero como ventajas tienen, entre otras, la de poder lanzarse a experiencias teatrales que no exigen costosos gastos, lo contrario de lo que sucede con Broadway, que no puede correr el albur de una aventura. Además, el espacio reducido engendra más íntima comunión entre actor y público, ambiente ideal para todo espectáculo.



LA MUSICA EN

El interior del Metropolitan Opera House la noche de inauguración de la temporada 1958-59 con "Tosca", de Puccini, y Renata Tebaldi, Mario del Mónaco y George London en los papeles principales, dirigidos por Dimitri Mitropoulos. La primera fila de palcos ha sido desde siempre conocida como el "anillo de diamantes" debido a la fabulosa exhibición de joyas que se produce entre sus concurrentes en las noches de gala. En el Metropolitan caben 3.5C0 personas sentadas y 600 de pie.

DENTRO de poco desaparecerán dos salas públicas de Nueva York. Por curiosa circunstancia son los dos lugares de mayor tradición musical. Puede decirse que en el último cuarto de siglo la historia de la música en Nueva York se ha desarrollado entre sus muros. Son: el Carnegie Hall y el Metropolitan Opera House. Tanto el mayor teatro de ópera de los Estados Unidos como la sala de conciertos más eminente de ese país dejarán de existir físicamente y caerán bajo la piqueta de demolición. Iniciarán una nueva vida al ser trasladados al nuevo y colosal centro musical que se construirá en Columbus Circle.

Nueva York, por supuesto, tiene una vida musical tan intensa y variada que no es posible comprimirla en dos auditorios. Hay otras salas y teatros que recogen parte importante de esa actividad: el estadio Lewihson, dependiente del City College, donde se realizan impresionantes series de conciertos veraniegos al aire libre; el Town Hall, que ha visto desfilar por su escenario a la mayor parte de los grandes instrumentistas de esta época; el salón de la Academia de Música de Brooklyn, especializado en música de cámara; el estudio 8-H de la National Broadcasting Corporation, que ha ganado un sitio de honor en la historia musical de este siglo porque allí tenían lugar los conciertos que durante quince temporadas sucesivas dirigió Arturo Toscanini; el de la Frich Collection, que recoge las más refinadas expresiones de la música de cámara, y que cuenta entre sus participantes permanentes al Cuarteto Budapest; el teatro de Radio City, donde tiene su asiento la compañía de Opera del mismo nombre, y que ha ganado justificada fama por su novedosa y estimulante concepción moderna del teatro lírico. Todos ellos reflejan la apasionante y variada vida artística neoyorquina. Pero es en el viejo teatro de la calle 39 y en el gran auditorio de la 57 donde se han producido y siguen produciéndose los mayores eventos de esa vida. Cabe considerarlos los dos centros más importantes del arte de los sonidos en Nueva York, pues su historia es, en gran medida, la historia artística de la ciudad que los alberga.

El Carnegie Hall fué inaugurado en 1891 con el modesto nombre de "Music Hall". Su nombre actual le fué impuesto siete años más tarde como homenaje de reconocimiento al mecenas Andrew Carnegie, que aportó la mayor parte de los fondos que demandó su construcción. Su capacidad total es de 3.000 personas (varios cientos de ellas de pie). Su decoración es sumamente sencilla. Su acústica tiene fama en el mundo entero. El edificio contiene además otra sala de menores proporciones, estudios y salas de ensayo, oficinas de administración de entidades musicales, etc. No hay nombre de significación en la historia de la interpretación del siglo XX que no haya pasado por esta augusta sala.

La tradición del Carnegie Hall comienza en el momento mismo de su inauguración, cuyos festejos duraron cinco días y en los que participó como invitado especial Peter Iljicht Tchaikowsky. En efecto, el gran músico ruso dirigió en ese momento varias de sus obras con la colaboración de la Orquesta Sinfónica de Nueva York y el Coro de la Sociedad del Oratorio. Desde entonces, el Carnegie Hall ha sido la sala obligada para los conciertos sinfónicos de mayor relieve, tanto de las orquestas norteamericanas como de las extranjeras que visitan los Estados Unidos.

El Carnegie Hall, pese a su extraordinaria prosapia y a la riqueza y brillo de su historia, no es lugar consagratorio. Porque la sala, en principio, se alquila a quien lo solicita y tiene el suficiente dinero para hacer frente a los gastos. Es así como en una semana de actividades del Carnegie Hall pueden registrarse conciertos de Arturo Rubinstein, Jascha Heifetz, Rudolf Serkin, junto a una "jam-session", a Margarita Truman, que no consigue mantener con su canto el esplendor que rodea su nombre, o a una bailarina sudamericana que no aspira a conquistar a Nueva — *(A la página 134)*

NUEVA YORK

por JORGE
D'URBANO

Cuarenta y cinco años separan estas dos notas gráficas. En una están presentes Enrico Caruso, Emmy Destin y Pasquale Amato, durante el estreno de "La Fanciulla del West", de Puccini, en el Metropolitan Opera House. La ópera tuvo en esa ocasión su estreno mundial y el compositor asistió a los ensayos, que fueron dirigidos, así como las funciones, por Arturo Toscanini. La segunda —a la izquierda— muestra un momento de "Norma", de Bellini, tal como se ofreció hace dos años con un reparto que incluía a María Callas, Mario del Mónaco y Cesare Siepi. Como es fácil advertir, a pesar de los años pasados, el Metropolitan mantiene su política de reunir en su escenario a los cantantes más eminentes de la hora.

Durante los meses de verano los conciertos sinfónicos en Nueva York no se interrumpen. Tienen lugar al aire libre en el vasto y hermoso Lewisohn Stadium. Actúan las grandes orquestas de la ciudad y se presentan como solistas célebres cantantes e instrumentistas. Todos los conciertos son de carácter popular y reúnen auditorios extraordinarios.

VISITA FUGAZ A NUEVA

Textos y Fotos de JORGE MONTES, Enviado

Todo lo quiero ver. Las casas de los millonarios de Park Avenue y los barrios miserables. Los subterráneos y los **elevated.** Wall Street y Brooklyn. Riverside Drive y el barrio chino. Broadway y el Ghetto. Vuestros teatros y vuestros cementerios. Veré a vuestros poetas, políticos, escritores, artistas y actores; pero conversaré también con vuestros peluqueros, obreros, lustradores, vagabundos, cocineros y cortesanas.

Erico Verissimo,
"Un gato preso en la nieve".

Una calle del barrio judío en el downtown. La soledad evidencia el respeto con que se cumple el descanso del **shabath**, según la Biblia, y hace la poesía del East Side.

LLEGAR a Nueva York juntamente con Nikita Khrushchev, aun en calidad de turista, es un hecho que obliga a considerarse testigo de uno de los sucesos más importantes del siglo y por ende a suponer que uno también ha entrado a formar parte de la historia que se hace en estos momentos. Por la brevedad del tiempo que podíamos dedicar a Nueva York nuestra nota iba a ser meramente objetiva, sin penetrar más allá de nuestra visual y dentro de los reducidos límites que ella nos permitiera, pero el choque resultó tan violento que los sentidos fueron pocos para volcarlos en la aprehensión de hechos e imágenes.

Mientras viajábamos en el confortable asiento del Comet 4 de Aerolíneas Argentinas, "nuestra compañía", nuestros proyectos barajaban toda la lectura absorbida en los últimos meses, y si por un lado considerábamos imposible abarcar todo el panorama neoyorquino en la docena de días que destinábamos a la visita, por otro la síntesis de lo leído (en muchos autores observaciones repetidas de unos a otros como un calco) nos hacía suponer que la tarea podía llevarse a cabo con suma facilidad.

Durante el trayecto aéreo, en el avión y en las paradas que el Comet 4 hizo en Asunción y Trinidad intentamos indagar en el ánimo de los pasajeros interrogándolos respecto al espíritu con que aguardaban el encuentro con Nueva York. Conocimos a individuos de diversa condición que viajaban por los más diferentes motivos, y siendo nuevos o no en el conocimiento de la colosal ciudad, en ninguno encontramos la inquietud que nos devoraba y que, como sabrán más tarde, terminó por enfermarnos. Sólo tuvimos una pequeña discusión con el conocido músico Byron Janis, que también viajaba en el Comet de Aerolíneas, y no fué por Nueva York, sino porque pretendía el asiento que yo ocupaba.

No es que sea una ciudad distinta de las demás; es que es ciudad en distinto sentido.

Julián Marías,
"EE. UU. en escorzo".

De más está decir que al poner los pies en Manhattan y dejar la maleta en el hotel mi primera determinación fué salir a caminar por Broadway. Estaba atiborrado de frases con respecto a su brillo incandescente. Los letreros encendidos a las once de la mañana y su aspecto de kermesse sin fin me hacían imaginar lo que sería eso por la noche. Pero la noche no llegó para mí. Por lo menos esa noche, y tras ambular durante largo rato por Broadway hacia arriba y hacia abajo desde la 57 hasta la 33 volví al hotel y caí rendido en cama, víctima de la nerviosidad acumulada durante los días previos a mi partida. La ventana de mi cuarto en un hotel de la calle 43 daba a Times Square, y los resplandores de sus múltiples letreros luminosos y marquesinas llenaban la habitación de una claridad lunar. Entre eso y la estrepitosa sirena de la policía o de los bomberos sonando a cada instante no pude conciliar el sueño. En la vigilia recordaba una cáustica frase —es imposible apartarse de ellas— de Oscar Wilde: "Sólo dos desfiles he visto en Broadway. Uno, el de la brigada de policía precedida por la brigada de bomberos, y otro, el de la brigada de bomberos precedida de la brigada de policía".

Así permanecí un par de días. Caminaba durante el día, pero inevitablemente el cansancio hacía que me sorprendiera la noche en la cama completamente extenuado. De Broadway sólo podía auscultar los resplandores de sus fulgurantes letreros y el eco de su río de voces. Las excursiones diurnas me llevaron hasta Battery Park, en el extremo sur de la isla de Manhattan, y de allí, mediante el pago de cinco centavos de dólar, crucé con el ferry-boat hasta Richmond. La travesía, que el barco realiza a toda máquina, lleva veinte minutos, y en el trayecto pasamos delante de la estatua de la Libertad. En mi caso eso obligó al surgimiento de innumerables máquinas fotográficas de toda variedad, lo cual me hizo comprender que no me cabían ni remotas posibilidades de tener la exclusividad como turista.

Al regresar de Richmond, al abrigo de la ahogante calefacción del ferry, decidí ir caminando hasta el Bowery para cumplir un viejo deseo que me carcomía desde hacía cerca de un cuarto de siglo: visitar el escenario de aquel film "Arrabal" (Bowery), que animaron Wallace Beery, George Raft y Jackie Cooper. Además, por la mañana, al desayunarme en una pequeña cafetería de Broadway, el mozo del mostrador me había dejado intrigado. Al preguntarle por el Bowery, luego de indicarme cómo debía hacer para trasladarme allí me dijo: "Sabe usted, en el Bowery están todos los fracasados de Nueva York. Médicos, abogados, artistas que fueron famosos y hoy viven entregados al alcohol". Y al ver mi gesto de asombro aclaró: "Pero no tenga miedo. Es gente que no molesta a nadie". Ahora, ya en camino del Bowery, recordaba todos estos sucesos. Pase por Trinity Church, y desde allí vi a Wall Street completamente desierta (era sábado). En el pequeño cementerio de Trinity, sumido casi por completo en sombras, leí los años inscriptos en algunas de las tumbas. Casi todos correspondían a los iniciales del siglo pasado. Bajé entonces por la calle de las finanzas buscando las orillas del East River para poder contemplar desde allí el puente de Brooklyn en toda su amplitud de casi dos kilómetros. Me guiaban, además, otros dos deseos. Conocer el famoso barrio cantado por Sholem Asch en "East River" y entrevistarme allí con Joseph Buloff, Ben Ami y David Licht con el fin de hacer unas notas para la revista PLATEA.

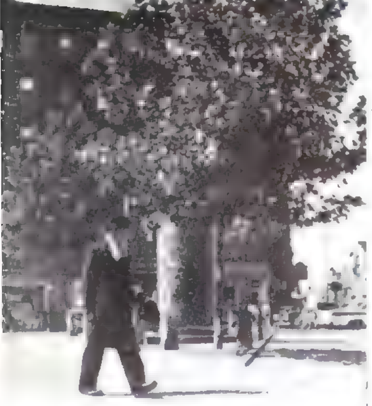
Nueva York, igual que Moscú, debe a los judíos la intensidad de su vida teatral.

Paul Morand,
"Nueva York".

Las orillas del East River, en la fracción cercana al puente de Brooklyn, me fueron prohibidas por impedirme el paso unas instalaciones para la venta de pescado, mientras que al barrio judío, por ser sábado, lo encontré con sus comercios totalmente ce-



Por esta calle —el Bowery— corría en otro tiempo el tren elevado. En este sector, correspondiente a China Town (barrio chino), puede observarse a un grupo de turistas recorriendo sus pintorescos rincones.



Caminando en torno de una plazoleta del barrio judío vemos a este anciano rabino de luengas barbas que aprovecha la pausa del sábado para meditar.

YORK

Especial de Atlántida

rrados. Sólo conocí a un señor que me dijo no saber nada de Buloff, ni de Ben Ami, ni de David Licht, agregando que no había más teatro judío en Nueva York. Como rúbrica de nuestra conversación calificó a Buenos Aires de "ciudad oscura y mal alimentada". Salí a la calle recordando que desde mi llegada apenas había probado bocado porque todo me producía náusea. Me tranquilizaron la calma del sábado y el clima de unción que por tal motivo flotaba en el barrio judío. Un rabino de luenga barba daba vueltas en una plazuela murmurando incomprensibles palabras, tal vez rezos, y un grupo de niños, algunos de ellos luciendo en la cabeza el clásico *iármlke* con que los judíos se cubren por respeto a Dios, jugaba alegremente a su alrededor.

Al fin descubrí el Bowery y los dos o tres borrachos prometidos por el mozo del bar. Pero la enorme cantidad de turistas que conducidos por guías en pelotones desfilaba por las calles de China Town (barrio chino), casi me impide ver el paisaje. Quise entonces tener mi parte en esa invasión y me apresté a enfocar a una señora que con sus niños, vestidos todos a la usanza oriental, venía hacía mí, pero al parecer a los pequeños no les agradó nada mi intromisión fotográfica en sus vidas y se apartaron repentina y violentamente del cuadro. Comprendí entonces que la única manera de ver chinos en el barrio que lleva su nombre era introduciéndome en su teatro, y así lo hice. Pronto me aburrí del espectáculo, máxime cuando el turista que se había sentado a mi lado me informó que las obras solían durar varios días con los mismos personajes. La verdad es que escapé por miedo a encariñarme con los hechos y que éstos me acuciaran el deseo de conocer el final del drama chino.

Y fué una suerte, porque estaba escrito que ese día iba a ser de suerte para mí en el cometido que me traía a Nueva York. Dispuesto a saldar de una vez las diferencias que habían entablado una absoluta disociación con mi estómago, buscaba algún lugar donde me sirvieran un plato de tallarines con manteca, escapando así del riesgo a que me empujaba mi dificultoso conocimiento del inglés frente a un menú plagado de palabras completamente extrañas.

En pleno Bowery alguien me indicó una calle que habría de llevarme al barrio italiano, donde sin duda podría engullir un soberbio y apetitoso plato de tallarines con manteca y queso peninsular. Pero también debía estar escrito que habría de encontrar algunas dificultades, porque al llegar al quartieri itálico me encontré con que estaban celebrando la fiesta anual de San Genaro (¿recuerdan los cuentos de Matilde Serao y Giuseppe Marotta?) y muy poca gana tenían de servir tallarines con manteca cuando allí a lo largo de cinco cuadras centenares de quioscos expendían unas voluminosas salchichas sazonadas a la napolitana con una serie de ingredientes de una apariencia muy apetitosa, pero que en mi estado se me presentaban como ensayos culinarios de Lucrecia Borgia. Debí resignarme a calmar el hambre contemplando los preparativos inherentes a la fiesta de San Genaro. Varios hombres vestidos enteramente de luto, como los guapos de nuestro sainete —al parecer los organizadores—, intentaban colocarse sobre los hombros los palos que sostenían la imagen de San Genaro.

Allí se agotó mi potencial indagador de ese día. Entonces intenté resolver cómo regresar a Times Square. En principio no existían problemas. Manhattan es larga y relativamente angosta (dos kilómetros y medio en su mayor amplitud). Once bloques (de más o menos dos cuadras de extensión cada uno) la cruzan de lado a lado, es decir, del East River al Hudson. Pero en la parte baja de la ciudad (down town) la cuestión se complica porque los



Enfoque del East Side, por A. M. Paz.

Byron Janis y su hijo abandonan el Comet de Aerolíneas Argentinas tal vez sin haber perdonado al autor de esta nota su "falta de caballerosidad".



Bajo el caliente sol del mediodía los residentes italianos de la ciudad baja (downtown) pasean la imagen de San Genaro conmemorando su día. San Genaro es el patrono de Nápoles



Fuera del radio que cubre la isla de Manhattan, Nueva York tiene cierto aire pueblerino, que le dan casas como ésta, de Richmond, abundantes tanto en esta isla como en Brooklyn y en Bronx.





Lenox Avenue y 121: ¡Harlem! Los protagonistas de esta foto no son los morenitos del primer plano sino los cuatro edificios del fondo, correspondientes cada uno a una iglesia diferente.



Desde el Washington Bridge que cruza el Harlem se divisa el monumental Yankee Stadium, en que miden sus fuerzas los equipos más poderosos de baseball de los Estados Unidos.



He aquí el frente de la iglesia desde cuyo primer piso se oían entonar unos blues dignos del lugar. Abajo: También a Harlem pertenece esta escena, en la que vemos a elegantes morenitos luciendo atuendos propios de adultos



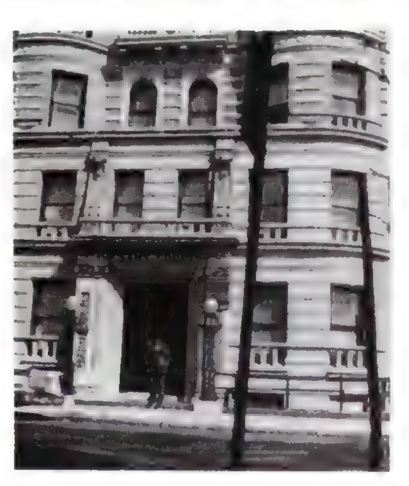
bloques dejan de existir para dar lugar a pequeñas manzanas y callejuelas que hacen el tránsito no muy fácil. Allí me encontraba yo, y buscar a Broadway podía hacerme resolver el conflicto, ya que esta calle es la espina dorsal de Manhattan y por ella era posible tomar un *bus* que me llevara de regreso hasta la calle 43. Pero Broadway se encontraba a una distancia que me era imposible calcular, pues, debido a que las calles que me rodeaban no figuraban en el mapa de que me hallaba provisto, no podía ubicarme. Así que hice lo mejor que cualquiera podría hacer en mi caso. Tomé un taxi.

> La sorprendente anchura de Broadway es desconsoladora durante el día; pero ostentosamente gloriosa por la noche, con una demoledora multitud llenando la vereda y la calle, hacia arriba, hacia abajo, entre brillantes luces, todos los edificios engalanados y resplandecientes, muchos globos de colores. Un resplandeciente valle de la sombra de la vida.
>
> **Sean O'Casey.**

Encontré los tallarines, pero venían acompañados de meat balls (especie de albóndigas), y la aprensión con que las comí terminó por liquidarme. Estaba visto que mi estómago no quería saber nada con los métodos de la cocina neoyorquina. Ambulaba por la Sexta Avenida, llamada también de las Américas, contemplando las vidrieras de los restaurantes en procura de un paisaje culinario que animase el pesimismo de mi aparato digestivo. Vi ostras con una esplendidez de colorido tal que el tener una perla no habría superado su brillo; vi langostas de mar deslizándose cómodamente en una piscina de un metro por veinte centímetros, y vi una canasta repleta de vinos procedentes de las más distantes regiones del globo a sólo 97 centavos de dólar la botella. Supuse que ése podía ser un buen remedio para mi acongojado estómago, pues no había nada más a mano para recordar las delicias de la patria, y elegí un chianti de procedencia chilena. Santo remedio. Por la noche al fin pude acercarme a contemplar las luces de Broadway. Jamás vi espectáculo igual en materia de profusión de luces. Comprendí las palabras del individuo del folksbine: *Buenos Aires es una ciudad oscura.* Creí también que habría de encontrarme arrastrado por ese río de gente cuyo murmullo había escuchado desde la ventana de mi hotel; pero no fué así. A pesar de ser sábado la circulación se me hizo fácil y cómoda, sin ninguna de las dificultades de masas que en ese mismo día de semana impiden el tránsito por nuestra calle Corrientes. Broadway en su fracción de Times Square tiene infinitos puntos de contacto con Corrientes. El mismo fragor de vida, los mismos comercios y las mismas vaharadas de olores diversos que aquí fluyen de las pizzerías y allá de los luncheonettes al paso. ¿Qué venden esos otros comercios que permanecen abiertos noche y día?... Radios portátiles, cigarreras, encendedores y polveras con inscripciones que recuerdan a Manhattan; largavistas y cámaras fotográficas de todo tamaño. La misma clase de comercio se repite cada veinte o treinta metros, alternando con un cine o una cafetería. Salpicando esta estela están los *Fascination*, locales de entretenimientos en los que se puede jugar con los más extraños aparatos de suerte o habilidad. El Café Metropole, en el cruce con la calle 52, destina sus veladas a la exaltación de la música de *jazz*. Leí la lista de sus habitués, y entre dos o tres nombres importantes encontré el de Zutty Zinglenton. Más allá de la 52, o más acá de la 42, Broadway se sumerge en las tinieblas.

> En Nueva York me moriría yo de estímulo.
>
> **Van Wyck Brooks,**
> "Las opiniones de Oliver Allston".

Gracias al vino chileno se terminaron los conflictos con la cocina neoyorquina, y la hora de las comidas o el desayuno pasó a ser un placer. Por la mañana esperaba ansioso el encuentro con la extensa fila de *pies* (postres) que presentan las cafeterías a la elección de sus clientes. Suculentas tortas con su relleno de guindas, frutillas, duraznos, etc., desparramándose por el plato invitaban a repetir el desayuno hasta el llamado de las trompetas del juicio definitivo. Luego, a la hora del almuerzo, era un verdadero deleite elegir las más varia-



Esta regia mansión frente a Central Park, del lado que da a Harlem, es arrendada en su totalidad por gente de color, que en su avance hacia el centro de la ciudad produjo el éxodo de la clase pudiente que habitaba esta zona.

das clases de comida directamente de las humeantes marmitas. Así se me hizo realidad un viejo sueño gastronómico de ingerir diez o doce platos diferentes en una sola comida. Al terminar, completamente ahito, todavía me quedaba un poco a observar goloso la elección de los nuevos clientes. Al salir me daba cuenta de que había dejado atrás la refrigeración, y al conjuro del calor exterior lo devorado hacía sentir su peso. Venían entonces los arrepentimientos, que, para conservar su fama, llegaban tarde. Sin embargo, el clima de Nueva York no ejerce los mismos efectos que el de Buenos Aires tras una copiosa alimentación. A pesar de encontrarse completamente rodeado de agua, Nueva York posee un clima seco. Tanto es así que muchos objetos de metal debido a esto se cargan de electricidad y la mayor parte de ellos tienen cadenitas para descargar esa acumulación en el suelo.

La comida neoyorquina —tan criticada por innumerable cantidad de apologistas de Nueva York —me reconcilió con la ciudad, y comenzó a nacer esa amistad que me llenó de estímulo y afecto hacia su trepidante accionar, hacia sus luces, hacia los miles de objetos que están expuestos en sus vidrieras para "confort" del hombre, hacia su ilimitada ansiedad de "vivir bien".

> Yo también soy América.
>
> **Langston Hughes,**
> "Yo también".

La mañana del primer domingo en Nueva York decidí visitar a Harlem, que junto con Broadway y el East Side (en la ciudad baja) conformaban mis mayores ansiedades neoyorquinas. En Avenida de las Américas me detuve a esperar un *bus* (ómnibus). Como sabía que todos corren a lo largo de la ciudad de extremo a extremo no me preocupaba el número que me correspondía, seguro de que cualquiera habría de llevarme. Sin embargo, recordando algunos títulos de composiciones jazzísticas, me decidí por uno en cuyo cartel se leía: Lenox Avenue. Mientras aguardaba el *bus* en la calle casi desierta dos parejas se detuvieron a conversar frente a una vidriera. Hablaban español, y distinguí en seguida nuestro peculiar acento. Eran argentinos. Tuve deseos de ponerme a conversar con ellos, masticar un poco nuestros modismos, y a pesar de su buena presencia me abstuve de hacerlo. No porque su conversación se limitaba a hacer comparaciones de precios con Buenos Aires sino porque algo me hacía presentir que de haberlo hecho habría sufrido un rechazo. Días después un viejo residente argentino en Nueva York me contó que de recién llegado le gustaba ponerse a hablar con los turistas en quienes descubría la nacionalidad argentina, pero se arrepintió pronto. Primero por la frialdad y temor que observaba en éstos y segundo porque casi siempre la conversación se limitaba a que preguntaran qué podían comprar (no dónde) y qué era lo que mejor se podía pasar por la aduana.

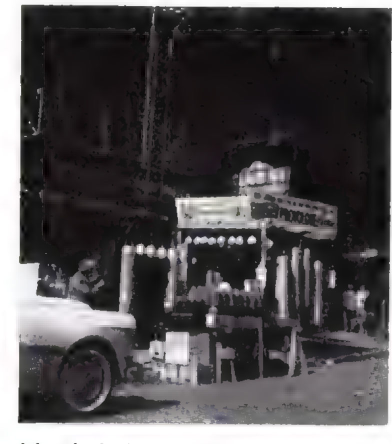
Descendí en la terminal luego de atravesar todo Harlem por su avenida principal y ver cómo poco a poco el *bus* se iba poblando de rostros morenos hasta quedar sólo yo y el chofer como representantes de los blancos. Estaba en la calle 181, frente al puente Washington, al fondo de la isla de Manhattan. Crucé el puente rumbo al Bronx. Apenas había pasado el río Harlem divisé a doscientos metros de distancia el célebre Yankee Stadium, monumental estadio construído por Franklin Roosevelt y en el cual se dirimen los más importantes encuentros de baseball de EE. UU. Camino por las orillas del río Harlem del lado del Bronx. Las calles, de cierto aire pueblerino, están desiertas. En las orillas del río se amontonan materiales de construcción. Paso dos puentes, vuelvo a entrar en Man-

hattan y desemboco en Madison Avenue por la calle 135, a noventa cuadras de Times Square. En torno de mí no veo ningún rostro blanco; las iglesias se suceden una tras otra. Llego a ver hasta cuatro, pegadas una con la otra y pertenecientes a diferentes cultos. El caminar me ha despertado la sed. Entro en un comercio y pido una *beer* (cerveza). Me miran asombrados. No se venden bebidas alcohólicas hasta la una. Sigo caminando. En una esquina me detengo para escuchar unos *blues* que no sé de dónde provienen. ¿*Jazz* a tan tempranas horas?... Me resulta insólito. Pero pronto descubro el misterio. Las voces parten de un primer piso en cuyas ventanas veo dibujadas figuras religiosas. Inquiero a un transeúnte: ¿Es una iglesia?... *No. Una secta*, me responde. Su hermetismo posterior me inhibe de seguir preguntando, pero me quedo escuchando esas voces, que, aunque no tienen la calidad de Mahalia Jackson, me agradan sobremanera y me actualizan todo un pasado moreno que se remonta hasta Nueva Orleáns. Salgo de Madison, y desde el hueco de un bajo de una calle que recuerda la escenografía de "La calle", de Elmer Rice, me llegan unas voces en castellano: "Y qué te viene a ti Corea, si eres portorriqueño". Observo hacia el lugar de donde provienen las voces y veo un grupo de hombres blancos. Acelero el paso. Los titulares de los diarios que he leído me impulsan a ello. La sed vuelve a acosarme. Decido cambiar mi deseo de cerveza por un *limon juice*. Entro en un comercio, y aunque no emito muchas palabras mi mala pronunciación me delata. "¿You is spanish?", escucho que me dicen. En Nueva York llaman así a todos los que hablan español. Deseo señalar bien mi origen. "Sí —respondo—, pero de la Argentina. "Oh, yes, palmeras, tango...", me aclaran. Vuelvo a insistir: "Tengo sí, pero no palmeras, no calor... Clima como aquí". El me pregunta: "¿Hay mucha gente de color?...". "No, tampoco —respondo—; en otro tiempo, sí". "¿Los echaron?... —inquiere—. "No, se casaron con blancas y fueron perdiendo el tinte". Ahora yo soy quien desea hacer preguntas, dar rienda suelta a mi fanatismo por el *jazz*. Le pregunto por algunos músicos de color que me interesan, que aunque los sé de Nueva Orleáns podrían estar ahora actuando en Nueva York. "¿Sabe usted dónde tocan George Lewis o Wilbur de París?...". El moreno me responde: "No los conozco". Esa respuesta me cae como si hubiese preguntado a un neoyorquino quién es George Washington y hubiera respondido lo mismo.

...era uno de esos días que Nueva York suele gozar en mayo, cuando el viento que corre por la Quinta Avenida es suave y perfumado y embriagador como el vino ligero.

F. Scott Fitzgerald,
"Más acá del paraíso".

No era mayo sino septiembre, mediados de septiembre, pero el día era apacible y hermoso e invitaba a seguir caminando. Molestaba un poco el calor, y yo recordaba a la señora Regina Eltz, del Departamento de Estado, que al preguntarle el porqué de tanto calor ya terminado el verano me respondió: "7 de septiembre, fiesta del trabajor, termina oficialmente el verano; pero con este calor de hoy no sé". Hablaba como si todo el tinglado burocrático de la Unión se hubiese desarmado por ese motivo, como si algo hubiera dejado de funcionar y fuera imposible buscarle remedio. Esto podría parecerle infantil a quien no le había escuchado días antes decir: "No trabajamos mucho. Tal vez será que buscamos la mejor producción con menor labor y mayor eficencia". Pienso esto mientras sigo mi camino rumbo al Central Park. Por mi lado pasan grupos de simpáticos negritos emperifollados con sus atuendos domingueros. La mayor parte de ellos —el mayor tendrá doce años— luce elegantes ambos de casimir y sombreros como los de los mayores. La música de *jazz*, la agilidad física y el deseo de lucir la elegancia, tres cosas en que los morenos son insuperables. En una esquina del Parque Central un grupo de hombres formado por gente de color discute sobre problemas que no alcanzo a captar. Pero no importa; me basta con el espectáculo de sus gestos, de sus ademanes, de sus tonos, de sus amplias sonrisas. En todo esto son geniazos, y su simpatía entra en el corazón como un estilete.



John de Lucía, napolitano auténtico, aprovecha la fiesta de San Genaro para sacar al exterior sus voluminosos quesos, salamines y ajíes en vinagre.

Camino por las orillas laterales del Park y por Cathedral Park Way (viene a ser la 110); me dirijo hacia el West Side en busca del río Hudson. Al llegar a Riverside diviso el río plenamente, y su aire fresco alivia la fatiga de la caminata. Busco un banco en el hermoso parque que separa a Riverside del Hudson. Me siento. Frente a mí, una mujer toma el sol de una manera que si lo hiciera en una plaza de Buenos Aires a esa hora ya estaban movilizados hasta los bomberos. En mi redor hay una calma inaudita. Saco un libro que he comprado el día anterior: "Picasso", por Gertrude Stein. Al hojear las primer páginas recuerdo que Scott Fitzgerald habla en "Más acá del paraíso" de ese Riverside Drive en que ahora me encuentro. Su nombre, junto con el de Gertrude de Stein, me obliga a evocar la época del 20. ¿Qué pasó con aquel Nueva York?... Pienso que se fué a París con todos los que lo glosaron (incluída la intrascendente Anita Loos, cuya novela "Los hombres las prefieren rubias" describió el éxodo que practicaba la elite de aquel tiempo). A mi lado alguien abandonó las doce secciones del voluminoso "New York Times". Para continuar en el clima literario en que me he introducido tomo la séptima: *Book Review*. Encuentro un aviso de dos páginas presentando las obras completas (en inglés, se entiende) de Pío Baroja. Recuerdo mi encuentro con él en Madrid y las lágrimas de Hemingway (otro de los del 20) en su velatorio. Por suerte el cómico anuncio de las memorias del inolvidable Groucho Marx ("Groucho and me") y de un libro de Mae West "Goodness had nothing to do with it" (La honestidad nada tenía que ver con eso) me aparta de una corriente que me puede hacer desembocar en la tristeza. ¿Qué resultado da esta kilométrica edición dominguera del "New York Times"? Recuerdo que al domingo siguiente me llevó seis horas hojearla, y que eso entrañó tanto placer como el viaje total a Nueva York. Pero los resultados parecen ser un poco negativos a juzgar por los canastos papeleros que a mi paso descubro atiborrados con la magnífica edición.

Nueva York es lugar de veraneo más grande que Atlantic City.

Simeon Strunsky,
"No mean city".

Vuelvo a caminar. Esta vez por el paseo Henry Hudson, ya directamente a la vera del río. Algunos grupos de personas toman sol acostados sobre el césped. Varios muchachos acompañados por sus respectivas *girls* se colocan los atuendos necesarios para jugar fútbol americano. Espero. Deseo comprobar en qué se diferencia del rugby. Los preparativos se alargan excesivamente. Al fin se deciden a jugar. Comienzan con un puntapié sobre el campo contrario, como en el rugby, y, tal como acontece con los equipos malos, la primera jugada da origen a una formación en dos filas que evidentemente reemplaza al *scrum* del rugby. Se efectúa el saque, y el que recibe la pelota es *tackleado* antes de avanzar. Entonces ambos equipos se separan, retirándose a sus respectivos campos a conversar. En esto se les va mucho más tiempo que lo que tardaron en realizar la jugada. Como lo del *tackle* inmediato y la larga conversación posterior se repite varias veces decido retirarme. Más adelante veo jugar baseball, basquet y... hasta fútbol. A lo largo del parque que bordea el Hudson hay canchas para toda clase de deportes, que están habilitadas al público. Luego de avanzar unas cuarenta cuadras llego donde comienzan las dársenas del puerto. Entonces vuelvo a subir por el West Side hacia el parque Central. En la desembocadura de la calle 79 con el Park encuentro el Museo de Arte Natural con la estatua ecuestre de Theodore Roosevelt. A su costado se alzan las



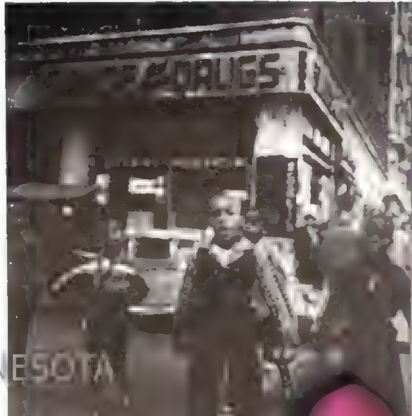
Esta monumental playa de estacionamiento se encuentra en Richmond, a las puertas del ferry, a fin de que puedan dejar sus coches los que viajan a Manhattan. Un taxímetro marcha a razón de 10 centavos de dólar cada tres horas.



Estos no huyeron del objetivo, y así se ha podido registrar una colorida muestra de lo que es el barrio chino (China Town), sus habitantes y pintorescos comercios.



En el Bowery funciona este teatro chino. Asistí a su espectáculo, hasta que comprobé que su duración podía hacerme quedar en Nueva York indefinidamente. Abajo: Estos negritos corrían por Broadway y 83 cantando como en "Carmen Jones".





Al fondo de Walt Street, no en sábado sino en día de trabajo, se distingue el perfil de Trinity Church, cuyo antiguo cementerio conserva Nueva York tal vez en el empeño de conseguir algo que no tiene y no necesita: pasado. Derecha: El famoso aviso de Pepsi-Cola que se levanta en Broadway y la 44. Una catarata de agua desciende constantemente. Abajo vemos el cartel de una de las célebres tiendas Woolworth.

Comercios como este existen varios a lo largo de Broadway. En ellos funcionan unos juegos de suerte y habilidad con premios diversos. Son muy concurridos.



Estas señoritas están haciendo camping en plena ciudad, nada menos que en el parque que corre paralelo a Riverside, en las orillas del Hudson.

instalaciones del Planetarium. Unos negritos vestidos como *scouts* descansan en un banco. Les pregunto si se dejan hacer una foto. El mayor asiente, y en seguida arregla su propia ropa y la de sus acompanantes. Contemplo las escalinatas que me separan del Memorial Hall de Roosevelt. Mi agotamiento es tan grande que no tengo fuerzas para subirlas. Recordé que algo análogo me pasó en Marsella cuando luego de hacer la travesía hasta el Château d'If me asusté de las escalinatas que habrían de conducirme a lo que fué la prisión del conde de Montecristo y me quedé sin ver su célebre celda. Pero, ¿en qué podía mejorar esa visión particular mía la realizada por Dumas? Aproveché entonces para hacer ese mismo planteo, e internándome en la foresta a la persecución fotográfica de ardillas, mateos y ciclistas (fotos de páginas 80 y 81), terminé en Columbus Circle viendo desfilar a los paseantes del domingo. Ya casi anochecía, y retorné caminando lentamente por Broadway, con casi 40 kilómetros de caminata en mis piernas, ansioso de precipitarme en la mullida (no es sólo un adjetivo) cama del hotel.

Las aceras atestadas de gente, los vehículos, Broadway, las mujeres, las tiendas y espectáculos.
Walt Whitman.

Calles de Nueva York. *Feerie* inacabable de luces y sorpresas.



He aquí la dama que sorprendí tomando sol en Riverside. Nadie se detuvo ni le importó un bledo su valiente actitud.



Park Avenue con el perfume de sus damas elegantes y sus señoriales casas georgianas. Los barrios judíos, chino e italianos reunidos en un conglomerado de idiomas, rasgos y vestimentas de la más diversa variedad. Y en medio de ellos Cherry Street, callejuela de la que desde hace tiempo se han hecho dueños los gallegos. Allí se conmovió mi morriña galaica ante los quejidos de una gaita cuya procedencia no pude ubicar, y algo serpenteó por mi piel al enfrentarme con un cartel que rezaba: Taberna de Antonio Sánchez. Pensé en Díaz Cañabate y sus recuerdos de "Historia de una taberna". En diez cuadras de recorrido debí apelar a palabras sueltas de cuatro idiomas para poder hacer saber lo que deseaba. Al sur o al norte de Broadway, en el East o West Side, siempre existe algo desconcertante, llamativo, que sale al encuentro del caminante. Una vez vi un grupo de vaqueros y mi asombro llegó al máximo, pero lo comprendí todo cuando llegué a la esquina y comprobé que había pasado por las espaldas del Madison Square Garden, ocupado en esos momentos por un espectáculo de rodeo. En otra oportunidad, caminando por la calle 43 rumbo al Hudson y a sólo unos pasos de Broadway, descubrí unos carteles en los que

En Broadway uno de los diminutos coches italianos despierta la atención de los transeúntes. Abajo: Otro de los famosos anuncios de Broadway: el cartel de los cigarrillos Camel. El rostro del hombre que fuma arroja auténtico humo por la boca.



Sobre Broadway, en pleno Times Square, se alza esta estatua de George M. Cohan, uno de los artistas que hicieron su fama. Derecha: A espaldas del Madison Square Garden varios vaqueros auténticos descansan de su actuación en los espectáculos de rodeo.



Una gran personalidad en la intimidad



Helena Rubinstein vista en la intimidad es una revelación. La revelación de un ser humano al que todas las formas de la vida atraen e interesan. Más allá de la leyenda se humaniza una personalidad oculta, a veces, por las múltiples actividades de su vida dinámica. Observarla es aleccionador porque con Helena Rubinstein adquieren importancia ciertas sutilezas que espíritus menos agudos que el suyo desconocen. El ritmo es intenso, pues nada hace con indiferencia. Quizás el secreto de su dinamismo, tanto físico como mental, reside en que nunca parece apurada. Quiere decir que la reflexión acompaña y mide todos sus pasos. Para ella el día empieza temprano, aunque la víspera asistió a una comida o recibió amigos en su hospitalaria casa de Park Avenue, suntuoso *pent-house*, donde atesora sus famosas colecciones. Cuando tiene un día libre lo dedica a escribir de su propia mano a sus amigos. Nunca deja una carta sin contestación, y aunque tenga secretarias que la secunden, no deja de atender personalmente su correspondencia y añadir al pie de la carta párrafos escritos de su puño y letra que establecen un contacto más estrecho. Dotada de una memoria prodigiosa, nunca se olvida del cumpleaños de amigos y parientes, aun cuando éstos vivan en países lejanos. A primera hora, con el desayuno, entre lectura de diarios y llamados telefónicos, Helena Rubinstein firma el voluminoso correo dictado la víspera, que su secretaria acaba de someter a su aprobación. Pero hay apuro, ya la esperan... Casi todos los días antes de salir de su casa, a hora matinal, atiende reuniones y conferencias con hombres de negocios, colaboradores que quieren consultarla antes de emprender las actividades diarias. Los asuntos tratados tendrán luego repercusión en las extraordinarias iniciativas que dan impulso a los salones y laboratorios que la gran experta en belleza femenina tiene diseminados por el mundo.

Helena Rubinstein escucha mucho, habla poco, decide todo: es el *alma mater* que anima e inspira a todos. Helena Rubinstein, en privado la Princesa Gourielli, dedica también gran parte de su tiempo a su casa, a sus nietos, a sus amigos. Perfecta dueña de casa, deja a sus huéspedes la suficiente libertad para que cada uno se sienta como en su propia casa, que es la ciencia suprema de la hospitalidad. Nunca termina de introducir mejoras e innovaciones en la decoración de su casa, en la disposición de sus muebles, cuadros y objetos de arte que hacen de sus mansiones verdaderos museos. No todos están enterados de que ella misma, personalmente, se ocupa de combinar géneros y colores que dan el sello de su gusto original al ambiente, así sea para perfeccionar detalles decorativos o transformar un estilo, guiada por una inspiración extraordinariamente segura. Ese mismo don le ha hecho descubrir pintores aún ignorados, que luego la fama consagró. Pocos días antes de emprender uno de sus numerosos viajes recorre toda la casa —la de New York tiene tres pisos— y decide los cambios, elige géneros para tapizados y cortinados, sugiere nuevos colores y modificaciones.

Atraviesa salones y habitaciones acompañada por su decoradora, atenta intérprete del criterio de la Princesa Gourielli, y secundada por la fiel Nancy, su secretaria, que la sigue paso a paso y anota todas sus palabras para ejecutar todas las instrucciones durante su ausencia. Es bueno no descuidarse, porque Helena Rubinstein no sólo lo vigila todo, sino lo recuerda todo. No hay nada que no tenga presente de sus colecciones de París, Londres, New York, Buenos Aires, Roma, etc. Sabe muy bien dónde está y cómo es cada cuadro y cada objeto de arte. Lo tiene todo registrado en su cabeza y nada se le escapa. Con frecuencia la solicitan sociedades de beneficencia para organizar fiestas en el marco suntuoso de sus mansiones; nunca rehusa su casa. Igualmente autoriza a menudo a grupos de jóvenes artistas y estudiantes a visitar su famosa galería de cuadros firmados por artistas célebres. No hay *vernissage* que se haga sin ella, y cuando se realiza alguna venta famosa, como la de la colección del banquero Georges Leurcy en New York, Helena Rubinstein se halla siempre entre los contados invitados, cuya presencia se solicita para dar más brillo a la venta. A pesar de polarizar a su alrededor a tanta gente, Helena Rubinstein conserva un espíritu realmente democrático. Da a todos el mismo trato, pero no soporta a aduladores. Cuando recibe gente en su casa para comer, a pesar de estar sobrecargada de compromisos, siempre está lista la primera para recibir a los invitados. Luis XIV decía que la exactitud es la cortesía de los reyes. Helena Rubinstein no desatiende a nadie, por más modesta que sea la persona, pero así como no hace esperar cuando tiene alguna cita, en cambio exige a todos los demás igual puntualidad. En los contados ratos de ocio de que dispone, a veces de noche mira la TV. Entonces llama a su servicio doméstico para que asista con ella a alguna especial exhibición. Sentada delante de la pantalla, como en un trono rodeada de sus súbditos, comenta animadamente con ellos incidencias y episodios que refleja la TV. Estos rasgos tan personales dan al carácter de Helena Rubinstein un relieve aún mayor que la fama universal de esta figura extraordinaria, porque dentro de su celebridad conserva medida humana.

M P





Esta foto, tomada desde el buque de la Circle Line, al navegar por aguas del East River, muestra los famosos cementerios de autos seminuevos. Derecha: Al observar este coche se admirarán sus monumentales líneas aerodinámicas; sin embargo el cartel de la izquierda aclara la cuestión: se trata de un coche fúnebre.

¡Aquí se lee el porvenir! La "adivina" está sentada a la puerta. Cuando hice la foto me preguntó qué intenciones tenía, pero no se preocupó mucho y siguió en su sitio.

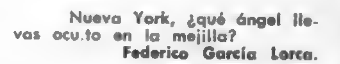


La famosa fuente del Rockefeller Center junto al patio que en verano sirve de salón de té y en invierno se transforma en pista de patinaje sobre hielo.

una adivina anunciaba su menester. Pensé que eso no podría soñarse en Buenos Aires, ni siquiera en la Avellaneda de épocas pasadas. Deduje también que la actitud gubernamental no merecía objeciones, ya que la sacerdotisa de este oráculo de menor cuantía estaba en los escalones de la puerta esperando una cliente, al parecer inexistente.

Como las calles, las vidrieras y las tiendas son también un soberbio espectáculo. Caminar por los salones de Macys o Gimbels es una tortura, máxime sabiendo que uno no puede traer nada de eso a Buenos Aires y que si pudiera necesitaría varias secciones del Queen Elizabeth. Pero en esto de las compras Nueva York tiene infinitas trampas. Una de ellas, eludir el *tax*, impuesto a las compras que algunas tiendas suelen hacer esquivar a sus clientes turistas, y otra, el "Se habla español" que grita llamativamente desde un gran número de vidrieras. En eso pocas casas le ganan a Reggies, en Broadway y la 33, frente por frente de Gimbels. Sus vendedores y vendedoras representan a España y toda la América latina. Hay peruanos, cubanos, españoles, argentinos, uruguayos, portorriqueños, etcétera. No se habla otro idioma que el español. Le pregunté a uno de ellos por qué se había percatado de que yo era *spanish*. Y me respondió: "No sé, pero yo voy por la calle y me doy inmediata cuenta de todos los que lo son". Aquí en Manhattan se habla más español que inglés. Y ésta es la ventaja de Reggies. Hablando en criollo es posible regatear, cosa vedada por completo al enfrentarse con el idioma inglés, que, como sus dueños, es símbolo de rigidez y *fair play.*

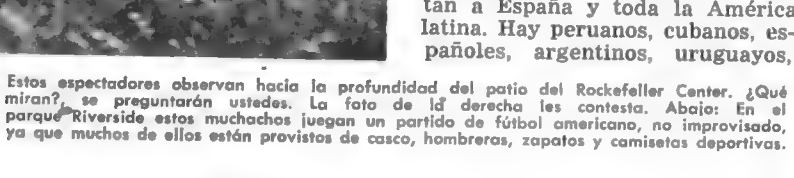




Nueva York, ¿qué ángel llevas oculto en la mejilla?
Federico García Lorca.

A pesar de lo grande que es Nueva York, de esa sensación de cosa monstruosa que da el mirarlo viniendo en el ferry desde Richmond, una tarde a la vuelta de una esquina me topé de improviso con un amigo argentino a quien no veía desde hacía tres años. Recuerdo el último encuentro y sus palabras: "Vengo de la embajada. Me dieron la visa para radicarme en Estados Unidos. Me voy la semana próxima". Por no defraudarlo le respondí: "Ah, muy bien, te felicito", y poco después seguí mi camino sin creer una coma de lo dicho por él.

Ahora, atónito de asombro, me lo encontraba caminando por la Quinta Avenida hecho un yanqui de la cabeza a los pies. Su: hermano!, surgió espontáneo y estridente, seguido de un abrazo que nada tenía de sajón. "¿Qué haces aquí?" Le expliqué. Me respondió: "¿Y vos pretendés conocer a Nueva Yor en doce días?" Le dije que no era ésa mi intención, y como réplica le hice cuatro preguntas sobre datos de la ciudad que lo dejaron mudo. Respondí por él y quedamos a mano. Recordamos un poco cosas de Buenos Aires —¿cómo no lo íbamos a hacer?—, y a renglón seguido me dijo: "Tenés suerte. Esta noche estoy invitado a un *party* y te voy a llevar. Ahí vas a tener oportunidad de conocer el Nueva York que andás buscando". A las nueve de la noche me presenté en el *party* con la correspondiente botella que me habilitaba a entrar. ¡Al fin iba a conocer a la mujer americana! Pero eso iba a demorar un poco. Lo primero que me salió al paso fué una amiga de Buenos Aires. Recordé una frase que me había dicho Horacio Estol un día



Estos espectadores observan hacia la profundidad del patio del Rockefeller Center. ¿Qué miran?, se preguntarán ustedes. La foto de la derecha les contesta. Abajo: En el parque Riverside estos muchachos juegan un partido de fútbol americano, no improvisado, ya que muchos de ellos están provistos de casco, hombreras, zapatos y camisetas deportivas.

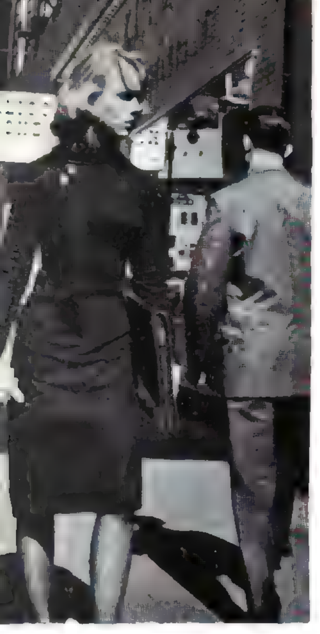
He aquí lo que observaban los curiosos del Center. Un modisto prepara a sus modelos para que les sean tomadas varias fotos. Derecha: A la mañana temprano, mientras los neoyorquinos caminan tranquilamente a sus trabajos, actúan los camiones que proveen a las grandes tiendas instaladas en esa calle. Obsérvese la comodidad de la puerta lateral.

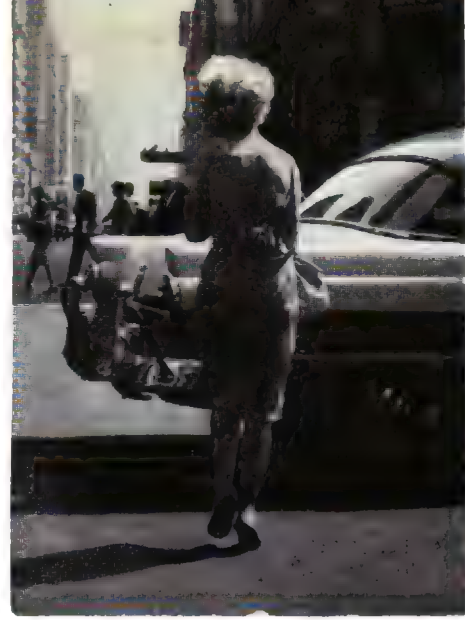







Mercedes Paz Zuberbühler
con Eduardo Garland.
Lía Guerrico Calderón
con Gregorio de Laferrère.
Beatriz Ayarragaray Nazar
con Gonzalo Paz.
Josefina Caminos Braun
con Ricardo Petty.
Esmeralda 1060.
Henriette presenta en los grandes casamientos del año
sus distinguidas y suntuosas creaciones para la ceremonia nupcial.
31-8690





Una típica muchacha americana —no se encuentran fácilmente— que a pesar de su apariencia a lo Marilyn lleva un portafolio y marcha al ritmo de los dos hombres que pasan a su lado en sentido contrario. Derecha: Por la Quinta Avenida se va el verano podría titularse este enfoque, que muestra la soltura de la moda neoyorquina. La rubia era en verdad despampanante, y a pesar de eso sólo yo me detuve pa'mirarla.

antes: "No tenemos colectividad en el extranjero debido a que no tenemos comunidad en el país". La frase me había parecido acertadísima, pero ahora iba comprobando que esa colectividad criolla de Nueva York se estaba haciendo demasiado amplia.

¿Qué pasó en ese *party*?... ¿Estaba allí agazapado el ángel de que habla Lorca?... En principio el castellano imperaba por mitades debido a la existencia de otros dos argentinos, una colombiana y una mexicana. ¿De qué se habló?... Política, teatro, economía... y amor. En lo referente a política, uno de los presentes, un atlético muchacho típicamente americano, me preguntó si la carrera política era accesible a cualquiera del pueblo —su pregunta daba a entender que en EE. UU. él no lo veía así—. Hablé largo de eso —ayudado por los buenos oficios de la mexicana—, y pocas veces tuve un interlocutor u oyente que me escuchara más interesado o con mayor atención. Dos más se sumaron al grupo, y yo recordé el viejo concepto que se tiene en Buenos Aires de que el hombre americano se siente un ser superior e inabordable. Jamás en mi contacto con gentes de países latinoamericanos encontré un respeto igual a nuestra nacionalidad, a nuestro país, a nuestras instituciones. Lo mismo me sucedió al hablar con otros de los allí presentes: un director y escritor de TV y un ayudante del director y autor teatral Garson Kannin. (¿Recuerdan "Nacida ayer?") Ambos se entusiasmaron sobremanera y me prestaron la mayor atención cuando les expliqué que tanto Kanin como Elía Kazan o Chayefsky eran nombres corrientes en nuestros círculos teatrales. Me respondieron que lo sabían, y me hablaron de las obras de Miller, Wilder y Williams llevadas a escena en Buenos Aires como si hubiesen asistido a esos estrenos. En la mitad de la velada, para que nada faltara y todo fuera como en cualquier ciudad del mundo, una de las invitadas intentó retirarse con la botella que había aportado, y casi se arma una gresca a la que por suerte se puso fin dejándola darse el gusto. ¿Cómo terminó la noche?... Para poner fin a esta historia hablemos del último punto citado: amor. A juzgar por lo que vi me pregunto ahora: ¿dónde estará la famosa frialdad asignada al hombre y a la mujer americanos? Eso es un falso mito, como otros muchos que corren en torno de la existencia en la bulliciosa ciudad del Norte. Podría dar ejemplos, ¿verdad?, pero me limitaré a decir que ellos en materia de *lances* dejan pequeños a los de Bengala, y ellas, ellas son tan dulces...

> **Receta: Usted toma toneladas de cemento, el hierro, el fuego, la plata, la electricidad, más algunas décadas. Acepta lo desmedido y contruye a Nueva York. "Hermosa, oh mortales, como un sueño de piedra".**
>
> **Françoise Sagan.**

Greenwich Village, Rockefeller Center, Radio City, Naciones Unidas, sus museos, sus teatros, sus cines, los supermarkets... Todo ello entraña un orbe infinito cuya glosa ha gastado toneladas de papel. ¿Qué podríamos agregar nosotros?... Sin embargo, el de-

(*A la página* 124)



Un tour en Naciones Unidas. Todos siguen atentamente las palabras de la guía. La que está sentada a un costado no descansa, es chilena y la destinaron especialmente para mí, que no sabía el idioma inglés.



Aun la callejuela más perdida está siempre radiantemente iluminada. Aquí Zia Teresa, famoso restaurante italiano donde se come e se parla bene, porque los mozos hablan español. Abajo: Un puesto ambulante de fruta en pleno Broadway y la calle 42.





En las veredas de Greenwich Village cualquiera puede satisfacer sus ansias pictóricas ya sea posando o manejando los pinceles; de cualquier manera resulta siempre un "asesinato" con premeditación y alevosía.

Derecha: Frente a Naciones Unidas funciona esta oficina cuyos fines pueden leerse en la demanda inscripta en su frente. Abajo, a la derecha, un locutor de radio recibe en la calle las opiniones de los transeúntes para que expongan su queja sobre hechos urbanos que resultan molestos.



Los amantes del boxeo recordarán aún la trayectoria de Tony Conzoneri, famoso pugilista de otrora, que intercambió los bifes del ring por los de un restaurante. Derecha: Es domingo, y esta familia del East Side (ciudad baja) ha salido de paseo. Al fondo se recortan los rescacielos de Wall Street sobre el horizonte de la ciudad en calma.







Arzani exhibe modelos
de primavera y verano
en su actual colección, que se caracteriza
por su estilo práctico y elegante.
Se destaca esta creación de
taffetas estampado adornado con
cinturón de raso natural, cuyo lazo
Arzani hace armonizar con
las tonalidades del vestido.



Joseph Cousin se distingue
tanto por la técnica como por
la línea nueva de sus modelos;
así puede apreciarse en la foto
que exhibe el abrigo elegido por
Marlene Dietrich en la colección
de Joseph Cousin durante su
reciente actuación porteña.



Fotos Claros

M. P.

Sugerencias... Novedades...





LUIS HELIOS
en su stand de la Galería Buenos Aires, Córdoba 535, ofrece a su distinguida clientela sus finísimos perfumes y fantasías exclusivas.



A R R A Y A N
Mantel moderno con delicados bordados. Balde térmico: conserva el hielo durante 24 horas.
GALERIA SANTA FE 1660 - T. E. 42-3585
Local 27

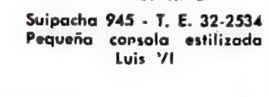


90 habitaciones con calefacción. Baño y teléfono privado. Bar Americano.
Paraguay 450.
T. E. 32-2071-85



HOGART S. R. L.
Suipacha 945 - T. E. 32-2534
Pequeña consola estilizada Luis XVI





B o u t i q u e
Presenta su colección de verano en creaciones exclusivas: mallas, vestidos, soleras, fantasías. Galería Belgrano. Cabildo 1849. Local 34.







DEKY'S
Creaciones niños y tejidos.
Paraguay 536 - T. E. 31-8815.

Peinado TIFON
FRINE Boutique
Coiffures. Peinan Nila & Emilce
Galería Pza. San Martín, Florida 973. T. E. 32-6132.
Local 46-47



PARRACIA
El más amplio surtido en artículos para el buen fumador.
Fco. PARRACIA
Paraguay 544
T. E. 31-3146.



seo interno de recordar es más fuerte que nuestro deseo de contención. Fuí al Village dos veces. En una ocasión de día, gozando con la gran variedad de muestras pictóricas instaladas en sus veredas. Sólo descubrí un par de firmas interesantes, pero el desparramo carnavalesco vale de por sí la excursión. Mi posterior visita fué nocturna. Buscando el teatro *Circle in the Square*, donde un latinoamericano —Quintero— ejecuta una magnífica puesta en escena de "Nuestro Pueblo", de T. Wilder, me topé con el bar más típico del Village: *Louis Tavern*, conocido como el bar de Louis. Allí, en el bajo de una vieja casa, casi tocando el techo con sus cabezas, encontré reunidas en medio del humo de sus cigarrillos las más variadas y disfrazadas clases de individuos. Mientras tomaba una cerveza se me acercó una muchacha a pedirme fuego. Como no fumo tuve a mi vez que demandarlo a otro, cosa que ejecuté con toda celeridad para no perder la brillante oportunidad de entrevistar a esa típica exponente del Village. Tenía veintitrés años —luego lo supe—, vestía pantalones vaquero y vivía allí como estudiante. Hablamos. Evidentemente estaba un poco mareada, pero no perdía la línea. Le pedí que saliéramos a tomar aire. Fuimos hasta Nick's, donde hacía *jazz* la orquesta de Pee Wee Erwin, pero no la dejaron entrar por vestir pantalones. Buscamos otro lugar. Mientras recorríamos el barrio pasamos por una callejuela, llamada Washington Mews. Edna —así se llamaba mi acompañante— me explicó que se trataba de una calle privada construída por los vecinos —gente muy adinerada— de su propio peculio. Vi varios comercios abiertos. Algunos de ellos dedicados a la venta de ropa. En la vidriera de una librería se leían algunas leyendas de corte surrealista cuyo sentido total dejo librado al criterio del lector: "We'll run the gamut from drugs to drama", o si no "Needless to say business going on as usual". Le pregunté a Edna si recordaba en cuál de los hoteles del Village se había hospedado Dylan Thomas o si sabía dónde vivió Lafcadio Hearn. Pero estaba demasiado en otro mundo para contestarme. Sin embargo, cuando le hablé de la gente del Village me respondió: "Hacen lo que quieren aunque a veces eso los torne infelices". Le pregunté si había visto "Los tramposos", ya que su respuesta se acercaba demasiado a la tesis de este film, pero comprendí que no sabía ni de qué se trataba. Seguimos caminando. Pasamos junto al Village Barn, un local donde se hace música folklórica americana y se baila con la animación de la propia clientela: en la mayor parte de los casos, gente procedente de diversos estados de la Unión de visita en Nueva York. En una esquina me detuve a contemplar un bar llamado O'Henry Steak House. No sé qué parentesco podía unirla al famoso cuentista neoyorquino, pero los faroles prendidos a sus paredes me trajeron el recuerdo de aquella Calle de la Linterna, en París, donde se ahorcó Gerardo de Nerval. En la imposibilidad de encontrar un lugar donde permitieran el paso a los pantalones de Edna, la acompañé hasta su casa y me despedí de ella, y aunque sólo habíamos sido un par de buenos amigos, el comprender que ahora ya había pasado a ser un recuerdo fué un broche emotivo



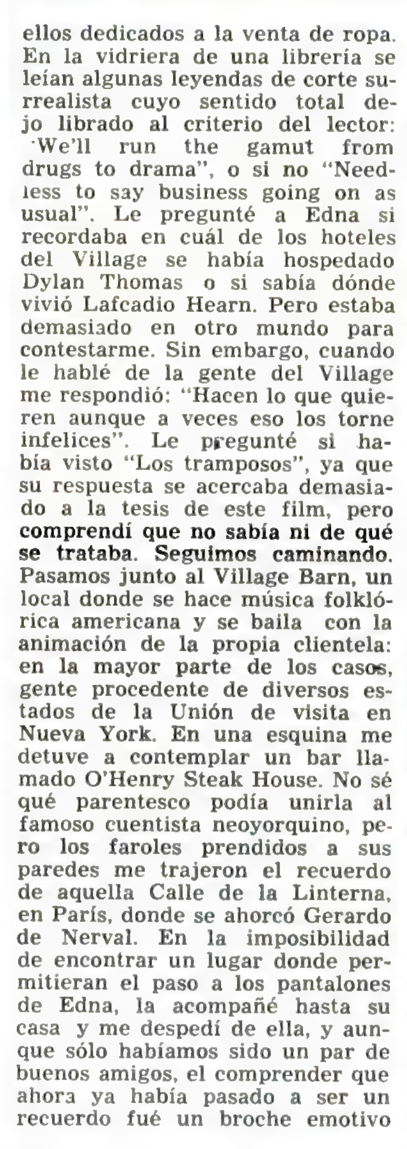
En Nueva York no existen conflictos raciales. Estas mujeres de diferente color conversaban animadamente en plena calle de sus respectivos problemas con los hijos.



Varios escolares, acompañados de su maestra, caminan hacia el Planetarium en una visita de estudio. Obsérvese la ropa, dispar, pero sin poner en evidencia clases sociales.



Edificio del American Museo Hayden Planetarium. Abajo: Una rotisería anuncia pollos asados (calientes) a 1,19 dólar. Hagan la cuenta y comparen precios.





Luz, siempre luz a raudales. Hermosa consigna que Nueva York ejemplifica a cada metro. He aquí la calle 49, cercana a su cruce con Broadway. Abajo: Estos son los morenitos scouts a los que pedí una foto en Central Park. El mayor continúa aún vigilando su apostura ante la cámara.



El aviso de Kodak en la estación Central es de las cosas que no se pueden dejar de ver. A pesar de fotografiar de oído, este enfoque con luz ambiente no salió tan mal



El Metropole Cafe, reducto del jazz en Broadway, anuncia la actuación de Kai Winding. Este bar, que es muy concurrido, se encuentra en el cruce con la calle 52.


TRIUNFO DE LA Seda Natural
Arturo
presenta sus:
COLECCIONES EXCLUSIVAS.
Color y galanura de Fiesta, en la rutilante colección de SEDAS NATURALES exclusivas; aue Arturo centro sin par de la moda femenina en la gran via del norte, brinda a la alta costura de Buenos Aires.
Arturo
En la gran via del norte
Av. SANTA FE 1288 • C. PELLEGRINI esq. ARENALES

que cerró sentimentalmente mi excursión al Village.

Visité a Rockefeller Center formando parte de un “grupo guiado”. Es decir, una señorita va explicando los aspectos más sobresalientes de los edificios que componen el Center y unas veinte personas procedentes de las más ignoradas regiones la siguen prestando la máxima atención. A poco de andar vi a un hombre pequeñín que constante y atento se esmeraba por estar al lado de la guía para no perder detalle de lo que ésta explicaba. Me intrigó, y cuando la muchacha preguntó por la nacionalidad de cada uno y éste respondió que era español, me dijo: ¡y gallego! Me acerqué a él, y tras costarme cierto trabajo apartarlo de la atención que dedicaba a quien nos estaba ilustrando respecto a las excelencias de los mármoles y estatuas existencias en el Center, pude comprobar que yo estaba en lo cierto. ¿Hace mucho que vino de Galicia?, le pregunté. “Desde el 53”, respondió. ¿Qué hace en Nueva York?, agregué, y él me contestó: “No vivo aquí, sino en Colorado. Aquí vine a pasear”. Resumiendo: Viajó de La Coruña llamado por un tío. En Colorado trabaja la tierra, que es muy seca y dura y les da mucho trabajo. Se casó con una americana, con la que tenía una hija (ambas allí presentes), y a pesar de haberse americanizado casi por completo (a cada instante puntualizaba: shure..., shure..., shure...) había acostumbrado a esposa e hija a que le entendieran el idioma *galego*. Pero a pesar de toda su americanización, cuando ya casi a la terminación de la “tour” habíamos llegado a intimar más me confesó: “Dios, cómo se gasta aquí (por EE. UU.) el dinero. Parece que lo quemaran en grandes pilas”. ¿Y usted no ahorra? le pregunté. “Al principio sí; quería volver —me respondió—, pero aquí se me despertaron los deseos de vivir bien. Ya ve, ahora vine a pasear a Nueva York, y el año pasado fuí a veranear a California. ¡Cerca de Hollywood!”



El patio del Museo de Arte Moderno con los visitantes del domingo. A pesar de la vivacidad de motivos de este recinto flota aquí un clima de unción y silencio que obliga a la meditación.



Estos extraños tinglados levantados en el Museo corresponden: el de la izquierda, a una expresión en aluminio de Buckminster Fuller, y el globo de la derecha es el Children's Carnival, donde los visitantes dejan a sus niños.

Si les hablara del Rockefeller, tendría que repetir mil lugares comunes. Esto que conté no lo encontrarán en ningún libro. Formando parte del Rockefeller está el famoso Radio City, la sala de espectáculos más grande de Nueva York, con capacidad para 6.500 personas. Admiré a las famosas Rockettes, 36 muchachas de idéntica altura y figura que se mueven al unísono y que son el recuerdo inconmovible de todo turista que se precie de su condición de tal. Pero lo más sorprendente del Radio City es su *toilette*, donde para entretenimiento de los que allí permanecen más de un instante hay instalados varios aparatos de TV en pleno funcionamiento.

Otro de los hechos gratos de Nueva York fué el viaje en uno de los barcos de la Circle Line, a bordo del cual di la vuelta a toda la isla de Manhattan en un recorrido que tardó tres horas y media en llevarse a cabo. No puede haber un medio mejor para auscultar la grandeza arquitectónica de Manhattan y la maravillosa y monumental obra de ingeniería que representan sus puentes, en especial el colgante George Washington, que se tiende sobre el Hudson, uniendo a la isla con Nueva Jersey. El boleto para viajar en estos cruceros cuesta dos dólares cincuenta, y a pesar de que desde las 9 hasta las 17 horas parte un buque cada media hora, éstos viajan siempre repletos de turistas, lo cual es, aunque en pequeño, una imagen de la magnitud que en esta clase de tránsito tiene Nueva York.

Otra de las singulares maravillas que encierra la gran urbe son los *supermarkets*, donde a la vista y accesibilidad del cliente se encuentran las más variadas clases de alimentos, procedentes de las regiones más distantes del globo. Tal hecho parece que fuera la delectación de Nueva York. El noventa y nueve por ciento de las vidrieras se complace en presentar artículos extranjeros con elogios que ignoran por completo para su propia mercadería.

Hay otra visita que no está en el carnet de los turistas, que no es pregonada por las agencias de viajes, y que sin embargo tuve deseos de hacer y no pude. En el cementerio de Greenwood, en Brooklyn, está enterrada Lola Montes, la otrora célebre bailarina que adquirió más fama por sus tumultuosos amores que por sus artes para la danza. En la más humilde de las losas esta somera inscripción indica su tumba: *Mrs. Eliza Gilbert. Murió el 17 de enero de 1861.* Cuando visité París, mi mayor placer fué conocer los cementerios de Montmartre y el Père Lachaise; en Sevilla temblé ante el magnífico mausoleo de Joselito el Gallo; sin embargo el ritmo intenso de N. Y. me hizo olvidar esas viejas inclinaciones y no pude poner sobre la tumba de Lola Montes la flor que allá dejara a Baudelaire.



En primer plano una obra de arte y al fondo un bar donde los concurrentes al Museo pueden tomar un refrigerio. Nada se olvida en Nueva York cuando se realizan obras, y ensayos así como vemos resultan magníficos en la práctica.

En Nueva York pueden los regímenes advenir o desaparecer; pueden los republicanos quitar el poder a los demócratas, o viceversa; pueden nuevos partidos conquistar o perder los puestos de mando, pero la calle 21 conservará su nombre bajo el más conservador o el más ácrata de los regímenes.

George Mikes,
“Los norteamericanos en su salsa”.

Cuando se me preguntó en Nueva York a que atribuía yo la seguridad y la fe del hombre estadounidense (*fe* no sólo en el aspecto religioso, que lo es de gran manera —en Nueva York hay tres mil iglesias— sino, *confianza* en las instituciones que se ha dado), respondí que esos hombres habían creado una organización de ideas y organismos que estaban muy encima de la maquinaria que las gobernaba y contra las cuales ésta no podría ir sin alterar el orden público hasta producir un escándalo en el que ninguna clase de autoridad querría caer. ¿Cómo se puede llegar a esto? Mediante un proceso educativo que no es posible crear de la mañana a la noche. El escándalo de referencia no se produciría porque el encargado de darle movimiento sería el primero en frenarse. Pueden existir hechos aislados que corroen subterráneamente sin llegar a los titulares de los diarios y que sin revestir la máxima gravedad sirven para que el pueblo americano siga aprendiendo. Cierta noche regresaba yo en taxi a mi hotel. Las demoras del cruce de cada bocacalle en que nos sorprendía la luz roja —regla respetada a toda hora— me sirvieron para entablar conversación con el chofer. Era hijo de cubanos y hablaba español perfectamente. ¿Cómo nos tratan aquí a los *spanish*?, le pregunté. “Bien —respondió—, pero nos están dejando muy mal los portorriqueños”. Insistí: ¿Lo dice por las crónicas policiales? El hombre contestó: “Por eso y porque son unos vagos”. Le pedí entonces una mayor aclaración. “En 1945 había en Nueva York 30.000 portorriqueños; hoy hay más de un millón. ¿Sabe quién los trajo? Un congresista. Victor Marcantonio, diputado por el estado de Nueva York. De origen italiano, aprendió el español porque comprendió que los portorriqueños en su calidad de ciudadanos americanos eran una veta no explotada como aporte de votos. Marchó a Puerto Rico, alquiló aviones a los que sacaba los asientos y los traía a Nueva York como ganado. Luego de las elecciones, un café, una botella de ron y a las calles de Manhattan. Más tarde, al abolirse la ley que exigía tres años de residencia para alcanzar los beneficios del Seguro Social (por medio del cual el Estado paga al empleado despedido su antiguo jornal por un período de seis meses hasta la obtención de un nuevo empleo), se imagina usted lo que pasó a ser esto. Ahora andan todos por ahí, viviendo en covachas y mantenidos por el Estado. ¿Cómo quiere que nos miren a los *spanish* después de esto?”. Quedé atónito. Bueno —repuse—, supongo que habrá muchos como usted que darán otro ejemplo. “Así es. Yo tengo dos trabajos a falta de uno, pero mi ejemplo no es mayoría”.

Su hogar e a Norteamérica. E a Nueva York, y estaba dispuesto a darle todo su amor.

Sholem Asch, “East River”.

(A la página 133)

¿Qué Sabe Ud. De NUEVA YORK?

(PREGUNTAS)

1. — Dos hermanos —William y Henry— apellidados James, fueron, respectivamente, filósofo y novelista-crítico. Ambos habían nacido en Nueva York. Uno era abogado y otro médico. ¿Cuál de ellos murió en Chocorna y cuál introdujo los problemas sicológicos y analíticos en la novela norteamericana moderna?

2. — ¿Cómo se llamó el primer diario que tuvo Nueva York, y en qué año fué fundado?

3. — ¿Cuántos años se tardó en construir el puente de Brooklyn, quién lo proyectó y qué longitud tiene?

4. — Según Fulton Sheen, el amor no es más que una entre once pasiones ¿Cuáles son las restantes, según la teoría del arzobispo de Nueva York, y en qué libro hace alusión a ellas?

5. — ¿De dónde proviene el nombre de la famosa asociación neoyorquina *Tammany Hall*, creada hacia fines del siglo XVIII?

6. — ¿Recuerda cuáles fueron la primera y última obra de la poetisa Helen M. F. H. Jackson y en qué fecha las publicó?

7. — El Empire State, como sabemos, es el rascacielos más alto de la ciudad de Nueva York. ¿Cuántos metros mide éste y cuántos pisos tiene el edificio que ocupa el segundo lugar en dicha ciudad en lo relativo a altura?

8. — ¿En qué año se fundó y cuántos lienzos tiene, aproximadamente, el Museo Metropolitano de Nueva York?

9. — En el Central Park hay cierto monumento regalado por el jedive egipcio en 1880 a la ciudad. ¿De qué se trata?

10. — ¿Recuerda el año en que se abrió el Opera House?

11. — ¿Cómo se llama la avenida frente a la cual está enclavada la estatua de Colón en la ciudad de los rascacielos?

12. — ¿Quién descubrió a Nueva York y cuál fué el primer nombre de la ciudad?

13. — La avenida Nueve de Julio de Buenos Aires, por ahora, es la más ancha del mundo. Pero Nueva York también tiene una avenida muy importante, que ocupa el segundo lugar, ¿cómo se llama y cuánto mide?

14. — ¿Qué célebre escritor neoyorquino escribió "Tales of a Traveller"?

15. — En 1626 Wesel compró a los indios la isla de Manhattan. ¿Cuánto pagó por ella y qué nombre le dió?

16. — ¿Puede decirnos qué escritor famoso, considerado como uno de los padres de la novela norteamericana, escribió "Bocetos Californianos", "Cuentos de Argonautas" y "Reina, la hija del pirata"?

17. — ¿En qué año se implantó la primera imprenta en Nueva York?

18 — "El viejo y el mar", entre otras obras famosas, se debe a Hemingway, Premio Nobel de Literatura. ¿Pertenecen también a él "What's O'Clotk" y "Among My Books"?

19. — ¿Desde qué año lleva Nueva York su nombre actual?

20. — ¿Qué escritor famoso usó el seudónimo de *Dietrich Knickerbocker?*

21. — El Waldorf Astoria es uno de los hoteles más famosos del mundo, con sus grandes salones y sus 16 pisos, que fué levantando en un lugar cuyo solar estaba ocupado antes por dos célebres figuras neoyorquinas que, además, eran hermanos. ¿De quiénes se trata?

22. — ¿Cuál era su nombre y qué nacionalidad de origen tenía el primer obispo católico de la diócesis de Nueva York?

23. — Al norte de la ciudad de los rascacielos hay un lago y un río. ¿Cómo se llaman?

24. — ¿Quién es el poeta considerado por la mayor parte de la crítica norteamericana como el lírico más perfecto de EE.UU.? Nació en Nueva York y a él se debe "Calamus", que fué su obra póstuma, en 1897.

(RESPUESTAS)

1. — Henry James introdujo los problemas en la novelística y William murió en Chocorna en 1910.

2. — "Nueva York Gazette" (1725).

3. — Trece años, aproximadamente (1870-1883). El ingeniero alemán Roebling. Mide 1.826 metros.

4 — Odio, gozo, tristeza, miedo, audacia, esperanza, desesperación, deseo, aversión e ira.

5. — Del brujo indio Tenemud.

6. — "Inthe White Mountais" (1866) y "Between Whiles" (1887).

7. — Mide 448 metros. Y el "Chyrsler", que es el segundo rascacielos, tiene 77 pisos y mide 318 metros.

8. — En 1870. Figuran en él unas 3.000 telas de todos los pintores más famosos del mundo, especialmente europeos.

9. — De un obelisco.

10. — En 1883.

11. — Octava Avenida.

12 — Hudson. Nueva Amsterdam.

13. — Avenue Broadway. Mide 24 metros en la parte inferior y 45 en la superior.

14. — Washington Irving.

15. — Sesenta florines. Nueva Amsterdam.

16. — Francisco B. Harte.

17. — En 1693.

18. — No. Dichas obras fueron escritas por Amy Lowell y James R. Lowell.

19. — Desde 1664.

20. — Washington Irving.

21. — Los hermanos Astor.

22. — Richard Luke Concanen. Había nacido en Irlanda.

23. — Lago Ontario y río San Lorenzo.

24. — Walt Whitman.

CORDOBA

y sus monumentos históricos



BREVE HISTORIA DE LA CATEDRAL, JOYA DE LA ARQUITECTURA COLONIAL DE AMERICA

•

CORDOBA tiene muchos monumentos históricos de los que se precia no sólo por lo que constituyen como recuerdo de una época de esfuerzos y de creación, sino porque siguen perdurando en el tiempo y la distancia llevando sobre sí las cargazones tangibles de las más diversas manifestaciones del arte y la fe. Sólo así se explica que algunas construcciones hayan trascendido los siglos, y que aún resistan los embates con que la naturaleza va paulatinamente transformando las cosas y los hombres.

Todavía se abren profundos interrogantes sobre los fundamentos que sirvieron a una técnica casi desconocida, para proyectar y concretar obras de arte realizadas en apoteótica demostración del esfuerzo humano conjunto, que superó a la máquina y al cálculo; monumentos lanzados al espacio inconmensurable, con diestra concepción, inaccesibles a la teoría pura, pero formalizados en ciclópea demostración de voluntades, y, bien sea dicho, toda obra del esfuerzo humano, producto de la idea, fruto del coraje y de la audacia, cuando no de sacrificios con que sus autores se inmolaron en aras de la creación.

Cuando los paisajes del Suquía, apenas hollados por la mano del indígena, acogieron las avanzadas de las corrientes conquistadoras, un nuevo espíritu cundió por los valles sanavirones, adormilados, mansos y vírgenes como sus pobladores, ateridos de sorpresa ante el retumbar de los cascos y el tintinear de los morrales. Quedó abierta otra brecha desde el norte en el corazón mismo del continente, y por allí entró el pendón de Castilla, trayendo la gloria de la España entonces victoriosa, con todo su bagaje de conocimientos, arte y religión. Aquí terminó la hazaña de los que deseaban llegar al país de la leyenda, poblando ciudades, buscando tesoros, y descubriendo las verdaderas rutas por donde se esfumaron las fantasías y se aquietó, por fin, la extraña inquietud que movía a los caballeros hispánicos.

De esta expedición que capitaneaba don Jerónimo Luis de Cabrera surgió el 6 de julio de 1573 Córdoba de la Nueva Andalucía. Ciento siete años después, y a poco de ocurrido el derrumbe que destruyó la primitiva Iglesia Matriz, se inició la construcción de la Catedral.

Las referencias históricas conceden al maestre de campo don Pedro de Torres la preparación del proyecto del nuevo templo, de nave única, que no pudo llevarse muy adelante, y que en 1699 pasó a manos del arquitecto José González Merguete o José Escudero, nativo del Alto Perú, que había intervenido en la construcción de la Catedral de Chuquisaca. Varios años después, inerme ante la falta de medios y carente de apoyo de las autoridades de la ciudad, regresó a su valle indígena de Cinti, aunque las obras ya estaban trazadas y los muros habíanse levantado vara y media del suelo. Los trabajos se reanudaron con el obispo Alonso del Pozo y Silva y la colaboración del brigadier Esteban de Urizar. Administraban las obras —que para entonces se había dispuesto realizarlas no de una sola nave, sino de tres— el fraile Juan de Araeta y el maestre de campo Domingo de Villamonte.

Corría 1729. Viene a Córdoba, a pedido del Cabildo, el maestro de arquitectura padre Andrés Blanquí, o Bianchi, a quien se atribuye el principal trabajo de modificación y ejecución.

CIEN AÑOS DE ESFUERZO

Costó un siglo levantar esta joya de la arquitectura colonial. Estando inconclusa aún, se habilitó su funcionamiento el 25 de mayo de 1758, durante el obispado de monseñor Argandoña, primer obispo cordobés, hijo del teniente gobernador don Tomás Félix de Argandoña y Alicante. El 23 de diciembre de 1782 se efectuó la traslación del Santísimo desde la iglesia de las Monjas Teresas, y en el mismo mes, pero dos años después, tuvo lugar la consagración de la Catedral por monseñor fray José San Alberto, el obispo vigésimotercero del Tucumán.

De notable belleza, guarda en su interior valiosos tesoros, como custodias, cálices y ornamentos. Entre las primeras figura una de plata construída por artífices del Perú, y otra, la de mayor valor, con filigrana de oro, encajes, recamado de brillantes, rubíes, esmeraldas y zafiros. El altar, desde el basamento hasta el Agnus Dei que corona el tabernáculo, es todo de plata; para construirlo se destinaron las piezas labradas que existían en la misma Catedral, y 12.500 pesos enviados por el rey para la iglesia. Los trabajos fueron dirigidos por una comisión presidida por el canónigo Gregorio Funes.

Deben citarse también la característica cúpula o cimborrio y las grandes puertas de hierro —verdaderos "vitraux"— que cierran el receso al pórtico de la iglesia, con las figuras de San Pedro y San Pablo. Todo ello la constituyen, con caracteres propios, en uno de los monumentos más estupendos y preciados de la arquitectura colonial de América.

A los tesoros ya mencionados únense otras piezas de indudable valor y rareza. Existe, en efecto, un gobelino que data de 1754, bordado en oro y seda; un juego de atriles indostánicos, labrados en plata, verdadera joya de orfebrería; un estandarte real, que se ponía en los tronos de los virreyes, y que las referencias lo suponen de la época de Carlos V; la bandera del regimiento Córdoba, que participó en la guerra del Paraguay al mando del coronel Olmedo, héroe de Villa Dolores; la sillería del coro de los canónigos, de fines del siglo XVII; un tenebrario de tres metros y medio, labrado en quebracho por los indígenas de la zona; cuatro candelabros de hierro de 1800, y los admirables cuadros pintados por artistas de la talla de Genaro Pérez, Ferri y Caraffa.

Ha de agregarse que en la ornamentación exterior del templo intervinieron obreros indígenas, especialmente en los capiteles, donde se observan las huellas de su particular ejecución.

Los documentos de la época señalan, por último, otros detalles reveladores del espíritu que prevaleció en todo el pueblo, para sumar su contribución y posibilitar esta obra de tanta magnificencia. Cuando para concluir el tabernáculo se necesitaron más piezas de plata fué menester recurrir a los pueblos de la campaña. La Villa de Tulumba fué la que contribuyó con mayor cantidad, donándosele como premio el tabernáculo de madera que perteneció a la Catedral, y que allí se conserva.

Doña Petronila Moscoso, hermana del obispo del mismo apellido, donó 10.000 pesos para terminar las puertas del tabernáculo, y así tantos otros, algunos ignorados, pero igualmente presentes en el recuerdo perenne que encierran estas extraordinarias manifestaciones del arte.

Pertenece a este siglo la actual decoración de la iglesia, realizada y dirigida durante cinco años por el pintor cordobés don Emilio Caraffa, maestro de esta ciencia y de la creación, con quien colaboraron, entre otros artistas, Camiloni y Cardeñosa. Habría de ser para Navidad de otro mes de diciembre, en 1914, durante el episcopado de monseñor fray Zenón Bustos y Ferreira, que se realizó la inauguración de estos trabajos.

La Catedral, enhiesta y soberbia, majestuosa, con su frente asomando a la plaza San Martín, de tan históricas reminiscencias, realza las bellezas de sus formas durante las celebraciones religiosas, con cientos de luces que surgen aquí y allá, como de sus mismas entrañas. Tiempo hubo hasta fines del siglo pasado en que su frente se iluminaba para las grandes solemnidades con un mechero alimentado con grasa de potro.

La Catedral de Córdoba fué declarada monumento histórico por decreto del gobierno de la Nación del 14 de mayo de 1941.

EL DESCANSO DE TRES GLORIAS

Tres glorias de Córdoba, forjadoras de la organización nacional, voceros de la inquietud que conmovió las entrañas de la patria desde su propio corazón, y ahora materializadas otra vez en el tiempo por el cariño y la veneración de estas generaciones, descansan en la Catedral.

Fray Mamerto Esquiú, el "orador de la Constitución", infatigable viajero, caminante perpetuo de esas rutas que se iban abriendo entre las sierras y atravesaban los llanos hasta llegar a los pies de la cordillera. Amó a todas las tierras, pero con más cariño a Catamarca, a quien dejó su corazón.

El deán Gregorio Funes, cuya voz se oyó en "La Gazeta de Buenos Aires" como una clarinada de esperanza, y que apuntaló en sus memorables escritos sobre la libertad de pensamiento la más preciada institución de los hombres de prensa.

El general José María Paz, cordobés benemérito, cuya vida y su pensamiento estuvieron orientados hacia la estimación del hombre, la paz interior, la tranquilidad de los espíritus y, por sobre todo y para los tiempos futuros, hacia el logro de una positiva libertad, donde no jugaran las pasiones que ensombrecieron y retardaron la gran empresa de la construcción nacional.

UNIDAD DE DOS EPOCAS

La Catedral es en Córdoba el símbolo que representa lo más profundo de sus tradiciones. Junto con este trozo de historia que viene de tan lejos se han confundido las avanzadas del progreso que aletean en las moles de sus edificios modernos. Pero aun así, las vibraciones del empuje que conmueve los cimientos de la vieja ciudad no han podido quebrar la fisonomía que antaño le concedieron estas manifestaciones tan singulares.

Poseída de tan espléndido caudal, es lógico que Córdoba se haya transformado con el correr de los tiempos en un emporio del interior del país, y que sus instituciones y sus hombres hayan desparramado generosamente sus inquietudes, como quien amalgama los dones recibidos y los ofrece, después, a la avidez del que ansía conocer y aprender, trabajar y crear.

Bajo el amparo de todas estas magníficas realidades, las rutas que de antiguo la constituyeron en ciudad de tránsito se han expandido por dentro y fuera del país, irradiando las características más sobresalientes de su historia, sus paisajes y su poderoso nervio industrial. Bien se ha dicho que es una ciudad para ver y admirar, y no es en vano que su prestigio se haya creado en tan admirable conjunción de realizaciones.

CORDOBA, DE ARGENTINA, LA PROVINCIA DE LOS PAISAJES ETERNOS, ESPERA SU VISITA

Avda. General Paz 282, CORDOBA, ARGENTINA.
Dirección Provincial de Turismo y Transportes.



ROBERTO BALDRICH



Atlántida ha perdido a Roberto Baldrich, quien durante algo más de seis años dió vida a las portadas de nuestra publicación. A la edad de sesenta y cuatro años lo sorprendió la muerte en Madrid, en plena actividad creadora. Baldrich había visto la luz en España, donde comenzó su carrera artística; a los treinta años se lanzó a la conquista de América, radicándose en Nueva York, y al poco tiempo sus dibujos comenzaron a aparecer en Vogue, Harper's Bazar y Smart Set. Luego viajó a América del Sur, siempre con el pincel en la mano como tarjeta de presentación. Volvió más tarde a Europa. Y así continuó girando, inquieto, buscando por el viejo y el nuevo continente modelos para sus estilizadas figuras. Atlántida le ofreció la realización de su portada en 1953 sabiendo que Baldrich la tomaría a su cuidado con el sumo placer de expresar por medio de ella la elegancia de la mujer porteña, parisiense, neoyorquina o madrileña, según fuera el escenario donde se hallara en el momento de realizar su obra. De esta manera su unión con Atlántida respondía más que nada a un vínculo afectivo; era una ventana a través de la que el artista ofrecía su homenaje constante a la belleza de la mujer. Su trazo fino ha dejado en nuestra casa una huella que se pierde en el infinito de nuestra estima hacia su persona.


Dos revistas que No Deben faltar



Khruschev, como un ciudadano más de EE. UU., se ha servido a sí mismo los alimentos deseados y los come en la democrática convivencia del drug store.

Cuando visité a Naciones Unidas me sirvió de guía una muchacha chilena que se había venido sola a la conquista de Nueva York. Su salario no indicaba que lo hubiera logrado, pero estaba contenta de vivir allí. Como ella encontré a otras chicas en su misma condición. ¿Qué era lo que más les agradaba?... ¿El mejor nivel de vida o la innegable independencia en que vive la mujer? Creo que ambas cosas han pasado a ser una misma. Sus sueldos no iban más allá de los 45 dólares semanales (el mínimo que se puede ganar). Sin embargo, vivían independientemente alquilando un departamento de un ambiente con aire acondicionado, heladera y muebles del mejor gusto. El alquiler les llevaba aproximadamente el 50 % de su sueldo; el teléfono, 6,33, con opción a 75 llamadas mensuales —después de esta cifra a razón de 5 centavos por llamada—. Durante el año una de ella cobró 1.898 dólares de salarios. El Estado le retuvo 282.50 de *tax* (impuestos) y 44,77 para Seguridad Social. Con su firma como única garantía un banco le otorgó un crédito por seiscientos dólares a pagar en un año, reteniéndole sólo 32 dólares en carácter de interés.

Otros amigos argentinos, Horacio Estol, por ejemplo, gran cicerone en mi comprensión espiritual de Nueva York, cuya casa está siempre abierta para los argentinos que visitan esa ciudad, y Cellario, actual jefe de redacción de "Life en español", se encuentran en un plano aparte, ya sin discusión. A Fernando Lamas, el argentino más célebre en la gran urbe del Norte, lo encontré accidentalmente en la calle —¡es tener suerte!— el día que él llegaba a Nueva York y yo me iba. Venía de cumplir una exitosa gira de tres meses para poner una pieza en Broadway ("El hombre que vino tarde") con su dirección escénica. Como su trabajo sería sólo directivo, sin actuación personal, luego de cuatro semanas en Nueva York partiría para Roma a fin de hacer un film sobre la obra norteamericana "Zarpando a medianoche". De allí retornaría a California para rodar "John Lafitte" como protagonista. Luego de este breve relato de sus actividades me preguntó: "¿Cómo está aquello?". El tono de su voz tenía el mismo opaco optimismo que debería tener mi respuesta. Lamas está muy cambiado. Lleva el pelo corto y canoso, se muestra serio, pero ello no le hace perder un ápice su elegante apostura de indiscutible buen mozo. Su presencia es inobjetable, pero yo lo veo distante, muy distante de aquel muchacho bromista y bullanguero que conocí en Gimnasia y Esgrima cuando —aunque en distintas categorías de edad— ambos formábamos parte del equipo de natación. No puedo considerar eso un espejo. Este Lamas de ahora no recuerda en nada a aquel del tiempo ido. Es mucho mejor.



He aquí las escalinatas del museo, que el cansancio me impidió subir, y la estatua ecuestre de Teddy Roosevelt.



El primer ministro ruso, ahora en un supermarket, observa la multiplicidad de mercaderías que se acumulan en sus estantes y heladeras abiertas.

Me llevo de Nueva York una visión de rascacielos, vías amplias y luces eléctricas. Estas luces se acumulan casi siempre en calles centrales, donde se ven mujeres elegantes por docenas de miles. Diríase que la riqueza y la alegría de la vida se han hecho universales. No me extraña que la estatua de la Libertad aparezca en el puerto algo rechoncha bajo su vestido verdegrís. Diríase que la buena vida la ha engordado.

Ramiro de Maeztu,
"Norteamérica por dentro".

—¿Cómo vamos a querer la guerra con esta vida? Comemos tres veces al día. No nos falta nada. Somos felices. ¿Para qué la guerra?

Erico Verissimo
"Un gato preso en la nieve".

Ya estoy a bordo del Comet 4 de Aerolíneas Argentinas de regreso a la patria. Atrás ha queda-

(Sigue en la página 136)

LA MUSICA EN NUEVA YORK

(De la página 110)

York sino a su país diciendo y probando su presentación en el Carnegie Hall.

Por lo tanto, no es suficiente recomendación en el mundo de la música el haber actuado en esa sala. Pero ocurre que en esa sala, además, actúa lo mejor que tiene el mundo musical en la actualidad. De allí su prestigio y merecida fama. Además, el Carnegie Hall es asiento de la orquesta más importante de Nueva York: la Filarmónica (antes llamada Sinfo-Filarmónica), que desarrolla sus series de abono y conciertos extraordinarios durante treinta semanas.

Excepción hecha de los tres meses de verano, el Carnegie Hall está ocupado constantemente, mañana, tarde y noche. La mañana para los ensayos y el resto para conciertos. Pianistas chinos, violinistas australianos, violoncelistas rusos, cantantes escandinavas, cuartetos rumanos, directores griegos, arpistas españoles, etc, desfilan por el escenario del Carnegie Hall, exhiben sus talentos, reciben el aplauso cortés o la demostración de entusiasmo y esperan, ansiosos, las críticas de los diarios, que pueden significarles la apertura del mercado norteamericano o su cierre completo. Nueva York decide. Hay artistas importantes que después de una fría recepción por parte de los críticos de Nueva York han visto cancelar todos sus contratos en el resto del país, debiendo volver a su patria con mucha amargura y considerable cantidad de dólares menos. Otros, por el contrario, han visto brillar su nombre de la noche a la mañana por el cielo de los Estados Unidos gracias a la buena aceptación encontrada en Nueva York. El noventa y cinco por ciento de estos hechos tienen su origen en el escenario del Carnegie Hall.

Por su parte, en los Estados Unidos la ópera es —como bien se ha dicho— tan vieja como el propio país. Ya en 1735 se presentó una ópera en Charleston. En Nueva York pudo conocerse "The Beggar's Opera" de Peppusch en 1750. A comienzos del siglo XIX Nueva York contó con la presencia de Lorenzo Da Ponte (el libretista de "Las bodas de Fígaro" y "Don Juan" de Mozart) y el famoso Manuel García, que impulsaron de manera extraordinaria el desarrollo del gusto público por la ópera. En 1847 era inaugurado el primer teatro permanente de ópera en Nueva York. Treinta y seis años más tarde abría por primera vez sus puertas el Metropolitan.

El Metropolitan Opera House fué construído por un arquitecto que jamás había trabajado en la erección de un teatro. Es más, J. Cleaveland Cady sostenía que nunca había estado en el interior de un teatro, lo que no le impidió dibujar los planos y dirigir la construcción de la sala más importante de los Estados Unidos hasta el presente. En 1892 un incendio destruyó gran parte del escenario, y en esa ocasión se hicieron reformas. En 1903 hubo nuevas modificaciones. Las últimas realizadas en el edificio y la sala se remontan a 1940. No habrá próximas modificaciones porque las que vengan serán integrales. El teatro será derruído y el solar que ocupa servirá para levantar un gran rascacielos destinado a oficinas modernas. El Metropolitan tendrá en Columbus Circle un edificio completamente nuevo y los Estados Unidos podrán así enorgullecerse de poseer el más perfecto teatro del mundo y el sentimiento de haber perdido otro que ha sido un símbolo de la vida artística del país durante tres cuartos de siglo.

El Metropolitan se inauguró con "Fausto" de Gounod, con Italo Campanini y Christine Nilsson en los papeles protagónicos. Al día siguiente se presentó Marcella Sembrich en "Lucía de Lamermoor" y en la misma temporada se estrenó "La Gioconda" de Ponchielli. Como todo teatro de ópera que se respete, el Metropolitan comenzó a arrojar, desde su primera temporada, fabulosas pérdidas. Las correspondientes al año de su inauguración se calculan en seiscientos mil dólares.

Los dos acontecimientos más sensacionales de toda la historia del Metropolitan Opera House tuvieron lugar el 23 de noviembre de 1903 y durante la temporada de 1908. En la primera fecha debutó en el papel del Duque en "Rigoletto" el más famoso de todos los cantantes de ópera: Enrico Caruso. Desde ese momento el tenor italiano fué la máxima atracción vocal del Metropolitan hasta 1921, año de su muerte.

El otro acontecimiento fué la designación en 1908 de Arturo Toscanini como director artístico. El genial conductor imprimió a las representaciones una calidad y vuelo desconocidos hasta entonces en el teatro norteamericano. Ese mismo año de 1908 contó con la presencia de Gustav Mahler como director del repertorio alemán. Vale decir que en un momento dado el Metropolitan es el único teatro del mundo que pudo tener al mismo tiempo a los dos más grandes directores de orquesta del siglo XX.

El Metropolitan ha desempeñado preponderante papel en la vida artística e intelectual de Nueva York. Además de su brillo social, de las célebres veladas de inauguración de temporada y del "anillo de diamantes", como se denominaba a la primera fila de palcos, una influencia más profunda y permanente se ha ejercido sobre el desarrollo del gusto y la cultura norteamericanos. A través de esa institución los Estados Unidos han permanecido en contacto estrecho con las mayores expresiones del teatro lírico europeo. A la conciencia de ese hecho por parte de los norteamericanos adinerados se debe que el Metropolitan continúe hoy día su vida activa. Siendo una empresa completamente privada, sin subsidios oficiales de ninguna naturaleza, siempre ha arrojado pérdidas impresionantes. Ellas han sido paciente y constantemente cubiertas por un grupo de mecenas que han entendido que la presencia de un gran teatro de ópera es uno de los signos más precisos y evidentes del alto nivel cultural de una colectividad.

LA NOTICIA MAS ELEGANTE DEL AÑO... ES MASCULINA!

DESDE AHORA:

Old Spice

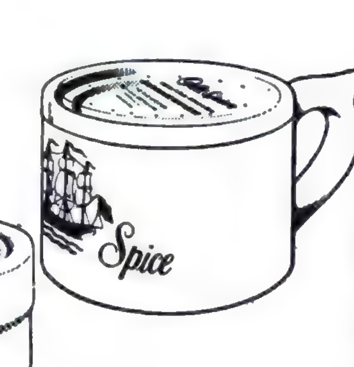
EN LA ARGENTINA!

Ya está en el país la famosa línea masculina de productos de tocador OLD SPICE, privilegio del hombre elegante de 50 países del mundo, a través de más de un cuarto de siglo de excepcional calidad.

Al presentarla en la Argentina, SHULTON, lo hace con orgullo y confianza. Orgullo de una calidad lograda y mantenida con técnicas de elaboración exclusivas y con las mejores materias primas conocidas hasta el presente.

Confianza en su aceptación por el caballero argentino, cuyo buen gusto ya es proverbial.







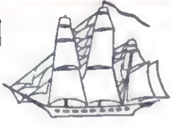
COLONIA
LOCION PRE AFEITADA ELECTRICA
JABON DE TOCADOR EN ESTUCHE
REPUESTO JABON DE AFEITAR EN TAZA
JABON DE AFEITAR EN TAZA
LOCION PARA DESPUES DE AFEITARSE

INDUSTRIA ARGENTINA



SHULTON

NUEVA YORK - LONDRES - BUENOS AIRES



OSM-1-59



Usted puede desayunarse en pleno subterráneo intercambiando con esta máquina una taza de té caliente por el pago de cinco centavos de dólar.

do el aeródromo de Idlewild, y con él mi último punto de contacto con Nueva York. Las múltiples atenciones de la camarera de a bordo no me pueden hacer relegar el cúmulo de imagenes y sucesos que se agolpan en mis recuerdos. Tengo la sensación de despertar de un sueño. Sin embargo, Khrushchev no tiene nada de onírico, y su presencia ha vuelto a poner en el tapete viejas disputas. No sé lo que habrá detrás de la Cortina de Hierro, pero he visto lo que hay detrás de los rascacielos de Manhattan: un pueblo feliz que siente con orgullo ser ciudadano de los EE. UU. En estos diálogos de grandes hombres, dueños de los destinos humanos, en que se mezclan constantemente las palabras paz y democracia, vale tener en cuenta quién está más cerca de ellas conforme su régimen de vida. No creía en el respeto de EE.UU. hacia nuestro país; sin embargo, unas palabras del "New York Times" dirigidas a nosotros me han convencido plenamente de lo contrario. Ellas fueron expresadas con motivo de los recientes sucesos que trajeron como corolario un cambio total en la plana mayor del ejército, y dicen así: "A veces uno se pregunta si los argentinos se dan cuenta de lo que ellos y su patria significan para América latina". No creía en la libertad, en su expresión legítima, y unas declaraciones de Arthur Miller evidentemente en contra del sistema norteamericano me convencen de lo contrario. Dice el autor de "La muerte de un viajante": "Debemos afrontar la realidad de que el progreso y la eficiencia no bastarán para brindarnos automáticamente la felicidad". Es indudable. Pero Miller en su propia obra habla de lo imprescindible que resulta el mejoramiento de la vida del hombre. Ahora al parecer reconoce que ello está logrado, pero considera que lo que debe componerse es el alma. Si seguimos así será cosa de nunca acabar, que es lo que en el fondo se desea conseguir cuando las palabras paz y democracia no son utilizadas en su verdadera y única cotización: la que le da el ser humano ansioso de vivir bien y feliz.

Una ciudad existe en los ojos de sus espectadores, y Nueva York es a la vez tantas ciudades como personas la han visto.

John A. Keowenhoven.

Albert Camus ha dicho de esta ciudad: "He querido a Nueva York con ese amor poderoso que nos deja a veces llenos de incertidumbre y odios". Estas dos últimas palabras no afectan el todo. Comprendo a Camus. La estima que se siente a Nueva York se frena ante su magnitud como un amor imposible. Ese sentido de poderío que tras estimular hasta la eclosión total deprime al evidenciarnos nuestra pequeñez y la falta de medios termina por indisponernos, y como todo amor verdadero, por tornarnos celosos.

Te vi, Nueva York, desde la cumbre del Empire State Building cuando los tintes oscuros de la noche hacen más claros tus infinitos rumores de ciudad turbulenta y alegre. Navegué en esas sombras —¡tan solitario y tan contigo mismo!— desde las diminutas luces que bordean el East River hasta la hoguera que en pleno corazón de Manhattan anuncia la presencia de Times Square.

Te quise, Nueva York, y te sentí mía como a una novia esperada desde siempre. Tuve la suerte de que amigos criollos que te quieren con esta misma intensidad me enseñaran a conocerte hablándome de tus debilidades y tus grandezas. Eres la ciudad mágica del mundo, la capital del hombre, el campo perfecto para la lucha del individuo que quiere enfrentar la vida y vencerla. Tu poderío, hechizante, poderío vital, se inyecta en la sangre y quiere brotar en ilimitado dinamismo, en acción. Frente a ti, frente a tu engranaje, nadie puede quedarse atrás, nadie debe querer quedarse atrás. Eres la ciudad para los fuertes, Esparta del presente, por la cual los hoplitas mueren felices de saberse tus ciudadanos.

En las grandes avenidas existen estos bancos, donde el caminante puede sentarse a tomar sol o descansar. Su clientela es enorme.



Decídase por lo práctico; decídase por los plásticos NIBO

el nuevo balde NIBOPLAST

no es afectado por el agua hirviendo ¡porque es producido con polietileno 100 % de alta densidad!

Liviano, "silencioso", con pico vertedor, duradero, inabollable, inoxidable y vistoso.
De 8, 10 y 12 litros.

TAMBIEN

lavabo

fuentes ovaladas

crispers con y sin tapa

tarros con tapa

bols con pico

Y RESISTENTES ASIENTOS PARA BAÑO

EL BALDECITO PARA HIELO

NIBOPLAST

triplica la duración del cubito al separarlo del agua cuando se derrite y al conservarlo más tiempo gracias a su "cámara de aire" aislante. En una brillante gama de colores.

En todo el país, quien vende confort y calidad vende esta línea



Verifique que luzca su marca.







NUEVA YORK EN LA LITERATURA...

(De la página 79)

Hay dos libros de O. Henry, *The voice of the city* y *The four million*, que contienen muchos de sus mejores cuentos, cuyo escenario está en ese Nueva York en el que, en la calle, en lujosos despachos o en pensiones económicas, O. Henry encontró sus personajes: empleadas de tienda, comisionistas, modestos horteras, bailarinas, doctores, agentes de policía. O. Henry espiga en la realidad, que es su verdadera maestra, y cuyo rostro desagradable él conoció a través de sus propias experiencias sin por eso dejar de advertir que también tenía otros de emoción y ternura, que él supo dosificar mediante una sutil ironía y un fondo de sátira lleno de delicioso humor. En *The four million*, especialmente, expresó la ciudad en lo que tenía de trivial y de frívolo, captando sabrosamente, verazmente, pintorescamente, un momento peculiar de la historia social de ese Nueva York al que llamó, alguna vez, la Bagdad sobre el Hudson.

Una plazuela de la ciudad, característica, Washington Square, fue el teatro de muchos de los mejores bocetos de O. Henry. Washington Square era la residencia del círculo aristocrático más restringido, lugar retirado y gentil, lleno de un perfume peculiar. Allí vivieron Morse y Mark Twain. De allí arranca, magnífica, la Quinta Avenida. Tal escenario frecuentaron novelistas como Henry James y Edith Wharton, quienes hallaron allí con frecuencia sus temas, sus personajes y sus motivos. Henry James, artista eminente, dotado de un arte sutil y personal, trazó cuadros perdurables de ciertos niveles de vida elegantes, cultivados y ociosos de la vida norteamericana. *Washington Square* se llama, precisamente, una de sus novelas más características en este aspecto, en la que describe y trasluce ese rincón único de la ciudad tentacular; rincón, escribe James, que *exhala una especie de calma estable que se encuentra raramente en esta extensa ciudad vibrante* y cuyas notas de madurez, bienestar y dignidad, de que carecen otros barrios más suntuosos, explica, *se deben indudablemente a que esa plazoleta fué el centro ya histórico de una Sociedad.*

Edith Wharton, en cierta manera discípula o sucesora de Henry James, cultivó una ironía sobre la cual —ha dicho alguien— se destaca en el fondo de sus narraciones "la específica realidad americana". Nacida en el seno de una aristocracia privilegiada, sus mejores novelas desmenuzan el íntimo conflicto de una sociedad en decadencia, la del antiguo Nueva York, sociedad que sufre la embestida vigorosa de una nueva clase industrial y financiera, cuyos integrantes son advenedizos que muy poca o ninguna resistencia hallan en círculos con visibles signos de degeneración, de hundimiento moral, de debilidad e incapacidad, de corrupción de las más antiguas tradiciones morales. El tema había despuntado en las novelas de Curtis, a mediados del siglo XIX, y con la segunda mitad de la centuria como tablado y edad halla su floración en las novelas de Edith Wharton: *The House of Mirth*, donde reveló las costumbres de la restringidísima sociedad neoyorquina de los Cuatrocientos; *The custom of the country*, en la que describe el triunfo de los capitanes de la industria y la finanza sobre los viejos círculos aristocráticos a los que Edith Wharton pertenecía, y cuya íntima realidad decadente conocía tan bien *The age of innocence*, donde insiste en la caída de su viejo mundo "del antiguo decoro", narrando vidas del Manhattan de la séptima década del siglo; *Hudson River Bracketed* (continuada en *The gods arrive*), que alguien ha definido como una valiente tentativa por retratar un mundo en el que la autora no se sentía a gusto; *Old New York*, en fin, cuatro novelas cortas referidas al mismo ambiente y al mismo escenario.

Un crítico norteamericano, Alfred Kazin, ha dicho, caracterizando el sentido de la obra de esta escritora, que Edith Wharton *podía odiar, y odiar enérgicamente, pero el objeto de su odio era la clase entonces emergente de los nuevos comerciantes e industriales, los artífices y promotores de la era industrial que se hallaban en trance de expropiar y suplantar a su propia clase*; y que para ella *sólo existía el viejo Nueva York, la gran mansión de Lenox, y el agitado y salvaje mundo que se daba a sí mismo el nombre de Middle West, país de costumbres sin gracia, chanzas groseras, negociantes, y ridículo hablar provinciano.*

Otro novelista, William Dean Howells, se vió solicitado por parecido tema. En *A bazard of new fortunes*, historia de un matrimonio que deja a Boston para establecerse en Nueva York, describe las costumbres chocantes que aquí encuentra y señala los males del moderno orden social. Howells, se ha dicho, escribía considerando los puntos de vista de la vieja sociedad norteamericana, desconcertada en 1890 ante los movimientos obreros y las huelgas; una comunidad para la cual el nuevo orden industrial era antes que nada apreciado y conocido a través de los problemas que le creaba al antiguo orden social por ella representado. Y Nueva York era para este autor, anota Van Doren, más allá del gusto que en sí le producía, *una comunidad de norteamericanos que se movía cautelosamente entre sus inmigrantes y no una nueva Roma ni una nueva Constantinopla del hemisferio occidental.* En Howells, exponente del realismo novelístico, ya aparece la ficción utilizada con fines sociales, especialmente en los tramos finales de su libro, con la huelga de los tranvías y las dramáticas luchas que narra.

Un nombre importante que a principios de siglo ya surge ligado novelísticamente a Nueva York es el de Theodore Dreiser. Intentó captarlo históricamente en su cuento *When the old century*

(A la página 140)



NUEVA YORK EN LA LITERATURA...

(*De la página 138*)

was new, tentativa de reconstruir la ciudad de 1801, llena de erudición, empeñosamente trabajada, pero que indudablemente se refiere a una época que Dreiser no siente, fuera de sus gustos y experiencias. El Nueva York de los primeros años de trabajo de Dreiser en él está admirablemente pintado en un libro autobiográfico que por lo mismo no constituye una novela, pero cuyos bocetos y retratos tienen algo del género: *The color of a great city*. En la novela *Sister Carrie*, al promediar el libro, Dreiser traslada la acción desde Chicago a Nueva York. Carrie sigue a Hurtswood, su amante, hasta esta última ciudad, donde su antigua felicidad y bienestar desaparecen. Hay en esta parte de la novela páginas de una observación muy aguda cuando se describe el Broadway externo, lujoso y elegante de las tardes y las noches de fines de siglo, y también el Broadway íntimo de la vida de teatro, en el que, mientras su amante se va hundiendo lentamente en la miseria, el fracaso y el abandono, Carrie triunfa y vuelve a encontrar la felicidad

En más cercana etapa (Dreiser cubre con sus novelas los primeros cincuenta años del siglo a partir de *Sister Carrie*, publicada en 1900) hallamos autores que van a expresar otro medio diferente, un Nueva York evolucionado y agitado por problemas distintos. Ha ocurrido la primera guerra mundial, adviene la época del jazz, el optimismo contagioso de una era de libertad y locura vivida con frenesí que va a desembocar bruscamente en el "crack" financiero de 1929 y promueve en la tercera década de la centuria un renacer de la novela social y del realismo naturalista tan vigorosamente impulsado por Dreiser.

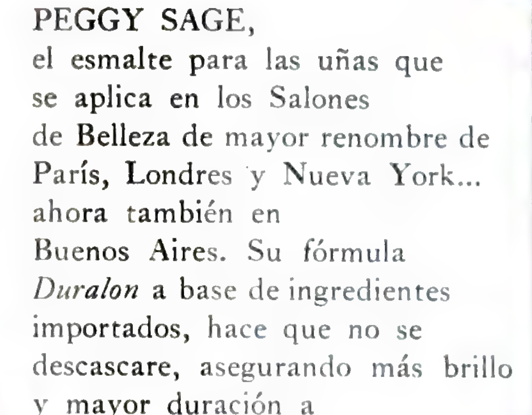
Es menester citar a escritores como Waldo Frank, cuyo *City Block*, calificada por Lewis Munford como la más revolucionaria de las novelas yanquis, fué definida por su autor como "la historia de mi ciudad de Nueva York", "imagen de lo que he visto y vivido más profundamente en mi propio hogar". El *block* es la cuadra, la calle, y es también, en definitiva, el héroe central del libro, más allá de los personajes cuyas historias, mezcla de agria realidad y poética visión, participan a menudo de la vida del inconsciente y se manifiestan a través del monólogo interior. *Cuando surgió en mi la visión del libro, la visión del Block como héroe* —ha dicho el propio Waldo Frank—, *cuando comencé a escribirlo, vivía dolorosamente solo en un cuartito de una de esas calles de mi ciudad. Era tan desconocido como cualquiera de sus personajes, tan desgraciado, tan feliz.* Esta confesión da la medida de una experiencia ciudadana vitalmente sentida como fuente inspiradora de su representativa novela.

La vida del arte y de los artistas neoyorquinos allá por 1920 está pintada y analizada en *Painted Veils*, de James Huneker. Otra novelista, Floyd Dell, anduvo por parajes aledaños en *Greenwich Village*, celebración del famoso barrio de bohemios y de artistas, del que dejó en su libro una rememoración sentimental vívida e incomparable con ninguna otra. Pero el interés de los hombres de letras, en esta época del jazz y del surgimiento artístico, universalizado, de la gente de color, deriva hacia otro barrio neoyorquino. Carl Van Vechten, que había rondado en torno de la vida de aficionados y artistas con algo de sátira social, legaría en su *Nigger Heaven* la evocación de un Harlem tratado románticamente. Enfoques muy distintos, por provenir de escritores de raza negra, serían los de James Baldwin y Claude Mac Kay. El primero, nacido y criado en Harlem, autor de *Go tell it on the mountain*, da en su obra el modo de vida de los negros, íntimo y profundo. Claude Mac Kay, autor de *Home to Harlem*, escritor jamaicano de habla inglesa, cuyo escenario típico es también Harlem, revela en sucesivas visiones de orden casi cinematográfico la realidad de las noches del barrio negro. *Cocktail Negro*, novela que reveló al público hispanoparlante la personalidad de Mac Kay, es un libro realista, digno de quien había sido mandadero, mozo de hotel, portero y obrero de los puertos antes de seguir estudios universitarios y consagrarse como poeta con los versos de *Harlem Shadows*. Buena parte del libro describe la vida, amores y miserias de los negros de Harlem, con un realismo casi naturalista, vívido, fuerte, con menos color que intensidad.

Otro "fiction writer" que puede nombrarse en esta década del 20 al 30 es Thyra Samter Winslow, autora de *A cycle of Manhattan*, novela considerada una pequeña obra maestra como narración de la historia de una familia de aquella zona neoyorquina. Joseph Hergesheimer, novelista de altibajos, irregular, no siempre iluminado por una conciencia artística profunda, se refirió a ciertos aspectos del mundo de Nueva York en sus dos libros mejores: *Cithere y Linda Condon*, ambos de carácter realista y con escenarios en Filadelfia y Nueva York. En el segundo de ellos se incluye una notable reconstrucción del ambiente de los sombríos hoteles en que la protagonista había vivido su infancia, y también hay descripción de ambientes elegantes, dando en conjunto una visión de Nueva York realista pero llena de significativa belleza. El conflicto íntimo de la posguerra, década de la "edad del jazz", de la llamada "nueva libertad", de locura y desenfreno, está dado por F. Scott Fitzgerald. Sus primeros libros, *The side of paradise, The beautiful and damned*, celebraban ese período, lo retrataban en su despreocupación, en su inimaginable optimismo, tras el cual un oído agudo hubiera podido percibir los resquebrajamientos del suelo en que se apoyaba. *The great Gatsby* es otra

(*A la página 144*)

La belleza responde
a un lenguaje
internacional...





LA LINEA COMPLETA PARA LA BELLEZA DE LAS MANOS

EDIFICIOS Y MONUMENTOS *(De la página 45)*

ciudad. Unas cuantas antiguas residencias, algunas de las cuales habían sido construídas en la época de los holandeses, escaparon de los incendios y son conservadas como museos.

El edificio público más antiguo en Manhattan fué construído hace menos de 200 años. Es la capilla de San Pablo, construída en 1764, en la que Washington oía misa cuando era presidente. (Nueva York fué la capital de los Estados Unidos hasta 1790. La memoria de Washington es honrada por un arco de mármol blanco en Washington Square (en la aldea de Greenwich). En esa misma plaza está una estatua de Garibaldi, obsequio de la comunidad italiana de Nueva York.

En una columnata de la Universidad de Nueva York hay bustos de norteamericanos que han sido electos para pertenecer al Salón de la Fama. Los candidatos a este honor son escogidos cada cinco años por un comité de ciudadanos destacados. Deben haber muerto por lo menos veinticinco años antes para ser elegibles. Entre los ochenta y seis miembros elegidos hasta la fecha se encuentran George Washington, Benjamín Franklin, Thomas Jefferson, Alexander Hamilton, James Fenimore Cooper, Edgar Allan Poe, Abraham Lincoln, Mark Twain, Walt Whitman, Samuel F. B. Morse, Booker T. Washington, Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson.

La estatua de la Libertad, obsequiada por el pueblo de Francia en 1884, se eleva hasta una altura de 98 metros en una pequeña isla en la bahía de Nueva York al sur de Manhattan. Este famoso símbolo de la república norteamericana ha dado la bienvenida a millones de inmigrantes y refugiados. El escultor fué Frederick Bartholdi, en tanto que su estructura fué diseñada por Gustave Eiffel, constructor de la torre que en París lleva su nombre, y es también gran atracción turística.

El gobierno de la ciudad. — El jefe del Ejecutivo en Nueva York es el alcalde, quien dirige a una complicada administración, integrada por numerosos departamentos y comisiones y que emplea a cerca de 230.000 personas. El alcalde y el consejo de la ciudad, que es la Legislatura, integrada por veinticinco miembros, son elegidos para términos de cuatro años.

En una comunidad tan grande como Nueva York, el planeamiento de la ciudad se convierte en una operación infinitamente complicada y continua en la que tienen que ver el gobierno del estado, los gobiernos de los estados vecinos y el gobierno federal.

La Autoridad del Puerto de Nueva York es un ejemplo de la cooperación de la ciudad de Nueva York con el gobierno de su propio estado y con el gobierno de Nueva Jersey. El gobierno federal ayuda a Nueva York, así como a otras ciudades, en asuntos de seguridad social y salubridad pública, educación y construcción de habitaciones y carreteras. Pero el gobierno de la ciudad de Nueva York tiene la responsabilidad principal de planear para el futuro y de sostenerse al nivel del ritmo del enorme crecimiento de la población y de los problemas que de ello se derivan.

El Departamento de Planeamiento de la Ciudad de Nueva York, en cooperación con los muchos otros departamentos afectados, prepara y conserva al corriente un plano maestro de la ciudad. El plano tiene por objeto principalmente proporcionar un crecimiento ordenado, de acuerdo con las necesidades de salubridad, eficiencia y conveniencia.

El desarrollo de suficientes zonas de parques en lugares donde pequeños lotes de terreno valen verdaderas fortunas no ha sido fácil. Sin embargo, más de la décima parte de los terrenos en Nueva York han sido separados para parques, jardines botánicos, parques zoológicos y otras actividades recreativas. El Departamento de Parques maneja veinticinco kilómetros de playas para bañistas, alrededor de 500 canchas de tenis, 530 parques deportivos y aproximadamente 600 parques infantiles.

La Autoridad de la Habitación Pública ha sido principalmente responsable de que se hayan limpiado los barrios bajos y de que se haya aliviado la escasez de viviendas, que era muy aguda al final de la segunda guerra mundial. Desde 1946 la Autoridad ha terminado más de 66.000 nuevos departamentos. Las rentas están basadas en la cantidad de ingresos y el tamaño de las familias.

Todos los proyectos de habitaciones públicas han sido planeados de tal manera que proporcionan luz y aire y zonas de juego para los niños. Pueden obtenerse departamentos más pequeños para aproximadamente 150.000 ancianos que viven en la ciudad y no tienen parientes cercanos.

Treinta centros de salud con clínicas especiales para diversas enfermedades y con estaciones de salud de maternidad son manejados por el Departamento de Salubridad. Este departamento supervisa también el aprovisionamiento de agua de la ciudad, da licencias a restaurantes y comerciantes en alimentos y lleva estadísticas vitales. Un Departamento de Hospitales administra cerca de 30 hospitales públicos; inspecciona también, encargándose de sus licencias, a los hospitales particulares y a las guarderías.

La formidable tarea de conservar a Nueva York limpia es obligación del Departamento de Saneamiento, que, entre sus otros deberes, se deshace de más de 40.000 metros cúbicos de desperdicios por día. Anteriormente los desperdicios se utilizaban para rellenar zonas de mareas y pantanos para permitir la construcción de parques y carreteras; actualmente se queman en enormes incineradores. Este departamento quita la nieve de las calles, una tarea que, después de fuertes tormentas, puede necesitar de más de 20.000 trabajadores.


Lionel
ahora en...
François y Lionel haute coiffure, paraná 944 - t.e. 41-0945
Foto Castro

NUEVA YORK EN LA LITERATURA...

(De la página 140)

cosa. Es la clave de ese período contemplado con otros ojos; allí está dado el sentido trágico y el fracaso que corroyeron ese mundo de la posguerra. Su héroe, un ser perdido en los bajos fondos de Nueva York, dice Morton Dauwel Zabel, *condensa el patetismo de una era que se libertó de las raíces de la tradición y de la autoridad, y que sin embargo luchó desesperadamente para encontrar su dignidad en un mundo del que se había desvanecido todo modelo tradicional de dignidad o mérito moral.*

Alrededor del año 1930 y posteriormente, el tema y los motivos de los barrios bajos encuentran cultores para los que cabe el recuerdo. En sus viviendas miserables, en sus humildes cuartuchos, en sus calles características llenas de tipos populares, hallan materia para sus ficciones, entroncadas así con la más dura y desnuda realidad, escritores como Michael Gold, autor de *Jews without money*, que narra la vida patética de los judíos de las barriadas del este de Nueva York. Ese autor, Nelson Algreen con *Somebody in boots*, y otros hombres de letras escriben un tipo de novelas-crónicas que anticipan ya lo que después vendría: la novela llamada proletaria, en la que hallan su lugar la lucha de clases, la descripción de un período de cruel desocupación y la fraternidad de los sectores obreros en su combate contra la miseria.

En relación con el tema de la inmigración, y dentro de ésta, de los judíos, cabe hacer referencia a dos autores, no encuadrados específicamente dentro de esta década, entre los muchos que enfocaron el tema: Abraham Cahan, autor de *The rise of David Levinsky*, libro clásico sobre la vida del inmigrante ruso-judío, historia de un joven y pobre estudiante del ghetto ruso, llegado a Nueva York solo y sin un centavo, que se hace millonario, pero a trueque de ciertos valores en los que se ha educado y que debe abandonar; *Leonard Q. Ross*, seudónimo de Leo C. Rosten, autor de *The education of Hyman Kaplan*, cuyo héroe tiene el lenguaje y las características del grupo judío de habla *idisch* de Nueva York, libro en que se derrochan humor y observación

El tema de los bajos fondos es inagotable. Ha suscitado infinidad de libros excelentes, buenos, mediocres e inferiores. Ciertos aspectos del hampa fueron descriptos, a través de sus héroes peculiares, retratados en su propia salsa y con su jerga característica por Damon Runyon, autor de *Guys and Dolle* y de otros libros en que narra las luchas de los turbulentos habitantes de los barrios bajos y la vida de los gangsters de Nueva York.

La existencia del barrio, el color suburbano, realista y nada sentimental, se da en otros autores: Albert Halper en *Union Square*; John O'Hara en *Years are so long* y *If I have four apples;* William Charles Williams en *Life along the Passaic River*, que trata del propio Nueva York, y *White Mule*, que va a buscar su tema, ambiente y personajes en el cercano Vermont.

Nota muy distinta, casi poética aunque penetrada de toques de sátira delicada, la dió Robert Nathan, del que se ha afirmado que describió un pequeño mundo, encantado y pastoral, poco menos que idílico o de cuento de hadas, con atractivos personajes que deambulan por las catedrales, los parques, los teatros y las universidades de Nueva York. Héroes simpáticos, agradables, inolvidables, que llenan las páginas de *The Bishop's Wife*, *There is another Heaven*, *The Orchid* y *One more Spring.*

Uno de los novelistas contemporáneos más importantes, John Dos Passos, procuró dar una visión panorámica, integral, de la civilización y de la sociedad de su país en la trilogía *U.S.A.*, que comprende las novelas *The 42nd. Parallel*, *1919* y *The Big Money.* Narra allí la vida de seis hombres y de seis mujeres durante los 30 primeros años del siglo, y el lugar de la acción, aparte de Méjico y Francia, abarca todo el vasto escenario estadounidense, de modo que también Nueva York se refleja allí, también sus personajes se mueven dentro de sus fronteras: J. Ward Morehouse, por ejemplo, un consejero de relaciones públicas en la enorme ciudad, o Margo Dowling, que luego de peripecias e incidencias que le acaecen en pleno Manhattan llega a triunfar como actriz de cine en Hollywood. Nueva York aparece y desaparece en la trilogía, y todo cuanto dice, describe o cuenta Dos Passos tiene, desde luego, una intención social. Queda dicho, así, que su pintura o sugestión de la gran ciudad no es complaciente, frívola ni rosada. La existencia humana está descripta en todas sus aristas, con su dureza, su agria sustancia, insistiendo en una visión descarnadamente realista, objetiva, aunque el autor demuestra ostensible simpatía por los sectores populares de la escala más desamparada y humilde: aquellos sobre quienes recae una cuota mayor de sufrimiento y humillación.

Pero antes de esa ambiciosa trilogía que colocó en primera fila su nombre y lo hizo trascender las fronteras de su patria, Dos Passos había realizado un experimento en pequeño de lo que se dió en llamar novela colectiva o colectivista, en un escenario más reducido; Nueva York, sí, pero no todo, sino su corazón: Manhattan y su ambiente. *Manhattan Transfer* es una novela específica de Nueva York, presentado en cortes transversales y longitudinales, a lo largo, lo ancho y lo alto. Novela de linaje singular, indudablemente, ya que en ella sus numerosos personajes no alcanzan, ninguno, una decidida preeminencia y sólo se relacionan incidentalmente, sin conexión central entre ellos. Novela discontinua, formada por varias narraciones desarrolladas en distintas capas sociales, aunque (y aquí aflora de nuevo la inquietud so-

(A la página 150)


¡Disfrute de lo mejor!...
"Gold Service"
de BRANIFF
El más suntuoso servicio en vuelo ofrecido jamás en América del Sur. Las más finas comidas y la cordialidad de un personal que se desvela por servirle... ¡Sin ningún costo extra! ¡Una excepcional experiencia en materia de elegancia aérea!
Conquistador
El Dorado
Vuele en el "Conquistador" y "El Dorado" de BRANIFF, equipados con radar, a 10 ciudades de América Latina y más de 50 de los EE. UU.
Consulte a su agente de viajes o a
BRANIFF
International
AIRWAYS
Av. Pte. Roque Sáenz Peña 734/36
T. E. 34-6001/8 - Buenos Aires.
ETER





EL PUERTO MAS GRANDE DEL MUNDO

(De la página 71)

escapa al alcance de la imaginación. Esto es posible gracias a la gran extensión costera navegable de los dos estados, que sobrepasa los mil kilómetros de longitud y que permite el anclaje de cuatrocientos barcos al mismo tiempo, lo que da una idea de la capacidad de esa zona portuaria por excelencia.

Es lógico pensar que para mantener el orden, la eficacia y la seguridad en el trabajo del puerto hace falta un esfuerzo titánico. Nueva York ha logrado que esa gran tarea sea realizada sin dificultad aparente y con el máximo de garantía. De ello se encarga la Administración del Puerto de Nueva York - Nueva Jersey. Esta Administración, que es la que maneja y controla toda la vida del puerto, fué creada en el año 1921, y lo que ha logrado en el lapso que va desde su fundación hasta nuestros días es realmente notable. Actúa en representación de los gobiernos de los estados de Nueva York y Nueva Jersey, que fueron quienes la crearon para encargarle dos tareas fundamentales: el desarrollo y control de las operaciones de los transportes, creando todas las facilidades posibles en las terminales del distrito portuario, y la promoción y protección del comercio interno e internacional. Esa Administración se abocó de lleno al trabajo y fué mejorando paso a paso todas las instalaciones del puerto, llevando al máximo posible el uso de maquinarias para hacer más veloz y menos costoso el trabajo de carga, descarga y transporte. También para facilitar las comunicaciones entre los dos estados que explotaban el puerto en labor común abrió en 1927 el primer túnel bajo el río; el túnel Holland conectaba a Nueva Jersey con el bajo de la isla Manhattan. Un año más tarde, con el mismo propósito, inauguró los puentes Outerbridge Crossing y Goethals, uniendo el estado de Nueva Jersey con la isla Staten. En 1931 habilitó el puente Washington, conectando esta gigantesca obra colgante a Fort Lee (Nueva Jersey) con el norte de Manhattan. Y en 1937 completó el túnel Lincoln, para unir el centro de Manhattan con Weehawken (Nueva Jersey). Estas obras, al facilitar el paso de un estado al otro, incidieron en forma notable en el incremento del comercio portuario. Junto con estas realizaciones la Administración fué organizando una red compacta de transportes, con trenes, camiones y lanchones. Doce líneas de ferrocarriles comunican al puerto de Nueva York con todo el país y con Canadá y México. Más de diez mil camiones trabajan diariamente en la zona portuaria. Cerca de tres mil lanchones se encargan de transportar los vagones al lado de los barcos para que las operaciones de carga sean directas. La seguridad del almacenamiento en el puerto y la extraordinaria capacidad de los galpones permiten asimilar una cantidad de carga tan importante como la que puede dejar el gran movimiento de barcos que soporta el puerto de Nueva York. Decir la cantidad de naves que entran y salen de ese puerto en un año sería poco ilustrativo; en cambio, expresar que arriba o parte un buque cada veinte minutos (promedio sobre las 24 horas del día) es bien explícito. Para atender un movimiento de tanta vastedad hace falta una mano de obra que esté acorde con esas exigencias. Así es que la Administración del Puerto de Nueva York-Nueva Jersey emplea cerca de 450.000 hombres en la zona portuaria, lo que hace que la existencia de más de tres millones de personas dependa de la vida del puerto; esa cifra indica casi la cuarta parte del total de habitantes del distrito portuario. Afirmar que estos trabajadores están convenientemente adiestrados como para atender en forma perfecta el abrumador movimiento del puerto es equivalente a manifestar que una silla tiene cuatro patas. Por lo tanto, sumando la vasta extensión de su "waterfront" ("frente de agua", que es como llaman a la costa portuaria), a la cantidad de máquinas que facilitan las operaciones (grúas pesadas y livianas, cintas transportadoras, pequeños vehículos con una horquilla móvil en su parte delantera que sirve para recoger y acomodar bultos y cajones a diversas alturas, camiones, etcétera), a la comodidad de sus depósitos y a la capacidad de sus obreros, el puerto de Nueva York se ha constituído en el principal centro comercial del mundo. Hay otros puertos que hacen solamente determinado trabajo y admiten naves de cierto tonelaje. El de Nueva York está diseñado para recibir todo tipo de embarcaciones y está especializado en cualquier renglón de mercaderías, desde relojes suizos hasta elefantes africanos. Todo es transportado con la misma eficiencia. Y precisamente por su gran cantidad de trabajo y por la rapidez con que es atendido la Administración del puerto puede cobrar tasas que en muchos casos son menores que las de otros puertos de menos importancia, o, a lo sumo, no han aumentado en la proporción en que lo han hecho en otros lugares.

Es lógico entonces suponer que ese puerto, en el que el año pasado se movieron 26.281 barcos (lo que lleva al promedio citado de una nave cada veinte minutos), es el corazón del país y que como tal marca el ritmo de la marcha de la nación entera. Su explotación consciente y su incesante crecimiento (actualmente tiene acordado un presupuesto anual de unos 50 millones de dólares para construcciones y mejoramientos) son algunos de los motivos fundamentales que han llevado a los Estados Unidos a ser una de las principales potencias del mundo. Justa recompensa para un pueblo dedicado a trabajar, y que ha sabido aprovechar al máximo sus riquezas geográficas; en este caso la extensa costa marítima, que pareciera haber estado especialmente diseñada para servir de boca de alimentación a la mayúscula extensión terrena que significa los Estados Unidos de Norte América.


VALDEL S. R. L.
Ud. puede lucir
en la Argentina
las
maravillosas
telas
Creación
Italiana
legler
M. R.
Solicitelas
en todas las
buenas sederías.
Cotonificio "Legler"
MILANO - ITALIA
Fabricadas por TEXTIL
BANFIELD
Distribuídas por
ARMITEX
S. A.

JAZZ



ZUTTY SINGLETON

INNEGABLE resulta que entre los aspectos más debatidos del *jazz* figura el origen del vocablo. Al respecto, diversas son las hipótesis que se han echado a rodar. Muy difundida es, por ejemplo, la teoría sustentada por el escritor James A. Rogers, para quien esta palabra sería un derivado del nombre de un trombonista que ejecutaba *blues* en un *cabaret* de Chicago, Jasbo Brow, a quien los parroquianos le solicitaban que repitiera sus improvisaciones diciéndole: "Más, Jasbo; más, Jas". Por otra parte, Paul Whiteman y Margaret McBride, en su libro *Jazz*, se ponen de acuerdo con el director y compositor de bandas John Phillip Sousa para asegurarnos que el término provendría de una vieja costumbre de los escenarios de *minstrel shows* —espectáculos de menestrales—, según la cual todos los elementos de la compañía reuníanse en un *grand finale* denominado *jazzbo*, acto que se conoce como *walk around*. En sus estudios acerca del *patois* de los criollos de Nueva Orleáns, Lafcadio Hearn expresa que el vocablo era común entre los negros con el significado de "apresurar las cosas", producir excitación, y que fué adoptado para designar una música de carácter rudimentario y sincopado. Vicente López, conocido director de orquesta de baile, manifiesta que la palabra provendría del nombre de un baterista de Vicksburg, llamado Charles y apodado Chaz. Según Walter Kingsley, la voz era conocida en la época de la esclavitud, y empleada dentro del giro *jazz it up!* constituía una expresión de aliento. Su actual grafía es, de acuerdo con este publicista, una evolución de *jas*, *jass*, *jasz* y *jascz*. También se ha dicho que procede del nombre de un cuarteto instrumental integrado por negros, que actuaba en los sitios de diversión de Nueva Orleáns, titulado *Razz's Band* y que, según expresa el compositor James Reese Europe, fué el primero del género que se presentó en Nueva York. El musicólogo Irving Schwerké asegura que se trata de una palabra de origen francés y que deriva del verbo *jaser*, que significa "chismear". Sugiere el doctor Newbell Niles Puckett, especialista en folklore negro, que bien podría derivar del vocablo *jawbone* (quijada), instrumento musical muy difundido entre los negros. A este mismo estudioso pertenece la hipótesis según la cual las palabras *jazz band* podrían provenir de una invitación a *jazzear* (ejecutar *jazz*) efectuada por un *bo* (apócope y corrupción de buddy, camarada), y agrega que el predominio de los nombres de animales asociados a esta música, como *fox-trot*, *camel walk*, *turkey trot*, *elephant glide* y *bunny hug*, es, sin duda, una influencia de los cantos folklóricos derivados de la música africana. Asimismo se indica que podría provenir de la expresión *jass-ack*, que deriva de *jackass* (asno, borrico), y se puntualiza el hecho de que, primitivamente, se escribía con dos eses: *jass*, grafía que aparece en discos fonográficos de orquestas como la *Original Dixieland Jazz Band*, grabados en 1917. Otra hipótesis, perteneciente al compositor Geoffrey O'Hara, hace derivar el término del nombre bíblico Jezabel. Según Charles Hughes, la palabra se empleaba entre los negros con el significado de "zigzag", y añade que el célebre trovador James Allen Bland entonaba, hace más de cincuenta años, una canción en la que aparece esta palabra con el significado indicado. Si bien ciertas investigaciones realizadas en el mediodía de los Estados Unidos, entre viejos ex esclavos, no dieron resultados positivos, hoy sabemos que el término procede de una raíz fanti (Africa occidental), con acepciones vinculadas con el amor. Y, lo mismo que otros términos musicales de origen negro, el vocablo también se aplica a la algazara, al bullicio y al comportamiento excéntrico. Como todos los africanismos, la dicción *jazz* puede emplearse como nombre, como verbo, como adjetivo o adverbio. Primero se aplicó esta denominación, en forma peyorativa, a toda la música negra secular, desde las baladas del bajo fondo hasta los *blues* y el *ragtime*. Pero se afirma que sólo en 1914 se la utilizó para determinar al *jazz* orquestal de Nueva Orleáns, cuando los negros del Loop de Chicago la adjudicaron, con sentido despectivo, al *jazz* blanco de la *Original Dixieland Jazz Band*, queriendo significar que no constituía la típica música *hot* afronorteamericana sino *white trash*, hojarasca de los blancos. No obstante, Jelly Roll Morton, cuyas aseveraciones siempre hay que tomar con suma cautela, aseguraba que utilizó el término en 1902 para diferenciar al *jazz* del *ragtime*. Desde aquella fecha, el citado organismo la agregó a su denominación.

NESTOR R. ORTIZ ODERIGO

NERVUS publicidad

AHORA...

...también para su huerta o jardín...!

FERTILIZANTE COSECHAZO



EN SU NUEVO ENVASE DE POLIETILENO DE 1 KILO

FORMULA:	
NITROGENO	8 ½ %
FOSFORO	14 %
POTASIO	5 ½ %
CALCIO	16 %

ES UN PRODUCTO GARANTIZADO POR



CON ESTAS VENTAJAS:

- Mantiene intacto el potencial nutritivo de su tierra.
- La planta recibe cada uno de los elementos nutritivos indispensables, en la dosis y forma adecuada.
- Los atributos más preciados de su esfuerzo se traducen en color, vigor, tamaño, calidad y aroma.



DISTRIBUIDORES

CAROZZO & PEREZ Maipú 356 - Buenos Aires - T. E. 47-0381.

NUEVA YORK EN LA LITERATURA...

(*De la página 144*)

cial de su autor) su preferencia se inclina a la descripción de los tipos sociales sin arraigo, flotantes, a la deriva en el mar ciudadano de Nueva York. Dos Passos narra aquí como siempre: sin prevenciones ni convenciones, dando una versión desnuda de la ciudad y sus seres, inmiscuyéndose sin piedad en su existencia íntima, narrando los más ocultos hechos de la vida de sus héroes. Se ha calificado a *Manhattan Transfer*, novela agitada y vibrante, intensamente viva, como pretensión de un inventario de la vida norteamericana en su más completa amplitud y complejidad. Aquí cabe recordar aquello de que Manhattan es el microcosmos de la gran nación norteamericana y lo que expresara Val.ry Larbaud: que *vivir en Nueva York es tomar el pulso al país*.

Entre los novelistas actuales que se han sentido llamados por el vasto escenario de Nueva York se encuentra también James T. Farrell, quien en sus libros iniciales, *Young Lonigan*, *The young manhood of Studs Lonigan* y *Judgment* había enfocado el ambiente de la baja clase media de Chicago, y que en *Bernard Clare* y *The road between* traslada acción y héroes a Nueva York. El personaje de estas últimas novelas es un joven escritor que se instala en Nueva York sumergiéndose en los medios intelectuales, artísticos y bohemios. Estos libros inician una serie en la que Farrell parece proponerse el fin, algo ambicioso, de retratar el ambiente intelectual de la tercera y cuarta década del Nueva York del siglo XX.

En suma y como resumen, puede afirmarse que, proponiéndoselo deliberadamente o no, ningún autor de novelas ha logrado obtener una visión completa e integral de Nueva York —ni siquiera Dos Passos—, y que la gran ciudad se escapa, se desliza de entre las manos de quienes quieren atraparla y fijarla: sólo se entrega por etapas, por cortes, por trozos, por ambientes, por círculos, por fracciones de tiempo y de espacio. Pero cabe también expresar que Nueva York, urbe multiforme, de vida variada e intensamente fuerte, foco de atracción y de luz de la nación norteamericana, se halla presente en la obra de casi todos los autores importantes de la novelística estadounidense; y que es posible, a través de los más disímiles autores, escuelas, estilos, enfoques, temas y finalidades de la ficción norteamericana, deducir un panorama histórico, social y moral de Nueva York en los distintos grados de su evolución: desde la soterrada población de los holandeses de Nueva Amsterdam, pasando por la dieciochesca ciudad inglesa, el todavía colonial Nueva York de principios del siglo XIX y la urbe posterior, en activa y dinámica transformación, hasta su configuración contemporánea que, inevitablemente, sigue atrayendo la atención reflexiva o la imaginación creadora de los artífices del intelecto.

¿SON MUY LARGOS SUS BRAZOS?

*Sí... son muy largos.
Tan largos que atraviesan calles y avenidas, y llegan desde el local de BONAFIDE hasta su casa.
Esos largos brazos materializan el diligente servicio de entrega a domicilio, mediante el cual se envían a su hogar los productos que Ud. solicita por teléfono.
Y esa operación se realiza en breve tiempo, con el deseo de brindarle a Ud. una atención esmerada y una mayor comodidad.
Por eso decimos que...*

SON LARGOS, MUY LARGOS, LOS BRAZOS CON QUE BONAFIDE LLEGA HASTA SU CASA PARA DISPENSARLE A UD. UNA MEJOR ATENCION.



Bonafide

...SIGNIFICA BUENA FE









LITERATURA

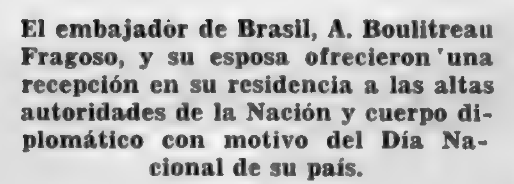
(De la página 102)

ASESINATO EN MI CALLE, por Edwin Lanham. — Una novela policial escrita con las mejores fórmulas del género: el elogio que más concretamente pueda hacerse de *Murder on my street* es éste: laberinto conjetural, perfil y hasta psicología acusada de los personajes, suspenso y un "estilo de página" —esta novela se lee sin saltear ninguna— constituyen las vértebras de este relato apasionante por su trama y seductor por sus caracteres insólitos. El autor, radicado ahora en Connecticut, luego de haberse dedicado a la pintura en París y Nueva York, ha realizado lo que podemos llamar la clásica *pero* heterodoxa novela policial. No debemos decir por qué, pues el señalarlo significaría quitar al lector un motivo de ese placer del desconcierto que proporciona la buena y auténtica novela policial. (Edición de *Emecé.)*

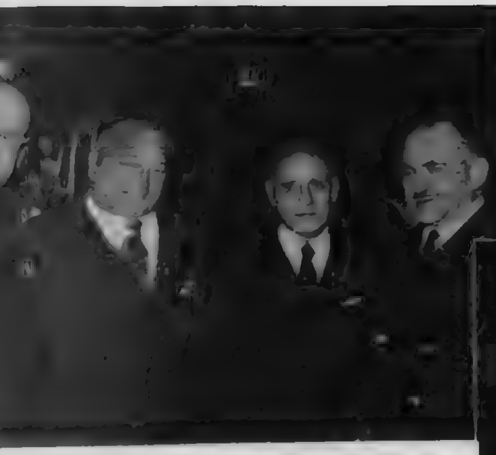
BENITO LYNCH, por Roberto Salama. — Una estructura clara y didáctica distingue a este estudio sobre "el único gran novelista argentino", según la conocida y exagerada expresión de Horacio Quiroga. El autor abre el análisis de la literatura de Lynch con una observación justa y —creemos— no señalada hasta hoy: *Las mal calladas* es la "llave que permite abrir el recinto donde se oculta la significación que él quiso darle a sus novelas". Roberto Salama estudia esta *llave* y despeja el camino de su vasto examen: el campo, la ciudad, el cuentista, el fabulista, y las consiguientes y pertinentes exégesis subjetivas: el semifeudalismo, el primitivismo, la individualidad y el tipismo y los aspectos formales, entre otros afluentes de la minuciosa navegación del libro de Salama, indudablemente el primero que se ocupa integralmente del autor de *El inglés de los güesos.* Después de estos aspectos ilustrativos, el autor entra en la génesis y la valoración, capítulos donde Roberto Salama —indudablemente un crítico que une conocimiento con intuición— logra las mejores páginas de su trabajo. El juicio con que se cierra el libro —*Sitio*— contiene una interesante refutación a Hudson y un admirable enfoque sobre Güiraldes, Quiroga y Lynch. De este *Benito Lynch* de Roberto Salama no podrá prescindirse cada vez que se quiera estudiar y conocer al autor de ese cuento magistral que es *El antojo de la patrona.* (Edición de *La Mandrágora.)*

BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT





El embajador de Brasil, A. Boulitreau Fragoso, y su esposa ofrecieron una recepción en su residencia a las altas autoridades de la Nación y cuerpo diplomático con motivo del Día Nacional de su país.



El embajador de Brasil, A. Boulitreau Fragoso; el ministro de Educación y Justicia, doctor Luis Mac Kay; el ministro de Relaciones Exteriores y Culto, doctor Diógenes Taboada, y el secretario de Marina, contraalmirante Clement.



El coronel aviador Víctor Gama de Barcellos, agregado aeronáutico a la embajada de Brasil; Luis de Almeida Nogueira Porto, primer secretario de la embajada de Brasil, con monseñor Humberto Mozzoni, nuncio apostólico de la Santa Sede.



Hernán M. Giralt, intendente municipal de la Ciudad de Buenos Aires; Corina Pessoa de Fragoso, esposa del embajador de Brasil, y el edecán del presidente de la Nación.



Arieh Levavi, embajador de Israel, con Carlos Ycaza Vázquez, embajador de Panamá.



Fotos JOSEPH



Nushet de Gokart, esposa del embajador de Turquía; Emil Torp-Pedersen, embajador de Dinamarca, y su esposa.


Ola
"haute couture"
en mallas
crea la silueta soñada
Cada modelo de su sensacional línea viene con la silueta formada por dentro, que destaca audazmente el busto por el soutien de fina goma espuma "Ola Fabulastic", importada, que realza sin aumentar.
Mallas Ola, nuevas originales formas en sus telas exclusivas de Lastex finito "Bengaline" y "Jacquard"... y ahora en moderno "Tricot" "Ola Knit" de lana e hilo con goma que modela suavemente su cuerpo sin oprimir – una primicia OLA sensación en las playas americanas.
...y para caballeros, OLA presenta verdaderas creaciones en mallas, slips y shorts realizados en sus nobles telas exclusivas.
OLA



Algo más que aviones

DISCOS

Como de costumbre, hemos seleccionado entre las últimas entregas fonográficas los distintos registros que por su atractivo musical o por la excelencia de su realización técnica merecen ser señalados a la atención del discómano. El lector los hallará, a renglón seguido, sucintamente analizados y, en lo posible, por riguroso orden alfabético de autores.

BACH: (6) Concertos Brandeburgueses (*Münch y miembros de la O. S. de Boston*). Bach, favorecido por la ejecución que cabe esperar de una orquesta de virtuosos conducida por un director de envidiable oficio. Toda una cátedra de "matemáticas" realzada —¡por fin!— por un proceso de muy buena calidad. (RCA LM 2182/2198.)

BEETHOVEN: Fidelio (*Rysanek, Fischer - Dieskau, Häfliger, etc. Dir., Fricsay*). El formidable equipo de "Orfeo" (el de Gluck) en otra impresionante demostración de capacidad artística. No se deje impresionar el aficionado por ciertos "nombres" que prestigian otras versiones existentes. Esta es una "performance" que perdurará; sobre todo el memorable Pizarro de Fischer - Dieskau y la Leonor de Rysanek. (DGG 63-156/7.)

BEETHOVEN: Sinfonías Nos. 7 & 8 (*Remoortel con Orq. Sinf. de Londres*). Aunque por momentos parezca un Beethoven vertido con escasa convicción, la toma de sonido es punto menos que sensacional, incluso en los últimos movimientos de la Séptima, tan proclives a la confusión fonográfica. (VOX-OPUS PL 10970.)

BEETHOVEN: Novena Sinfonía "Coral" (*Otterloo, solistas, coro y Orq. de La Haya*). Una admirable interpretación, a la que contribuyen por igual los elementos artísticos utilizados y el equipo técnico encargado de la "toma". Los vocalistas actúan asimismo con notable disciplina y nobilísimo estilo. Muy recomendables las superficies. (PHILIPS A-04040-L.)

CHAPI: "La Revoltosa" (*Iriarte, Rivadeneira, Ausenci, etc. Dir., A. Argenta*). Aunque la "chispa" se resienta un tanto por la prosopopeya del director y algunos cantantes (que acaso confunden "La Revoltosa" con "El Trovador"), precisa que agradezcamos al sello editor un disco en que se nos ofrece —y fidelísimamente grabada, por supuesto— *toda* la música de esta joya del género chico español. (COLUMBIA 4250.)

COROS EN ESTEREO (*Coral Roger Wagner*). Un convincente documento de la maestría de este conjunto californiano, en el que el repertorio —de procedencia operística— es lo de menos, y el arte con que aparece vertido, lo demás. Como direccionalidad y profundidad es éste, asimismo, uno de los mejores estéreos publicados aquí hasta la fecha. (CAPITOL SP 8390.)

FANTASIA, La Música de (*Stokowski, Münch, etc. con orquestas varias*). Aun cuando la publicación de este álbum no sea del todo *fair play*, ya que la disposición de los títulos y la preponderancia gráfica otorgada a Stokowski pueden inducir a creer que contiene la música "original" del film "Fantasía", no puede negarse que el criterio que guió la selección de las distintas versiones incluidas resulta inmejorable. Y el *usinage* refirma una auspiciosa reacción en las producciones de este sello. (RCA ARL 6100.)

GUERRERO: "La Rosa del Azafrán" (*Ausenci, Berganza, etc., coros y orquesta. Dir., Tejada*). La mejor realización, integralmente considerada, de cuantas contiene la nueva serie de zarzuelas puesta en circulación por este sello. Teresa Berganza es una gran artista; el maestro Tejada conoce muy bien su oficio, y la partitura de Guerrero aparece remozada por la mano anónima de un hábil arreglador. Huelga decir que la "toma" es de primera. (COLUMBIA 4251.)

GRIEG: Peer Gynt, Suite (*Susskind y Orquesta Philharmonia*). Si esta versión no hubiera de afrontar la competencia de otra reciente de Beecham, podría ser tenida en buena hora por la mejor del catálogo, ya que la orquesta hace honor a su prestigio y los técnicos supieron ponerse a la altura de aquélla. (ANGEL LPC 11994.)

MAHLER: La Canción de la Tierra. (*Hans Rosbaud, solista, coro y Orq. de la Radio de Baden-Baden*). Monumental realización de una obra inmortal, a cuya difusión va a contribuir decisivamente este espléndido registro, de incomparable presencia e inspirada ejecución, que hace lucir como nunca los característicos colores "al agua" de la paleta orquestal de Mahler, cuya "Despedida" resulta más desgarradora que nunca. (VOX-OPUS 10910.)

PURCELL: Pavana y Chacona (*Orq. del Festival de Lucerna, dir. R. Baumgartner*). Recomendable, sobre todo, por la feliz reincorporación al catálogo de estas bellas páginas del gran precursor británico, en la acreditada compañía de sendos concertos de Bach, Vivaldi y Pergolese. Las superficies son "llamativamente" silenciosas. (DGG 63-154.)

RAVEL: Tzigane, etc. (*Grumiaux, violín, y orq. Lamoureux. Dir., J. Fournet*). Nuevo testimonio (¡y van...!) del prodigioso virtuosismo del eximio artista que es el violinista belga Arthur Grumiaux, cuya "Tzigane" resulta escalofriante entre tres "clásicos" del repertorio francés (pues a la obra de Ravel se suman el "Poema", de Chausson y la "Sinfonía Española", de Lalo). La cooperación de Fournet al frente de la orquesta acompañante constituye otro de los fuertes motivos de atracción de este bello álbum. (PHILIPS A-00228 L.)

ROSSINI: "Moisés" (*Rossi-Lemeni, Filipeschi, Mancini, Taddei, etc., coros y orquesta del Teatro San Carlos. Dir., T. Serafin*). Lo que importa sobre todo es la obra, digna de ser conocida y frecuentada por las audiencias de hoy, que así tendrán ocasión de familiarizarse con ella, y el admirable control que sobre sus reales valores ejerce el director. La interpretación vocal está lejos de parecernos intachable, a partir de la constante falta de cuadratura del protagonista, pero no es óbice para que atribuyamos a este "melodrama sacro" —en general— una elevada clasificación. (PHILIPS A-00393/5-L.)

SCHUMANN: Piano Concerto en La (*Rubinstein con orq. Dir., J. Krips*). Echaremos de menos aquí el aire de "inspirada improvisación rapsódica" que tan bien le va a este concerto, pero el registro es de primera y la interpretación de Rubinstein digna de "un lugar en el vinilite". (RCA LM 2256.)

SCHUMANN: Obertura "Manfredo", etc. (*F. Lehman con varias orquestas*). Un excelente ómnibus orquestal, editado como "souvenir" del arte de este malogrado director. Tanto Brahms, como Schumann, Debussy y Ricardo Strauss aparecen talentosa y comunicativamente servidos por el notable intérprete. (DGG 63-155.)

STRAUSS, R.: Escena final de "Salomé" (*Inge Borkh, con Orq. Fil. de Viena. Dir., J. Krips*). La soprano Inge Borkh, que con su "Turandot" fonográfica nos desilusionó casi tanto como con la que le oímos aquí en el Teatro Colón, vuelve por sus fueros en esta memorable página del teatro lírico contemporáneo. Es una composición "pluscuamperfecta" de la princesa Salomé en el momento culminante de la homónima obra maestra. (LONDON LLC 17893.)

TURINA: Sinfonía Sevillana (*Argenta con Orq. Nacional de España*). Aunque la ejecución no revela en general mayor distinción, ayudada por un registro de amplísimo rango tonal y dinámico, la simpática obra de Turina halla en este disco su mejor versión hasta la fecha, con el agregado de que en la faz complementaria trae una selección bastante completa de los principales números del ballet de Falla "El Sombrero de Tres Picos" vertida con razonable casticismo. (COLUMBIA 4248.)

JUAN MANUEL PUENTE.



Vinos muy Finos...

PETIGNY



Solamente 25.000 botellas de cada cosecha. Así lo garantiza su etiqueta numerada.

Productores: Bodegas y Viñedos de **JUAN BALBI S. A.** • *Distribuidores Exclusivos:* **TESTA, BUTTA & CIA. S. A.**

TEATRO IMPRESO

TANGO — CREDO RANTE.— Son dos obras de Rodolfo Kusch, esencialmente porteñas. En ellas el autor exalta lo nuestro, lo verdaderamente popular. La primera no es una historia del "tango", como podríamos pensar por su título, sino que es la anécdota del arrabal y de los arrabaleros. Kusch busca demostrar, así, que existe un tipo definido del hombre argentino, y por eso ahonda en el arrabal, donde encontramos tantas cosas típicas: el café, el conventillo, el farol de los recuerdos, etc. Los diálogos son crudos, vulgares, como lo exigen las circunstancias y los personajes. Entre estos últimos el autor creó los más apropiados al tema: *Juan*, el muchacho bueno, ingenuo, que pretende salir de su medio pero a quien los demás no dejan; "la vieja", la madrecita adorada; el compadrito del barrio, Maidana, el jefe de la patota (¡cuántos Maidanas existirán!), un ser detestable, etcétera.

Credo Rodante, estrenada en agosto de 1958 por el conjunto "Arte de América" en el local del Teatro de Arte, sale fuera por completo del estilo teatral común. Esta "misa parda" tiene un fondo netamente popular y místico. Con ella Kusch aspira a resucitar lo épico de nuestra nacionalidad, el verdadero sentir de nuestro pueblo. Es tal vez la colocación de los cimientos para la gran construcción de un teatro americano ciento por ciento. Ambas piezas componen cuadros pintorescos por la realidad que los circunda. Ya sea en "Tango" o en "Credo Rante", el lector amante de lo típico argentino saldrá satisfecho.

NARCISA GARAY, MUJER PARA LLORAR. — Con esta tragicomedia en tres actos Juan Carlos Ghiano nos revela la iniciación del período de transición por el que pasamos en la actualidad. La acción de la obra se desarrolla en un típico inquilinato, entre cuyos pensionistas hallamos al compadrito, al obrero, a la característica mujer pudorosa, llena de prejuicios; a aquella otra que es capaz de todo, incluso de morir por su hombre; al cantor fracasado y al viejo campesino. En ese clima el autor tampoco ha dejado de lado a las mujeres solteronas, tan rápidas siempre en condenar o absolver. Narcisa Garay, la protagonista, una heroína de tango: segura, sensible y sincera, aunque al mismo tiempo casquivana y voluble, utiliza su físico como arma para la lucha por la vida. No cree en ninguna religión, salvo en la suya propia, compuesta de fetiches, cartomancia y la foto de Gardel, a quien adora. Narcisa constituye un verdadero arquetipo, a cuyo alrededor gira toda una idiosincrasia ciudadana. El autor se ha esmerado enormemente en esta obra y se ha mostrado como un buen conocedor de lo nuestro. Sus personajes están pintados con notable colorido, que se desplaza hacia sus jugosos diálogos, en un ambiente descripto con toda realidad y perfección.

Con esta pieza Juan Carlos Ghiano no integra el pequeño grupo de autores cuya meta es la creación de una literatura dramática criolla de categoría, que sea la expresión de una verdad argentina. *Narcisa Garay, mujer para llorar*, resulta entonces un refinamiento del sainete, que tanto éxito tuviera siempre entre nosotros y que —a pesar de las opiniones de muchos — no ha muerto todavía, y renace con más fuerza que nunca. El estreno de esta obra se realizó, con el auspicio de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Buenos Aires, en el Teatro Carpa Belgrano, en el mes de marzo del corriente año. (*Editó Talía.*)

EL ZAPATERO DE MESSINA — El autor de esta pieza, Alessandro de Stefani, es uno de los más fecundos dramaturgos italianos, cuyas obras son conocidas mundialmente. Entre ellas, *El zapatero de Messina*, publicada en la "Revue du Théâtre Italien", es sin duda alguna la más importante. Ella confirma el significado de De Stefani como escritor perteneciente al movimiento de Pirandello y de otros autores del renacimiento teatral italiano. Con "El zapatero de Messina" el autor ha tratado de crear una forma teatral lo suficientemente popular para el gran público, pero buscando mantener, en todo momento, las cualidades que le ganaron para sus obras la actuación de los mejores actores del teatro italiano. De Stefani continúa desarrollando en esta pieza su gran sentido teatral y dominio del arte dramático, condiciones por las que fué distinguido en forma especial entre otros autores de su mismo movimiento. Si examinamos a sus personajes, no tardaremos en notar que están exentos de todo artificio y que hacen gala de una gran naturalidad y espontaneidad.

EL POETA Y SUS SUEÑOS. — He aquí la historia de un hombre que en apariencia es vulgar y corriente, pero que vive en un mundo propio de sueños e imaginaciones poblados de mentiras. Su objeto es deslumbrar a los vecinos, que fingen creerle para beberse el vino de su posada. En esa tácita aceptación de inventos y sueños entra también la mujer de Cornelius Melody, el protagonista; su fin es no dejarse arrastrar por la melancolía y el desconsuelo. Por último, ese drama en el que subsiste Cornelius, y donde su hija con sus problemas sentimentales, su mujer con su viejo amor y sus compañeros tienen gran cabida, termina al estilo de O'Neill, el autor de la obra, con una muerte mucho más terrible que la del cuerpo. En la descripción de personajes y de situaciones se ve el trazo firme del gran dramaturgo, así como también en el lenguaje empleado: poético y realista al mismo tiempo. Es una obra O'Neill en todo sentido, y es la primera que compone el ciclo teatral de su autor sobre la historia de una familia norteamericana a lo largo de un siglo. (*Editó Sudamericana.*)

BEATRIZ COLMAN

Siempre PRIMERA

con lo mejor durante cuarenta años

K.L.M.
40 AÑOS
1919 — 1959

40 años
1919 - 1959

EN EL MUNDO ENTERO
KLM
COMPAÑIA REAL HOLANDESA DE AVIACION



Muchas páginas de la historia de la aviación comercial ha escrito KLM, Cia. Real Holandesa de Aviación, desde 1919, año de su fundación.

KLM, la primera línea aérea del mundo en cumplir 40 años, se enorgullece de haber brindado siempre a dos generaciones de viajeros el máximo confort aéreo y una insuperable atención personal.

Por eso hoy, en el mundo entero, volar por KLM es una tradición para quienes, al igual que sus padres, exigen lo mejor.

Siga Ud. también esta tradición y consulte a **SU AGENCIA DE VIAJES** o **KLM**, Corrientes 690, T. E. 45-0141/9

LA PRIMERA LINEA AEREA DEL MUNDO DESDE 1919


HEROICA.


ASCENSOR PARA EL CADALSO.


ALMAS EN SUBASTA.


LA LEY ES LA LEY.


VENECIA, LA LUNA Y TU.


EL INCONQUISTABLE SEXO DEBIL.

CELULOIDE

INSPECTOR MAIGRET. El "realismo negro" francés acude con *Asesino de mujeres (Maigret tend un piege)* a una de sus muestras más rosadas. Filmada con honestidad aunque sin ambiciones de ninguna especie por Jean Delannoy —el mismo que en épocas de mayor empeño realizó *La sinfonía pastoral*—, esta historia del famoso detective del Quai des Orfèvres, debida a la pluma del escritor belga Georges Simenon, nos trae un rostro más a la galería de los Maigret, a la que dieron jerarquía Harry Baur, Charles Laughton y Michel Simon. El inspector de turno es ahora Jean Gabin, que compone su personaje con la veteranía de quien ha pasado por dificultades artísticas algo más complejas. Verdad es que el famoso detective de Simenon es un pesquisa oficinesco, que piensa en la jubilación, ama el hogar, gusta de la cerveza y siente que ya le falla la memoria, elementos éstos que le dan unos trazos de verosimilitud y realidad mucho más fuertes que los que el género policial creara románticamente en otros suelos, razón por la cual el trabajo de Gabin —un Gabin formado en el realismo de preguerra— se hace bastante más fácil. Sin la tensión del *suspenso* a lo Hitchcok ni las dudosas alternativas de los *thrilling* convencionales, *Asesino de mujeres* es una película discreta que no quita ni agrega nada a las virtudes del equipo que la filmó.

YUGOSLAVA. El choque entre un camión y un ómnibus de pasajeros en la ruta Belgrado-Zagreb, provocado por un automóvil que huyó con los faros apagados, son los datos de la crónica que han inspirado al director Nikola Tanhofer a realizar *H. 8, asesino incógnito*. La originalidad del guión que pretende señalar la trágica ironía de todo destino humano no parece ser mucha. De ahí que el film se resienta como planteo de situaciones, como trama, —artificiosas hasta alcanzar el *clisé*—, pero se recupera merced a la labor de los técnicos, que consiguen infundirle cierto ambiente interesante. La excelente fotografía y la meritoria labor interpretativa consiguen, finalmente, superar al libretista aunque a través de toda la película dos melodramáticos relatores se empeñen en derribar lo que aquéllas con tanto esfuerzo obtuvieron.

DESHIELO POLACO. Las últimas películas polacas exhibidas entre nosotros (*El octavo día de la semana, La patrulla de la muerte, El verdadero fin de la guerra*) y ahora, *Heroica*, de Munk, revelan hasta qué punto los cambios políticos ocurridos en Varsovia afectan a la nación. Porque este cine, que goza de la anuencia y de los créditos del Estado, es la imagen del sentido que adoptó el "deshielo" polaco a partir de Gomulka. Lejos quedó por rosado el realismo socialista de la época staliniana con sus héroes positivos, su declamación, su retórica y sus problemas espirituales, subordinados a las estadísticas de producción. Ahora ha surgido un cine no conformista, un cine de rechazo, hecho de pesimismo y mordacidad, que cae en el otro extremo. *Heroica* es un ejemplo. El humor negro de su primer episodio —scherzo alla polaca— está centralizado por el heroísmo de un hombre común que actúa no movido por ningún ideal elevado y romántico sino como rebote de la vida que lleva junto a una mujer tan hermosa como tonta y disipada. El segundo, aplastante, es la historia de una falsa fuga de un campo de concentración alemán, fuga que, por ignorada en sus detalles, constituye el mito de la libertad que alienta a un grupo de oficiales polacos prisioneros. Ni qué hablar de otros temas marginales, como el honor militar, la burocracia de los resistentes o la escasa armonía que existe entre quienes deberían estar más unidos. El nuevo cine polaco revela estar técnicamente —por lo que hace a su capacidad profesional y artística— muy por encima del que conociéramos como correspondiente a la década 1946-56. Es un cine polémico, hecho por gente joven como este director Andrezj Munk, cuyo nombre convendrá retener en adelante.

MARISA. Sí, pero Allasio. En *Venecia, la luna y tú* la bella septentrional vuelve a la pantalla con acento del Véneto. El film recuerda vagamente la trama de *Locura de verano*, con el amor de una turista del norte por un veneciano común. Claro, la alusión se hace tímidamente porque aquí lo que se pretende brindar es una comedia reidera y no de costumbres. Es decir, el efecto directo sin sutilezas de ningún género, y como para lograrlo se supone que todos los medios son buenos, Alberto Sordi es llevado a hacer la *machietta* hasta la exageración. Esta Venecia ultraconvencional y en armonía con todos y con todo (con la Iglesia, por las dudas) es el marco para que la Allasio exhiba su belleza (que ya empieza a estar de retorno), Nino Manfredi componga sus personajes tontos y Alberto Sordi añore melancólicamente los días de *Los inútiles* cuando un realizador de verdad sabía tocar todas las cuerdas de su estro hasta obtener una real creación artística.

ASCENSOR. Louis Malle es un director de cine, francés, que tiene nada más que veintisiete años de edad. Puede decirse que trasuda cine por los cuatro costados, ya que su preparación teórica es completa. Debutó compartiendo con Jacques-Yves Cousteau la dirección de un documental inolvidable: *El mundo silencioso*, que, de paso, revela el sentido de su cinematografía, volcado hacia lo minucioso o lo que llamaríamos *amour du style*. Hecho en esa escuela, donde no es difícil descubrir al máximo de sus pontífices (Robert Bresson, el que realizó *Un condenado a muerte se escapa*), Louis Malle acusa además la influencia de un muy buen cine norteamericano tipo *Luchador (The set up*, de Robert Wise, con Robert Ryan y Audrey Totter), con lo cual su inclinación por el film policial moderno aparece avalada con antecedentes de la más noble calidad. *Ascensor para el cadalso* (Ascenseur pour l'echafaud) es, precisamente, una película calibrada —como *Rififí*—, con vistas a obtener las mayores satisfacciones puramente artísticas, aunque ello no signifique por eso desdeñar un rendimiento comercial apetecible. Si con algún *snobismo* Malle declara que considera a la publicidad como el único arte del siglo veinte, se vislumbra en seguida que en modo alguno piensa separar al arte de la taquilla y obtener, como Roger Vadim, las dos cosas a cualquier precio. Por eso *Ascensor para el cadalso* podrá ser vista y apreciada por los públicos más distintos sin que el temor al fracaso comercial vuelva escépticos a los productores. En una palabra, la lección que no aprendió Orson Welles. Porque esta historia que Louis Malle nos cuenta inspirándose en un libro de Noel Calef sobre un crimen perfecto —que en la novela lo era y tanto que el protagonista terminaba siendo acusado no por ése sino por otro que no había cometido— alude a un mundo cotidiano, hecho de negociantes de guerra, jóvenes "iracundos", paracaidistas que lucharon en Indochina e industriales alemanes sacados de *Rosemarie entre los hombres* (aunque ésta se filmara después). De actualidad el tema; fría, aséptica, pulida la versión. Atrapado en el ascensor, que se queda sin corriente, el Julien Tavernier de Louis Malle recuerda al teniente Fontaine de *Un condenado a muerte se escapa*, cuando, impasible, sin desesperación, ensaya salir del encierro. Eso es, probablemente, el mejor momento de *Ascensor para el cadalso*, una prueba de caligrafía que se exhibirá muchas veces en las sesiones retrospectivas de los cine-clubs.

RODOLFO GABRIEL RAGO





ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Garantizamos el número de ejemplares vendidos con nuestra afiliación al Instituto Verificador de Circulaciones.


Estos vinos
son realmente buenos!
En las mesas de categoría,
la selección de los vinos adquiere
una importancia fundamental.
Al llegar ese momento, es
precisamente cuando el nombre
de ARIZU aparece identificado
con los mejores vinos finos.
Y la razón principal radica
en su bien ganado prestigio
como genuino representante de
los verdaderos vinos mendocinos.
Cuesta del Parral
Vino Fino Tinto
Cuesta del Parral
Cruz del Sur
VINO FINO
CRUZ
SUR
CUESTA DEL PARRAL
Tinto - Clarete - Blanco
La uva de mayor fina selección
(Pinot) interviene en
su esmerada elaboración.
CRUZ DEL SUR
Tinto y Blanco
Suave y halagador de
paladar más refinado.
Finísimo por su
original bouquet y color.
En vinos finos...
VINOS
Arizu
VIÑEDOS Y BODEGAS ARIZU S. A. - WARNES 480 - BUENOS AIRES - MENDOZA

inauguran una nueva clase de fumadores...



20 Cigarrillos rubios de tipo americano. Positivamente los mejores tabacos y la más cuidadosa elaboración por la Compañía Nobleza de Tabacos S. A.

$18